NO ESTABA *en mis* PLANES



ASTRIX BORGES

NO ESTABA EN MIS PLANES

ASTRIX BORGES

Copyright © 2026 Astrix Borges.
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.
X: @AstrixB_writer
Instagram: @astrixborges_writer
Safe creative: 27.08.2026

ÍNDICE

Nota de la autora y un ¡gracias!

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Epilogo

Nota de la autora y un ¡gracias!

Esta es mi sexta novela y he querido escribir un texto corto para contaros un poco de mí y agradeceros por seguir leyéndome porque, aunque suene trillado, es una verdad como un castillo: sin vosotras, las lectoras, nada de esto sería posible.

Recuerdo que cuando decidí dedicarme de lleno a la escritura, tenía miedos, pero sobre todo una gran ilusión —aún conservo esta parte; el miedo se fue, pero se sumaron otras cosas— y nunca pensé que la cruda realidad de la creatividad me explotaría en la cara. Hay semanas horribles en las que apenas puedo escribir un par de capítulos, otras en las que estoy en mi punto más álgido y acabo con un terrible dolor de manos, aunque con la satisfacción de haber creado algo bonito.

Os confieso que no ha sido un camino fácil, eso debo reconocerlo, pero escribir me ha dado tanto que sería una completa imbécil si no me sintiera agradecida. Y es que de verdad lo estoy: cada mañana que despierto agradezco que mi mente funciona, que tengo las ideas claras —aunque me pelee con algunas— y que puedo disfrutar de cosas que antes no podía permitirme. ¿Y sabéis qué es lo que más valoro? El tiempo. Tengo tiempo para hacer lo que me llena, lo que me hace sentir plena, y perderme todas las horas que quiera frente al ordenador creando una nueva historia.

Gracias por ser más que unas fieles lectoras; vuestro contacto para mí es incalculable.

Gracias a mi mujer, Mónica —que dudo mucho que lea esto— porque esta increíble persona no solo me aguanta a diario, es que me quita el tapón de la cabeza cuando una idea no fluye, me anima a darle rienda suelta a mis pensamientos y me alimenta cuando las regalías se quedan cortas. Te quiero, cielo.

Gracias a mis amigos más cercanos, esos que siempre compran mis libros, aunque no los lean porque tienen alergia a las vaginas o porque simplemente el romance no es lo suyo. Desde que decidí escribir mi primer libro me han apoyado incondicionalmente:

LuisFer, Luis, Gerardo, Iván, Úrsula, Virginia, Andrea, Victoria, Natalia y Eva.

Y gracias a mi siempre presente madre. Me hubiera encantado que conociera esta etapa de mi vida. Estoy absolutamente segura de que sería mi fanática más destacada y, aunque no era de leer novelas, las mías las hubiera leído todas. Te fuiste demasiado pronto, pero cada uno de mis libros SIEMPRE van dedicados a ti.

¡Disfrutad de Diane Carter —así iba a llamarse esta novela— y de Cassidy Collins!

¡Nos vemos en la próxima!

Capítulo 1

—Señor Hall —el tono afilado y desagradable llega a cada rincón de la sala sin necesidad de que tenga que levantar la voz—. Su trabajo ha sido patético, por resumirlo en una sola frase.

Las doce personas sentadas a la mesa ni siquiera son capaces de respirar.

Diane Carter aprieta un botón del mando a distancia que sostiene en su mano y la pantalla detrás de ella cambia de color mostrando varios gráficos.

—Ha tenido dos semanas para analizar los datos financieros de la empresa Gales y dos extras para diseñar una estrategia de crecimiento que le permitiera llevar a cabo la expansión internacional que quieren lograr —Diane gira ligeramente la silla y apunta la pantalla con su largo dedo y su manicura perfecta—. Y lo que ha hecho en treinta días es señalar problemas en vez de oportunidades, incrementar costes en lugar de reducirlos y no asesorar debidamente a la alta dirección para que tomara las decisiones correctas.

—Eso no… —Levi Hall balbucea y el solo levantamiento de una de las cejas de Diane hace que cierre la boca de golpe.

—¿Quiénes han formado el equipo para el proyecto Gales?

Diane Carter cruza una pierna con calma y pasea la mirada por cada uno de los rostros que hay en ese despacho. Ha hecho la pregunta solo para medir la capacidad de reacción de los que forman parte de su personal, porque la respuesta la conoce muy bien. En el departamento de desarrollo de negocios de Whitestone Consulting Group no pasa absolutamente nada sin que ella lo sepa, y si se atreve a aventurarse, cada vez que ocurre algo en la compañía, ella ya está al tanto antes de que emitan un comunicado.

El silencio se extiende por unos segundos hasta que Michael García eleva la mano, seguro de que se está ofreciendo voluntario para su fusilamiento público.

Diane lo mira un instante y empieza a darse golpecitos rítmicos en los labios, como si estuviera decidiendo el trágico final de un enemigo.

—¿Solo usted, señor García? —ahora empieza a mover la silla de un lado a otro; le aburre de sobremanera el pánico que algunas personas le tienen.

Varias manos se levantan y ella puede contar a los cuatro que estuvieron a cargo del proyecto Gales.

—Bien —se pone de pie con la elegancia que la caracteriza—. Estáis despedidos con efecto inmediato.

Se abotona la chaqueta negra que lleva puesta y coge una carpeta de cuero que tiene sobre la mesa.

Hay un leve murmullo en la sala, pero nada tan alto como para que ella pueda entenderlo. Si es sincera, no le interesan los chismes de pasillos ni las quejas absurdas de quienes trabajan para ella.

—Recursos Humanos ya tiene vuestras cartas —informa antes de salir de la sala—. Os aconsejo que las recojáis y salgáis de esta empresa ahora mismo.

—No es justo —se levanta Tessa Daniels, que hasta ahora se había mantenido en silencio con los ojos fijos en la mesa.

Diane pasea su mirada desde esos horribles tacones azules hasta la blusa dos tallas más pequeña que la —ahora ex— empleada se empeña en usar.

—Lo que no es justo, señorita Daniels, es que durante meses le hayamos pagado un salario que desde luego no ha estado al mismo nivel de su incompetencia —Diane sisea como una serpiente arrastrándose por el bosque—. Hágase un favor: estudie, fórmese y conviértase en una profesional digna de trabajar en un lugar como Whitestone, y si no es capaz de hacerlo, siempre podrá servir hamburguesas en un *diner* de mala muerte.

Cuando sale de la sala lo hace con la barbilla arriba y con el ritmo perfecto en sus pasos, que anuncian que Diane Carter está caminando por los pasillos de la planta tres del edificio.

El personal nunca le sostiene la mirada, se apartan de su camino cuando se la encuentran en algún sitio, y en los quince años que lleva dirigiendo el departamento de desarrollo de negocios, nadie ha tenido la osadía de llevarle la contraria. No hay empleado que tenga el conocimiento de Diane; ninguna persona en esa empresa es capaz de lo que ella ha logrado en más de una década y, lo mejor de todo, es

que se ha encargado de demostrarlo para que nunca intenten poner en tela de juicio sus decisiones.

Entra a su despacho ignorando la expresión angustiada de su secretaria, una chica menuda que le parece deplorable, pero que según Tatiana —su asistente personal que lleva dos días encerrada en su casa con un virus estomacal— es muy válida para el trabajo que desempeña.

En ese espacio, Diane pasa más de diez horas cada día. Llega a las ocho de la mañana a Whitestone mientras que el resto del personal entra a las nueve, y al final se marcha más de doce horas después, exhausta, pero con la certeza del deber cumplido. Su oficina es aséptica, pero tan cómoda que podría vivir ahí sin ningún problema si tuviera que hacerlo. A sus cuarenta y cinco años tiene muy claro que el trabajo es su vida y siempre lo primero en su agenda, por lo que tiene todo lo necesario para pasar ahí dentro el tiempo que haga falta: un sofá grande pegado a la pared del fondo, una mesa con una cafetera, un pequeño mueble donde guarda barritas de proteínas y cualquier cosa comestible que la ayude a mantenerse viva y, en el centro, su trono. Un escritorio tan grande que está segura de que podría dormir sobre él, hecho de madera de nogal y detalles en bronce.

Se sienta en su silla y recuesta la espalda sintiendo el peso del cansancio. Ha sido una semana complicada, sobre todo después del fracaso con el proyecto Gales que, casi al final, pudo salvar convenciendo al CEO de que será ella quien personalmente se ocupe de la estrategia.

Mira la hora; apenas son las cinco de la tarde y está tan agotada que podría irse a casa, pero tan solo de pensar en el silencio que la espera, su cuerpo reacciona con un escalofrío que no ha podido controlar.

La puerta suena con dos toques y cuando se abre, Diane sabe de quién se trata. Solo una persona tiene los ovarios para hacerlo.

—Se rumorea que has batido tu récord esta semana —Clara Fitzgerald entra moviéndose con la sensualidad que lleva acompañándola toda la vida—. ¿Seis?

—Siete —Diane la mira con la barbilla levantada, refiriéndose a los empleados que ha despedido en apenas cuatro días—. ¿No te han enseñado que no se puede acceder a los despachos sin avisar?

—He tocado la puerta.

—Y no has esperado a que te diera permiso de entrar —un pequeño rugido emerge de la garganta de Diane y la respuesta de Clara es sentarse frente a ella.

—Lo que más me impresiona es que la junta directiva está de acuerdo con todos esos despidos —Clara coge una pieza de cristal tallado, sostenido en una base de madera veteada con el nombre de Diane Carter como ganadora de un galardón como mejor estratega de negocio del estado de California.

Diane le arranca el premio de las manos y tiene que soportar la risa sofocada de Clara. Se levanta y lo coloca con cuidado en un mueble que va de pared a suelo, junto a su biblioteca, donde guarda todos los premios que ha ganado durante los últimos quince años de su vida.

—Claro que lo están —afirma volviendo a su silla—. Despedir a esos inútiles les ahorra millones de dólares en demandas por parte de las otras compañías por poner en juego una fusión o una expansión.

Clara Fitzgerald lleva el mismo tiempo que ella en Whitestone; la diferencia es que no comenzó dirigiendo un departamento como lo hizo Diane: a ella le costó varios años llegar a liderar la división de marketing de la consultoría. Es consciente de que ha aprendido mucho de su compañera, ha seguido sus pasos en muchos aspectos, menos en eso de ser una bruja a la que todos temen. Clara está hecha de otro material, uno más blando que, aunque también sea de las exigentes, tiene una capacidad de la que Diane carece: la de empatizar con el mundo.

—En fin, solo quería darte la enhorabuena por el premio e invitarte el sábado a casa —hace una pausa mientras busca los ojos de su amiga—. Elizabeth hará una barbacoa con unas compañeras del softball. Habrá mucha gente; quizá te interese ir.

Diane suelta el aire con tanta calma que quien no la conozca bien pensaría que se está preparando para dar una excusa educada y declinar la invitación.

—Deja. De. Tratar. De. Emparejarme —el veneno que destila su voz es capaz de acabar con una ballena azul de doscientas toneladas —. No estoy interesada y prefiero quedarme en mi casa.

Clara sabía la respuesta, pero está segura de que nunca dejará de invitarla a los tantos eventos que celebra su mujer en casa. Elizabeth —por una razón tan misteriosa que parece incluso siniestra— siente

cariño fraternal hacia Diane. Desde que la conoció —hará unos ocho años—, cuando su relación empezó a ir en serio, vio en ella algo que nunca le ha sabido explicar a Clara; entonces insiste una y otra vez en llevarla a sitios que su amiga y compañera de trabajo detesta.

—Tú te lo pierdes —se levanta de la silla la directora de marketing —. No te quedes hasta tan tarde y no te olvides de cenar.

Diane levanta sus ojos azules tan fríos como el océano Ártico y los clava en el rostro de Clara.

—Cierra la puerta al salir —escupe, y desvía la mirada hacia la pantalla del ordenador.

Una hora después, los ojos le arden y empieza a ver las letras mezcladas unas sobre otras. Decide que su cuerpo necesita un descanso y, aunque estar en su casa es una especie de tortura que normalmente suele evitar, hoy está bastante segura de que, tras un buen baño, caerá rendida en la cama.

Cuando está a punto de salir de su oficina, la imagen de Samuel Barnes —uno de los socios mayoritarios de Whitestone— se materializa en su despacho, logrando que tenga que morderse la lengua para no preguntarle si no tenía otra hora de joderle la existencia con su presencia que no fuera precisamente a la que ella había decidido marcharse.

—Samuel —dice Diane sin apenas mover los labios.

—¿Ya te vas? —pregunta, aunque ella está de pie con el bolso colgado en el hombro.

—Eso intento.

El hombre sonríe con una amabilidad que Diane nunca ha comprendido. No sabe si es el mayor hipócrita del universo o si solo es estúpido y no sabe identificar en qué momentos debe estirar los labios y en cuáles no.

—Te robo unos minutos —el hombre se sienta y Diane se ve obligada a imitarlo—. Quería decírtelo en persona y no que mi secretaria te mandara un correo.

Cualquier persona sentiría cierto temor ante esas palabras, que al parecer no auguran nada bueno. Diane solo quiere que le suelte lo que tiene que decirle para poder irse a su casa.

No abre la boca; se mantiene en silencio mientras espera que Samuel hable.

—El lunes comienza una becaria en tu departamento —la información es peor que si le hubiera dicho que estaba despedida—.

En realidad, el objetivo a medio plazo es que trabaje con Clara en marketing, pero vuestros departamentos están estrechamente ligados y prefiero que comience familiarizándose con desarrollo de negocios porque…

—Samuel —lo interrumpe Diane sin importarle que sea su jefe—. Esta semana he despedido a siete personas que habéis insistido en contratar para mi equipo, cuando sabéis bien que solo yo elijo a mi personal. Siete personas que han cometido errores imperdonables que no estoy dispuesta a asumir nuevamente, por lo que debo negarme a aceptar tu propuesta.

Samuel Barnes es un hombre alto y corpulento, pero de mirada afable. Tiene el cabello completamente blanco porque a sus setenta años solo un buen tinte podría disimular todas esas canas. Es uno de los socios más accesibles de la compañía, de esos que siempre tienen la puerta abierta, colabora con causas nobles y trabaja casi *ad honorem* en la Universidad de California como mentor del alumnado. Diane no confía en él; en realidad no confía en nadie más que en ella misma, por lo que ese gesto comprensivo en su rostro le parece una trampa de cazar osos.

—No es una propuesta, Diane —vuelve a sonreír y ella aprieta la mandíbula—. Cassidy Collins entrará a tu departamento, estará seis meses trabajando contigo y después pasará al de Clara.

Diane lo observa por unos segundos sin evitar poder pensar en lo triste que tiene que ser para un hombre de su edad que una chica joven le hable dulcemente al oído —como seguro hizo la tal Cassidy— e incluso se deje manosear un poco para conseguir favores de ese estilo.

Sabe que no va a ganar esta partida; con irritación le toca asumir que no puede pelear con un gigante dentro de la empresa como Samuel, pero eso no significa que se deje pisotear.

Se pone de pie dando por finalizada la breve reunión.

—Será bajo mis métodos. No tolero incompetencias en mi departamento y mucho menos faltas —la voz tiene un tono espeso, peligroso—. Si no funciona, va fuera.

Samuel también se levanta.

—No esperaba menos de ti, Diane —se mete las manos en los bolsillos—, pero no te preocupes, confío en el talento de Cassidy.

En el talento de comérsela, piensa mientras Samuel camina hasta la puerta.

—Gracias —dice el hombre de manera afable.

Diane no contesta; deja que el hombre salga de su despacho para maldecir en voz baja el día del nacimiento de Cassidy Collins.

Capítulo 2

Cassidy se mueve inquieta por el piso con la camisa de botones abierta, la toalla envuelta en la cabeza y una taza de café en la mano que amenaza con acabar en el suelo si no controla su ansiedad.

—Tranquila, aún tienes tiempo —dice la voz serena de Payton mientras la observa caminar de un sitio a otro con nerviosismo—, pero si no terminas de vestirte, de secarte el pelo y tomarte ese café que ya debe estar frío, entonces sí que llegarás tarde.

Cassidy da un respingo al escucharla y, tal como temía, una buena cantidad de líquido oscuro resbala desde su taza hasta el suelo.

—Mierda —farfulla dando varios pasos atrás, mirando hacia un lado como si mágicamente fuera a aparecer una mopa para limpiar el desastre.

—Déjalo, lo hago yo. —Pone los ojos en blanco—. Ve a vestirte.

Payton cierra el portátil en el que llevaba un rato trabajando y se levanta para limpiar la moqueta antes de que la mancha se quede allí para siempre.

Cassidy le besa la mejilla, agradecida de que su hermana mayor siempre esté ahí para todo sin importar nada, incluso por encima de sus propias necesidades.

No logra deshacerse de esa bola de nervios que lleva una semana apretándole el pecho, justo desde que su mentor, Samuel Barnes, le consiguiera unas prácticas que ella no pidió en Whitestone Consulting Group. No estaba en sus planes, de hecho, jamás se habría presentado a esa consultoría porque para entrar en su departamento de marketing al parecer hay que hacer una especie de pacto satánico que incluye un coeficiente intelectual altísimo y años de experiencia que ella no tiene.

—Esta investigación es fantástica, Cassidy, y que la hayas hecho sola tiene más mérito todavía —le dijo Samuel una tarde mientras revisaba su trabajo final de grado—. Sin duda Whitestone tendría mucha suerte si te tuviera entre sus trabajadoras.

Ella no tenía ni idea de que Samuel fuera uno de los socios de la compañía porque su tutor —hasta ese momento— siempre había sido muy reservado salvo por la única cosa que una vez mencionó una tarde mientras salían de la universidad: que Cassidy se parecía tanto a su hija que en ocasiones tenía que mirar dos veces para confirmar que no se trataba de una alucinación.

Unos días después, Samuel le hizo una propuesta que ella no pudo rechazar: le ofreció pasar medio año trabajando como becaria en el departamento de desarrollo de negocios, un paso clave para que Cassidy pudiera dar el salto a marketing, que era lo que ella realmente quería, y, si se esforzaba lo suficiente, podría lograrlo.

Ahora que ha llegado el momento, sus manos tiemblan como si estuviera al borde de un precipicio, pero con una seguridad de que tiene una cuerda atada en la cintura, esa que le ha dado haber trabajado sin descanso toda su vida está más cerca que nunca y ahora, por fin, tiene la oportunidad que lleva tantos años soñando.

—Que te vaya bien en el primer día —susurra Payton mientras la aprieta con fuerza entre sus brazos—. No te dejes intimidar, tienes el conocimiento, sabes hacer el trabajo y has luchado mucho para llegar hasta aquí.

La chica se aferra al cuerpo de su hermana porque ella más que nadie sabe todo el esfuerzo que ha puesto en cada paso de su vida para tener la oportunidad que hoy está a punto de saborear.

A sus veintiocho años, Cassidy Collins empieza a vivir de verdad. Atrás quedaron las noches en las que apenas dormía cuatro horas porque el resto del día estaba ocupada mientras asistía a la universidad, estudiaba para los exámenes y se movía entre dos trabajos para poder ahorrar lo suficiente porque sabía que, a partir del momento de su graduación, tendría seis meses de gracia para empezar a pagar los préstamos que le ayudaron a costear la carrera. Hizo un doble grado porque no lo imaginaba de otra forma, pero eso incrementó su deuda más de lo que esperaba. Su plan inicial era trabajar en una empresa pequeña que la aceptara sin experiencia, aunque con un salario que le permitiera hacer frente a las cuotas. Ser becaria en una consultoría no es precisamente alentador, salvo que al final de las prácticas acabes contratada. El sueldo suele ser una basura compensatoria que disfrazan de aprendizaje y crecimiento profesional que no da ni para pagar el alquiler, pero lo único que Cassidy tiene en su cerebro es firmar un contrato al final de las

prácticas porque, si esto falla, no le quedará más opción que volver a sus antiguos —y horribles— trabajos.

• • •

Cuando sus pies tocan el suelo de mármol del lobby de Whitestone, su cuerpo se estremece ante la sensación de estar en un sitio como ese y que alguien como ella tenga la posibilidad de trabajar allí. La estancia es como cualquiera que se podría esperar en un edificio de oficinas de una gran compañía: techos altos, iluminación artificial que deja expuesto hasta el último poro de la piel y personas demasiado estiradas que se creen que al final de sus carreras heredarán la empresa.

—Cassidy. —La voz masculina se escucha por la derecha y la chica detiene sus pasos—. Bienvenida.

Samuel Barnes aparece con su gesto afable para darle un cariñoso apretón en el brazo a la vez que le entrega una tarjeta de color azul con el logo de la empresa y sus datos personales al reverso.

—Profesor, gracias por…

—Aquí solo soy Samuel —la corta el socio para corregirla y le indica el camino hasta los ascensores—. Quería recibirte personalmente para explicarte algunas cosas que me parecen importantes.

Tres personas más entran con ellos en el ascensor y el silencio se instaura durante los segundos que tardan en llegar a la quinta planta, donde está el departamento de Recursos Humanos. Cassidy se fija en ellos, dos hombres con trajes impolutos, zapatos relucientes y perfumes caros. La mujer lleva un conjunto entallado de falda y camisa con joyas discretas a juego, lo que hace que tenga que mirarse a sí misma para confirmar que desentona completamente con el lugar. No parece una mendiga, pero quizá su elección de hoy no ha sido muy acertada, teniendo en cuenta el tamaño generoso de sus pechos y ese botón que siempre baila entre estar torcido y que explote en algún momento.

—Ahora tendrás que firmar toda la documentación que falta. —Samuel se detiene en una esquina discreta al lado de un despacho justo cuando salen del ascensor—. Sé que te sientes presionada, Cassidy, pero fuiste una estudiante brillante que se merece estar

aquí. En estos meses, estoy seguro de que aprenderás más que durante los primeros años en la universidad.

La chica lo mira directamente a los ojos y se pregunta por qué hace todo esto por ella. Reconoce que hizo las cosas bien, sacrificó el poco tiempo libre que tenía para que su desempeño fuera destacable; sin embargo, no fue la mejor. Había compañeros por encima de Cassidy que sin duda podrían despuntar sobre ella en este lugar.

—El nivel de exigencia es alto —Samuel sigue hablando y su mirada se suaviza todavía más—, pero cuando llegues al departamento de Clara Fitzgerald sabrás que ha merecido la pena el esfuerzo. Y en cuanto al salario, he logrado que se te aumente un 10 % por tu doble titulación y el trabajo final de grado. Sé que no es demasiado, aunque sí mejor que antes.

A Cassidy se le hinchan los pulmones. Cualquier dinero extra sin duda lo agradece y que entre como becaria ganando más que en sus dos trabajos mientras estudiaba, está por encima de lo que esperaba. Limpiar baños, freír patatas fritas y aguantar a borrachos no es precisamente lo que había planificado para su futuro.

—Gracias, Samuel. —Cassidy toma una respiración que tendría que ayudar a calmarse, pero el efecto es el contrario—. Espero no decepcionarte.

El hombre le pone una mano en el hombro y su corazón se arruga cuando la imagen de su hija se instala en su mente.

—Lo harás bien. —Retira la mano y señala una puerta cerrada a pocos metros de donde están ellos—. Cuando acabes, baja a la planta tres y busca a Diane Carter. Te está esperando.

Reconoce el nombre porque Cassidy lleva días entrando y saliendo de la web de Whitestone como una obsesa, ha querido aprenderse cada rostro importante para poder reconocerlos cuando los tuviera frente a ella y no meter la pata.

Sabe que la señora Carter está al frente de una de las patas más importantes de la compañía y que trabaja junto a marketing para las propuestas finales a los clientes.

Está ilusionada, sabe que va a aprender de profesionales con una larga trayectoria en el sector.

• • •

Casi dos horas después —un vídeo sobre seguridad laboral y una charla que abarcaba las políticas internas de la compañía contra el acoso, maltrato y discriminación—, Cassidy camina con su nuevo portátil en la mano por un largo pasillo en la planta tres, hasta toparse con una chica sentada detrás de una pequeña mesa que está al lado de una puerta de madera que tiene una placa dorada con el nombre de Diane Carter.

—Hola, tengo una reunión con la señora Carter —saluda, nerviosa, pero se sorprende porque la que asume que es la secretaria de su nueva jefa la mira con pánico absoluto.

Gianna enfoca la mirada hacia su ordenador y abre la agenda para confirmar lo que ya sabía: su jefa no tiene ninguna reunión programada para esa mañana, salvo a las once con un cliente, y eso es fuera de las oficinas. Se estruja las manos que ya han empezado a sudarle y siente cómo las costillas le duelen por el martilleo acelerado de su corazón. Nunca, en su corta existencia, Gianna Harris había deseado que alguna compañera regresara lo antes posible al trabajo, porque ser el canal directo de Diane Carter sin tener a Tatiana de por medio es la peor pesadilla que ha vivido jamás.

—Lo lamento, pero su agenda no admite cambios y, salvo algún error, no tiene ninguna reunión prevista para esta hora.

Cassidy intenta que su sonrisa no se borre ante el desconcierto, ¿no se supone que la estaba esperando?

—Hoy es mi primer día y Samuel Barnes me dio indicaciones para que viniera directamente a reunirme con ella. —Mira su reloj con gesto disimulado y comprende que quizá ha llegado muy tarde—. Estuve dos horas con Recursos Humanos, ¿es posible que me esperara antes? Me llamo Cassidy Collins.

Gianna niega mientras se limpia la nuca sudada por los nervios.

—En todo el día no tiene reuniones planificadas con equipos dentro de la empresa.

La nueva becaria empieza a impacientarse porque puede que se trate de un error de coordinación, pero, joder, alguien tendrá que avisarle a su jefa que ya está ahí.

—¿Puedes anunciarme? —Cassidy clava la mirada en Gianna y nota cómo se tensa ante la petición. Así que presiona un poco más para que la chica reaccione—. El señor Barnes, socio principal, insistió en que me presentara ante ella.

Gianna decide que, como Tatiana tarde más días en volver, dimitirá de su cargo. Ni siquiera pedirá un cambio, simplemente se irá a trabajar con la competencia porque no le compensa tener que hablar con Diane a diario ni aguantar sus miradas de hartazgo cuando a esa mujer —que parece que siempre está lista para cortar una cabeza— no le gusta que la interrumpan, pero sabe que un socio está por encima de su jefa, por lo que no le queda otra opción que levantarse y hacer lo que la chica le pide.

—Espera un momento. —Camina hacia el despacho de la reina Ranavalona I de Whitestone mientras lo dice y da dos toques a la madera a la vez que se endereza.

—Pasa. —Gianna siente un escalofrío al escuchar su voz. Tatiana dice que exagera, pero no puede evitarlo.

—Señora Carter, Cassidy Collins está fuera esperando hablar con usted. —La secretaria baja la mirada cuando nota la vena marcada en el cuello de su jefa—. La ha enviado…

—Déjala entrar —la interrumpe Diane sin mirarla, con los ojos puestos en la pantalla de su portátil.

La secretaria se gira con rapidez, da un par de pasos hacia fuera e intenta esbozar una sonrisa amable mientras le hace un gesto hacia dentro del despacho.

—Gracias. —Cassidy pasa por su lado y entra en la oficina.

Lo primero que ve la becaria es el gesto hostil en el rostro impecable de una mujer sofisticada. Cassidy no puede determinar todavía el color exacto de sus ojos porque, según se mueve hacia ella, lo que creyó que eran azules se van convirtiendo en dos pozos oscuros. Hay una elegancia innata en ella, en la forma en que mantiene ligeramente levantada la barbilla dejando ver un cuello pálido y tentador. La postura erguida y las manos planas sobre su escritorio le dicen a la chica que es una mujer que controla hasta la forma que tiene de respirar, pero lo que realmente impacta a las dos por separado es la electricidad en el aire. Esa fracción de segundo en el que el aire cambia y ambas se pierden un instante en sus miradas, el pulso ralentizado de sus corazones y en un calor familiar, y a la vez tan desconocido.

Diane siente una presión incómoda en el pecho que la hace parpadear dos veces.

—Señora Carter, soy Cass…

—Sé quién eres. —A Diane no le gusta perder el tiempo escuchando cosas que ya sabe—. Lo que no sé es qué haces aquí.

Cassidy se queda un instante sin palabras, aunque le encantaría mandar a la mierda a su nueva jefa de inmediato. Intenta serenarse, quizá Diane está teniendo un mal día, pero a la chica le cuesta hacerlo con esa mirada beligerante clavada en su cara.

—Mis prácticas comienzan hoy. —La firmeza en la voz de Cassidy hace que Diane sufra un leve tic en el ojo izquierdo—. Samuel Barnes me ha pedido que me presente ante usted.

—La furcia de Samuel. —El susurro es tan bajo que se convierte en un sonido casi inaudible.

Cassidy no está segura de haberle entendido, tiene que estar equivocada, desde luego su nueva jefa no puede haberla llamado puta.

—¿Perdone? —la becaria se detiene frente al escritorio con el entrecejo contraído.

La línea de mandíbula en el rostro perfilado de Diane se marca de una manera preocupante cuando empieza a ponerse de pie para luego estirar la mano sobre el teléfono que tiene sobre la mesa. Antes de levantar el auricular, escruta el rostro de Cassidy y desliza su mirada al atuendo que lleva puesto. Le parece que tiene un gusto espantoso con esa camisa floreada que apenas tapa el gran pecho que sabe que esconde.

Dirige sus ojos azules a los verdes de la nueva becaria.

—Entrar en mi departamento por recomendación de alguien no te hace inmune. —La mujer apenas mueve los labios—. No tolero errores, no premio el esfuerzo porque es tu trabajo y no me interesa si tienes un problema. Sea cual sea, no quiero saberlo porque estarás fuera de aquí ese mismo día.

Levanta el auricular e ignora a Cassidy como si no significara nada.

—Dile a Thompson que la señorita Collins ya está aquí. —Mientras lo dice, aprieta el puño libre con fuerza—. Lo esperará fuera de mi oficina, él ya sabe lo que tiene que hacer.

Diane cuelga la llamada esperando que su supuestamente eficiente secretaria haga lo que le ha pedido y se sienta para seguir revisando la documentación de la empresa Gales que ahora tiene que examinar personalmente.

—Señorita Collins, en Whitestone no nos gusta perder el tiempo. —Diane no la mira, empieza a teclear algo con gesto concentrado—. A no ser que tenga usted el día libre, le aconsejo que salga de mi despacho, espere que su responsable directo venga a recogerla y empiece a trabajar.

Cassidy tiene que hacer un esfuerzo titánico para no insultar a la mujer frente a ella. Su expresión es tan arrogante que parece que ser amable o educada le causara un severo dolor crónico, pero lo que más le molesta es que a su nueva jefa —con ese rostro increíblemente atractivo— le da igual lo que pueda pensar sobre ella. Toma una respiración, no puede desaprovechar esta oportunidad, no quiere decepcionar a Payton ni a Samuel, pero mucho menos a la niña de nueve años que vive aún en su interior y a la que le prometió que sería alguien en la vida. Alguien importante.

—Que tenga un buen día, señora Carter —se limita a decir Cassidy y cuando no obtiene respuesta, se gira para salir del despacho.

Y aunque las dos lo nieguen internamente, saben que hay algo en ese momento que acaba de ocurrir que cambiará el curso de sus existencias para siempre.

Capítulo 3

Cassidy atraviesa el pasillo mientras camina junto a Jason Thompson, quien se ha presentado como el responsable de equipo del departamento de desarrollo de Whitestone —directamente por debajo de Diane— y el que debería encargarse de darle la primera formación para que empiece sus labores como becaria.

—Tenemos tres objetivos principales: prospección de clientes, propuestas y negociación de contratos —Jason toma asiento detrás de su mesa y le hace un gesto a Cassidy para que lo imite—. La coordinación interna es fundamental, así como el trabajo con la gente de marketing. Aunque somos dos áreas separadas, nuestro esfuerzo es conjunto para ofrecer el mejor servicio.

A Cassidy siempre se le ha dado bien leer a las personas. Lo aprendió siendo una niña y lo perfeccionó mientras se convertía en una mujer adulta, y no puede evitar pensar que Jason le parece el típico adulador capaz de vender a su propia madre por recibir una palmada en el hombro o un aumento de sueldo. Tiene claro que está siendo radical, pero su don no le ha fallado nunca, así que duda de que se esté equivocando.

—Clara Fitzgerald dirige marketing, así que la verás mucho en nuestras reuniones y a menudo te tocará colaborar con ella.

Jason se gira para teclear en su ordenador y de inmediato la impresora que está al fondo de su despacho empieza a emitir un sonido. Mientras se pone de pie para recoger las hojas, Cassidy se hunde en la silla porque lo que tenía que ser un día prometedor se está convirtiendo en una soga larga que siente tensarse alrededor de su cuello según pasan las horas. Solo espera que esa tal Clara no comparta el mismo palo que su jefa parece tener metido en el trasero.

—Hacemos algunas tareas diarias que son bastante repetitivas, pero necesarias —el hombre hace un gesto de vacilación mientras le

entrega los documentos—. Te he preparado este dosier con tus asignaciones.

Cassidy coge los papeles, baja la mirada y sus dedos se crispan sobre ellos. Las funciones a las que Jason se refiere van desde mantener la cafetera llena —«la chica del café»—, darle soporte cuando lo necesite —«hacer todo el trabajo que a su responsable le dé pereza»—, asistir a las reuniones junto a él —«ejercer como su secretaria personal»— y ser el puente comunicativo entre el equipo y Diane Carter —«darle la cara a la bruja cuando algo salga mal y Jason no pueda llevarse los méritos».

Su mirada sigue clavada en las letras, releyendo cada punto. Tal parece que la doble titulación en administración empresarial y marketing que tanto esfuerzo le costó no servirá de nada mientras trabaje para esta compañía.

—Bienvenida a bordo, Cassidy —Jason expande su sonrisa más radiante y ella lo mira como si tuviera algo desagradable pegado al rostro, pero tiene que disimular como puede—. A las tres de la tarde tenemos que hacer una presentación a Diane de una estrategia que llevamos preparando varias semanas.

Ella asiente y se levanta cuando él mueve la mano haciendo una señal para que lo siga. Unos segundos después, una zona muy iluminada con varios ordenadores alineados en dos filas se abre ante ella. Lo primero que nota Cassidy es el gesto concentrado e incluso temeroso de los que están sentados trabajando sin despegar la mirada de las pantallas, tanto que cuando Jason carraspea para llamar su atención, nadie parece escucharlo.

—Gente, esta es Cassidy Collins, nuestra nueva compañera.

Anuncia el responsable del equipo y solo dos personas parecen mostrar sonrisas sinceras. Los otros la miran, levantan la mano y siguen a lo suyo.

—Tanya, que Cassidy vea en lo que estamos trabajando para que pueda ponerse al día —le pide Jason a una chica que parece hasta arriba de trabajo, pero que asiente de igual manera y clava sus ojos oscuros en ella.

—Coge esa silla —señala una detrás de ella—, y siéntate aquí a mi lado.

Tanya —una mujer afroamericana que aparenta unos treinta años — que se identifica como analista intermedia de negocios, le deja

espacio a Cassidy para que pueda tener una buena visual de la pantalla, que está llena de gráficos y colores.

—Esa es una muy buena proyección —Cassidy entrecierra la mirada mientras se inclina hacia los datos—. Si esto se cumple, el retorno será excelente.

Tanya gira el cuello y en su rostro aparece una expresión de asombro.

—Vaya, chica —dice mientras mueve la cabeza—, y se supone que eras una becaria sin conocimientos.

Cassidy encoge los hombros; tampoco esperaba que la presentaran como una experta.

—Aunque tampoco me sorprende —Tanya se acerca y convierte su voz en tono conspirador—. Jason cree que es el único con el conocimiento suficiente en este departamento. A veces creo que piensa que está por encima de Diane.

Cassidy siente un cosquilleo en el pecho y se lleva la mano a esa zona de la piel. No quiere darle muchas vueltas al asunto, pero después del desagradable encuentro con su jefa, ha oído su nombre dos veces y ha sentido esa especie de vacío que no sabe cómo catalogar, así que lo empuja hacia el lugar donde guarda aquellas cosas sin sentido que experimenta en su vida.

Decide que su nueva compañera le cae bien: es abierta, no teme dar su opinión de forma discreta y parece no molestarle la presencia de Cassidy.

Las horas que pasa junto a Tanya son enriquecedoras. La chica le explica cada cosa que hace, el motivo y la metodología que usa el departamento para definir el alcance en cada proyecto que analiza, de modo que el cliente se sienta cómodo en medio de una posible negociación y acabe firmando con ellos.

Luego bajan juntas a comer a la cafetería que tiene el edificio en la primera planta y Tanya se asegura de que sepa quién es quién en los primeros minutos tras ocupar una mesa.

—En aquella mesa se sientan los de informática —señala con la barbilla mientras vierte una buena cantidad de salsa ranchera a su ensalada—. Y estos que ves en primera fila son los de Recursos Humanos, que a veces se mezclan con los de dirección.

Cassidy barre el comedor con la mirada y su mente —que a veces va por libre— se pregunta en qué mesa se sienta Diane Carter

—Los de formación, finanzas y jurídico —continúa Tanya, y Cassidy lo agradece porque su cabeza ya empezaba a entrar en bucle —, por alguna razón siempre se sientan allí al frente. Los responsables de área son aquellos —esta vez hace un movimiento seco con la cabeza—. Jason siempre se sienta en la esquina como si presidiera la mesa; los socios y altos cargos comen fuera de aquí. Ya sabes, no se mezclan con los de abajo.

La nueva becaria asiente y tiene entonces claro que jamás verá a su jefa allí. Se siente aliviada, porque personas como Diane son de las que quieres mantener lejos, y antes de que ni siquiera pueda preguntar, Tanya se lo confirma.

—La mayoría de las veces me voy al parque que está a dos manzanas —bebe un sorbo de una bebida naranja que Cassidy no tiene ni idea de qué es—. No quiero asustarte en tu primer día, pero trabajar en desarrollo de negocios puede ser muy agobiante, sobre todo teniendo a Carter a la cabeza.

Cassidy mastica su sándwich de atún con calma mientras comprende que su compañera ha hablado suficiente y que ahora se ha quedado callada para que pueda lanzar todas las preguntas que le cruzan la mente.

—Esta mañana he ido a su oficina y ha sido un poco…

—¿Zorra? —Tanya lo dice en voz baja mirando de reojo, porque aunque todo el que la conoce siente una gran animadversión hacia su jefa, ella no sabe quién está dispuesto a hacerle la pelota a esa encarnación del demonio.

—Maleducada y una completa imbécil —Cassidy no ha podido frenar su lengua, y la respuesta de Tanya es soltar una carcajada que hace girar algunas cabezas.

—Joder, chica, necesitaba una compañera como tú —la morena asiente con la sonrisa aún en los labios—. La has calado a la primera, aunque seamos honestas, ¿quién no lo haría? Llevo tres años trabajando para ella y jamás me ha mirado a la cara más de dos segundos. Creo que ni siquiera sabe mi nombre. Solo habla con el responsable de equipo, y ese hasta la semana pasada era Levi Hall, que por supuesto echó a la calle sin parpadear. Ahora Jason es quien se reúne con ella, pero hemos hecho apuestas sobre hasta cuándo aguanta, porque la realidad es que ha llegado hasta donde está endosándole el trabajo a todo el que puede.

Tanya la mira como si sintiera un poco de pena por ella, y es que Cassidy ya ha confirmado que su responsable la ha elegido para hacerle de burro de carga y a la vez de escudo con su jefa.

Terminan de comer y ambas mujeres vuelven a la planta tres. Tanya le explica algunos puntos de la presentación que se llevará a cabo esa tarde y la importancia que tiene ese cliente para Whitestone, porque la empresa no solo tiene sede en los Estados Unidos, sino también en México, Canadá y Brasil.

Ciertamente Cassidy no tiene experiencia, pero acaba de terminar la carrera, por lo que en su cabeza existen conocimientos frescos, y además toda la parte de análisis, propuestas de valor y gestión de crisis se le da bastante bien. Eran los temas por los que apenas tenía que estudiar en la universidad, porque sorprendentemente su cerebro sabía manejarlos sin dificultad.

—Te irá bien aquí —Tanya le aprieta un brazo cuando deciden levantarse y caminar hacia la sala de juntas.

—Mi objetivo es trabajar en marketing —Cassidy se siente lo suficientemente cómoda con su compañera para hablar de estos temas—. Es lo que me apasiona de verdad. Siempre he soñado con llevar grandes campañas empresariales.

Tanya arruga las cejas mientras la escucha.

—Normalmente los apasionados del marketing quieren trabajar en agencias, no en consultorías —giran hacia un pasillo y la morena le señala con la mano la puerta en la que deben entrar.

—Nunca me he sentido atraída por las campañas genéricas —explica Cassidy, y automáticamente baja la mirada para confirmar que su ropa está libre de manchas, camisa metida en los pantalones y pocas arrugas—. La estrategia y la comunicación comercial interna me parecen más poderosas.

Se escuchan voces detrás de ellas y, sin duda, el sonido característico de los tacones de Diane golpeando el suelo por el que pasa. Cassidy —a diferencia de Tanya— no la reconoce por eso, jamás la ha escuchado caminar, pero de alguna manera sabe que es ella. Hay algo que flota en el aire, algo enigmático que huele a madera seca y almizcle frío. Oscuro, intenso y dominante.

—Buenas tardes, Diane —Tanya la saluda sin vacilación en la voz y mirándola a la cara.

—Buenas tardes —su jefa contesta con un siseo, sin mirar a nadie, con la barbilla levantada.

Detrás de Diane, Jason camina como un cachorro recién entrenado con el ordenador bajo el brazo y gesto solemne dibujado en su rostro.

Cuando Cassidy se mueve con la intención de entrar a la sala, Tanya la sujeta suavemente.

—Nunca le digas señora —le advierte en un susurro—. No lo soporta, y dicen que llegó a despedir a algunos que la llamaron así.

«Señora Carter».

Cassidy recrea con perfecta claridad el momento en que se presentó ante su jefa y, si es verdad lo que dice Tanya, se ha salvado de ser despedida en su primer día, o Diane sencillamente lo hará más adelante.

—El CEO de Tecnologías Alalu espera que con nuestra propuesta la empresa pueda aumentar un 25 % en su facturación respecto al año pasado —Diane no se ha sentado; se mantiene de pie frente a su silla con una mano puesta en el respaldo—. Jason, enséñame los datos.

El hombre se pone de pie y, aunque lo hace con aparente seguridad, Cassidy nota cómo los labios le tiemblan ligeramente.

Jason se coloca junto a la pared del fondo y, con una imagen que se proyecta a su lado, empieza su discurso sobre alcances, estrategias y planes. En algunos momentos dice «nosotros», involucrando al equipo, aunque la mayoría de las veces él es el protagonista.

—He hecho un análisis… Modifiqué el llamado a la acción… Según mis apuntes… Yo hice…

Y así Jason ha estado siete minutos exactos con una verborrea yoísta insoportable que todos los presentes han tenido que aguantar, pero Cassidy lo escuchaba de fondo, amortiguado, porque ha invertido su tiempo en escrutar a la mujer de mirada altiva que sigue en la misma posición al otro lado de la sala. Diane tiene esas dos piedras de topacio clavadas en la presentación, no en Jason; a él lo ignora deliberadamente. De hecho, hay momentos en que aprieta la mandíbula tanto que la línea que se le marca es demasiado evidente, o sus dedos sujetan con tanta fuerza el respaldo que sujeta que se le vuelven blancos. Le parece fascinante a la vez que repulsiva: una mujer fría que no baja la mirada ni siquiera para ver por dónde camina.

—Thompson —apenas mueve la boca cuando el sonido inunda la sala. Jason se calla y pone ambas manos detrás de la espalda—. Me

cuesta comprender cómo es que haremos que Alalu cumpla sus expectativas si vamos a gastar en la estrategia, según tu análisis, un 32 % del presupuesto sin contar lo que marketing tiene estimado.

Deja unos segundos para que el responsable entienda la duda, pero el hombre parece completamente perdido. Frunce el ceño, se inclina hacia el portátil y empieza a buscar datos en un documento que abre.

Diane hace una respiración profunda mientras tira de la silla con cuidado y se sienta en ella. A Cassidy le recuerda la figura de una reina del siglo pasado, subida en su trono, lista para dar una orden cruel.

Jason se incorpora y se aclara la garganta.

—Esta parte la trabajó el equipo y…

Diane levanta una mano de la mesa; es casi imperceptible el gesto, pero hace que no diga nada más. Gira el cuello y pasea la mirada por la zona izquierda, justo donde está Tanya, y Cassidy puede jurar que sus ojos se han detenido por un instante en su rostro, aunque con la misma rapidez los aparta, lo que la hace pensar que quizá se trata de algo que se ha imaginado.

Su compañera se pone de pie y con tranquilidad toma la palabra.

—El 32 % es el estimado total de la inversión de Alalu, incluyendo marketing y un pequeño margen que nos permitirá movernos con mayor facilidad sin tener que decirle al cliente que necesitamos más dinero —corrige Tanya. Por lo visto, Jason no sabe ni leer un informe —. Cuando el departamento de Clara nos confirme los datos, podremos dar una versión final; sin embargo, estimamos que estará por debajo del 29 %.

Diane hace un pequeño movimiento en su rostro que hace que su ceja izquierda se eleve y sus ojos tengan un ligero brillo. La mujer asiente una vez hacia Tanya y se pone de pie.

—En media hora quiero en mi correo el informe con la corrección —la forma en que Diane dice la última palabra es casi como si estuviera hundiendo un cuchillo en el pecho de Jason—. Buenas tardes.

Se gira y sale de la sala dejando una estela de perfume que obliga a Cassidy a olfatear como un perro de caza.

—¿Vamos? —Tanya la mira desde arriba con la cabeza inclinada.

Se levanta para seguir a su compañera con una verdad incómoda taladrándole la cabeza. Cassidy no es de las que se mienten a sí

mismas, no va con ella, por lo que asume en este mismo momento —y para su desgracia— que se siente atraída por la insufrible Diane Carter.

Capítulo 4

No es habitual que en Los Ángeles llueva en octubre. El clima suele ser más bien seco y durante el día el calor aprieta. Hoy cae agua del cielo a mares y Diane no puede evitar que su cuerpo se tense.

Está de pie junto a la ventana de su despacho mirando cómo la gente corre haciendo un patético intento por no mojarse. Siempre ha pensado que bajo la lluvia es donde se puede detectar con facilidad quién tiene la vida controlada y quién está roto por dentro.

—No puedes estar aquí, interrumpes el paso de los clientes.

La voz salió seca y una Diane bastante más joven levantó la mirada. Se llevó la mano a la cara para apartar los mechones pegados a su piel porque en Portland hacía dos días que no salía el sol y ella se pasaba las horas bajo las marquesinas evitando mojarse para no acabar enferma.

Cogió la pequeña maleta por el asa y se movió unos metros más adelante. Una de las ruedas no funcionaba bien, se había enganchado con algo y cuando ella intentó arreglarlo, lo empeoró. Fue entonces cuando la voz se metió en su cabeza: «El mundo te va a tragar y volverás suplicando por algo que no te vamos a dar». Tragó saliva y se colocó al lado de un portal. Tenía un gran toldo y ahí podría estar a resguardo un rato más. Solo esperaba que nadie saliera a echarla de ahí porque si no, ¿adónde iría? Estaba agotada.

Se toca la pulsera que lleva puesta en la mano izquierda, una de oro blanco de dieciocho quilates con una sucesión de eslabones casi invisibles que sostienen una hilera continua de diamantes que vale lo mismo que lo que gana en un año un empleado novato de Whitestone. Para Diane es más que una pieza de alta joyería, es el recordatorio de quién fue y de quién es ahora. De lo que ha logrado a lo largo de los años haciendo los sacrificios necesarios que han incluido un pacto irrompible con la soledad.

Baja la mirada de nuevo hacia la ciudad, ve cómo una mujer camina erguida casi deslizándose por la calle con un gran paraguas de color negro que la cubre con elegancia mientras saca de un discreto bolso que cuelga de su hombro lo que parece el mando a distancia de un costoso coche eléctrico en el que se detiene. En la acera de enfrente, un hombre que viste un traje que a leguas se ve barato corre torpemente con un periódico doblado en la mano con el que intenta protegerse del agua. Dos personas, un mismo instante, pero situaciones completamente diferentes. La mujer que tiene la vida controlada y el hombre, roto.

—Diane —una voz femenina la saca de sus cavilaciones absurdas —. Clara te está esperando.

Tatiana Jordan —la asistente personal de la jefa del departamento de negocios— se ha reincorporado esa mañana a su puesto haciendo que Gianna vuelva a respirar con normalidad y que Diane sienta que puede volver a delegar trabajo en alguien competente.

—¿Tiene la presentación preparada?

Pregunta a la vez que coge el reloj que ha dejado sobre la mesa y se lo coloca en la muñeca derecha —contrario a la forma en que la mayoría de las personas lo usa— para después comprobar la hora. Se da cuenta de que ha estado más tiempo frente a la ventana del que habitualmente se permite y aunque sabe que es por la maldita lluvia prefiere alejar esos pensamientos.

Diane Carter no es una mujer precisamente desorganizada; ella necesita tener el control de todo lo que pasa a su alrededor, incluyendo cada paso que da. Por eso tiene ciertas rutinas muy marcadas que nunca —o casi nunca— se salta, como la de levantarse de su silla varias veces al día y quitarse el reloj de la muñeca para abstraerse durante cinco minutos mientras mira desde su despacho en la planta tres cómo el mundo sigue girando pase lo que pase.

—Lo tiene todo listo —Tatiana le abre la puerta y se hace a un lado antes de seguirla por el pasillo—. Te he movido la reunión con finanzas para las cuatro. Te dará tiempo de comer fuera y hacer la videollamada con la gente de Gales.

Diane la escucha mientras recorre los pocos metros que la separan del despacho de la directora de marketing con la que tiene que discutir la estrategia final de un proyecto conjunto, pero para llegar hasta allí tiene que pasar por en medio de las hileras de ordenadores ocupadas por el personal que trabaja para ambos departamentos. Si

se escuchaba un pequeño murmullo, desaparece en el mismo momento en que Diane hunde sus tacones contra el suelo enmoquetado mientras atraviesa la zona. Todos desvían la mirada y la clavan en sus pantallas. Otros fingen tener una llamada telefónica e incluso ve cómo uno de ellos corre a ocultarse tras la gran impresora. Todos le parecen patéticos, todos menos ella.

Cassidy Collins camina hacia Diane con una seguridad irritante y cuando sus miradas conectan, la becaria se endereza pareciendo más alta de lo que es, pero lo que más le molesta es que no le aparta la mirada, se la sostiene incluso cuando pasa muy cerca de ella y sigue su camino como si no tuviera miedo de su jefa.

—He repasado con Cassidy la asignación que le ha entregado Thompson —Tatiana vuelve a traerla a la realidad, como siempre, justo antes de entrar al despacho de Clara y aprovechando que se han cruzado con la chica—. Haré un seguimiento; ha delegado la responsabilidad en Tanya Baker.

—Inútil —escupe Diane refiriéndose a Jason, y empuja la puerta. Dentro, Clara está revisando una documentación con el ceño fruncido—. Tengo diez minutos, así que comienza ya.

La mujer detrás del escritorio se toma unos segundos antes de quitarse las gafas y levantar la mirada.

—Y yo cinco, pero ambas sabemos que aceptar una propuesta de este tipo toma al menos una hora, así que ponte cómoda —le señala la silla mientras observa cómo la vena del cuello de su homóloga se marca evidenciando su furia—. Tatiana, por favor, ocúpate de las llamadas de Diane mientras discutimos la estrategia.

La asistente asiente y tiene que controlar una sonrisa traicionera que se va dibujando en sus labios. En los cuatro años que lleva trabajando para «la Cobra», como a menudo llaman los empleados a Diane, no ha visto a alguien llevarle la contraria ni exigirle algo sin esperar su consentimiento, salvo a Clara Fitzgerald. Tatiana le tiene cierto aprecio a su jefa; con ella es menos bruja básicamente porque la chica le ha demostrado ser diligente y una persona en quien confiar, entonces la mujer ha dejado de tratarla con la punta del pie, aunque cuando eso ocurrió causó tal revuelo en la planta tres que incluso se hizo enemigos porque muchos la tildaron de traidora y de ser la mano derecha de la reina del terror.

—Llámame si necesitas algo —Tatiana se despide y cierra la puerta para darles privacidad.

—Antes de comenzar —Clara le pone una hoja delante y la señala —, debo decirte que la nueva becaria es una caja de sorpresas.

Diane siente una tensión repentina en la garganta como si Clara la estuviese asfixiando con las dos manos.

—Ha revisado la propuesta Gales. Ha visto un dato que hemos incluido, que es irrelevante y juega en nuestra contra —Diane lee cada punto que hay escrito en el papel mientras escucha a Clara—. Si eliminamos ese porcentaje y ponemos en su lugar la estimación del próximo trimestre, el cliente estará tranquilo y nosotros podremos cobrarle una comisión más alta cuando acabe el año.

La jefa de negocios siente cómo el ojo izquierdo se le mueve de forma involuntaria. La primera vez que le pasó, estaba en medio de una discusión y sintió que acabaría desplomada en el suelo víctima de un ictus. Ahora —muchos años después— ha asumido que le ocurre cuando su cerebro hace un cortocircuito provocado por una profunda irritación mezclada con la ira más visceral.

—¿Quién le ha dado acceso al proyecto? —suelta la hoja sobre la mesa como si fuera un pedazo de basura que ha tocado sin quererlo —. ¿Y por qué coño ha venido a ti? ¿No se ha enterado de quién es su jefa?

Clara junta las manos bajo su barbilla y se apoya en ellas con tranquilidad.

—Asumo que quien le ha dado acceso ha sido el responsable de tu equipo, Jason Thompson, y créeme, Cassidy tiene muy claro quién está sobre ella —el ojo de Diane estallará en cualquier momento—, pero eso no es lo relevante aquí, sino que la chica es buena. Sabes que las formaciones universitarias me dan bastante igual y que en su currículo ponga que tiene un doble grado es intrascendente para mí; de hecho, su nota de salida es más bien mediocre, pero lleva dos días con nosotros y ha detectado ese error antes que cualquiera y, además, me ha dado unas buenas recomendaciones para incluir en la presentación de pasado mañana.

—No —zanja Diane sin dar más explicaciones—. Vamos a comenzar con la revisión: como te dije, tengo diez minutos y solo te quedan cinco.

Clara suspira dando por perdida —una vez más— la tentativa de conversación con Diane. Sabe que tiene buen ojo para detectar a los empleados mediocres entre los buenos, pero también tiene un problema muy grave en algunas ocasiones: cuando le imponen algo,

ya no ve nada con claridad. Su mente se nubla entre la amargura y la indignación, y no es capaz de mirar un poco más allá, como le está pasando con Cassidy Collins, a quien no hay quien le saque de su cerrada mente que está en Whitestone, trabajando en su departamento, únicamente porque está segura de que se acuesta con Samuel Barnes.

La reunión dura treinta minutos en los que ambas mujeres se sumergen entre gráficos y detalles que no cualquiera es capaz de analizar. Cuando terminan, están satisfechas salvo por algunos cambios que tiene que hacer el equipo. Una vez los lleven a cabo, al día siguiente harán una reunión conjunta entre los dos departamentos para la aprobación final. Este no es un proyecto nuevo ni complicado, pero sí de un cliente que quieren conservar porque llevan años trabajando con él y las ganancias que le generan a la consultoría son bastante buenas.

Clara Fitzgerald y Diane Carter son consideradas miembros de la directiva en segundo nivel de Whitestone, lo que significa que por cada cliente que captan o conservan, ellas se llevan un porcentaje que se suma a un salario anual nada deleznable. Por eso —entre otras cosas, como ser mujeres— varios personajes quieren apoderarse de sus puestos, ya que dirigir esos departamentos les confiere estatus, respeto y una pequeña fortuna que, para ser trabajadoras y no dueñas, es más que razonable.

—Avísale a Tatiana la hora de la reunión de mañana —Diane se pone de pie con la intención de marcharse a su despacho, pero como siempre la voz manipuladoramente suave de la mujer frente a ella la hace detenerse.

—Elizabeth pregunta cuándo irás a cenar a casa.

Y por supuesto esa voz suave sumada con la petición de una mujer que debería odiarla hace que Diane Carter se sienta una tirana.

Carraspea incómoda y se cierra los puños detrás de su espalda.

—Dile que la semana que viene estaré ahí. Tatiana te confirmará el día.

Clara asiente y durante un instante ambas se miran. Como siempre, es la jefa de negocios quien aparta los ojos primero y sale de la oficina sin despedirse.

Hace el camino de vuelta con la mente abotargada. Está teniendo un día raro y vuelve a asegurar que todo es culpa de esa lluvia que no tendría que caer a comienzos de octubre en un sitio como California.

Y entonces la vida, como no podría ser de otra manera, le confirma que no tendría que haber salido esa mañana de su casa. Un cuerpo la embiste por el lateral con una fuerza tal que la persona tenía que estar corriendo para chocar con ella de esa manera. Se tambalea, pero unas manos firmes la sujetan evitando que, como poco, se parta el cuello.

—¿Estás bien?

La puta becaria.

Diane se remueve y se quita a Cassidy de encima como si tuviera una enfermedad contagiosa.

—Perdona, venía distraída y no te vi —sigue la chica.

Por alguna razón, a Diane las palabras se le atascan en la garganta cuando ese verde bosque la atraviesa como unos faros de coche en plena oscuridad y Cassidy recorre su rostro como si ella fuera una obra de arte exclusiva expuesta en el MoMA y solo unos pocos tuvieran el privilegio de mirarla.

La becaria observa el recorrido de los tres lunares que tiene dispersos por la mejilla izquierda, su nariz delicada y la curva natural de sus labios; le parece simplemente preciosa, una mujer tan atractiva que si estuvieran en un bar, no dudaría en invitarle una copa o alguna bebida que la hidrate antes de follársela en el baño.

—Mira por donde caminas —el susurro sale helado, oscuro, y antes de lanzar una amenaza, levanta la mirada y nota a todo el personal observándolas—. Si no tenéis trabajo que hacer, entonces es que sobráis en mi departamento.

Todos vuelven a lo que estaban haciendo de inmediato y cuando Cassidy gira el cuello lo único que ve es la espalda de Diane alejándose por el pasillo mientras destroza la pobre moqueta por la que camina.

—Salvada —aparece Tanya a su lado y tira de ella—. Vamos, te invito un café.

Cassidy mueve los pies, pero su mente se ha quedado en ese momento en el que ha tocado la suave piel de Diane Carter.

Siente un escalofrío porque eso que debería ser una simple atracción, en apenas dos días se está convirtiendo en una pequeña obsesión.

Capítulo 5

Cassidy ha dormido mal, incómoda, como si su cuerpo tuviera un presentimiento. Detesta sentirse así, tener esa certeza de que algo va a pasar y no saber exactamente en qué ámbito. Ha llamado a Payton nada más despertarse, su hermana está en un congreso de abogados en Houston y ha querido confirmar que todo avanza bien.

—No te preocupes, Cass —le ha dicho con el ruido de fondo de lo que parecía una ducha en pleno funcionamiento—. Vuelvo esta noche.

Luego ha llamado a Kenny —su eterno dolor de cabeza—, pero como siempre no le ha contestado, como si atender el móvil a las siete de la mañana fuera un pecado capital; luego se ha dado cuenta de que si hubiera pasado algo con él, ya se habría enterado porque es su contacto de emergencia y la persona a la que siempre llama la policía cuando Payton no está disponible.

Se detiene frente al espejo mientras pelea con el botón de la camisa que ha elegido para hoy. Cassidy tiene una delantera prominente que ha sido su cruz desde que tiene uso de razón. Tenía que arreglárselas para conseguir ropa adecuada que apenas podía comprar y durante toda su vida ha tenido que escuchar todo tipo de barbaridades o miradas asquerosamente obscenas, sobre todo de hombres que bien le podrían hasta triplicar la edad. Sin embargo, hoy con veintiocho años, le ha sabido sacar beneficios a eso que la gente considera tan atractivo y no se puede quejar de los resultados.

La tela azul la abraza con elegancia y se ciñe a su cuerpo —casi— a la perfección porque la pequeña abertura que genera la voluptuosa curva la hace parecer un tanto vulgar, así que decide agregar una prenda que siempre la salva en estos casos: un chaleco de punto, esta vez, de color blanco.

Después de darse el visto bueno, sale de su apartamento para caminar hacia su coche. Su confiable Toyota Corolla la espera bajo el sol radiante con el que ha amanecido la ciudad —a diferencia de ayer

— y enciende a la primera, regalándole a su dueña un ronroneo suave. Si no fuera por Payton, Cassidy no se lo hubiera podido comprar y, aunque es un coche que no combina en absoluto con ella, es lo que pudo adquirir en ese momento porque vivir en California, tener dos trabajos y estudiar no es posible si no se tiene un vehículo propio con el que moverse.

—¿Preparada? —la saluda Tanya cuando llega a la entrada de Whitestone Consulting Group después de conducir cuarenta minutos desde North Hollywood, saltándose el gran atasco que había en la 405.

—No estoy muy segura. —Cassidy presiona el botón del ascensor que está al final de la planta baja.

Tanya se atusa el pelo corto que hoy parece más rizado que ayer en la puerta de metal que le devuelve su reflejo mientras ladea su cuerpo para revisar que su camisa de tulipanes violetas está en perfecto estado. Ella también está nerviosa porque, a pesar de los años de experiencia y su gran conocimiento en los proyectos en los que trabaja, entrar en una reunión con Diane Carter siempre le produce dolor de estómago porque nunca se sabe de qué humor puede estar la Cobra.

Las dos compañeras caminan por el pasillo y, como siempre, Cassidy lo hace con la vista fija al frente sin reparar en los gestos de los demás. No es que sea maleducada, es un acto reflejo que aparece al estar en público porque cuando era pequeña detestaba las miradas de esas personas que parecían no despegar sus ojos de ella.

—No los mires —le dijo una vez la señora Hayes—. Tú siempre mantén la mirada al frente.

Y es lo que hace desde entonces, aunque eso a veces juegue en su contra porque no puede detectar a tiempo quién la observa o sigue sus pasos. Como ahora.

—Has causado revuelo en la oficina. —Tanya lo susurra mientras se inclina para encender su ordenador y hace un movimiento extraño con los ojos que Cassidy tarda en entender.

Intentando ser lo más discreta posible, sigue la mirada de su compañera y se encuentra con la de un hombre que aparenta unos pocos años más que ella. Es atractivo de rostro, con la mandíbula cuadrada, cabello corto y tez clara.

—Adam. —La morena ladea el cuerpo para que el susodicho no se dé cuenta de que hablan de él—. Soltero, algún rollito de oficina sin

destacar demasiado salvo por Mandy, una de las secretarias de la sexta, que se quedó un poco prendada, por lo que, desde entonces, comer con ella es un infierno cuando le da por hablar de la única noche que pasaron juntos.

Tanya acaba su detallado informe con una sonrisa de dientes blancos y un movimiento coqueto de hombros.

Cassidy vuelve a observarlo de reojo y podría decir que es de los que a ella le atraen. No es que le encanten los hombres, pero tampoco le disgustan y, después de pelearse durante años tratando de averiguar dónde encajaban sus gustos, hoy puede catalogarse como bisexual. La última vez que salió con uno —Tim, pelo negro, ojos miel y nariz de garfio— fue hace tres meses. Una cena deliciosa y un polvo satisfactorio. No lo volvió a ver, Tim era demasiado intenso: a la segunda cita, quería presentarla a su madre.

—No es mi tipo —sigue Tanya en tono conspirador—, pero si lo fuera, no dudaría en tirármelo. Dicen que tiene una buena herramienta.

Cassidy se contagia de su sonrisa. Tanya definitivamente le cae bien.

La conversación llega a su fin cuando ambas se concentran en sus obligaciones. Lo primero que hace la nueva becaria es revisar los puntos que se van a tratar en la reunión de las once de la mañana y hace varios apuntes porque vuelve a ver lo que ella considera agujeros en la presentación. Luego —y muy a su pesar— se levanta hacia la mesa de la esquina y coloca un nuevo filtro en la cafetera para preparar una tanda. Cuando confirma que las gotas oscuras empiezan a caer en la jarra de cristal, se da la vuelta con la intención de volver a su puesto, pero una voz masculina y pastosa la detiene.

—Cassidy, necesito un resumen antes de las once sobre el retorno de inversión del proyecto Alalu —Jason lo dice mientras sonríe a la pantalla del móvil sin levantar la mirada—. Tienes el archivo en el correo.

El hombre sigue su camino con tranquilidad como si pedirle tal cosa a Cassidy a las nueve y media de la mañana fuera una nimiedad.

Regresa a su puesto y se deja caer en la silla con desgana. A su lado, Tanya aprieta con los dientes un bolígrafo de color azul mientras teclea furiosa y va frunciendo el ceño. Varios segundos después, gira el cuello para observar a su compañera.

—¿Qué te ha pedido Jason? —Cassidy se da cuenta de que su curiosidad es desmedida, pero no le molesta porque pregunta directamente y no finge —como mucha gente— dando rodeos con comentarios absurdos para ver si logra enterarse de algo.

—Un resumen. —Mueve el ratón hasta seleccionar el mail que le ha mandado su jefe y se desplaza hasta abajo dándose cuenta de que el tipo le ha reenviado la tarea que le han solicitado a él—. No me lo puedo creer.

La morena se asoma a la pantalla de su compañera y pasea la mirada por el correo mientras niega con la cabeza.

—No me sorprende, es muy típico de Jason. —Encoge los hombros y rueda su silla de nuevo hasta su puesto—. No tiene ni idea de lo que hacemos aquí, se mantiene a base de resúmenes que le pide a alguno de nosotros y luego balbucea palabras medio coherentes en cada reunión. No entiendo quién coño lo ha puesto aquí y, sobre todo, cómo Diane lo ha aceptado.

A Cassidy se le tensa la mandíbula y no puede evitar pensar en Payton. Es una abogada de las que se saben la ley de memoria, que no se pierden congresos o cursos para mantenerse actualizada. Es la abogada que más casos penales ha ganado en su bufete y lleva dos años esperando que la nombren responsable de su área; sin embargo, tres hombres diferentes se han sentado en la silla que debería ser de ella durante todo ese tiempo sin tener la mitad del conocimiento que posee su hermana. Puede oler la misoginia hasta aquí al igual que empieza a detectarla en Whitestone.

La chica hace los deberes, lee con detenimiento todo lo relacionado con el proyecto, le hace preguntas a Tanya porque sabe que ella es la que más ha trabajado con este cliente y toma apuntes. Muchos. Porque Cassidy funciona vomitando todo sobre un papel y luego su cerebro se encarga de organizarlo por puntos para que ella pueda ver los flecos que siempre encuentra.

Se pone los cascos —hoy ha elegido los de diadema negros— y empieza a redactar el resumen indicando frases concretas que van directas al grano. Agrega tres recomendaciones para que la rentabilidad de la tecnológica Alalu esté dentro de los objetivos planteados y se puedan priorizar recursos a la vez que se optimizan gastos. Al final agrega las métricas en forma de gráfica circular, lo repasa todo y lo envía. No lo hace en un correo nuevo, lo hace en el mismo que Jason le dejó en su bandeja de entrada, pero marcando la

opción «responder a todos». Cassidy necesita el trabajo, además de que sabe que cualquiera de sus compañeros metería zancadillas por conseguir la oportunidad que le brindó Samuel Barnes y, si al final no logra entrar en marketing, tener a la consultoría en su currículo tiene un gran peso en positivo; pero tampoco es idiota. En apenas dos días ha podido confirmar quién sabe lo que hace, quién es un saco de mierda y quién es la bruja, y Cassidy quiere estar en el primer grupo por lo que no se dejará desmeritar por nadie.

—Voy a buscar un café. —La becaria señala la misma mesa en la que estuvo hace poco—. ¿Quieres que te traiga uno?

Tanya mueve la cabeza asintiendo casi al mismo ritmo de sus tecleos con el bolígrafo apretado entre los dientes.

Cassidy se levanta y coge dos vasos de cartón que están apilados en la esquina de la mesa.

—Hola. —La chica cierra los ojos por un segundo; parece que ese día nadie la dejará respirar. Gira la cabeza y se encuentra con unos ojos de un color casi idéntico a los suyos.

—Eres Cassidy, ¿no? —El hombre expande una sonrisa ladina—. Soy Adam Foster.

Extiende la mano y ella se la estrecha de inmediato. Adam apoya el hombro en la pared y compone una pose despreocupada que seguramente le ha hecho ganarse el aprecio de muchas mujeres mientras la observa con curiosidad.

—No nos habían dicho que venía una nueva compañera —sigue él mientras parpadea con lentitud para luego acercarse a ella en tono enigmático—, y eso aquí no suele pasar. Todo se anuncia como si se tratara del fin del mundo.

Cassidy suelta una carcajada que le destensa el cuello por primera vez en toda la mañana.

—Espero que no sea un problema. —La becaria se lleva el café a los labios y se da cuenta de que su respuesta ha dado a entender que está abierta a ligar.

Adam ladea la cabeza y se lleva los dedos al pelo para apartarse el flequillo.

—Todo lo contrario. —Levanta la comisura izquierda—. Nos alegra que estés aquí con nosotros.

De repente, el mundo parece detenerse. El sonido de las teclas, las risas ahogadas de sus compañeros y algunas conversaciones dispersas quedan completamente silenciadas, es como si alguien

hubiera presionado el botón de apagado en el mando a distancia que controla el mundo. Adam sigue sonriendo, pero el gesto se le contrae de un segundo a otro y a Cassidy le toma un instante darse cuenta de lo que ocurre hasta que las aletas de su nariz se expanden y el olor a madera seca y almizcle frío se cuela en su alma. Da una respiración profunda, alimentándose de esa oscuridad a la vez que va escuchando esos pasos que se asemejan al descenso de una prensa hidráulica.

Diane Carter hoy está enfundada en un traje entero de color negro y una camisa blanca que resalta exactamente igual que sus profundos ojos azules que ahora parecen el fondo de un cenote.

El verde de Cassidy se clava en su rostro, no porque quiera, sino porque su cuerpo ha actuado sin necesidad de recibir una orden. La mirada de su jefa apenas dura un instante porque luego se posa en Adam Foster de una manera que hace que el hombre retroceda como si fuera un niño de cinco años y, cuando vuelve a mirar a Cassidy, hay un incendio voraz que a la becaria le encantaría apagar con toda la saliva que tenga disponible.

—Thompson —bisbisea sin detenerse, y Jason —que iba a un metro de ella— abre los ojos esperando un disparo—. Si no tienes la capacidad de darle a tu equipo suficiente trabajo, entonces tenemos un problema.

Jason se convierte en un controlador aéreo, moviendo los brazos como si intentara evitar un accidente mortal. Adam desaparece de repente y Cassidy por poco bufa porque su responsable directo le parece un hombrecillo de lo más patético.

—Busca donde apuntar, tenemos la reunión —le pide en voz baja y acelera el paso para poder seguir lamiendo el culo de Diane.

La becaria se termina de un trago el café y se acerca a su mesa para entregarle el que le había prometido a su compañera, que sigue en la misma posición en la que la ha dejado hace unos minutos.

—Nos vemos luego. —Cassidy coge la libreta y echa a andar hacia la sala dos. Tanya le ha confirmado que no le toca estar en esta reunión.

Diane sabe cuándo la chica aparece, pero la ignora por completo. No solo le molesta la forma en que entró en su departamento, sino que también se dedica a coquetear con otros trabajadores, pero lo peor es la forma en que le sostiene la mirada, cómo parece retarla en todo momento y cómo sus propios gestos no surten efecto como en el

resto del mundo, porque Diane ha visto tambalearse a directivos frente a ella con una sola subida de ceja.

No a Cassidy, y eso la tiene iracunda.

—Esta es la propuesta final que se le entregará a la directiva de Gales. —Clara Fitzgerald encabeza la mesa y empieza la reunión. Proyecta en la pantalla una de las páginas principales de la presentación—. Se ha revisado y el cliente la tendrá en sus manos la próxima semana.

La directora de marketing va pasando cada una de las diapositivas y explica los cambios que se le han hecho al terrible trabajo que hizo Levi Hall. Nadie dice nada a pesar de que Clara va preguntando si alguien tiene algo que aportar, pero las siete personas que hay dentro parecen estar muertas porque apenas se les ve respirar.

Cassidy se muerde el interior de la mejilla y su pierna empieza a moverse bajo la mesa. Hay unos porcentajes, dos para ser exacta, que —bajo su criterio inexperto— no deberían estar en esa propuesta y, aunque sabe que no debería, le pican los labios de necesidad por abrirlos.

—Jason, ¿algo que agregar?

El hombre parpadea y el silencio dura un segundo. Luego sonríe y niega con la cabeza.

—Está perfecto, Clara, creo que hemos hecho un buen trabajo.

«Hemos».

Zoquete.

—Si todos estamos de acuerdo —Clara apaga la pantalla y Diane se levanta de su silla—, podemos dar por…

—Clara, perdona —interrumpe Cassidy, y de reojo ve esa vena en el cuello de su jefa que la becaria desearía poder lamer—. En la diapositiva tres y cinco, hay un número concreto que le ofrecemos al cliente casi como una promesa y es algo que no depende del todo de nosotros, sino de cómo fluctúan sus acciones.

Jason de repente está pálido; Cassidy se da cuenta porque el hombre carraspea y ella se gira para mirarlo. Parece que ha visto al mismísimo demonio reclamando su alma y en parte lo entiende porque Diane Carter tiene una expresión de querer salir de esa oficina, asegurar la puerta y quemar el edificio.

Clara es otra cosa; el gesto de sorpresa la invade y vuelve a encender la pantalla para buscar el dato al que se refiere Cassidy.

—Ahí. —La becaria se levanta y señala el porcentaje—. Cuando el cliente vea estas cifras…

—Cuando las tenga en sus manos, sabrá que está firmando con alguien que lo va a respaldar —Diane sisea como la Cobra que es, clavando sus dos piedras azules en el rostro de la chica.

—Seguramente aceptará la propuesta, pero también estaríamos jugándonos nuestra credibilidad —a estas alturas, seguro que Jason Thompson se ha cagado en los pantalones—. No solo lo perderíamos de nuestra cartera, sino que existe una probabilidad alta de que en su círculo profesional cuente cómo Whitestone no ha cumplido lo que ha prometido y esa gente no quiera trabajar más con la consultoría.

—Siempre cumplimos lo que prometemos —Diane ahora apoya ambas manos en la larga mesa.

Cassidy ladea la cabeza y sabe que debería callarse, pero no lo hace.

—Si la bolsa se desploma, dudo que pueda cumplir con esos números.

Diane da un golpe seco a la madera con el puño mientras su rostro se tuerce de furia. Clara respalda la versión de Cassidy, pero decirlo en voz alta sería desacreditar a Diane frente a todos y eso jamás lo haría; se lo dirá en privado. Está a punto de hablar cuando la voz seca de su homóloga inunda la sala.

—Sal de esta sala y recoge tus cosas. —Diane apenas mueve los labios—. Estás fuera.

Cassidy se queda congelada durante lo que parece una eternidad hasta que logra entender lo que ha sucedido. Levanta la barbilla y camina por un lateral hasta llegar a la puerta, tira de ella y desaparece.

Nadie dice nada y Clara —que la conoce muy bien— la observa con curiosidad silenciosa.

—Tatiana, avisa a Recursos Humanos y que gestionen la salida de Collins. —Se alisa las solapas de la chaqueta mientras intenta calmarse—. Clara, ven a mi despacho.

Diane Carter sale hecha un basilisco de la sala, con la mandíbula tensa y el cuello dolorido por la presión.

Lleva quince años dirigiendo el departamento con puño de acero, trabajando más horas que nadie y estudiando a cada cliente que pasa por sus manos para no cometer errores. En todo ese tiempo, pocos se han atrevido a lo que acaba de hacer la becaria porque Diane se

equivoca como todos los humanos, pero no de esta manera, y mucho menos acepta que alguien le hable de esa forma como si tuvieran algún poder sobre ella.

Aprieta los puños porque sabe que lleva distraída unos días y se niega a aceptar el motivo, ni siquiera lo piensa. Lo único que le pasa es que está cansada, hace años que no se toma vacaciones ni se ha relajado como quizá necesita.

No tiene nada que ver que su caos mental haya comenzado en el momento exacto en que Cassidy Collins entró en su despacho.

Capítulo 6

—Cassidy, no te vayas todavía, quédate en tu puesto hasta el final de la jornada —escucha la voz de Clara a su lado mientras ella intenta entender lo que acaba de ocurrir—. Haré que alguien se ponga en contacto contigo esta noche o mañana temprano.

La becaria asiente sin saber muy bien cómo interpretar lo que le dice la directora de marketing, pero le hace caso y decide ir al baño para refrescarse la cara. Jason sale de la sala y la mira con los ojos muy abiertos, como si acabara de presenciar un crimen grotesco y no tuviera fuerzas para hablar. Cassidy solo puede afirmar que el tipo es un completo inútil, se supone que es su responsable directo y como poco debería guiarla si su desquiciada jefa decide tomar el radical veredicto de despedirla.

—Habéis acabado pronto, ¿qué te parece si vamos a...? —Tanya se detiene porque cuando gira el cuello ve a su compañera tan pálida que piensa que se va a desmayar—. Oye, Cassidy, ¿estás bien?

La chica ha vuelto del lavabo y permanece con la mirada fija en un punto invisible, aún sorprendida de la reacción de Diane. Vio en su mirada algo que no se parecía a la ira por una empleada que la corrige, sino algo que está segura que se acerca mucho a una clase de admiración que peleaba por ocultar. Entonces, de repente, los ojos azules se convirtieron en dos agujeros profundos y esos labios carnosos se fruncieron con furia.

—Diane Carter me ha despedido —logra verbalizar la becaria, y Tanya suelta un bufido rabioso y gutural.

—Hija de puta —brama la chica, aunque lo hace por debajo; ella no puede jugarse su puesto de trabajo, y si la Cobra la oyera, acabaría, como mínimo, tras las rejas—. ¿Qué ha ocurrido ahí dentro? Aunque esa mujer no necesita demasiados alicientes para echar a los empleados a la calle.

Cassidy niega con la cabeza y ahora el enfado empieza a arañarle el pecho. No es justo —como muchas de las cosas que ha tenido que vivir— porque a ella se le contrató para hacer un trabajo y su doble

titulación no es solo un papel colgado en la pared, son años de estudiar, presentar exámenes y entender que una propuesta con una promesa de retorno de inversión alta es tan endeble como un castillo de naipes. No duda del conocimiento que pueda tener Diane, asume que si está en ese cargo es porque su experiencia la respalda, pero le parece una jugada tan arriesgada que no pudo quedarse callada. Si Cassidy fuera la jefa y una becaria hiciera tal apunte, su respuesta, desde luego, no sería echarla a la calle.

—Es una auténtica zorra —escupe Cassidy sintiendo cómo el estómago se le revuelve—. Solo he hecho una observación sobre unos datos que se supone que Jason debía estudiar y no le ha gustado que rebatiera su respuesta.

Tanya levanta las cejas y suelta un silbido por lo bajo.

—Chica, has entrado con fuerza. —Le pone una mano en el hombro—. Siento que haya ocurrido, tienes mucho potencial y estoy segura de que cualquier otro jefe sabrá valorarte.

Cassidy le dice que Clara le pidió que no se fuera de inmediato y Tanya aprovecha para pasarle el contacto de un antiguo compañero que ahora trabaja en una empresa más pequeña en Santa Mónica para que le envíe su currículum por si están buscando becarios.

Las horas pasan y conforme se acerca el momento de volver a casa, va aumentando su rabia. Es algo que tiene arremolinado en el pecho y que le aprieta el cuello con una fuerza invisible. Diane Carter es una de las mujeres más miserables con la que se ha topado en toda su vida —y Cassidy se ha topado con gente muy desagradable en veintiocho años— y si cree que puede tratarla con la punta del pie como está acostumbrada, se equivoca.

Una idea empieza a formarse en su cabeza, no tiene claro si es de esas buenas que a menudo le hacen resolver algunos problemas o, como diría Payton, una catastrófica que solo empeora las cosas, pero en situaciones como esa, Cassidy entra en bucle y por mucho que lo intente, es imposible apartarse de lo que piensa.

—Fue un placer conocerte, Cassidy. —El abrazo que le da Tanya no la sorprende porque su compañera desde el primer momento ha sido tan cercana como agradable—. Este es mi número de teléfono, me encantaría que habláramos alguna vez.

Cassidy esboza una sonrisa y, aunque es amarga, al menos sabe que su paso por Whitestone le ha dejado a una posible amiga.

Cuando Tanya desaparece al final del pasillo, ella aprovecha para guardar el número en su móvil y se da cuenta de que tiene un mensaje de Kenny.

Ken: ¿Qué pasa, Cass? Siento no haber contestado, estaba en el taller desde las seis. Ben me lo ha pedido como favor.

De inmediato recuerda ese mal presentimiento con que se ha levantado esa mañana y confirma que nada tenía que ver con sus hermanos porque Kenny, por el que siempre teme, parece estar bien. Era ella misma la protagonista de la desgracia que su cuerpo estaba presagiando. Le contesta con rapidez sintiéndose miserable porque se había olvidado por completo de volver a llamar a su hermano.

Cassidy: Entonces, ¿todo bien?

Kenny tarda en contestar, por lo que ella empieza a recoger sus cosas con calma. No había llevado gran cosa a la oficina, pero sí un par de libretas, bolígrafos de varios colores y un taco de pósits en los que no puede evitar escribir cosas sueltas que le resultan importantes a lo largo del día.

La oficina queda completamente vacía casi media hora después de que Tanya y ella se hayan despedido, y Cassidy, que aún tiene el cerebro como una noria que va a máxima velocidad, decide que no va a estirar más el tiempo. Es absurdo.

Camina con la mirada al frente hasta llegar a la puerta que busca. Da dos respiraciones y se aprieta el puente de la nariz para intentar disipar la migraña que ha ido creciendo desde que salió de aquella sala y que sabe que terminará explotando una vez entre en ese despacho. Golpea la madera con los nudillos tres veces y espera con muy poca paciencia.

No sabe cuánto tiempo pasa, pero calcula que al menos un minuto, y podría pensar que dentro no hay nadie salvo por el leve sonido de los tecleos y la luz que se cuela por debajo de la puerta. Insiste una vez más, no se irá a casa sin haberlo intentado.

La puerta se abre de golpe y Cassidy ha estado a punto de dar un salto hacia atrás, pero hay algo en la presencia de Diane Carter que lejos de asustarla le genera una calma que incluso ella misma no se puede explicar. ¿Quién en su sano juicio experimentaría tranquilidad cuando un par de ojos se convierten en rayos azules capaces de reducirte a cenizas?

—¿Tengo que llamar a seguridad o te comportarás como una persona adulta y saldrás de mi vista tal y como exigí hace horas?

El sonido de su voz es bajo, incluso sereno, pero la forma en que las palabras escapan de sus labios es lo que realmente paraliza a cualquiera porque se sienten como un juramento de que si no obedeces, lo pagarás.

—Antes quiero hablar contigo. —A Cassidy ni siquiera le tiembla la voz, y la respuesta de Diane es contraer la mandíbula en un gesto que parece doloroso.

—O tienes un problema de comprensión o simplemente eres estúpida y no sabes acatar lo que se te dice —susurra Diane, y Cassidy nota la tensión en su cuello.

—Ya me has echado, ¿no? Entonces no tienes nada que perder por escucharme.

Diane hace un ruido que la becaria interpreta como una risa seca sin humor mientras aprieta la mano con la que tiene sujeta la puerta. Cassidy no sabe ni por qué ni cómo, pero desde el momento que vio a su jefa supo leerla por completo. Es como si Diane fuera completamente transparente para ella y, aunque sus gestos y palabras digan lo contrario, sabe que siente verdadera curiosidad por lo que viene a decirle.

—Me haces perder el tiempo. —Es la respuesta que da la jefa mientras cierra la puerta con calma.

Cassidy no se acobarda y evita que la madera se cierre en sus narices. El ojo izquierdo de Diane se contrae y la piel bajo su mandíbula empieza a pintarse de rojo.

—Te ofrezco un trato —se apresura Cassidy antes de que la mujer llame a seguridad—, porque cometes un fallo despidiéndome.

A Diane el corazón le palpita con fuerza dolorosa. Tiene la garganta seca y la presión de esos ojos verdes le está jodiendo la tarde. Ya ha soportado la charla no solicitada de Clara en la que le aseguraba que la chica tenía potencial, que lo único que necesitaba era una buena guía —desde luego, Jason Thompson no lo era— y una oportunidad. Normalmente, cuando toma una decisión, no lo hace a la ligera a pesar de lo que piense la gente; Diane es meticulosa y si despide a alguien tiene los argumentos suficientes —y las pruebas— de que esa persona no merece el sitio en el que está. Sin embargo, con Cassidy Collins ha sido impulsiva, ha reaccionado de una forma que no ha podido controlar y lo único que ha hecho es activar sus mecanismos de defensa en contra de lo que ha detectado como peligro.

—Te aconsejo que midas tus palabras —Diane apenas mueve los labios—, no siempre soy tan benévola.

Cassidy se lleva los dedos a la sien izquierda porque el dolor de cabeza la está matando, pero no se irá de ahí sin decir todo lo que necesita soltar.

—Un mes, sin errores. —Levanta el dedo índice de la misma mano que se ha llevado a la cabeza hace un segundo—. Si me equivoco, yo misma renuncio. Si te demuestro que has sido tú quien se ha equivocado, me quedo.

La jefa del departamento de negocios se queda callada, no porque no tenga nada que decir, sino porque no recuerda la última vez que alguien le sostuvo la mirada con esa ferocidad y sin acobardarse. Diane no se miente, está allí formando parte de la directiva de nivel dos porque se lo ha ganado, pero a su paso también ha hecho enemigos, sembrado miedo y odio. Incluso Clara, que tiene el poder secreto de hacer con ella lo que quiera, no es capaz de mantener una discusión con Diane por más de cinco minutos ni intentar convencerla de algo. Lo que tiene frente a ella, por mucho que le pique la piel al admitirlo, es la criatura más fascinante con la que se ha cruzado en la última década y media por lo menos.

Se lleva la mano a la barbilla y se da toques con dos dedos mientras alarga los segundos en ese duelo de miradas absurdo. Desearía sentarse frente a la barra de un bar y pedir una buena copa de whisky, saborearla con calma mientras deja que su mente se libere pensando en el motivo por el que una chica que no tiene nada de especial le hace tomar decisiones incorrectas.

—A eso le vamos a sumar que, después de que cometas el primer error, incluiré tu nombre en una lista negra. —Su mirada no abandona la cara de la becaria—. Solo podrás trabajar con la competencia, para que los hundas a ellos mientras nosotros seguimos cerrando contratos.

Sin duda, una tirana.

—Entonces tenemos un trato. —Cassidy extiende la mano para sellarlo a la vieja usanza, y Diane ni siquiera se mueve, consciente de que si toca a esa chica, la amenaza puede explotarle en la cara.

Como toda respuesta, se gira y cierra la puerta de su despacho, dejando a la becaria plantada del otro lado y a ella misma con la certeza de que el error más grande de su existencia lo cometerá ella.

Capítulo 7

Diane lee por segunda vez el resumen final sobre el estudio económico que ha hecho el equipo financiero a un cliente que intentan captar. No es experta en esa área, pero la entiende bastante bien y, además, si Grayson Murphy —jefe analista del departamento— es quien lo ha hecho, ella no tiene ninguna duda de que los números son óptimos. Lo que la mantiene con la mandíbula apretada y una tensión insoportable en la nuca es el análisis que ha preparado Cassidy Collins en apenas cuatro horas. Raya en una perfección odiosa, con datos estudiados con precisión, gráficas que muestran el crecimiento según la estrategia que se aplique, tres ejemplos de estas que ha considerado más eficientes y cómo vender una propuesta sostenible para que el contrato se cierre sin vacilaciones.

—Es brillante, ¿no lo crees?

La Cobra levanta la mirada y estudia el rostro de Clara Fitzgerald. La mujer está sentada frente a ella en una pose cómoda mientras la observa con un leve estiramiento de labios que le huele a burla, y esa imagen transporta a Diane a un pasado que a veces parece de otra vida.

—Brillante es una palabra muy compleja —deja caer la carpeta sobre la madera con un golpe seco.

Mueve la cabeza hacia atrás y luego intenta hacer un círculo. En momentos como estos, ese peso que lleva allí desde no sabe cuánto tiempo se convierte en un muro de hormigón armado que le cuesta sostener.

—Deberías tomarte unas vacaciones.

—Y tú deberías no meterte en mis asuntos —Diane se levanta y camina hacia la nevera que está al lado de la estantería donde tiene todos esos libros que una vez estudió durante largas noches en vela. Cuando tira de la puerta, suspira con hartazgo; en su opinión, el agua con gas solo le va bien a la ginebra y el pensamiento le produce la sensación de una navaja abriéndole la piel. Coge una botella, la abre

y la sirve en un vaso corto. Toma un sorbo y lo saborea como si estuviera en su club favorito, sentada en una esquina donde nadie la molestaba y desde donde ella lo podía ver todo.

Cuando se gira para volver a su silla, Clara la está examinando, pero no le dice lo que está pensando y el ojo izquierdo de Diane sufre un leve espasmo. La directora de marketing sabe qué puede decir en según qué ocasión, y este no es el momento ideal para mencionar algo que nada tiene que ver con lo profesional.

—En fin —Clara se levanta y se pasa los dedos por el cabello rubio recién cortado—, en algún momento tendrás que hablar con el equipo, hacer oficial la aprobación del periodo de prueba que le impusiste a la chica. Han pasado dos semanas y estarás de acuerdo conmigo en que cada una de tus peticiones, por más absurdas que hayan sido algunas de ellas, las ha cumplido sin cometer errores.

Diane chasquea la lengua y por un momento parece humana, un instante en el que muestra que ese muro que ha construido a su alrededor tiene algunas grietas por las que la becaria ha sabido entrar.

—Todavía le quedan dos semanas, así que ya veremos si sigue siendo tan brillante como dices.

—Joder, Diane. —Clara hace un gesto que le tuerce los labios—. No sé qué te pasa con Cassidy, pero parece que te has propuesto hacerle la vida imposible y…

Clara se detiene de golpe, sus cejas se arrugan y el silencio que cae entre ellas convierte el despacho en una cámara de gas. Diane puede escuchar cómo el cerebro de la mujer frente ella se mueve a toda velocidad mientras ata cabos.

—Cuando nos conocimos…

—Cierra la puerta al salir, Clara —el siseo de la Cobra interrumpiéndola impacta en el pecho de la directora de marketing —. Y te aconsejo que te dediques a lo tuyo. En mi departamento mando yo, pongo las condiciones y no permito que nadie las cuestione.

Diane desvía la mirada en un gesto al que cualquier persona que apenas la conoce pensaría que se trata de esa actitud que tanto la caracteriza cuando termina una conversación y no le interesa seguir prestando atención, pero Clara sabe muy bien que ese leve movimiento de hombros y cómo se ha llevado la mano a la pulsera

que nunca se quita le gritan que ha intentado disimular lo que sus ojos no pueden ocultar.

El sonido de la puerta del despacho cerrándose hace que Diane alce por fin los ojos y pegue su espalda al respaldo de su silla. Está incómoda y esa sensación no le gusta, sobre todo porque lleva años controlando cada aspecto de su vida para evitar sentir lo que ahora mismo hace que la piel le arda. El problema es que no sabe exactamente qué es lo que lo está causando —o no quiere asumirlo del todo—, pero necesita hacer algo al respecto porque si no acabará perdiendo la cabeza.

Se quita el reloj de pulsera, se levanta y camina hacia la ventana. Inspira el aire cargado de su despacho y clava los ojos en la calle que hoy le regala un panorama distinto. La mañana ha entrado fría, a pesar de que siguen en octubre la gente viste ropa más abrigada. Al inicio de la calle hay una mujer mayor que le recoloca el cuello de la chaqueta a una adolescente para luego pasar ambas manos por la tela quitando lo que Diane imagina que pueden ser polvo o quizá pelos de algún animal. La visión la empuja con mucha fuerza a tres décadas atrás y esta vez la tensión se instala en su espalda baja como un latigazo doloroso.

—¿Cómo se te ocurre ensuciarlo, Diane? —su madre intentaba sin éxito eliminar la mancha de helado de vainilla de la manga del abrigo—. Tenemos que devolverlo mañana a primera hora y con esto nos descontarán una buena parte del dinero.

Su padre la observaba con los ojos oscuros y ese gesto de dientes apretados que luego ella heredó con exactitud. A su lado sus hermanos vestidos de forma impoluta aguardaban sumisos —como era habitual en ellos— a que su madre acabara.

—¿Si no podemos permitirnos estos trajes, por qué simplemente no nos quedamos en casa? —Diane siempre se preguntaba lo mismo, no comprendía por qué su familia parecía vivir por encima de sus posibilidades.

Los pasos de su padre resonaron a su costado hasta que Diane olió el perfume intenso y desagradable que usaba para este tipo de eventos.

—Una buena familia siempre hace lo necesario para mantenerse en pie y a la altura de su entorno —le cogió la mandíbula con dos dedos y la obligó a levantar los ojos—. Y para eso, hay que hacer lo que haga falta. Nunca lo olvides.

Diane parpadea cuando el claxon de un taxi rompe con el recuerdo indeseado que se ha reproducido en su mente. Se gira y coge el reloj, pero decide que en vez de sentarse nuevamente, irá hacia el departamento de finanzas porque su terquedad no va a desaparecer porque una chica haga buenas propuestas. Quiere que Grayson le confirme que esos números son factibles y no producto de la imaginación de una becaria demasiado optimista.

Camina por el pasillo de la planta tres con el semblante imperturbable mientras un regocijo morboso la hace sonreír por dentro porque se da cuenta de cómo los murmullos a su paso cesan y la gente intenta pasar desapercibida para que ella no pose su mirada sobre ellos.

Cuando gira en la esquina para tomar el ascensor, por poco sus pies se detienen en seco y, si no es porque ella los obliga a continuar, está segura de que hubiera trastabillado. Samuel Barnes está allí, con un hombro recostado en la pared y la sonrisa de un niño pequeño cuando le entregan un regalo. Frente a él, Cassidy gesticula al parecer ajena a todo lo que pasa a su alrededor con los ojos fijos en el hombre.

Diane no puede describir exactamente lo que siente porque una pelota ardiendo se instala detrás de su esternón mientras mil agujas se le clavan a la vez en la nuca, pero todo empeora cuando el verde bosque la atrapa. Cassidy ha girado el cuello porque de repente algo en el aire ha cambiado. Una electricidad estática, un olor, una ola de calor que se le ha metido en los pies y ha subido hasta su cabeza, cortándole por completo la respiración. Apenas es un segundo, pero las dos mujeres se conectan como lo harían dos almas que en una vida pasada fueron una sola y ahora vuelven a encontrarse.

—Diane —saluda Samuel con desconcierto ante la actitud de ambas.

—Samuel —el tono seco no lo impresiona, el hombre la conoce desde hace años, aunque nunca hayan intercambiado más que un puñado de palabras.

Cassidy se muerde el labio inferior de manera inconsciente, Diane Carter le sigue pareciendo una jefa tan inaccesible como tirana, pero no puede evitar seguir pensando que esos trajes le quedan perfectos. A pesar de que lleva dos semanas trabajando más horas de las estipuladas, llevándose los análisis a casa y haciendo entregas muy pulidas, la mujer jamás ha pronunciado las palabras «gracias» ni «lo

has hecho bien». La respuesta que ha estado obteniendo Cassidy es la de un silencio odioso, una especie de ley de hielo que solo le aplica a ella y hasta ahora no ha recibido nada que le diga que va por buen camino. Clara, sin embargo, ha tenido la deferencia de corregirla cuando ha visto algo que se puede mejorar y le ha dejado claro que el trabajo que ha estado haciendo es excepcional. No se queja y, aunque una palmada en la espalda de esa manera siempre reconforta, no puede evitar desear escucharlas de la boca de Diane.

—Te acompaño —la voz de Samuel surge entre ellos—. Quiero preguntarte algo.

Diane estira el brazo y pulsa el botón del ascensor una vez con una suavidad que desde luego se ha obligado a ejercer.

—Le diré a Tatiana que revise mi agenda y te haga saber…

—No es necesaria una reunión —el socio la interrumpe como un pequeño recordatorio de que está por encima de ella y Diane levanta la barbilla para no girarse y mandarlo a la mierda—. Te aseguro que solo necesito unos minutos.

Las puertas del aparato se abren y Samuel se despide de Cassidy con un cálido «nos vemos luego» que no hace otra cosa que confirmarle a Diane que el puto viejo se tira a la becaria.

—¿Qué tal lo está haciendo Cassidy? —pregunta cuando ambos están dentro del ascensor.

La respuesta tarda en llegar porque a Diane le cuesta decidir qué decir, sobre todo porque no recuerda la última vez que algún socio se interesó de esa manera por una simple trabajadora en prácticas. El dolor de espalda se intensifica y ella, que no quiere entrar en disputas que seguramente no ganará, opta por usar su mejor frase política para estos casos.

—Aún es muy pronto para saberlo.

Samuel la mira, siempre ha sabido que esta mujer fue una de las personas que ayudó a levantar la empresa en sus momentos más complicados, pero también que nadie es imprescindible, por lo que no comprende cómo sigue trabajando para Whitestone con esa actitud déspota y arrogante por muy buena que sea en lo suyo.

—Lleva casi tres semanas con nosotros —Samuel junta las manos delante de su cuerpo—. Tengo la certeza de que una persona como tú ya tiene al menos una idea hecha.

—No baso mis valoraciones en ideas —la última palabra la dice con un tono grave y más pausado—, sobre alguien a quien todavía le

queda tiempo para demostrar si es o no capaz, Samuel.

El ascensor se abre y Diane no espera para salir hacia el pasillo, aunque no puede avanzar porque la voz del socio la detiene.

—Solo esperaba la cortesía de adelantarme la información —Samuel comprueba la hora en su reloj de pulsera—. Soy su mentor, y sé de primera mano que es excelente, solo necesita una buena guía para explotar sus capacidades. Espero no haberme equivocado en elegirte.

Es Samuel quien ahora sigue caminando y deja a Diane casi con la boca abierta. ¿Barnes la eligió para guiar a Cassidy Collins? Se había esperado cualquier cosa menos eso porque ella lleva años dejando muy claro el trabajo que hace y ser una especie de niñera de una joven amante no está entre sus funciones.

Aprieta ambos puños porque entiende entonces que deshacerse de la becaria no es tan fácil como pedirle a Recursos Humanos que rescinda su contrato.

—Joder —suelta antes de volver a pulsar el botón del ascensor porque como entre en ese estado al departamento de finanzas, la siguiente cabeza en caer será la suya.

Capítulo 8

Cassidy apoya las dos manos sobre el mármol del lavabo y observa en el espejo cómo su sonrisa se va expandiendo hasta un punto que casi le duele la cara. El verde bosque parece un prado en una mañana especialmente soleada donde no hay más que brillo y el augurio de que el día será increíble.

Coge la máscara de pestañas y se aplica un poco para que sus párpados se vean más abiertos. Luego pasa la brocha gruesa por sus pómulos, dejando una fina capa de colorete en polvo que la hace ver —al menos— medio viva.

—Enhorabuena, Cass. —Los brazos de Payton se aferran a su cuerpo por detrás—. Sabía que lo lograrías.

Cassidy suelta una carcajada después de torcer el gesto, no se suponía que fuera tan duro, de hecho, lo suyo eran seis meses de práctica y si se ganaba el puesto, el departamento de marketing de Whitestone sería el siguiente paso. Lo que nunca debió pasar fue que la jefa Carter pusiera una diana en su pecho y Cassidy estuviera un mes entero demostrando sus conocimientos y luchando por mantenerse en pie.

—El viernes no quedes con nadie —la apunta con el dedo Payton —, te llevaré a cenar a ese lugar que tanto te gusta.

—No te preocupes, esta batalla campal que he tenido que pelear me ha dejado tan exhausta que no he hecho más que trabajar y dormir.

Payton lo sabe porque apenas la veía por casa y cuando llegaba, lo hacía arrastrando los pies directamente hacia su habitación. En varias ocasiones quiso decirle que lo dejara, que no le hacía falta porque ella podría pagarle las cuotas de los préstamos hasta que encontrara un nuevo trabajo, pero se abstuvo porque Cassidy —al igual que ella— no se rinde a la primera, mucho menos cuando alguien la señala, intenta humillarla o meterle en la cabeza que no es buena para algo.

Las hermanas salen del baño cuando la cafetera les avisa de que está lista y la mayor de las dos sirve dos tazas enormes antes de sentarse en el taburete alto de la cocina.

—Tu jefa es una cabrona —suelta la abogada, que conoce desde el inicio la animadversión de Diane por su hermana—. Espero que la echen por abuso de poder.

Una sonrisa baila en los labios de Cassidy porque, aunque su hermana no deje de tener la razón, no ve a Diane Carter siendo despedida por haber apretado de más a un empleado.

En ese mes que ha estado trabajando bajo su supervisión —en el que su jefa apenas se dirigió a ella directamente y la mayoría de tareas se las delegaba a través de Jason Thompson— ha descubierto muchas cosas de la que apodan —con toda razón— la Cobra. Diane lleva una década y media a la cabeza del departamento de desarrollo de negocios en Whitestone y los rumores van desde que un antiguo amante sexagenario le dio el puesto, hasta que envenenó a su predecesor para conseguir ser la jefa. La chica no creyó en nada de lo que le dijeron, está convencida de que una mujer como ella llega a un cargo así demostrando lo que vale sin dejar cabos sin atar. Donde no hay demasiada información es en su vida privada, cuando asiste a las celebraciones que hace la consultoría, aparece durante un par de horas, posa para las fotos correspondientes y se marcha. No lleva acompañante, no habla con nadie más que con algunos miembros de la directiva y con Clara Fitzgerald. A Cassidy su radar *queer* no le está funcionando muy bien con Diane, hay veces que piensa que es una lesbiana de manual, pero otras veces parece la típica hetero devorahombres, así que está muy confundida, pero cuando la ve con la directora de marketing —que a esta sí que la detectó al segundo de conocerla— hay un sonido sordo que se instala en su oído derecho, una especie de alarma que le grita que entre esas dos hay una historia que contar.

—Lo es —confirma las palabras de Payton—, pero no puedo negar que es la mejor en lo suyo y cuando eres tan buena…

El resoplido de la abogada hace que Cassidy clave sus ojos en ella.

—Eso no le da derecho a tratar a sus compañeros —hace énfasis en esta palabra porque, que ella sepa, Diane no tiene empleados, no es la dueña de la empresa—, con la punta del pie. En los años que llevo en el despacho he visto ese perfil dos veces y ¿sabes cómo han acabado?

La rubia se lleva la taza a los labios mientras encoge los hombros.

—En la calle y sin un mísero contacto que les pueda ayudar a encontrar un nuevo empleo. —Payton se acaba el café, se pone de pie y deja la taza en el fregadero—. Y por todo lo que me has contado, estoy bastante segura de que ese es el futuro que le espera.

Cassidy dedica un momento para analizar las palabras de su hermana y está de acuerdo salvo por una cosa: tiene la convicción personal de que Diane sabe perfectamente quién es y lo que ha sembrado en su camino profesional, por lo que, si acaba despedida, no cree que necesite un nuevo trabajo, porque seguro que se ha preparado para cuando llegue ese momento.

—Nos vemos esta noche —se despiden cuando el ruido de las calles de California se hace presente y ambas toman caminos contrarios.

Los cuarenta minutos que dura el trayecto hasta Whitestone dan para mucho, sobre todo cuando la mente agitada de Cassidy no deja de pensar en por qué esa fascinación casi insana por Diane Carter. No busca su validación, eso lo tiene claro, tampoco llamar su atención, es algo diferente, como si quisiera verla en una posición distinta a la de la reina en su trono, una más vulnerable, bajo su cuerpo si es posible.

Mientras aparca su coche en el aparcamiento para empleados, intenta sacarse esa tontería de la cabeza, ella no es de las que convierten a una mujer heterosexual —en el caso de que Diane lo sea — o fuerzan una situación para conseguir ligar con una mujer. Ella es de las que tienen un perfil muy bien trabajado en Halo —una aplicación que le ha dado unos resultados maravillosos— o de las que van a West Hollywood los viernes por la noche y acaba enredada en la cama con una desconocida, algo que hará a final de semana después de cenar con su hermana.

—No te me acerques demasiado. —Tanya estornuda tres veces seguidas y Cassidy retrocede con rapidez—. He despertado esta mañana con la cara llena de mocos y la garganta seca.

La becaria arruga la nariz y mira con pena su puesto al lado de su infecciosa compañera.

—Mejor me voy... —Cassidy señala hacia atrás con el dedo pulgar sin saber muy bien adónde irá.

—Sí, es lo más inteligente. —Tanya se suena la nariz con un pañuelo de papel y lo tira a la papelera—. Perdona, tenía que

haberme movido yo, pero lo he pensado tarde.

Cassidy agita la mano en un gesto despreocupado para después huir hacia la única mesa libre que está entre el baño y la nevera.

Cuando lleva casi una hora trabajando en una propuesta que le ha pasado Jason, escucha unos pasos cerca de ella y cómo se detienen de golpe.

—Hola, ¿qué haces aquí sentada?

Cassidy gira el cuello hacia la voz y el rostro amable de Clara aparece en su visión.

—Mi compañera ha traído consigo hoy una cantidad de virus que me niego a coger. —Clara levanta las cejas y la chica sonríe—. No hay ningún sitio desocupado más que este.

Clara tiene que echarse a un lado cuando del baño sale un chico, y la puerta retumba cuando se cierra. Luego clava su mirada en la nevera, que hace un zumbido continuo y molesto que la hace entender por qué esa mesa estaba libre.

—No sé cómo te concentras aquí.

Cassidy se señala los pequeños auriculares dentro de sus oídos.

—Es la única manera. —Se encoge de hombros quitándole importancia al asunto.

—Ven, vamos a mi despacho. —Clara no se lo piensa cuando mueve la cabeza instando a Cassidy a seguirla—. Está la mesa de la esquina que a menudo usa mi asistente. Puedes utilizarla hoy.

La rubia salta de su asiento, recoge sus cosas y camina detrás de Clara.

Entran al despacho en el que ha estado varias veces a lo largo de ese mes y va directa a la mesa. La silla sin duda es de mejor calidad que la que suelen usar el resto de trabajadores y la disposición en la que está el escritorio —al lado de una de las dos ventanas pequeñas— le da la suficiente luz natural como para sentir que no está trabajando en una cueva.

Vuelve a ponerse los auriculares cuando se da cuenta de que la directora de marketing ya está trabajando con el móvil pegado a la oreja, pero no pasan ni dos minutos cuando la puerta del despacho se abre y ese olor amaderado la golpea como si hubiera recibido un puñetazo directamente en la nariz.

Diane Carter contrae la mandíbula cuando sus ojos se van directamente a la esquina y esa mirada intensa la observa sin pestañar. Por un instante se queda congelada porque lo último que

había esperado ese miércoles era abrir la puerta del despacho de Clara y encontrarse allí dentro a la chica que sin saberlo —ni falta que hace que se entere— ha sacudido de un modo incomprensible su bien organizado mundo.

—¿Necesitabas algo? —Clara se quita las gafas al mismo tiempo que corta la llamada y las deja sobre la madera con gesto de aburrimiento. Diane y esa manía de entrar a su despacho sin llamar.

La mujer de los ojos oceánicos avanza hacia ella con la espalda rígida y unas ganas casi incontrolables de salir de allí.

—Ha llamado el CEO de Arnico, está contento con los resultados de la estrategia y quiere que le hagamos una propuesta para una adquisición que están planeando hacer. —Su voz es tan mecánica que Cassidy está segura de que, de no haberla conocido antes, no le cabría duda de que esa mujer es un androide.

No la mira ni una vez, la ignora tan deliberadamente que la becaria podría pensar que no se ha percatado de su presencia. El detalle es que sí lo ha hecho porque Cassidy ha visto el ligero espasmo en el ojo izquierdo que ya ha detectado antes cuando una situación le molesta o le incomoda, y se pregunta —una vez más— por qué esa mujer la detesta tanto.

—Esta tarde a las tres tengo una hora. —Clara revisa lo que parece su agenda en la pantalla del ordenador—. ¿Lo vemos luego?

—Te veo en mi despacho.

Diane se gira y aunque vuelve a escuchar la voz de Clara, no se detiene… no hasta que escucha su nombre.

—…y Cassidy puede estar presente.

—No —lo dice incluso antes de girarse por completo.

Clara suspira, pero ese «no» es inaceptable. Ella es tan jefa como Diane y las decisiones en ese ámbito son conjuntas.

—El periodo de prueba de Cassidy acabó hace dos días. —Junta ambas manos con calma sobre la mesa—, y salvo error, no se le ha comunicado ni a ella ni a mí que no lo ha superado.

La mujer se pone de pie, rodea su escritorio y apoya el culo en la madera mientras se cruza de brazos.

—Por lo que ahora es una becaria que trabaja en tu departamento y da soporte al mío cuando hay un proyecto que involucra a ambas partes. —Clara deja que el silencio caiga entre ellas como un escudo protector contra los misiles azules de Diane—. Que Tatiana me envíe el resumen de lo que pide el cliente y ponga en copia a Cassidy. —

Gira el cuello para mirar a la chica y hablarle a ella—. En cuanto te llegue, evalúa qué tipo de propuesta podemos hacer.

La becaria asiente.

—¿Qué hago con el análisis de Jason?

Diane no controla el momento en el que sus cejas se fruncen, espera estar equivocada y que no se trate de lo que le pidió al responsable de equipo de su departamento para esa tarde.

—¿Qué análisis es? —Diane se adelanta a preguntar antes de que Clara pueda abrir la boca.

El repiqueo de los tacones marca para Cassidy una especie de cuenta regresiva y cuando llega a cero, su jefa está tan cerca de ella que puede notar cómo su calor corporal la envuelve.

—El impacto de la estrategia de negocios que hemos aplicado en los últimos tres meses. —Cassidy señala su pantalla donde el correo de Jason se lo explica de la manera más escueta posible.

Diane necesita apretar el puño varias veces para que la sangre no se le vaya directamente a la cabeza y acabe desplomada en la moqueta víctima de un accidente cerebrovascular. Jason le parece un parásito de los que se instalan en la piel y te va matando solo con su presencia. Hace tiempo que no lo quiere cerca de ella, pero es amigo de dos socios que le ofrecieron a ella un buen trato —actualización de dispositivos para su departamento y el cambio de dos empleados que estaban en Análisis de Riesgos— para que lo aceptara como responsable de equipo ante el despido de Levi Hall. Le dijeron que era un tipo capaz y además era de los dóciles. Se suponía que no le daría problemas.

—Deja eso y trabaja en el análisis que te enviaré ahora mismo. —Diane la mira un momento y luego se concentra en su teléfono móvil —. Ya lo tienes, ponte a ello.

—Voy a avisarle a Ja…

—Yo hablaré con él —sisea, fría y directa—. Tú haz lo que te he pedido.

Y sin decir nada más, Diane Carter camina hacia la puerta del despacho. Lo hace erguida mientras disimula el ardor que le ha dejado en la piel la cercanía de una chica que ni siquiera tendría que trabajar para ella.

Capítulo 9

—La idea es presentar un plan que abarque desde la fase estratégica y financiera hasta la integración posterior a la compra, con especial atención a la identificación de sinergias operativas, optimización de costes, alineación cultural y definición de una hoja de ruta para los primeros cien días tras el cierre de la operación. —Cassidy hace una pausa y le entrega a las dos mujeres frente a ella una hoja con tres gráficas—. Quieren una propuesta sólida, con un enfoque eminentemente práctico y orientada a maximizar el valor de la adquisición, minimizando los riesgos de ejecución y garantizando una transición ordenada para ambas organizaciones.

—¿Qué es esto? —Diane no despega los ojos de los círculos con colores de la hoja.

—La primera gráfica simula la reducción de costes operativos. —Cassidy se acerca a ella y desde arriba su mirada se va directamente al escote de su jefa, pero la retira de inmediato—. Esta de aquí mide los riesgos previstos, aunque es para nosotras, no podemos presentarle al cliente un número que no podemos controlar. Y la tercera es la de progreso en el que podemos medir las integraciones de tipo tecnológica, operativa y financiera.

Diane está tan erguida que siente que tiene una barra de metal atravesada en la espalda. Lleva tres días trabajando codo a codo con Cassidy Collins y su cuerpo solo ha reaccionado como si la chica fuera el estrés hecho mujer. Tiene el estómago cerrado, el pulso más acelerado de lo normal y un zumbido taladrándole el cerebro del que no logra deshacerse.

Clara levanta la vista y sus ojos se van a la figura tensa de Diane. Lleva días observándola porque, sin miedo a equivocarse, sabe que ese rechazo que demuestra hacia la becaria no es más que una respuesta a lo desconcertada que está por lo que está experimentando y se niega a aceptar.

—¿Y cuál es tu apreciación final? —La directora de marketing prefiere seguir evaluando la propuesta en la que ha trabajado la chica

en vez de analizar a su compañera.

—He hecho un análisis cruzando datos de la adquisición que hicieron hace dos años con los recursos que tienen ahora y, si mis cálculos son correctos, Arnico empezará a tener beneficios tan solo seis meses después.

El ojo izquierdo de Diane se contrae porque esa chica que está asegurando el éxito de una transacción es la misma que hace cinco semanas le discutió el porcentaje de ganancias que la jefa de negocios prometía a un cliente.

—¿Y este análisis no depende de la bolsa? —Lo pregunta con calma mientras levanta la barbilla—. Tu previsión es exacta y tal parece que la mía era una promesa vacía.

Cassidy levanta el labio en un gesto que esconde su sonrisa.

—Esta adquisición no depende de ningún factor externo que no sean los recursos de Arnico. —Se coloca frente a ella y la mira desde arriba a los ojos—. Nos han facilitado sus números y he hecho mi estudio basándome en eso. Una vez cerrada la adquisición, el producto será el mismo por lo que las ventas no son de nuestra competencia.

Entonces, cuando termina su respuesta y sin poder evitarlo, Cassidy Collins se atreve a guiñarle un ojo a la Cobra, dejándola paralizada y prácticamente con la boca sellada.

Clara se quita las gafas porque está bastante segura de que nunca había visto a ningún empleado contestar de una manera tan contundente a Diane y sin duda es lo más interesante que ha vivido en los últimos meses. Lo que más le gusta de la becaria no es solo su conocimiento o su forma de trabajar, es que sus respuestas están respaldadas y no teme defenderlas ante quien haga falta, así le cueste su puesto de trabajo.

Diane se pone de pie, mareada, con una inmensa necesidad de salir de allí. Mira su reloj de pulsera por simple costumbre y desvía los ojos hacia Clara.

—Que el equipo financiero haga su análisis y lo tenga listo para esta misma tarde. —A pesar de que siente la mirada de la becaria sobre ella, la ignora—. Mañana a las tres tomamos una decisión.

La estela que deja al salir es casi la misma que el flautista de Hamelín provocó con su música en aquella célebre leyenda y Cassidy tiene que anclar los pies en el suelo con fuerza para no ir tras ella.

—Sigue así, Collins. —Clara le pone una mano en el hombro y se lo aprieta una vez—. Lo estás haciendo mejor de lo esperado.

—No creo que todos estén de acuerdo contigo —Cassidy lo dice sin mirarla mientras va recogiendo su portátil para salir de la sala donde están.

Clara se pasa los dedos por el pelo corto, una manía que adquirió hace unos años cuando decidió pasar de esa melena que tanto le molestaba a su corte *pixie* actual que ama.

No piensa defender a Diane Carter por mucho que sepa de primera mano que debajo de ese caparazón de acero se oculta una mujer que ha sufrido lo suyo. Ese no es su labor.

—¿Tú crees que estás haciendo un buen trabajo?

La pregunta hace que la rubia clave sus ojos en Clara.

—Espero que sí.

—Esa no es la respuesta que quiero escuchar. —La jefa de departamento endurece la voz y por un momento ella y la Cobra parecen la misma persona—. Es una respuesta de sí o no y estoy segura de que sabes qué decir.

Las aletas de la nariz de la becaria se abren como si oliese la sangre de una presa a la que lleva rato persiguiendo. No sabe si se trata de una pregunta trampa, pero ella decide soltar lo que piensa.

—Sí, creo que lo estoy haciendo bien. —Se lanza al vacío.

Clara Fitzgerald asiente.

—Entonces eso es lo único que importa porque si eres buena en lo que haces, hay mucho mundo donde elegir. —Antes de dar un paso más, Clara vuelve a tocarse el pelo y abre la boca—. Me recuerdas mucho a alguien cuando comenzó en Whitestone. Por aquel entonces, la empresa estaba dirigida por carcamales que por fortuna hoy no están y no se lo pusieron nada fácil, pero aun así, no se dio por vencida. Tú tampoco lo hagas.

Clara sale de la sala y Cassidy se queda un instante pensando en sus palabras. Puede que se esté refiriendo a sí misma, a Diane o a cualquier otra persona, pero de cualquier manera, la becaria no es de las que abandona con facilidad porque alguien decide poner piedras en su camino. Tiene veintiocho años que pesan el doble y desde que era una niña entendió que no tenía absolutamente nada que perder. No intentarlo, no luchar por lo que quiere es lo que considera una pérdida.

• • •

—La niña ya es toda una mujer que trabaja en grandes corporaciones. —Kenny levanta su vaso y las dos mujeres brindan con él.

—Ya no soy una niña —farfulla Cassidy mientras da un largo trago a su cerveza—. Joder, qué mala está.

Kenny suelta una carcajada que resuena como la de un niño que está haciendo una travesura. A pesar de que tiene treinta y seis años y es el mayor de los tres, sigue actuando como si tuviera los dieciséis cuando se vieron en la primera casa de acogida en la que se conocieron.

—Te has empeñado en beber esa basura. —Kenny se encoge de hombros y da un sorbo a su refresco sin azúcar—. La cerveza lleva alcohol y no es ese invento terrible de los modernos que insisten en quitarle la diversión a todo.

Payton los mira desde el otro lado de la mesa y sonríe al ver a sus dos hermanos discutiendo por el mismo tema absurdo desde que Cassidy decidió elegir la cerveza sin alcohol cuando están juntos. Hace cinco años, estos momentos no existían, solo había ansiedad mezclada con miedo cada vez que sonaba el teléfono y ella pensaba que se trataba de la policía avisándole que habían detenido a Kenny o, peor aún, que lo habían encontrado sin vida en algún tugurio de mala muerte.

—Has comprado la más barata, por eso sabe fatal —se queja Cassidy, observando el vaso como si estuviera lleno de vómito y no de líquido claro.

Kenny vuelve a reírse y el diente partido que lleva años en el mismo estado le da un aspecto de chico malo que en realidad no es ni nunca ha sido.

—Lo siento, Cass, no todos tenemos tu cerebro de chica lista para conseguir un buen empleo y comprar cervezas de calidad —el hombre lo dice ladeando una sonrisa—, pero te prometo que para la próxima las tendrás. Te lo mereces, hermanita.

La rubia se muerde el interior de la mejilla y acepta el cumplido.

—No deberíamos estar celebrando. —Se levanta, camina hasta la cocina y cambia la cerveza rancia por agua—. Solo he pasado una de las tantas pruebas. Sigo siendo una becaria.

—De Whitestone Consulting Group nada menos —aporta Payton levantando las cejas—. Si esa arpía que tienes por jefa te deja terminar las prácticas, estoy segura de que vas a conseguir trabajo en cualquier sitio.

—O podemos darle un pequeño susto a la señora arpía. —Kenny se inclina sobre la mesa con tono conspirador—. Ya sabéis que se me da muy bien.

A Payton le cambia la expresión.

—Ni se te ocurra, Kenneth Pierce. —Lo señala la abogada y la risa aniñada vuelve a emerger de la garganta del hombre.

Levanta las manos en señal de rendición y compone su mejor gesto de inocencia.

—Nada de problemas —confirma y da un trago a su bebida.

La conversación entre los tres continúa y se alarga hasta las diez de la noche. Payton quería llevar a Cassidy a un *diner* antiguo que vende hamburguesas gigantes y patatas que saben demasiado a aceite —su sitio favorito, el que recuerda con mucho cariño y en el que celebra cada logro de su existencia—, pero Kenny no va bien de dinero y sabe que por mucho que insistiera, no iba a permitir que ella pagara toda la cena. Antes de que buscara formas inapropiadas de encontrar algunos dólares, la abogada eligió hacer una reunión tranquila en casa y dejaría el final de la semana solo de chicas.

—Hora de irme. —Kenny termina de ayudar a recoger la mesa y se acerca a sus hermanas—. Gracias por la cena.

Payton es la primera en abrazarlo, siempre ha tenido debilidad por Kenny, vivió junto a él cada pesadilla nocturna que lo despertaba desde que lo conoció y un día se prometió que jamás lo abandonaría. En parte, se convirtió en abogada para poder defenderlo siempre.

—Cuídate, pequeña. —Ahora le da un beso en la mejilla a Cassidy —. Y no dejes que nada te detenga.

La becaria asiente con el gesto serio, es una frase que Kenny siempre le ha dicho y tiene mucho valor para ella.

Y es que Cassidy Collins no piensa permitir que nadie la frene y se promete a sí misma que dentro de cinco meses —cuando acabe su tiempo como becaria— estará en el lugar exacto que decida estar.

Capítulo 10

Un año después.

Diane Carter se aferra al borde de su escritorio con ambas manos, apretando tan fuerte que los nudillos se le ponen completamente blancos. Baja la mirada a la derecha y se centra en observar su reloj de pulsera, que descansa sobre la madera pulida, para buscar algo que la pueda distraer del caos en el que se ha convertido su cuerpo en apenas unos minutos. Son pasadas —por poco— las siete de la mañana, lleva en Whitestone unos treinta minutos y todo esto le ha tomado por sorpresa.

Ha llegado pronto porque hoy es un día importante, Diane lleva dos meses trabajando en el análisis de los datos financieros de una empresa de suministros médicos que quiere hacer una inyección de varios millones de dólares para que puedan crecer de manera más acelerada y expandirse. Lumina Medical Supply quiere abarcar el mercado europeo y para ello le han pedido al departamento de negocios que los ayuden en el proceso. Para Diane no habría ningún problema si no estuviera compitiendo directamente con otras tres consultoras, las más grandes después de la suya, porque los de Lumina han decidido que no se quedarán con una única propuesta, quieren varias sobre su mesa para luego elegir con quién firmar. Menudos cabrones.

Lo cierto es que está bastante segura de que le irá bien, ha hecho un excelente trabajo junto a Grayson Murphy de finanzas y han montado una buena propuesta con Clara en el departamento de marketing, pero ella necesita que todo salga perfecto, sin errores, por lo que ayer, en cuanto acabó la última reunión de equipo, anunció que estaría en la oficina a primera hora para supervisar que todo estuviera bien hecho. Tal parece que alguien más tuvo la misma idea.

—Joder —jadea Diane y se muerde el puño cuando siente esa lengua caliente hundirse en ella.

—Deja de hacer ruido o alguien vendrá a ver qué pasa —se escucha de forma amortiguada una voz ronca.

Diane deja caer la cabeza hacia atrás cuando nota una presión suave en su entrada y luego la intrusión de unos dedos que se abren paso dentro de ella. La lengua y el movimiento agónico de una penetración perfecta, es justo lo que hace que la jefa del departamento de desarrollo de negocios sepa que le queda muy poco para correrse.

Vuelve a morderse el puño, esta vez con más fuerza porque se la están follando tan bien que desearía estar en otro sitio para permitirle a su garganta quejarse como le diera la gana.

El vientre le vibra con fuerza y no puede evitar que su espalda se arquee. Sabe que pasará la mañana dolorida, pero prefiere eso mil veces a no tener esa boca entre sus piernas.

Cuando los espasmos cesan y Diane vuelve a la realidad, abre los ojos sintiéndose algo mareada. Recibe los últimos lengüetazos lentos en su sexo hasta que paran de repente, haciéndola sentir huérfana.

—¿Estás bien? —Diane escucha la voz lejana, aunque sabe que la boca que se mueve y emite sonido está frente a ella.

Asiente mientras toma una respiración profunda. Cada vez le cuesta más recuperarse de estos asaltos, sean como sean, ella siempre acaba desmadejada.

Nota el calor de unas manos cogerla por la cintura y ayudarla a ponerse de pie, a estabilizarse, y aunque lo logra, no está muy segura de poder caminar, pero antes de poder procesar lo que tiene que hacer, esos labios que hace un minuto estaban acabando con su cordura se pegan a los suyos y la besan con intensidad. La lengua se mueve segura dentro de su boca y puede sentir su propio sabor de inmediato, lo que la hace gemir, esta vez, sin poder hacerlo de forma controlada.

—Ve al baño a lavarte y cámbiate las bragas. —Diane mira esos ojos que parecen inocentes, pero que, en realidad, no lo son—. Te las he roto al quitártelas.

Diane levanta una ceja perfecta y chasquea la lengua mientras se gira para entrar al pequeño lavabo. Por fortuna tiene ropa de cambio en ese despacho donde pasa la mayor parte de su vida, sobre todo últimamente —desde que empezaron esos encuentros— se ha asegurado de que no le falte ropa interior en su cajón. Sabe que se está equivocando, que si alguien la descubre tumbada sobre su mesa siendo follada desde atrás por alguien que encima trabaja para ella, no solo acabaría en la calle —que es lo que menos le preocupa— sino

que también todos sabrían el motivo y eso, para alguien como ella, tiene más peso que cualquier otra cosa.

—La sala de reuniones está preparada —escucha Diane cuando sale con las bragas nuevas puestas, el cabello arreglado y el porte impoluto—. Asher Rodriguez vendrá acompañado del vicepresidente de la compañía, dos abogados y alguien de su departamento de finanzas. Cada uno tendrá una copia impresa de la propuesta. La tuya es esta —le entrega una carpeta de color azul—, y también la tienes en tu correo.

Diane da un vistazo rápido a las hojas con el ceño fruncido.

—Qué eficiente —responde sin levantar la mirada y, lejos de parecer un elogio, suena como un insulto.

—No te acostumbres. No soy tu secretaria.

Cassidy Collins se gira para marcharse, pero siente unos dedos aferrarse a su brazo que la hacen detenerse.

Diane se acerca a ella y le pasa el pulgar de la mano derecha por debajo del labio inferior —completamente hinchado— intentando limpiarle los rastros de color rosa tenue.

—Si tienes intención de pasar por mi oficina a estas horas, no puedes ponerte pintalabios —lo dice con la voz fría, como si fuera un regaño, y la respuesta de Cassidy es subir una ceja.

—No estaba en mis planes —repite una frase conocida entre ellas, saca un pañuelo de papel del bolsillo de su pantalón y se lo pasa por la boca con cuidado.

Ambas se miran y podrían decirse muchas cosas, pero hace tiempo decidieron no hacerlo.

Han pasado cinco meses desde que follaron por primera vez. Cassidy había acabado su tiempo como becaria en Whitestone y Clara Fitzgerald tenía muy claro que la quería en su departamento. Un mes después de que la chica firmara el contrato en Recursos Humanos, su jefa la nombró enlace oficial entre marketing y negocios, un puesto que era necesario, pero que no se había creado porque Diane se negaba a tener que hablar con alguien que no le interesaba en absoluto. Esta vez no había sido diferente, pero Clara impuso su criterio y Cassidy no tenía problema en ser ella quien lo asumiera; en todo ese tiempo había trabajado para ambas y se había adaptado perfectamente a las malas caras de la Cobra, sus respuestas heladas y sus miradas envueltas en fuego. En contrapartida tenía a

Clara, que sería su jefa directa, con la que sí mantenía un trato más cercano, aunque bastante profesional.

Fue una noche de una semana especialmente estresante que la rubia y Diane Carter estuvieron trabajando hasta la medianoche. Jason Thompson había hecho un análisis mediocre que uno de los socios había aprobado y que el cliente había recibido como una patada en las pelotas. Así que ahí estaban ellas dos intentando arreglar el desastre cuando una discusión estalló entre las dos porque Cassidy no fue capaz de aguantar una mala palabra más.

—No siempre puedes tener la razón —soltó la chica con evidente enfado y se puso de pie de un salto, harta de que Diane rechazara todas sus propuestas con un tono seco, catalogándolas de basura—. Puede que conozcas esta empresa más que nadie y que tengas mucha experiencia, pero eso no te hace ser dueña de la verdad.

Diane compuso un gesto de fastidio y miró su reloj para comprobar que no tenía tiempo para estos espectáculos.

—Cuida esa boca, Collins. —Levantó la barbilla y se acercó a ella—. No creas que Samuel Barnes te va a proteger para siempre.

Cassidy ya había escuchado sus insinuaciones varias veces porque Diane estaba convencida de que ella se acostaba con su mentor universitario. Había dejado pasar los comentarios porque pensaba que algún día simplemente dejaría de hacerlos, pero esa noche decidió que no lo seguiría tolerando.

—Quizá hablas desde tu propia experiencia —escupió sin temor a nada—. Todos en esta empresa se preguntan cómo alguien como tú es intocable, a lo mejor eres tú la querida de algún socio.

Diane dio un paso hacia ella, con el gesto torcido y los labios fruncidos de rabia. Tenía el cuello manchado de rojo y las orejas calientes, lo que significaba que su enfado era monumental.

—Estás despedida. —La apuntó con el dedo. Temblaba llena de furia—. Fuera de aquí ahora mismo.

La respuesta de Cassidy fue soltar una carcajada involuntaria. Estaba agotada, llevaba meses trabajando como si fuera a heredar Whitestone algún día, siguiendo las pautas de Clara, aguantando las mierdas de Diane y arreglando los errores de los demás. En ese punto de la noche, ya no le importaba nada.

—No eres mi jefa —rebatió Cassidy—. Recuérdalo.

Entonces dio media vuelta para salir de la sala y Diane no iba a permitir que le diera la espalda ni que la dejara con la palabra en la

boca, así que la cogió por un brazo y la hizo girarse.

—¿A ti qué coño te pasa? —rugió Cassidy con el gesto contraído, y cuando clavó sus ojos en los de Diane, vio algo nuevo, diferente.

La mujer frente a ella estaba inquietamente tranquila de repente, pero su mirada reflejaba un calor que Cassidy reconocía de las noches en las que salía con ganas de perderse en un cuerpo desconocido. Había lujuria en su expresión y una urgencia que parecía imposible de detener.

Ninguna de las dos puede recordar en la actualidad quién dio el primer paso, lo que sí tienen en la memoria grabada a fuego son los jadeos, la piel caliente y el cuello perlado de sudor. Las manos inquietas, nerviosas, esa pelea absurda por poseer y no dejarse tocar para al final acabar pegadas a la pared, una follando a la otra mientras se besaban sin poder detenerse.

—No vuelvas a hacerlo —dijo Diane una vez se había arreglado la ropa.

—No estaba en mis planes —respondió Cassidy mirándola a la cara.

Se sentaron en la misma mesa en la que estaban antes y siguieron trabajando como si nada hubiera pasado. Dos días después, ambas recibieron un correo de la dirección felicitándolas por la propuesta nueva que habían ideado, anunciando que el cliente estaba complacido y firmaría un año más con ellos.

Pasó más de un mes antes de que la escena volviera a repetirse; una noche solas en la oficina, una discusión, un polvo magistral y un «No vuelvas a hacerlo», «No estaba en mis planes», hasta que un día simplemente dejaron de decirlo, se acabaron los altercados previos y empezaron a pasar a la pasión.

Ocurre cuando les apetece, siempre en la oficina, como si hacerlo fuera de allí conllevara un compromiso que ninguna quisiera asumir. Son discretas y nadie podría sospechar lo que ocurre entre ellas porque Diane Carter sigue siendo la misma zorra de siempre y es imposible que una chica como Cassidy Collins esté dispuesta a besar esos labios de fuego.

—Clara llega a las ocho. —La rubia es quien rompe el silencio—. Quería hacer una última revisión contigo.

—Ya lo hemos revisado —sisea Diane sin apenas mover los labios. No le gusta tener que repetir algo que ha hecho ya varias veces.

Cassidy ignora su comentario.

—A las nueve llegará el CEO, así que deberíais estar en la sala un poco antes. —Cassidy se pasa una mano por la melena suelta—. Buena suerte.

—No creo en la suerte.

—A veces hay que creer en algo. —La chica ladea la cabeza mientras la observa.

«Prefiero creer en ti».

—Avisa a Baker para que esté preparada —pide Diane refiriéndose a Tanya, que, desde que Cassidy asumió el cargo, trabaja más con ella.

—No soy tu secretaria. —Cassidy se gira y vuelve a sentir los dedos de Diane aferrarse a su brazo. Esta vez el movimiento va acompañado de un tirón suave que la pega al cuerpo de su jefa.

—Cuidado con esa boca, Collins —bisbisea Diane con el mismo tono de desprecio que usa para los subordinados que considera inútiles, aunque la diferencia es que a ellos no los besa.

Los labios de Cassidy se abren y reciben la lengua caliente de la mujer con la que lleva meses acostándose, esa víbora insoportable que media compañía detesta, pero que ella sabe amansar algunas noches y, por alguna razón que aún no le pone nombre, le encanta.

—Cierra la puerta al salir —exige Diane tan fría como siempre, y se da la vuelta para coger su reloj de pulsera, ponérselo y seguir trabajando. La diversión se ha acabado.

Capítulo 11

Asher Rodriguez sonríe complacido cuando Tanya termina de resolver la última duda que el CEO de Lumina Medical Supply ha planteado. La reunión ha ido mejor de lo que habían pronosticado, pero tampoco esperaban menos. La semana en la que han trabajado en esta propuesta ha sido larga, caótica y muy costosa porque cada hora extra que alguien de su equipo hacía, se pagaba con un buen plus. Los taxis, las comidas a domicilio... todo para conseguir dirigir esta inversión que el grupo quiere hacer en su empresa de suministros médicos.

Diane levanta la mirada hacia Asher, lo conoce de las tantas veces que se han reunido y hablado por teléfono. Aunque no sean íntimos, una de las cosas que a ella se le da bien es leer la expresión de sus clientes y esta le dice que el CEO ha tomado una decisión y que apunta a favor de Whitestone Consulting Group.

—Toda la propuesta se la hemos enviado a su correo, señor Rodriguez —habla Cassidy mientras se acerca a él para entregarle un pequeño dispositivo de almacenamiento—. También la hemos guardado aquí por si necesita compartirla con alguien más.

Asher asiente mientras le dice un «gracias» animado.

—¿Podemos aportar algo más? —Clara, sentada frente a él, lanza la pregunta en vista de que el hombre no da señales de decir nada más.

Diane, sentada en absoluto silencio, no abre la boca, se limita a esperar como siempre para intervenir solo si es necesario. Mueve un poco los ojos y observa la figura de Cassidy, que se ha retirado a una esquina. Sin ser consciente de ello, se lleva un dedo a los labios y se los golpea suavemente, todavía le hormiguean tras los besos de esa mañana. Le resulta curioso porque jamás en su vida, alguien había logrado que horas después de un encuentro íntimo fugaz, su cuerpo se mantuviera en ese estado vibrante en el que está ahora.

—No es necesario. —Asher se pone de pie y su equipo lo imita—. En un par de días espero que podamos darle una respuesta.

—Señor Rodriguez. —Diane se pone de pie con calma y se alisa la blazer azul con una mano—. Hemos trabajado en todo lo que nos ha pedido, ajustando la propuesta a cada una de sus necesidades para que la expansión sea un completo éxito —llega hasta él, lo mira un instante y extiende la mano—. Estaremos encantados de ser los responsables de que sus planes se lleven a cabo. Gracias por contar con nosotros.

Todas las personas que están en la sala dejan de respirar. Diane Carter no ha titubeado ni un segundo al soltar esas palabras que debajo esconden un «nos hemos partido el culo trabajando para ti, ni se te ocurra darle el contrato a otro» al CEO de Lumina, un hombre conocido por su amabilidad, pero también por su tenacidad al hacer negocios. Levantó esa empresa desde cero y no ha sido precisamente dejándose intimidar por mujeres como la que ahora le estrecha la mano. Sin embargo —y para sorpresa de los presentes— Asher compone una sonrisa abierta que acompaña con un ligero movimiento de cabeza.

—Estoy seguro de que haréis un excelente trabajo —suelta la mano de Diane y se gira hacia su vicepresidente—. Daniel, que lo preparen todo para que podamos firmar el contrato con esta consultoría.

Clara aprieta los labios, Tanya intenta que la mandíbula no le caiga al suelo y Cassidy mira a Diane con orgullo. No hay nada que esa mujer no pueda lograr.

Diez minutos después la comitiva de Lumina se ha marchado de la sala y en ella solo quedan las cuatro mujeres que estaban representando a Whitestone.

—Enhorabuena. —Clara mira sobre todo a Tanya y a Cassidy, que son las que han hecho la parte más gruesa del análisis—. Habéis hecho un buen trabajo.

Diane revisa su móvil con gesto imperturbable, no alza la vista ni se une a la felicitación de Clara. Es maleducada y Cassidy se pregunta qué le supondría ser al menos amable con su equipo. Para ella existen dos versiones de Diane, la que todo el mundo conoce y la que solo deja ver —no del todo, pero sí un poco— cuando nadie la está observando en la oscuridad de su despacho mientras Cassidy la devora.

—Esta expansión nos supondrá mucho trabajo. —Diane ha alzado los ojos y habla en voz baja observando la pared frente a ella—.

Tenemos que delegar un equipo que se centre solo en Lumina, sin distracciones.

—Eso no es posible —Clara la rebate de inmediato. Con el personal que tienen, no pueden darse el lujo de asignar a varios para un solo proyecto en exclusiva—. Con la salida de Thompson —Diane logró que lo sacaran de su departamento después de la tercera metedura de pata—, estamos huérfanos por ese lado y seguimos buscando quien ocupe su puesto. Tenemos al equipo B trabajando en los seguimientos de Gales. A otros dos con Alalu y todos colaborando con Arnico. Estamos hasta arriba.

Diane no mueve ni un músculo, pero las piedras azules que tiene en la cara empiezan a brillar con algo que todo el mundo conoce como ira.

—Entonces supongo que tienes alguna propuesta —pone las manos con calma sobre la mesa—. Soluciones, Clara, no problemas.

Clara Fitzgerald parece inmune a cada dardo de Diane, pero Cassidy siempre ha visto algo que los demás parecen ignorar y cree que es la razón de su pasividad con esa mujer. Una especie de confianza ciega, como si la Cobra fuera capaz de confiar su vida a la directora de marketing. Muchas veces pensó que era algo propio de su imaginación, de las noches de agotamiento en las que se subía a su Corolla y conducía hasta North Hollywood mientras pensaba en cualquier cosa para no dormirse al volante, pero cada vez que se miran de esa manera —como ahora— la chica no tiene ninguna duda de que hay una historia larga detrás de ellas dos.

—Gales no necesita a tres personas que revisen cada movimiento que hacen por mucho que insistas, por lo que podríamos asignar a dos de ellos para que le den soporte a Tanya —Diane escucha a Clara mientras desvía la mirada hacia la morena un instante, hoy lleva una camisa de flores amarillas y lilas. Espantoso—. Cassidy se encargará de iniciar la campaña de marketing mientras tú y yo hacemos la supervisión general.

Diane cruza una pierna sobre otra y con un brevísimo movimiento de cabeza que Clara parece entender a la perfección, la anima a continuar.

—El trabajo previo está hecho por lo que Harper Lewis y Adam Foster pueden…

—No. —La negativa le sale como un rugido y Diane no puede evitar que su ojo izquierdo sufra un espasmo.

Intenta no mirar a Cassidy porque siente cómo ese prado la está quemando de la misma manera que ocurre cuando no comprende alguna decisión que Diane toma, aunque nunca la contradice, al menos no en público.

Clara carraspea y ladea la cabeza. No dice nada, solo observa a su homóloga durante un instante. Diane pasa un dedo por su pulsera y toma una inhalación controlada; quien no la conozca no sospecharía nada, pero Clara Fitzgerald sabe que se ha puesto nerviosa.

—No son los adecuados —es la respuesta de Diane, fría y calculada.

Cassidy lleva todo el rato mordiéndose el interior de la mejilla, trabajó con los dos compañeros hace unos meses y estuvo cómoda, pudieron cumplir con todo lo que se les pidió respetando los tiempos. De hecho, Diane los asignó a Gales —después de salvarlo— por una razón y no es precisamente porque ellos no sean adecuados.

—Harper lleva bien las campañas y Adam es muy bueno con los análisis —la rubia no puede quedarse callada—. Si trabajamos los cuatro con Lumina, lo tendremos cubierto.

A Diane no solo le dicen la Cobra porque parece que puede atacar en cualquier momento, sin previo aviso, sino porque cuando algo la enfurece, las venas de su cuello se marcan y da la sensación de que esa zona de su cuerpo se ensancha como una serpiente a punto de clavar sus colmillos llenos de veneno. Cassidy lo observa todo en cámara lenta: los ojos azul brillantes, el rubor de la cara y los labios fruncidos.

—Collins, ocúpate de tus asuntos —suelta un siseo suave cargado de plomo y azufre—. Sal de esta sala —desvía sus ojos hacia Tanya—. Baker, déjanos solas.

La rubia levanta la barbilla y mira sin demostrar lo que está sintiendo. Es una mezcla de decepción, rabia y frustración que solo ella es capaz de generarle.

Coge sus cosas y sale de la sala junto a su compañera. Cuando la puerta se cierra, Clara suelta un sonoro bufido.

—No empieces. —Se adelanta Diane levantando levemente la mano.

—Diane —dice Clara mientras niega con la cabeza—. ¿No puedes dejar de comportarte como una zorra?

Levanta una ceja mientras se acomoda en su silla, pegando la espalda al respaldo.

—Sé la respuesta y es que no, pero al menos sé coherente con lo que haces —otra vez el ojo izquierdo moviéndose sin su permiso—. Has elegido a dos personas para que supervisaran un proyecto que por poco perdemos, que te hizo trabajar durante días sin apenas descanso y ahora resulta que no son adecuados —Clara hace comillas con los dedos cuando dice la última palabra— para participar en este nuevo. ¿Eres consciente de cómo te hace ver este tipo de decisiones?

Claro que es consciente, Diane no es estúpida. El problema es que ahora existe un conflicto de intereses que ni siquiera ella vio venir. No es capaz de ser racional cuando se trata de que el maldito Adam Foster esté cerca de Cassidy. Es una sensación que la supera, que le retuerce las entrañas sin poder ponerle freno. Lo ha visto en sus ojos, cuando la mira o cuando la rubia le sonríe agradecida por algo, cómo se la come con la mirada sin un mínimo de respeto. Debería haberlo echado a la calle hace meses.

—Cómo me vea la gente me tiene sin cuidado, Clara —mueve los hombros con indiferencia—. Soy yo la que se juega la cabeza si algo sale mal, no ellos. Gales funciona muy bien y el trabajo de esos dos es sencillo, pero una expansión a Europa no es algo que pueda supervisar cualquier persona. Lo sabes, son muchos millones.

Clara entrecierra los ojos, sabe que Diane tiene razón, pero no es lo único que justifica su comportamiento. No pierde el tiempo analizando otros motivos, su compañera es tan críptica que solo ella sabe por qué hace las cosas.

—Entonces, ¿qué es lo que estás sugiriendo? —pregunta Clara apoyando la barbilla sobre el dorso de su mano.

—Me lo quedo yo —decide sin apenas gesticular—. Tanya será la responsable, yo trabajaré con ella y tiraremos de Harper Lewis si nos hace falta mover papeleo. Collins hará lo de siempre y tú estudiarás la campaña final.

A la directora de marketing le parece una buena jugada, así que no pone objeción, aunque le gustaría saber cómo es que Diane siempre termina saliéndose con la suya.

—De acuerdo, lo haremos de esa manera —se queda callada un instante y cuando habla de nuevo, su voz sale más suave—. ¿Todo marcha bien?

Diane aprieta la mandíbula, no le gustan esa clase de preguntas que abarcan demasiado para una persona que siempre quiere decir poco.

—Sí, todo bien. —Se pone de pie, pero sabe que Clara no ha terminado de hablar. Suspira.

—¿Has hablado con...?

—No —responde de inmediato la jefa de negocios con el gesto completamente contraído.

Ninguna de las dos dice nada más, pero esa simple pregunta deja a Diane desorientada como si no supiera qué hacer a continuación.

—Diane, por favor, tienes que entrar en razón. —Se hizo un silencio tan agudo que dolía en los oídos—. No puedes seguir comportándote de esa manera.

—¿No puedo seguir...? —Diane estaba impactada por lo que escuchaba al otro lado de la línea—. No me lo puedo creer.

Estaba en su casa, una tarde demasiado fría, y había decidido volver pronto ese día porque estaba agotada. Llevaba dos noches sin dormir trabajando en una propuesta que al final el cliente había rechazado. Pensaba que podía relajarse, darse un baño caliente y comer algo decente, pero su móvil sonó, un número desconocido, y aunque intuía de quién se trataba, igual contestó. Vaya error.

—Todavía puedes cambiar, estamos dispuestos a perdonarte y...

—No vuelvas a llamar.

Y colgó, apretando el teléfono con tanta fuerza que pensó que estallaría en sus manos. Tenía la mandíbula apretada, el cuerpo le dolía y de sus ojos, que hacía años que no se humedecían, brotaron dos lágrimas que la hicieron llenarse de furia.

Las llamadas se repitieron durante meses, Diane no contestó ninguna y aunque bloqueó el número desconocido, su móvil seguía recibiéndolas desde otro sitio.

Hace dos semanas, contestó por error, estaba revisando un informe, el teléfono vibró y ella descolgó. En cuanto escuchó la voz, entró en estado casi catatónico. Se quedó sentada en su silla durante unos minutos hasta que sintió la asfixia de esa mano invisible que lleva estrangulándola tantos años y de la que Diane —pese a intentarlo con fuerza— nunca se había podido deshacer del todo. Se levantó de repente, como un resorte, cogió su bolso y salió de su despacho reventando el suelo con cada paso que daba. Bajó, salió del edificio y entró en Bucket's. Se sentó en la barra, aun con la mirada desenfocada, perdida en un pasado no la dejaba en paz, y entonces Clara apareció de repente, se sentó a su lado y la salvó una vez más.

—Hazlo oficial. —Diane cambia el tema súbitamente y se dirige hasta la puerta—. Que la dirección sepa quién va a llevar el proyecto de Lumina.

Sale de la sala con la barbilla levantada sin mirar a nadie, el silencio cae como siempre cuando ella aparece en una estancia y sus ojos —últimamente en extremo traicioneros— se desvían hacia la mesa donde se sienta Cassidy. Como si hubiera escuchado el llamado del demonio, gira el cuello y ambas conectan por un segundo antes de que la rubia aparte la mirada y se centre en la pantalla de su ordenador. Diane siente cómo se le retuerce algo por dentro, pero no lo demuestra, hace completamente lo contrario: muestra indiferencia cuando pasa por su lado, como si Cassidy no significara nada para ella, como si fuera una simple trabajadora con la que intima de vez en cuando. Sabe con toda certeza que no es así, pero Diane Carter lleva mucho tiempo huyendo y no está preparada para dejar de hacerlo.

Capítulo 12

Diane lee otra vez el correo que le ha llegado a las siete de esa mañana. Cuando le ha entrado la notificación al móvil, estaba despidiéndose de Josh, su entrenador personal que va tres veces por semana y llega a su casa cuando aún el sol no tiene intención de salir. Le ha echado un vistazo rápido mientras subía a su habitación para ducharse, pero cuando ha leído «Presentación - Expansión Whitestone C.G.» algo se ha removido dentro de ella. Esto solo puede significar una cosa y a no ser que Diane esté perdiendo facultades básicas de comprensión, la consultoría planea hacer un gran movimiento del que ella no está enterada.

La Cobra lleva quince años sentada en su trono, no empezó con un cargo bajo ni fue escalando a medida que pasaron los años, no, Diane Carter entró a esa empresa con pie de plomo, creando una estrategia que durante meses no estaba tan segura de que funcionaría, pero siempre se mostró confiada ante la dirección y cuando su trabajo dio verdaderos frutos y Whitestone se libró de una bancarrota inminente, ella se alzó victoriosa, ocupando el cargo que hoy ostenta. Desde ese momento ha sido una especie de eminencia a la que los de abajo le temen, pero los de arriba respetan porque no todo el mundo es capaz de hacer lo que Diane logró en poco tiempo. Es por ello que se entera de todo lo que ocurre, no solo en su propia casa sino en la competencia tanto dentro como fuera de California y que haya una «Presentación - Expansión Whitestone C.G.» de la que ella no tiene ningún conocimiento le activa cada una de sus propias alarmas.

—Tatiana —escupe con voz seca al altavoz de su coche mientras deja atrás Brentwood.

—Buenos días, Diane. Lo estoy investigando, pero hasta ahora lo que sé es que nadie tenía idea sobre esta junta. Se ha mantenido en secreto absoluto y ni siquiera las secretarias de dirección tenían conocimiento —la asistente no necesita que su jefa le pregunte algo, ella ya sabe lo que quiere—. Estoy entrando al edificio, en cuanto llegues tendré algo más.

—En quince minutos estoy ahí y más vale que lo tengas todo.

Cuelga la llamada mientras suelta una maldición demasiado audible. Se lleva una mano al pecho, se abre como puede un botón de la camisa, empieza a sentir que le falta el aire. No le gusta lo que experimenta y no es que se trate de un sexto sentido ni nada de eso, es que Diane lleva toda su vida luchando, abriéndose camino a pisotones y codazos porque no ha tenido otra opción, por lo que entendió siendo muy joven que lo que no se tiene controlado no te deja margen de maniobra para reaccionar.

Atraviesa las puertas automáticas de la recepción, mirando al frente con la barbilla levantada y el asa del maletín apretado entre sus dedos. Cuando el ascensor se abre en la tercera planta, el silencio de la tranquilidad se rompe con el sonido de sus tacones contra el suelo. No hay nadie a esa hora como es habitual, pero no puede evitar desviar la mirada a la mesa de la esquina, esa que ocupa una preciosa chica de ojos verdes que a menudo prefiere madrugar para entrar directamente al despacho de Diane antes de que llegue el personal. Hoy no es el caso, su sitio está vacío, desordenado como siempre con esa taza horrenda de colores donde guarda todos los lápices que usa.

Pasa frente a la mesa de Tatiana que está pegada al teléfono y la asistente se pone de pie en cuanto ve a su jefa. La sigue hasta su despacho, cierra la puerta tras de sí y espera paciente los disparos.

—Te escucho —Diane lo dice mientras se sienta y suelta una exhalación cargada de molestia.

—Se habla de una expansión —comienza la asistente—. Dos oficinas nuevas, probablemente en Dallas para cubrir zona centro y sur. La otra en Nueva York para dar servicio a la Costa Este.

Diane la escucha tamborileando los dedos sobre la madera reluciente de su escritorio a la vez que su cabeza avanza a toda velocidad.

—Ya trabajamos con empresas en todas esas zonas, no hay necesidad de abrir nuevas sedes. A no ser que…

Tatiana asiente lentamente.

—Un grupo francés quiere comprar al menos una parte de la consultoría —la asistente revisa sus notas en el iPad con el ceño fruncido—. Tener una única oficina al parecer no es una opción para ellos.

Diane sube la mirada al techo, buscando una respuesta a todo lo que está oyendo y sobre todo uniendo cabos de aquí y de allá para encontrar el motivo oculto de por qué ella no sabía nada. Ni un rumor. Ni siquiera Tatiana que tiene los oídos en todos lados, siempre atenta de cualquier información, estaba enterada de esto.

—¿Necesitas algo más? —la joven la mira con cierta impaciencia que se puede permitir después de cuatro años asistiéndola.

Diane frunce los labios y después de un segundo, niega con la cabeza.

—Despeja mi agenda todo lo que puedas, no sé qué pasará después de esta caza de brujas y necesito pensar.

—Ya está hecho —dice con eficiencia—. Las dos reuniones de hoy están dispuestas para mañana a primera hora y la llamada con Gales, al mediodía.

—Gracias, Tatiana.

Su asistente le regala una sonrisa corta, da media vuelta y sale del despacho con el móvil pegado a la oreja para seguir buscando información. Tatiana Jordan es —casi— la única en todo ese edificio que tiene el privilegio de no ser tratada con la punta del pie por la Cobra. Sus inicios no fueron sencillos, pero al poco tiempo se dio cuenta de que su jefa no parecía ser del todo la perra rabiosa que proyectaba cada vez que aparecía con sus trajes entallados y sus tacones imposibles destrozando el suelo que pisaba. Vio que Diane Carter era una mujer práctica que buscaba la excelencia en todo lo que hacía y exigía que su gente también se esforzara para lograrla. La asistente lo tuvo claro: eficiencia = respeto, así que empezó a aplicar esa fórmula de inmediato. Casi cinco años después, tienen una relación profesional cordial en la que cada una cumple su papel sin entorpecer a la otra.

Cuando dos horas después Diane entra a la sala de juntas de la planta seis mientras una de las detestables secretarias de dirección —Mandy— le sujeta la puerta, tiene que hacer un verdadero esfuerzo físico para no trastabillar y caer al suelo con una desafortunada rotura de cuello.

Sisea un «buenos días» mientras sus ojos escanean las caras de los presentes sin detenerse en ninguna más de un instante, salvo en una que la hace sentir náuseas. Una mujer que no debería estar ahí.

Clara no está presente y eso hace que de inmediato sienta los nervios que había dejado encerrados en el despacho.

—Veo que estamos todos, así que podemos comenzar —Ethan Brooks entra con la misma elegancia de siempre y esa sonrisa cálida que a Diane le parece hecha de cianuro—. Buenos días a todos, gracias por asistir a esta reunión de última hora.

A su lado se sienta Melissa Grant, la vicepresidenta de la consultoría acompañada de su fiel asistente personal.

—No quiero quitaros demasiado tiempo, así que vamos al grano —Ethan coloca las manos entrelazadas sobre la mesa como si fuera a anunciar el fallecimiento de media población mundial—. Os quiero presentar a Henri Beaumont y Antoine de Villiers, presidente y director de operaciones, respectivamente, del grupo empresarial Delacroix.

Las cabezas se giran y con movimientos saludan a los dos hombres que sonríen en respuesta, pero Diane solo quiere saber qué coño hace sentada en la misma mesa que ella Frances Hartwell, una mujer que no había visto en casi veinte años y que pensó que, como poco, estaría muerta.

—Y estoy feliz de anunciar que Whitestone Consulting Group se asocia con el Delacroix para una expansión que será inminente —Ethan empieza a aplaudir y Diane aprieta la mandíbula ante el circo que está presenciando.

Todos imitan al presidente y a ella no le queda más remedio que golpear sus palmas un par de veces.

—Comenzaremos abriendo dos nuevas oficinas —esta vez es Melissa Grant la que toma la palabra—. Ya os iremos avanzando esa información a su debido tiempo. Lo importante es que nuestra consultoría ha decidido adaptarse a la nueva era porque no vamos a quedarnos atrás y bien sabéis con qué rapidez avanza la competencia —una pausa que hace que Diane apriete los puños bajo la mesa—. Y para que eso sea posible, vamos a contar con la experta consultora Frances Hartwell.

Una atractiva mujer de cincuenta años, con el cabello recogido en un moño sencillo, pero perfecto, se pone de pie mientras agradece los murmullos de bienvenida. Parece complacida mientras va moviendo la cabeza hasta que sus ojos oscuros como la noche se clavan en Diane por unos segundos eternos. En ese instante no hay amabilidad, hay furia encallada desde hace décadas.

—Estoy emocionada por comenzar este nuevo reto —Diane lucha por no poner los ojos en blanco. Frances nunca ha superado que ya

no es una reina de belleza y que ese discurso se ha quedado anticuado—. Llevo mucho tiempo escuchando hablar de Whitestone porque dejadme que os diga que lo estáis haciendo francamente bien —suelta una risa comedida que hace que el resto se contagie. Patético —, así que os podéis imaginar la sorpresa que me llevé cuando recibí esta oferta. No quiero que penséis que he venido a cambiar vuestra forma de trabajar, pero estaréis de acuerdo conmigo en que si la empresa en la que estáis no crece, vosotros tampoco y eso se traduce en menos dinero cada mes.

La mayoría en la mesa asienten con gesto solemne y a Diane no le puede parecer una escena más deplorable porque es consciente de que esa misma gente que se mueve como si fueran marionetas no les importa el trabajo que se hace desde abajo, el esfuerzo, las horas… lo único que quieren es venderse al mejor postor y que sus bolsillos se llenen más.

—He hecho una investigación preliminar —Frances gesticula con las manos de forma delicada— y así como hay departamentos que se han adaptado a la nueva era, hay otros que lamentablemente se niegan a hacerlo.

Los ojos oscuros vuelven a taladrar a Diane y una imperceptible subida de labios se dibuja en la cara de Frances, haciéndole una promesa muy personal, cumplir lo que hace años le juró: «Voy a joderte, Diane Carter. Te lo prometo».

—Los cambios son necesarios y mi papel aquí es ayudar a gestionarlos —finaliza su discurso—. Gracias a todos.

Los nuevos aplausos no se hacen esperar y Frances sonríe agradecida mientras va ladeando la cabeza para darle más intensidad al momento. No ha cambiado nada, salvo que está más arrugada y la mirada envenenada ahora parece más diabólica que hace años, pero es la misma mujer, en apariencia amable, con una que proyecta cercanía y confianza. Diane cayó en la trampa, pero antes de que Frances Hartwell la apuñalara por la espalda, ella ya tenía cuatro francotiradores apuntándole a la cara. Lo vio venir, sus movimientos, esas reuniones clandestinas que solo buscaban desacreditarla. ¿El motivo? Frances llevaba tres años trabajando en la empresa a la que Diane entró sin experiencia, pero la mujer no lo estaba haciendo bien, tenía problemas personales que estaban afectando su rendimiento laboral. Entonces los jefes se fijaron en esa chica joven de ideas frescas que en menos de tres meses había hecho cambios

necesarios y tenía proyectos prometedores en mano. Frances vio la soga en su cuello y no se le ocurrió otra cosa que empezar a robar el trabajo de Diane fingiendo una amistad que en realidad no existía a la vez que elaboraba un plan digno de una película mediocre para acusarla de cosas tan insólitas como estúpidas. Frances acabó en la calle, al parecer llena de deudas y una situación bastante jodida mientras que Diane Carter no solo asumía su puesto sino que meses después estaría sentada en la silla que le habían prometido a Hartwell hacía tiempo.

—Vamos a comenzar con el departamento financiero —anuncia Ethan abriendo una carpeta que tiene sobre la mesa—. Una vez que Frances pase por allí, trabajará directamente en desarrollo de negocios y en marketing —el presidente ahora se dirige a Diane—. Vendrán grandes cambios, tú y Clara vais a empezar a trabajar estrechamente con nuestra nueva consultora.

Los treinta minutos que pasan después de esa última frase, Diane los vive como si estuviera en una dimensión desconocida. Escucha la voz amortiguada de Ethan Brooks y la de Melissa acompañadas de algún aplauso o risa espontánea, pero no entiende nada de lo que dicen porque su cerebro repite en bucle lo único que le importa: la zorra Hartwell va a meter las garras en su departamento y con plena certeza sabe que su objetivo principal es cortarle la cabeza.

Cuando acaba la reunión, Diane camina hacia el ascensor con una presión conocida en la base de la nuca. Esa que la vuelve sedienta y la hace desear tomar un gin tonic a las diez y media de la mañana. Suspira asqueada porque intuye que a partir de ese momento empezará a pelear una guerra que ni siquiera sabía que existía y cuando creía que el día no podía ser peor, escucha su risa antes de verla. Cassidy tiene una carpeta en la mano y con la otra se tapa la boca para amortiguar la carcajada que aparentemente no puede controlar. Frente a ella Samuel Barnes la mira con esos ojos de cordero que Diane estaría feliz de arrancar y no se puede creer el nivel de desfachatez que tienen esos dos.

Es el hombre quien la saluda primero cuando la ve caminar por el pasillo.

—Buenos días, Diane.

—Samuel. —No quiere mirarla, pero sus ojos se mueven solos hacia el rostro de Cassidy que le sonríe con un gesto que sabe que es solo para ella—. Collins.

El saludo es el de siempre, escueto, seco y ninguno de los dos reacciona porque es parte de la personalidad insoportable de Diane, pero lo que más le jode a la Cobra es que ellos retoman la conversación como si nada, como si no fuera terriblemente asqueroso que un hombre como él mirara a una chica como Cassidy de esa manera.

Está tan irritada que el pecho le duele, el sonido de la calefacción le molesta y el murmullo de las voces la harta.

—Busca a Clara y dile que la espero en mi despacho —escupe la orden con sequedad, haciendo que Gianna —la secretaria del departamento— abra los ojos, asustada.

—Clara no está hoy, se ha tomado el día —consigue decir la joven con firmeza—. ¿Necesitas que...?

—Tatiana —sisea y entra a su despacho azotando la puerta.

En menos de un minuto, su asistente acude a ella con el iPad en la mano y el gesto serio.

—Hoy es la operación del sobrino de Clara —le recuerda Tatiana, y Diane cierra los ojos con fuerza. Lo había olvidado—. Ahora mismo debe de estar entrando a quirófano, así que no creo que sea un buen momento para hablar con ella. Te estoy agendando una llamada a las doce.

Diane no recuerda haber tenido un día tan desastroso en años, en el que se juntaran tantas cosas a la vez: Frances Hartwell, Samuel Barnes y ser una persona de mierda con la única que se merece todo lo bueno que exista en el mundo. Toma aire y lo sostiene durante tres segundos para luego soltarlo con calma. No funciona y sabe que está a punto de hacer arder al mundo.

—Que Collins se presente en diez minutos en mi despacho. —Tatiana asiente—. Déjame sola.

La asistente sale a paso decidido y Diane escucha cómo suelta algunas órdenes. Está segura de que le estará pidiendo a Gianna que custodie la puerta, aunque sea lo último que haga en su vida.

Se quita el reloj de pulsera, lo deja sobre su mesa y se acerca a la ventana. A finales de noviembre, el sur de California aún conserva la temperatura agradable, mañanas frescas, noches algo más frías. La vista de hoy le regala un grupo de mujeres mayores que visten todas con una chaqueta fina de color rosa con un logotipo que Diane no puede ver bien desde allí, van animadas, hablando entre ellas,

seguras de que ya la vida de trabajo arduo ha pasado y ahora solo queda la diversión.

Piensa en su madre, ¿cuánto hace que no ve una foto suya? Ha perdido la cuenta, pero está convencida de que Beatriz Carter sigue vistiendo ropa a medida, visitando centros de estética y durmiendo con mascarillas frías para que el Botox en su cara se mantenga. Gira el cuello y el cristal de la estantería le devuelve la imagen de una mujer atractiva, alta, de melena oscura y ojos azules como el océano Ártico. Una copia exacta de su madre, pero sin esa sumisión absurda que intentó inyectarle a Diane y esa devoción por lo que no tenía sentido.

Tres toques en la puerta le avisan de que se ha pasado una vez más de los cinco minutos que se permite para abstraerse de la realidad.

—Adelante —invita mientras camina hacia su mesa, coge el reloj y se lo coloca con calma. No se sienta, rodea el escritorio y se apoya en el borde.

—¿Querías verme? —pregunta Cassidy acercándose a ella y dejando una distancia prudente.

Diane pasea la mirada por la cara de la chica y recuerda la primera vez que la vio. Esa presión incómoda en el pecho que la hizo parpadear varias veces, luego sus intentos por negarse a sí misma que se sentía atraída por ella y, finalmente, el momento exacto en que dejó de batallar con su corazón por las veces que se aceleraba cuando sentía el calor de esos ojos verdes sobre ella. Es preciosa, llena de vida, con una piel lisa envidiable y una boca que sabe a vicio. De ahí esos celos que nunca ha sentido por nadie y que parece que durante cuarenta y cinco años estuvo guardando para Cassidy Collins.

—Parece que te estabas divirtiendo hace un momento. —Las palabras salen de su boca llenas de ácido.

Cassidy junta las cejas.

—¿A qué te refieres? —pregunta, desconcertada.

La risa seca y sin humor de Diane le da un primer aviso.

—Que lo tuyo con Barnes va muy bien. —La voz le sale con un ligero temblor que nada tiene que ver con nervios. Más bien, es rabia.

Cassidy no se mueve y cuando su cuerpo entra en ese estado, no es precisamente por miedo. Está harta de ese tema porque durante meses ha aguantado los comentarios acusatorios de Diane por el tipo de relación que tiene con su mentor, incluso han tenido dos

discusiones sobre eso, pero parece no entenderlo y el tema siempre sale en momentos de mucha tensión o como ahora que la ha visto conversar con él.

—Voy a pensar que estás celosa, Diane —ladea la cabeza—, y eso no te pega nada.

—No seas ridícula —las aletas de la nariz se le expanden, huele la sangre de su presa—. No es apropiado, es…

—¿Acostarme contigo sí que lo es? —la interrumpe la rubia sin moverse de su sitio—, porque en caso de que estés en lo cierto, ¿cuál es la diferencia entre tú y él?

El sonido de los dientes chirreando es algo que solo puede escuchar ella, pero su tacón impactando contra el suelo no. Cassidy levanta una ceja y después niega con la cabeza. Se niega a tener esta conversación absurda así que se da la media vuelta y camina hasta la puerta.

Siente los pasos de Diane tras ella, pero no se detiene y cuando va a salir del despacho, la otra mujer pone una mano sobre la madera impidiéndoselo.

—¿Por qué nunca me has dicho que es mentira, que me equivoco o que, en efecto, es verdad y hace tiempo que estás con él?

Es cierto, Cassidy jamás se ha sentado con ella para explicarle con calma que esos pensamientos alucinatorios de ella con su mentor montándoselo en cualquier sitio están muy lejos de la realidad y no lo ha hecho porque Diane tampoco lo ha preguntado directamente, se ha limitado a soltar comentarios mordaces que no llegan a ninguna parte, además, no cree que tenga que justificarse ante una mujer con la que se acuesta de vez en cuando en un despacho cuando ya no queda nadie en la planta tres.

Cassidy se gira de repente y su respuesta no es hablar. Atrapa sus labios con tanta rapidez que a Diane le cuesta reaccionar, pero de inmediato se lo devuelve haciendo que ambas giman bajito. Es un beso duro, sin un ápice de calidez, una demostración de lujuria o incluso de control.

—¿No ves cómo me tienes? —Cassidy ha cogido la mano derecha de la mujer y se la ha metido entre los pantalones. La humedad ya está presente, porque solo basta una mirada azulada para que su cuerpo reaccione—. Esto lo ocasionas tú, Diane, nadie más.

La rubia abre las piernas cuando siente los dedos empezar a moverse, a acariciarla mientras desabrocha el pantalón de Diane

para poder tocarla.

Nunca han tenido un encuentro cuando la oficina está en plena ebullición, jamás se habían arriesgado tanto, pero eso que tienen sin nombre ha ido creciendo con el paso del tiempo, no disminuyendo como la misma Diane estaba segura que ocurriría y tal parece que las ganas están escapando de su control.

—No cierres los ojos —exige Cassidy cuando ve el azul desaparecer —. Mírame.

Diane se muerde los labios porque Cassidy está tan dentro de ella que el vientre le vibra. Los dedos de ambas empiezan un baile idéntico, una danza erótica que las está acercando cada vez más al orgasmo.

—¿Estás celosa? —le repite la pregunta y cuando ve la intención de Diane de negarlo, le dice—: No me mientas.

Cassidy aumenta el ritmo de las embestidas, porque conoce el cuerpo que está tocando y ese tipo de cambios enloquecen a Diane. La mujer vuelve a cerrar los ojos, pero los abre de golpe cuando la rubia deja de moverse, causándole un dolor tremendo que la deja sin voz. Se miran un instante, se estudian como si fuera la primera vez que se ven hasta que Diane abre la boca.

—Lo estoy.

Cassidy la gira, le pega la espalda a la pared y vuelve a follarla, esta vez con más fuerza mientras se hunde en su boca, lamiendo sus labios, amortiguando los gemidos de Diane.

—No deberías estarlo cuando soy completamente tuya —le muerde la boca—. Nadie más que tú me toca.

Diane se corre mientras, desesperada, mete nuevamente la mano en el sexo de Cassidy. No sabe lo que está haciendo, le tiembla todo el cuerpo, pero un segundo más tarde nota cómo la chica se cierra alrededor de sus dedos y los espasmos la golpean.

—Samuel Barnes es mi mentor —comienza Cassidy con la frente pegada a la de Diane una vez que las dos han recuperado el ritmo de sus respiraciones—. Perdió a su hija hace varios años. El cáncer se la llevó cuando Jessica tenía mi edad y por alguna razón, Samuel ve algo de ella en mí. Me guio en la universidad, me ha dado oportunidades que nadie más me ha ofrecido… a cambio de nada, Diane. Me da igual lo que creas de los demás, pero no insinúes que me conoces, porque si lo hicieras, sabrías que ni soy esa clase de

mujer, ni mucho menos me acostaría con alguien más teniéndote a ti.

Cassidy da un paso atrás, se acomoda la ropa y abre la puerta después de apartar a Diane, que tiene la mirada clavada en la ventana de su despacho.

La jefa de negocios no sabe cuánto tiempo se queda de pie en el mismo sitio, con la mente revuelta y el corazón amenazando con romperle las costillas. No es solo que no se acueste con Samuel, es que Cassidy ha declarado sin que siquiera le temblara la voz que hay algo entre ellas que la llena y que no necesita nada más.

El miedo se instala en su cuello y empieza a apretar lentamente cortándole la entrada de oxígeno de una manera que no puede evitar. El cuerpo empieza a temblarle otra vez y tiene que caminar hasta su escritorio para sostenerse y evitar caerse.

—No puedo —susurra con la mirada desenfocada—. No puedo hacer esto.

Capítulo 13

La semana en las oficinas de Whitestone ha sido frenética, sobre todo tras la aparición de Frances Hartwell. Diane ha trabajado con concentración absoluta cada día, llegando a las siete de la mañana a su despacho y marchándose cuando el de seguridad hace su tercera ronda por la noche. No tiene miedo, está siendo precavida porque sabe muy bien lo que esa perra disfrazada de cordero hará: entrará a su departamento con la intención de encontrar cualquier cosa de la que tirar y hacer con ella una soga para el cuello de Diane.

—¿Y después? —Está de pie en la ventana observando a los peatones ataviados con chaquetas más gruesas. Diciembre ha llegado con una importante bajada de temperatura y los californianos no lo están recibiendo del todo bien.

—Una llamada con Arnico, la he programado para que tenga una duración máxima de veinte minutos y será a las cuatro —Tatiana está sentada frente a ella revisando su agenda—. Tienes la reserva confirmada esta noche a las siete en Marlowe.

—¿Cómo van en el departamento de finanzas? —quiere saber Diane. Tatiana bloquea el iPad y lo deja sobre la mesa—. Calculo que aún tenemos una semana más para que llegue hasta aquí. Ha hecho pocos cambios, se ha mostrado muy abierta y en general, todos están contentos.

Diane contiene el impulso de chasquear la lengua y maldecir a Frances. Eso es lo que hace, comportarse como alguien receptivo, ganarse la simpatía del resto y al final conseguir el respaldo de la gente. En el momento en que llegue a desarrollo de negocios, nadie se sorprenderá cuando la buena consultora se lleve la mano al pecho diciendo que el recibimiento no ha sido afable a pesar de su disposición para ayudar, y van a creerle porque a vista de todos en la consultoría Diane Carter es una zorra capaz de cualquier cosa.

—No te preocupes, estaremos preparados.

La asistente recupera su iPad y se pone de pie. No conoce el problema que hay entre su jefa y la consultora externa, pero sí que

existió algún tipo de conflicto entre ellas que llevan arrastrando algún tiempo. Diane se lo dijo de forma escueta esa misma tarde, luego con frases cortas le soltó que ya se conocían y la cosa no había acabado bien, por lo que estaba segura de que no se lo pondría fácil. Tatiana no necesita saber más, simplemente se ha vuelto más diligente, adelantándose a lo que sea necesario con tal de facilitarle la vida a Diane.

La asistente abandona el despacho y Diane se queda en la misma ventana durante unos minutos más mientras va recorriendo los eslabones de la pulsera con la yema del índice. Suspira, agotada, como si llevara siete días corriendo una maratón sin descanso subida en sus Manolo Blahnik, tanto que ni siquiera ha podido recibir a su entrenador personal ni encontrarse con Cassidy. Esto último le produce un pellizco en el estómago que nunca está preparada para experimentar —no lo dirá en voz alta, eso está claro—, pero es lo que le pasa cuando esa chica de ojos verdes se mete en su cabeza por alguna razón. Después de la discusión que acabó en sexo rápido contra la pared de su despacho a una hora completamente inadecuada, la relación entre ellas ha sido estrictamente profesional. La rubia ha hecho su trabajo de forma impecable como tiene a todos acostumbrados en los dos departamentos en los que sirve de puente, ha cumplido con las exigencias de Diane y ha trabajado con Clara sin cambiar su estado de ánimo. Cassidy no la ha mirado de más ni una sola vez, un comportamiento ejemplar.

Regresa a su escritorio para continuar trabajando, tiene mucho que hacer y no puede seguir con la cabeza en otra parte. Se frota los ojos, recuerda que debería reagendar —por decimoquinta vez— la cita en el oculista y se sumerge en los documentos por el resto del día.

• • •

Esa noche el restaurante Marlowe del cocinero Anton Roe está tan silencioso como siempre. Es el tipo de lugar en el que la gente no habla, susurra, mastica con delicadeza y utiliza los cubiertos con elegancia. El local ocupa una esquina privilegiada de Third Street Promenade, donde los grandes ventanales dejan que la luz dorada del atardecer inunde el comedor. Es el favorito de Diane Carter, lo

encontró en su segunda semana viviendo en California mientras paseaba una tarde, el restaurante llamó su atención por la fachada de ladrillo claro, los detalles en acero negro y un discreto letrero iluminado con letras de latón. Por alguna razón la sedujo y se prometió que cuando lograra dirigir un departamento dentro de una gran compañía, lo celebraría en ese lugar. Diecisiete años han pasado desde que se sentó por primera vez allí.

—Buenas tardes, señora Carter —la saluda uno de los camareros que ya la conoce—. Venga conmigo, por favor, sus acompañantes la están esperando.

Cuando llegan a la mesa, dos mujeres que hablan con discreción levantan la mirada, sonríen y se ponen de pie.

—Si no es así… —canturrea Elizabeth Olman, la mujer de Clara Fitzgerald, mientras abraza a Diane—. Te dejas ver muy poco, cielo, aunque estás tan guapa como siempre.

—Oye, que estoy aquí —se queja Clara con un fingido gesto de enfado.

—No deberías sentir celos, cariño —Elizabeth sonríe mientras mueve la cabeza divertida—, al fin y al cabo fuiste tú quien la tuvo durante unos años.

Diane pone los ojos en blanco, pero se deja abrazar. Luego repite el saludo con su amiga y las tres se sientan a la mesa.

Elizabeth le aprieta la mano con afecto y Diane se pregunta qué vio esa mujer en ella para que la haya querido al instante de haberla visto en persona. Recuerda cuando Clara conoció a Elizabeth en aquel karaoke viejuno de Wilshire Boulevard, la ilusión de los primeros meses y cómo empezó a ir en serio. Cuando llevaban un año juntas quiso presentarle a Diane porque para ella era importante. Dudó, pero lo hizo por su amiga y la sorpresa fue verdaderamente buena. Elizabeth sabía que Clara y Diane habían mantenido una relación durante tres años, todo lo que había ocurrido en el medio y sobre todo después. Cualquiera miraría a Diane con desdén, con rechazo. Elizabeth no.

—El pasado ha quedado atrás —dijo una vez mientras daban un paseo por la playa las tres—. Lo importante es lo que sois ahora.

Y es verdad, la amistad que se ha fraguado con los años entre Diane y Clara no se ha venido abajo ni siquiera tras todas las dificultades, contando como una muy grande el trabajar con La Cobra y ser —en ocasiones— víctima de sus colmillos venenosos.

—Bueno, ¿qué celebramos? —se adelanta Clara—. Venir a este sitio siempre es por alguna ocasión especial.

Diane suspira, sabía que no se lo pondría fácil.

—Últimamente he estado algo distraída —Clara levanta una ceja, irónica, al escuchar las palabras—. Olvidé la operación de Sean, he rechazado todas vuestras invitaciones y he estado un poco más irascible de lo habitual.

—Y has tardado en contarme que Frances Hartwell es nuestra nueva asesora experta —la señala con el dedo índice a la vez que entrecierra los ojos.

—Cierto —admite Diane con un ligero movimiento de cabeza.

La cirugía del sobrino de Clara salió bien, pero se pidió el resto de la semana para poder ayudar a su hermana —viuda con otro niño menor que Sean— por lo que estuvo bastante desconectada de lo que pasaba en Whitestone porque, a diferencia de Diane, para su amiga la familia siempre es lo primero.

Cuando Diane la llamó para preguntar por Sean, tampoco le informó sobre lo que estaba pasando en la consultoría, por lo que cuando la directora de marketing volvió se llevó la desagradable sorpresa.

—Menudo peliculón —Elizabeth abre mucho los ojos—. Me encantaría saber cómo coño una mujer con la que trabajaste hace casi veinte años y que juró joderte viva aparece en vuestra empresa como alguien capaz de sugerir —dibuja comillas con los dedos porque sabe que la palabra real es convencer— a la dirección de que algo no funciona y necesita un cambio.

Diane se encoge de hombros y se pasa los dedos por la mandíbula.

—No tengo ni idea, pero lo que sí sé es que lo está disfrutando.

El camarero aparece y toma nota de sus bebidas: agua con gas para Diane y vino para la pareja.

La cena avanza tranquila, con conversaciones diversas que dejan fuera todo lo que ocurre en Whitestone. Elizabeth habla de sus partidos de béisbol y deja caer que hay un par de compañeras a las que no les importaría llevar a comer a Diane. Pero lo más sorprendente de todo es que la mujer de eterno gesto severo está sonriendo, se muestra relajada e incluso se permite gesticular un poco más. Nadie conoce a esa Diane salvo Clara —y ahora Elizabeth — porque hace mucho tiempo aprendió lo importante de llevar una buena coraza y, desde luego, ella muy pocas veces la deja caer.

—Tenemos que repetir pronto —Elizabeth le da un abrazo de despedida—. Ha sido una velada encantadora.

—Sobre todo porque ha pagado ella —Clara le guiña un ojo y Diane la fulmina con la mirada.

—Iré a verte jugar la próxima vez —promete Diane, y no puede imaginarse con una gorra y zapatillas deportivas gritando cosas que ni siquiera entiende para animarla—. Solo dame un poco de tiempo para que pueda resolver lo de Frances y logre estar algo más tranquila.

Se despiden y Diane camina atravesando Third Street Promenade, donde ya a esa hora bulle de gente animada que sale a cenar o va a tomar una copa. Respira el olor a café que se mezcla con el de la brisa salada que llega desde el Pacífico y no puede dejar de admirar a su paso las librerías, restaurantes de moda y pequeñas cafeterías con terrazas siempre ocupadas.

Se desvía hacia el viejo restaurante de comida rápida cerca de la calle Main donde suele aparcar porque hay sitio de sobra y no está demasiado lejos del Marlowe. Es agradable dar un paseo cuando sale de degustar la comida deliciosa de Anton Roe, pero siempre arruga la nariz cuando le golpea al olfato la grasa proveniente del local de hamburguesas y patatas fritas. Cuando le quedan unos pocos metros para llegar a su coche, escucha el sonido de una risa que le corta la respiración. Detiene sus pasos en seco y sin poder controlar sus movimientos, gira el cuello y la ve.

¿Cuántas posibilidades existen de que el primer viernes por la noche desde hace meses que Diane ha decidido salir a cenar se encuentre con Cassidy Collins? Parece que muchas. No tiene tiempo de pensar en lo que va a hacer porque la chica ha clavado su mirada en ella y, aunque no está muy segura porque entre las dos hay unos metros de distancia, hay algo en su gesto que la deja paralizada exactamente donde está.

Cassidy, que estaba cenando con Payton antes de que se fuera a pasar la noche con ese abogado con el que tiene una especie de aventura, ha reconocido a Diane de inmediato. Ese movimiento de caderas al caminar sobre los tacones imposibles de suela roja, la forma en que levanta la barbilla y no baja la guardia en ningún momento son las tres cosas que la delataron.

—Nos vemos mañana —Cassidy besa la mejilla de su hermana—. Pásalo bien.

Payton sonríe, claro que va a pasarlo bien, y como no quiere llegar más tarde, se aleja de Cassidy mientras hace un movimiento con la mano.

La rubia camina hasta Diane, es lo lógico, ¿no? Si se la encuentra por casualidad fuera de Whitestone lo más normal es que se saluden, aunque el gesto adusto y sus labios fruncidos le gritan todo lo contrario.

—Hola —saluda Cassidy y mete las manos en los bolsillos de su abrigo.

Diane desvía un segundo la mirada hacia la figura que se aleja hacia un coche y vuelve a observar a Cassidy.

—Hola —contesta sin ser demasiado seca, pero tampoco es del todo cordial.

La chica levanta una ceja porque le resulta bastante complicado entender a la mujer que tiene frente a ella. Comprende que dentro de las oficinas el trato entre ellas tiene que ser profesional e incluso distante, si fuera de otra manera, desde luego levantaría sospechas, pero ¿fuera de allí es igual? Y en ese momento Cassidy cae en cuenta de que entre ellas nunca ha existido una conversación sobre lo que está sucediendo. Todo lo que pasa se limita a encuentros cargados de deseo y frases ardientes que dejan sus cuerpos vibrando durante horas, por lo que no sabe cuál sería el comportamiento correcto si no están sudando dentro del despacho de Diane.

—He venido a cenar con mi hermana —Cassidy señala con el pulgar detrás de su espalda—, y se ha ido porque tenía una cita. ¿A ti qué te trae por aquí?

A Diane el corazón le late deprisa y tiene que tragar dos veces para que la voz le salga. Por fuera se muestra impertérrita, las manos las tiene relajadas a cada lado de su cuerpo y no aprieta la mandíbula. Cassidy Collins no tiene ni idea del tsunami que hay dentro de esa mujer.

—Estuve cenando con unas amigas —la voz le sale plana, tranquila.

La rubia ladea la cabeza y sonríe.

—Es muy pronto para volver a casa, ¿no crees? —interroga con los ojos brillantes—. ¿Te apetece que tomemos una copa?

Diane se tensa, es casi un sobresalto visible en su cuerpo, y de inmediato pasea la mirada por el aparcamiento como si estuviera confirmando que nadie las está escuchando. Cassidy arruga las cejas,

la ha invitado a tomar algo, no a que se bajara los pantalones para hacerle sexo oral en público.

—Tengo que irme —la respuesta le sale muy rápido—. Buenas noches.

Diane abre su coche, se sube y cuando cierra la puerta exhala todo el aire que había decidido quedarse atrapado en sus pulmones, pero la tranquilidad le dura poco porque en el cristal escucha los tres toques característicos de Cassidy, los mismos que cuando va a su despacho.

—Espera —le pide clavando sus ojos verdes en Diane cuando baja la ventanilla—. No tenemos que ir a ningún bar, pero conozco una calle tranquila aquí al lado donde podemos... hablar un rato.

El estómago le duele y siente cómo su entrepierna palpita con desesperación. Lo desea, lo desea muchísimo, pero este tipo de deslices no se los puede permitir. ¿Y si alguien las ve? ¿Y si reconocen a Diane? ¿Qué pensarían de que la jefa del departamento de desarrollo de negocio de la consultoría más importante de California esté encerrada en un coche con una empleada bastante más joven que ella? Las náuseas le llegan a la garganta.

—Tengo que irme —repite la misma frase, y cuando está subiendo el cristal, la chica lanza la última pregunta.

—¿Estás segura?

Diane aprieta los puños, con la mirada al frente sin pestañear. De alguna forma, nota su decepción, pero lo que siempre le ha seducido de Cassidy —o una de las tantas cosas— es que no suplica, no pide. Simplemente propone y si no, se va.

Su cuerpo no obedece a su cerebro y cuando se da cuenta, se está inclinando para abrir la puerta del copiloto.

—Sube —le dice y se endereza para encender el coche.

Cassidy se sienta y nota con rapidez la diferencia entre su pobre Corolla y el lujoso Mercedes de Diane. No dice nada, un chiste no tendría sentido en ese momento cuando la conductora está dando marcha atrás con el ceño fruncido.

Diane recibe las indicaciones «Gira en la siguiente. Aquí a la derecha. Sigue todo recto», pero no hablan de nada más. Unos minutos después están al final de una calle sin salida, oscura y discreta. Cassidy no va a explicar cómo conoce ese lugar, tampoco cree que sea adecuado en ese momento.

Diane aprieta el volante con la fuerza suficiente para que sus nudillos estén más blancos que su pálida piel. ¿En qué demonios está pensando? Tiene cuarenta y cinco años, está dentro de su coche aparcada en una zona retirada del bullicio con una mujer que le hace perder la cordura, pero hay una necesidad tan intensa que la está quemando por dentro y no es capaz de controlar.

—No quiero hablar —sisea la mayor de las dos, y cuando gira la cara, Cassidy nota sus ojos azules tan oscurecidos como envueltos en llamas.

La chica no contesta, se baja del coche y de inmediato se sube en la parte trasera. Diane sigue en silencio, en ese juego que tienen ambas cuando nada más importa, donde Cassidy exige y ella —oh, sorpresa— obedece.

—Ven aquí.

Un tacón se estrella contra el pavimento y al cabo de unos segundos está a horcajadas sobre el cuerpo caliente de la rubia sin ni siquiera meditar sus actos. La Cobra que hay en Diane se ha dormido porque esa rubia que le aprieta la cintura ha encontrado la forma perfecta de hacerlo.

Cassidy levanta una mano, le toca la cara y delinea el pulgar por el contorno de sus labios. Diane saca la lengua, lo lame y ambas gimen extasiadas. La rubia tampoco va a explicar cómo es que se le da tan bien convertir un asiento trasero en un lugar perfecto para el sexo, pero desnuda a Diane tan rápido que es una suerte que el bonito pantalón oscuro siga de una pieza.

—Estas no te las había visto. —Cassidy acaricia el encaje de la lencería blanca.

—Hay muchas cosas que no has visto —sisea Diane, y aprieta los labios cuando la chica hace presión con sus dedos en el centro de su sexo.

—Entonces tendrás que mostrármelas todas.

A Diane no le da tiempo de analizar lo que ha dicho porque Cassidy ha deslizado la punta de la lengua por sus labios para luego besarla. Es un beso duro, uno que acumula una semana de mierda y el fuego que hay entre ellas que por más que lo intenten, no se apaga. Cassidy mueve sus caderas hacia arriba y con las manos, empuja el cuerpo de Diane hacia abajo.

—Sí —jadea Diane, restregándose contra las piernas de la rubia.

El cuerpo les tiembla y Cassidy no soporta un segundo más sin tocarla. Cuela sus dedos por debajo de las bragas y Diane la recibe húmeda, hirviendo, tanto que tiene que morderse los labios para hallar el control que empieza a perder y no penetrarla con la brusquedad que quiere.

—Me has echado de menos —Cassidy no pregunta, afirma—. Y aun así no me has mirado en toda la semana.

Aprieta su clítoris con suavidad y Diane se retuerce sobre ella. Es un espectáculo verla así, con los ojos desenfocados, las mejillas ardiendo y la boca entreabierta.

Cassidy vuelve a pegarse a sus labios y en medio de ese beso, sus dedos trazan círculos por el sexo de la morena. Se mueve con suavidad y luego los baja un poco para tantear su entrada, que por lo que siente está completamente preparada para ellos.

—Te necesito dentro. —Diane respira con dificultad a la vez que empuja las caderas buscando un mayor contacto.

No pide por favor, no ruega demasiado, pero la misma Diane sabe que está dándole a esa chica más de lo que le ha entregado a alguien nunca, y no es precisamente porque quiera, es que su cercanía hace que pierda el control de su propio cuerpo.

—Joder, cómo me gusta follarte —gruñe Cassidy mientras sus dedos se van clavando en lo más profundo de Diane—. Muévete para mí, me encanta verte hacerlo.

Pone las dos manos sobre los hombros de Cassidy y comienza a moverse con calma, haciendo presión cuando llega abajo y quedándose un instante ahí, sintiéndose llena. La rubia usa su mano libre para liberar uno de los pechos de Diane y metérselo en la boca. No son ni de lejos del tamaño de los de ella, pero son suaves y con un pezón rosado que la desquicia.

Hay un instante en el que Diane empieza a sentir un cosquilleo familiar, comienza a apretarse y sus ojos conectan con el verde que se ha vuelto tan oscuro como la lujuria lo ha empujado. No son más que unos segundos, pero allí en el asiento trasero de su coche cabalgando a Cassidy Collins la certeza la golpea en el pecho. No solo le gustan estos encuentros, es que la chica la hace sentir… completa, de esa manera en la que crees no necesitar nada más y empiezan a emerger los «¿Y si…?».

—Te ves preciosa cuando estás a punto de correrte. —Entonces los pensamientos rumiantes huyen de la mente de Diane y el orgasmo la

zarandea con fuerza.

Abre la boca y gime el nombre de Cassidy por primera vez. Los ojos se le humedecen por la intensidad que está experimentando y por un momento siente que se va a morir.

Por fortuna sobrevive y toma una bocanada inmensa de aire mientras intenta recuperarse. Siente los dedos salir de ella y de inmediato cómo unos brazos la rodean.

—Espera —Cassidy la retiene cuando Diane intenta incorporarse y le pasa una mano suavemente por la espalda—. Quédate aquí conmigo.

Diane ahoga un sollozo e intenta —con todas sus fuerzas— bloquear su mente y quedarse apoyada en el cuerpo cálido de una chica que la mira como si fuera lo más importante de su mundo sin saber que ella no puede serlo para el mundo de Diane.

Capítulo 14

Diane estaba preocupada porque alguien la descubriera la noche del viernes en su propio coche, desmadejada sobre otra mujer —que trabaja para ella— después de tener uno de los episodios más ardientes de sexo que recuerda haber experimentado. No tenía ni idea de que el mismo infierno estaría desatado el lunes por la mañana cuando volviera a la oficina.

Ha llegado a las siete con una calma inusual, sintiéndose relajada, y confiaba en que esa semana —aunque sabía que sería intensa— estaría bajo su control. La respuesta le ha estallado en la cara cuando, al enfilar el pasillo, divisa la figura de Frances Hartwell cómodamente sentada en la silla de Gianna, la secretaria del departamento. Sus largas piernas están cruzadas mientras su mirada está enfocada en una tableta de tamaño pequeño, casi como un móvil.

—Ah, Diane —la mujer levanta sus ojos oscuros y esboza una mueca vacía—. Espero que no te moleste que esté en esta mesa durante algunas horas.

La Cobra le devuelve una sonrisa de dientes afilados mientras inclina la cabeza hacia un lado.

—Siempre ocupando los sitios que no te corresponden —Diane apenas levanta una ceja—, pero no te preocupes, siéntate donde lo necesites.

Da varios pasos observando la puerta de su despacho y deseando atravesarla lo antes posible cuando su voz seca la hace detenerse.

—He convocado una reunión a las nueve con tu equipo y el de Clara Fitzgerald —Diane reconoce el veneno en su tono—. Hay tantas cosas que cambiar.

Diane aprieta la mandíbula un instante y, antes de girarse, la destensa.

—Estás aquí como asesora, Frances, así que me parece bien que hagas tu trabajo por una vez en la vida —desanda sus pasos y se acerca a ella, inclinándose un poco sobre la mesa—, pero cuidado, ya

no tengo veinte años, ahora soy el doble de cabrona que antes —mueve la mano como si le acabara de decir algo sin importancia—. Nos vemos luego.

La última frase la acompaña con un levantamiento de labios que deja a Frances nadando en un río turbio, entre confundida y rabiosa.

Diane se encierra en su despacho y se va directamente a la ventana para perderse en los peatones que pasan por la calle, ajena al caos que lleva dentro. Frances es como una versión retorcida de una de esas películas que dan un giro inesperado en la que uno de los protagonistas acaba muerto y, en su caso, es ella la que parece la gran afortunada.

Hace tiempo, una tarde melancólica en la que la soledad le estaba haciendo daño de verdad, Diane pensó que había llegado el momento de dejar su puesto en Whitestone. En ese punto, había conseguido exactamente lo que quería y en el camino se aseguró de amasar una pequeña fortuna. Nada de billones ni cajas de seguridad, pero sí lo suficiente para vivir tranquila el resto de su vida. Tiene una buena casa en Brentwood y una pequeña cabaña en Big Bear Lake que apenas pisa, pero ambas propiedades son suyas, están pagadas y no le debe nada a nadie. Entonces recordó que mucha gente siempre se ha preguntado por qué esa mujer de gesto adusto y mirada asesina no está en la dirección de la consultoría. Algunos simplemente no lo entienden y otros lo atribuyen al fracaso, como si Diane no fuera capaz de llegar allí. Nada más lejos de la realidad. Diane Carter nunca ha querido el premio gordo porque su lugar no es dando órdenes sin tener ni idea de lo que hace; ella quería ser quien tomara las decisiones, moviera las fichas y consiguiera los contratos. Ha ganado tantos premios a lo largo de todos esos años que ha tenido que habilitar tres estanterías solo para ellos y eso, con total seguridad, no lo hubiera logrado si fuera directora general de cualquier empresa. Por eso aún no se ha marchado de ahí, porque siente que todavía le queda mucho por hacer y una cosa es que ella tome la importante decisión de dejarlo y otra, que el pasado venga con garras afiladas y quiera arrancarla del lugar que tanto le ha costado conseguir.

—Sobre mi cadáver —susurra para sí misma y se sienta en el escritorio para ponerse en marcha.

A las nueve de la mañana entra en la sala seguida de Tatiana como si fuera su escolta en vez de su asistente y se sienta a la mesa justo al

lado de Clara. Frances aún no ha llegado, solo están Tanya, Harper y el insoportable muñeco bonito de Adam Foster. Cassidy también está allí y ni siquiera ha levantado la mirada a la llegada de Diane.

—Parece que esperamos a la reina —sisea Diane para Clara mientras abre una carpeta que hay frente a ella.

—No la conozco tanto como tú, pero parece que le va el drama.

Diane quiere poner los ojos en blanco.

—Más bien el circo —tamborilea los dedos sobre la mesa—, Frances Hartwell no es más que una payasa.

El sonido de los pasos hace que Diane centre su mirada en la carpeta; ni apuntada con un cañón le dará el placer a Frances de verla entrar.

—Buenos días a todos —saluda la mujer con una sonrisa cálida y señala—: Qué gran equipo tenemos aquí.

Todos sonríen, pero Diane sigue en la misma posición y tan seria como siempre.

—Bueno, no quiero quitaros mucho tiempo —se sienta con elegancia en la silla que encabeza la mesa—. Sé que tenéis trabajo que hacer, así que vamos a empezar.

Se aclara la garganta y señala con el dedo unos folios que tiene sobre la mesa.

—Por favor, abrid la carpeta que os he preparado —todos obedecen—. Allí encontraréis los puntos de análisis que llevaré a cabo en cada departamento. Clara —la llama y compone una sonrisa amistosa—, he pensado en comenzar por marketing porque estimo que no me llevará más de tres días confirmar que lo estás haciendo genial allí y seguramente solo haré unas pocas recomendaciones.

—Tómate el tiempo que necesites, Frances —Clara le contesta moviendo a su vez la cabeza y luego regresando su mirada a la carpeta—. Trabajaremos juntas en esto, mi equipo está muy ocupado como para encargarse de estas cosas.

Frances entrecierra los ojos de forma casi imperceptible. La voz de Clara no le parece cargada de nada, pero su respuesta le ha parecido un poco arisca. No permite que eso frene su avance y esta vez mira a Diane.

—En el departamento de desarrollo de negocios, sin embargo, parece que tendré más trabajo —escupe sin ocultar su evidente molestia—. He estado haciendo algunas revisiones y desde luego la

gestión se ha quedado... ¿cómo decirlo? —se lleva la mano a la barbilla fingiendo pensar—. Anticuada, sí, esa es la palabra.

El silencio cae en la sala por un momento y el único suspiro entrecortado que se oye es el de Tanya Baker.

Diane cruza una pierna con languidez y no levanta la mirada por dos cosas: la primera es porque no va a caer en el estúpido juego de la que es, al parecer, su enemiga acérrima. La segunda, bueno, tiene nombre y apellido: Cassidy Collins. Por el rabillo del ojo la ha visto detener el verde prado sobre ella y ahí se ha quedado, como preguntando: «¿por qué coño no dices nada?». Lógico, todo el que la conoce sabe que Diane hubiera hecho arder las paredes de la sala en un segundo después de que una desconocida recién llegada a la empresa directamente le dijera que se ha quedado obsoleta, pero la morena es mejor que eso y desde luego lo va a demostrar.

—Por supuesto, Frances —contesta con una exhalación helada—. Será un placer recibirte en mi departamento, siempre me fascina la gente que llama anticuado a todo aquello que aún no entiende.

Cassidy ladea una sonrisa y Diane ahora sí puede verla de frente porque una mano invisible la ha hecho girarse y poder presenciar ese gesto que la ha apretado por dentro.

Frances parece una caricatura furiosa de esas que los artistas pintan con el humo saliendo de sus orejas, pero no dice nada más porque sabe que jugar la carta del arrebato infantil la hará parecer una resentida. Y por supuesto, ella no lo es.

La reunión se alarga durante unos minutos más en la que la asesora explica varios puntos que considera importantes y resuelve algunas dudas.

—Supongo que no hay ninguna pregunta —la asesora lo suelta mientras se pone de pie, cortando cualquier inquietud de los presentes—. Que tengáis buen día y, si necesitáis algo de mí, siempre estoy disponible.

Frances se despide con la misma sonrisa que parece tatuada en su rostro, salvo que esta vez hay algo agrio en el fondo.

Desde el punto de vista de Diane, la asesora ha quedado como una auténtica palurda frente a todos, pero su criterio no es del todo fiable porque la repulsión que siente hacia esa mujer nubla su juicio.

—Clara, pasa por mi despacho a las dos —pide Diane con su habitual tono odioso.

—De vez en cuando podrías pasarte tú por el mío —le reclama su compañera mientras salen de la sala.

Diane no contesta, avanza por el pasillo con la barbilla levantada hasta que llega a la puerta de su despacho junto a Tatiana.

—Envía a mi correo las notas que has tomado —la mira a los ojos —. Y averigua si hay novedades.

La asistente asiente y el brillo en su mirada le dice a Diane que está encantada de ser la imitación barata de un detective privado.

Cuando Diane está a punto de sentarse detrás de su escritorio, tres toques en la puerta le producen una descarga que por un momento la deja sin aire al reconocer esa forma que parece una señal entre ellas. Tiene que carraspear porque no está segura de que le salga la voz.

—Adelante —dice con frialdad.

Cassidy cierra la puerta tras de sí y camina con paso seguro hasta ese cuerpo que ahora conoce bastante bien. Se detiene frente a ella y ladea la cabeza.

—¿Ahora te dejas pisotear tan a la ligera? —nota el gesto peligroso en la cara de Diane. No le importa—. Tuve que mirar dos veces por si me había equivocado y no eras tú quien estaba en esa sala.

A Diane las aletas de la nariz se le expanden varias veces.

—Piensa bien lo que dices, Collins —las venas del cuello ahora son tan visibles que la chica se lame los labios—. Cuida esa boca.

Cassidy chasquea la lengua y niega con la cabeza.

—¿Y ya está?, ¿eso es lo que vas a decirme?

Hace tiempo que a Diane nadie le cierra la boca ni la deja sin palabras, pero desde que Cassidy entró en Whitestone le pasa a menudo. Es cierto que la mayoría de las veces ha sabido manejarlo, pero ha habido un par de momentos —este es uno de ellos— en los que no ha tenido ni idea de qué hacer. Penoso.

Cassidy levanta la mano, la lleva hacia la boca de Diane y le aprieta las mejillas con fuerza hasta que siente sus dientes.

—Esa no es la Diane que conozco —le dice en tono bajo—. No permitas que vuelva a humillarte.

La suelta de golpe y esta vez atrapa sus labios. La muerde con rabia, porque está enfadada, porque durante meses no solo le hizo cada día un infierno, sino que también desplegó sus encantos —nótese la ironía— con el personal, incluso con Samuel Barnes, que es un socio respetado. En cambio, llega esta tal Frances, la señala

delante de la gente que trabaja para ella y lo único que hace Diane es escupir una frase sacada de algún blog de internet.

Diane siente la lengua de la chica golpear la suya, el calor que ya conoce y una humedad inesperada aparece entre sus piernas. Cassidy la besa siempre como si fuera la última vez, como si Diane fuera una clase de diosa que, por desgracia, no volverá a ver y tiene que aprovechar cada segundo pegada a su boca.

—No sé lo que vas a hacer, pero si necesitas ayuda, aquí estoy — Cassidy arrastra el pulgar por debajo del labio inferior mientras la mira con deseo.

Da media vuelta y camina hacia la puerta hasta salir del despacho. Diane se queda de pie en el mismo sitio durante lo que parece una eternidad, sin apenas pestañar ni respirar. De un momento a otro, una verdad la golpea con contundencia y la hace entender uno de los motivos por los que le atrae tanto esa chica: ¿quién se atreve a entrar a su despacho y encararla de esa forma?, pero sobre todo, ¿quién —aparte de Clara Fitzgerald— se preocupa por Diane y se esfuerza para hacérselo saber? La respuesta la sabe y no hay necesidad de verbalizarla.

Se sienta en su silla con una exhalación y deja caer la cabeza hacia el respaldo. Está jodidamente perdida.

Capítulo 15

Frances Hartwell aprieta la mandíbula con una mezcla de irritación y asco. Lleva todo el día encerrada en el despacho que le habilitaron en la planta seis del edificio de Whitestone revisando los últimos cuatro contratos que han conseguido a través del departamento de desarrollo de negocios. Si es honesta —no será tan tonta como para comentarlo a la junta— no tenía ni idea de la función que tenía esta área porque cuando recibió la llamada de la directiva para contratar sus servicios, hizo lo que siempre: estudiar cuál era el fuerte de la empresa, buscar noticias importantes de los últimos años sobre ella y apuntar algunas cosas que consideraba necesarias. Es en el momento que llega y empieza a hacer su trabajo cuando se mete de lleno, conoce a los responsables, a los equipos y empieza su valoración. Lo que no se esperaba ni en un millón de años era que Diane Carter liderara una de las unidades que ella debía asesorar y en el momento que la vio —con la misma mirada altiva de hace veinte años como si el mundo le debiera un favor— no supo si había tenido suerte o se trataba de una mala broma del destino. Esa misma tarde, entendió que había sido lo primero porque podía buscar cualquier herida y meter el dedo sin ningún tipo de compasión, tal como no la tuvo esa mujer hace dos décadas.

El problema, para su propia desgracia, es que Diane parece seguir una metodología muy organizada y efectiva. Trabaja junto al departamento de Clara Fitzgerald, estudia cada propuesta siguiendo siempre el mismo patrón mientras va cautivando al cliente sutilmente con promesas firmes y lo que parece un trabajo impecable. Ese descubrimiento no hace más que poner una piedra en su camino porque si se ciñe a lo que hizo en marketing, debería estar solo tres días en desarrollo de negocios, hacer algunos cambios alineados con lo que exigen los de arriba y marcharse con la tranquilidad de un trabajo bien hecho. Es verdad que Diane tiene métodos algo desactualizados, pero —una vez más, no va a decirlo en voz alta— son los que utilizan los llamados de la «vieja escuela» y

como diría su mentor: si funciona, entonces no hay por qué cambiarlo.

Resopla buscando el agujero por dónde meterse y para su propia sorpresa, no logra conseguir ninguno. No piensa darse por vencida y está segura de que de algún hilo podrá tirar para por lo menos desestabilizar a esa bruja. Ha oído que parte de la empresa la detesta, que es maleducada, no tiene compasión con nadie y la directiva parece darle carta abierta para despedir a cuanto empleado tiene la desgracia de trabajar con ella.

Se levanta, asqueada, y baja a la planta tres, es hora de enfrentarse a su propio plan.

—Hola, eres Tanya, ¿verdad? —Dibuja una sonrisa cálida frente a la chica que está tocando los botones de la impresora al final del pasillo—. Hoy empiezo mi análisis por aquí y quería conoceros personalmente.

La morena se alisa la camisa de rombos naranjas con la mano izquierda y extiende la derecha para estrecharla con la mujer.

—Tanya Baker —confirma con un firme apretón de manos—. ¿Frances?

—Hartwell, sí —vuelve a sonreír y Tanya se pregunta si no le dolerá la cara—. ¿Cómo lo lleváis en el departamento?

Tanya recoge las hojas que han salido impresas y las cuadra con dos golpes secos sobre la máquina.

—Con bastante trabajo —asegura moviendo los hombros—. Esta área es el corazón de Whitestone, la que consigue los contratos, así que siempre hay mucho que hacer.

—Mmmm —murmura Frances con un falso gesto de aprobación—. Eso he oído, sí. ¿Y qué tal la gestión? Porque he revisado vuestros procesos de trabajo y tal como dije en la reunión de hace unos días, noto metodologías desactualizadas.

Tanya parpadea sin ganas de contestar ese tipo de preguntas. Todos salieron muy incómodos de esa reunión en la que la asesora señaló directamente a Diane. Luego ella y Cassidy se fueron a comer juntas para comentar el asunto y concluyeron que esa mujer había sido contratada para joder directamente a la Cobra y a pesar de ser una persona insoportable, su jefa le parece alguien muy profesional que cumple con su trabajo casi a la perfección.

—No lo veo así —Tanya se remueve mientras contesta—. Estamos organizados, cada uno de nosotros sabe cuál es su papel aquí y

conseguimos una gran tasa de cierre de contratos con los clientes.

Frances cierra un puño de forma disimulada. Una de sus ocurrencias era hablar con los miembros del equipo y conseguir información relevante sobre la forma de trabajar de Diane. A la vista está que ha comenzado mal.

—Me alegra saberlo. —Ahora la sonrisa le sale menos natural—. No quiero quitarte más tiempo. Nos veremos por aquí.

• • •

El jueves —dos días después— Frances ya ha hablado con ocho personas, escrito muchas notas y encontrado algo maravilloso en donde hundir el dedo. La conclusión ha sido que casi todos en su equipo detestan a Diane y desearían no trabajar para ella. Sus métodos son tiránicos, no suele escuchar opiniones de nadie y desecha al que considera que no le sirve como si fuera basura. Eso, unido a lo que Frances presentará a la directiva sobre su forma de trabajar anticuada, forma una bomba que va a lanzar con gusto y espera que cuando explote, traiga las consecuencias que ella desea.

A Diane no la ha visto apenas en esos días, ha estado encerrada en su despacho, asistiendo a algunas reuniones fuera de la oficina u ocupada con Dios sabe qué. Eso le ha dado a Frances manga ancha para moverse por el departamento sin sentir la mirada de esa mujer sobre ella ni una sola vez.

—Uy, lo siento —escucha cuando un cuerpo impacta con ella por el costado—. ¿Estás bien?

Frances se recompone y se pasa la mano con suavidad por la zona.

—No hay ningún daño. —Una sonrisa extraña aparece en su cara.

—Lo siento, no te he visto salir del despacho.

Frances niega con la cabeza y levanta las dos manos.

—No te preocupes —ladea la cabeza—. Cassidy Collins, ¿cierto?

—La misma. —Los ojos verde prado de la chica se oscurecen por completo cuando mira a la asesora.

Hay un instante en que sus miradas se enganchan y Frances no puede saber si hay un duelo ahí o algo más.

—He escuchado maravillas sobre ti —enseña los dientes—. Clara me ha explicado cuál es tu puesto y no debe ser para nada fácil ser el

puente entre marketing y —mueve la mano como si estuviera diciéndole a alguien que se marche— negocios.

—Yo no diría eso, para mí ha sido una aventura. —Se lleva una mano a la barbilla—. Aprender de ambas directoras ha sido interesante en muchos sentidos.

No va a decirle a Frances que de Clara ha aprendido lo mejor del marketing y de Diane, como correrse en tiempo récord dentro de una oficina a oscuras.

La asesora se lleva las dos manos a la espalda y da un paso hacia adelante buscando un poco de complicidad sin saber que ha dado con la mujer equivocada.

—Lo decía porque tengo entendido que trabajar para Diane Carter puede ser complicado, incluso un reto.

En ese momento, Cassidy se siente una vikinga capaz de enzarzarse en una lucha para defender a su amada. Quiere reírse de repente ante lo estúpido de su pensamiento, pero no puede negar la animadversión que siente por esta mujer y su misterioso propósito de hundir a Diane.

—Lo es —asegura encogiendo los hombros—, pero el verdadero reto no es ese, Frances, sino que después de hacer las cosas mal cuando hay un contrato importante en juego, es presentarte frente a ella para intentar mentirle, decirle que no ha sido culpa tuya. Diane es buena en lo que hace y no busca menos que la excelencia, por lo que quien trabaje con ella tiene que dar todo de sí.

Frances estira los labios y se pasa la lengua por los dientes sin poder evitar que ese gesto aparezca en los momentos más inoportunos. Hay algo que le queda muy claro y es que parece que Whitestone está dividido en dos bandos, los que odian a Diane y los que son leales. Por suerte, hasta ahora, ha conseguido más empleados del primer grupo y aunque no quiere que esto desde fuera se vea como una caza de brujas, tener localizada a esta gente le viene bien.

Cassidy mira a la asesora intentando analizar qué esconde, cuál es el verdadero motivo de su trabajo temporal en la consultora, pero tampoco se le ocurre nada más allá de que sea la misma directiva la que está buscando la manera de deshacerse de Diane sin tener que pagarle una suma astronómica por el despido.

La puerta del despacho de Diane Carter se abre de golpe y aunque hay una buena distancia desde el punto en el que están las dos

mujeres, Frances Hartwell se sorprende dando un pequeño salto como si estuviera en la casa del terror y el monstruo hubiera abandonado su guarida para ir tras ella. Tatiana camina a su lado, diciendo algo mientras mira su iPad. Diane se desliza por el pasillo como si llevara patines en vez de tacones de diez centímetros, con el gesto serio, una mano en el bolsillo de su pantalón y esa camisa blanca que tan bien le queda. A la asesora no le da tiempo de moverse porque Diane levanta la mirada, la observa por un instante, pero su atención se va hacia la chica de ojos verdes que está al lado de Frances.

Cassidy nota el cambio en su expresión, cómo se cierra más y una ligera línea aparece en su rostro, marcando la mandíbula de tanto apretarla.

—Collins —sisea llegando hasta las dos mujeres y mirando un segundo de más a la rubia—. ¿Mucho tiempo libre?

Cassidy se lame los labios, el gesto le sale solo sin que pueda ejercer ningún control sobre él, pero lo que más detestaba cuando conoció a Diane acabó siendo su atractivo más brutal.

—Voy a una reunión con el equipo de estrategias. —Hace una pausa antes de meterle un navajazo a la asesora—. Frances tenía unas cuantas dudas y estaba intentando resolverlas.

El ojo izquierdo de Diane sufre dos espasmos seguidos y maldice en su interior a Frances Hartwell. Gira la cabeza y la enfoca.

—Estoy segura de que tu trabajo no es entorpecer el de mi personal —el azul de sus ojos enciende un fulgor afilado, alimentado por años de rencor—. ¿Interrumpirlos sin motivos no es una técnica ya demasiado usada, Frances?

Diane aparta la mirada y, aunque ella ni siquiera se da cuenta, sus ojos se suavizan cuando los posa en el rostro de Cassidy.

—Ve a la reunión, estoy segura de que Frances no tiene ninguna duda adicional. Tatiana —sisea como la Cobra que es—. Encárgate de que sus inquietudes sean resueltas.

Por un instante las tres se quedan congeladas con el gélido tono de Diane hasta que el mundo decide seguir girando. Cassidy se despide con un escueto «hasta luego», Frances parpadea y Tatiana da un paso adelante.

—Tendríamos que…

—Como he dicho —interrumpe Diane a la asesora—, mi asistente personal te dará lo que necesites. No te preocupes, es muy diligente.

Diane deja a Frances con el gesto torcido y el cuello rojo de irritación. Le da la espalda mientras camina con tranquilidad hacia el ascensor al final del pasillo. Si Frances quiere guerra, la tendrá.

Capítulo 16

—Deja las manos quietas —Cassidy acompaña sus palabras con un leve movimiento en su torso para alejarse del tacto de Diane—. Te he dicho que hoy no puedes tocarme.

Ver a Diane Carter suplicando con la mirada y el cuerpo es un espectáculo que nadie ha presenciado jamás… nadie, excepto Cassidy Collins. Están en el despacho de la directora del departamento de desarrollo de negocios, justo al lado de la ventana, desde la que, hace apenas cinco minutos, Diane estaba observando la calle mojada y a los pocos transeúntes que en ese momento escapaban de la lluvia que ha traído el final de la segunda semana de diciembre. Sus ojos estaban clavados en una pareja de dos mujeres que iban de la mano, protegidas bajo un paraguas inmenso, y al llegar a la esquina se despidieron con un beso corto y una sonrisa que ella ha podido contemplar desde su posición. Había empezado a sentir cómo unas uñas invisibles empezaban a arañarle el pecho cuando la puerta de su despacho se ha abierto sin que ella siquiera lo esperara. La chica rubia ha atravesado el espacio que había entre ellas como si fuera la dueña de todo lo que estaba viendo y, con un movimiento ágil, ha atrapado a su jefa por la cintura con el brazo izquierdo y con la mano libre le ha acariciado la mejilla.

—No te imaginas las ganas que tenía de estar a solas contigo.

Eso fue todo y Diane no tuvo tiempo de contestar porque Cassidy le ha lamido los labios para después besarla con una intensidad que han hecho arder a las dos mujeres.

Ahora Diane tiene la espalda pegada a la pared, los pantalones enredados en los tobillos y las manos inquietas a los lados de su cuerpo porque hoy la rubia ha decidido castigarla.

—Frances sigue jodiéndote —Cassidy comienza las penetraciones profundas y más fuertes—, y tú no estás haciendo nada para evitarlo.

Y ahí está el motivo.

Diane lucha para que sus ojos se mantengan abiertos y enfocados, pero escuchar el enfado de esa chica frente a ella mientras la folla

como si fuera la última vez entre ellas es algo que le cuesta mucho controlar. No quiere pensar, no quiere analizar, porque Cassidy tiene este poder sobre lo que siente, porque si lo hace, está bastante segura de que se derrumbará.

—Confía en mí —es lo único que puede contestarle en un balbuceo penoso que apenas le ha salido de la garganta.

Los ojos de Cassidy se detienen sobre los de su jefa mientras el vaivén de dedos continúa con la misma cadencia. Se miran durante un segundo, no hay palabras, pero sí que hay una confirmación muda de que la rubia confía en ella.

Diez minutos después, Cassidy sale del baño que está dentro del despacho, con las manos limpias y la mente despejada. Tiene las mejillas rojas por el esfuerzo y por la calefacción demasiado alta, pero lo que la mantiene caliente por dentro es ver a Diane sentada en su silla con los ojos cerrados y la cabeza recostada mientras intenta recuperar el aliento. Se acerca a su jefa y le pasa la yema de los dedos por la fina piel del rostro y, cuando el azul empieza a iluminarlo todo, Cassidy sabe que está en el séptimo cielo.

—Eres preciosa —le dice en voz alta y nota el leve sobresalto en el cuerpo de Diane—. ¿Estás bien?

La Cobra se abraza a su compostura y levanta la barbilla como si estuviera en una sala de juntas peleando por su dignidad.

—Sí, aunque estaré mejor cuando esa mujer ponga un pie fuera de Whitestone.

Cassidy apoya el trasero en la mesa de Diane y se cruza de brazos con la mirada afilada.

—¿Qué pasa con ella? —indaga la mujer más joven—. Hay algo en todo esto que no soy capaz de encajar, porque Frances parece buscar algo en tu departamento para hacerte quedar mal.

Diane aprieta la mandíbula y de forma inconsciente roza la pulsera con dos dedos. Cassidy lo nota, sabe que la pregunta no la ha hecho sentir cómoda y está bastante segura de que es porque entre ellas apenas han hablado de temas que vayan más allá del trabajo. Entonces eso le dice que Frances es algo personal, no solo la asesora experta que la directiva ha traído para la expansión. Está a punto de cambiar de tema, porque lo último que va a hacer es presionar a Diane para que hable de algo que no quiere, pero antes de que pueda hacerlo, la otra mujer separa los labios.

—La conocí en el primer trabajo que tuve al mudarme a California. Era joven, no tenía experiencia en el área, pero conseguí bordar la entrevista y me dieron una oportunidad —se pasa una mano por la melena y se echa hacia atrás los mechones que le molestan—. Frances llevaba unos cuantos años allí, pero francamente parecía más un objeto decorativo que otra cosa. Vagaba por los pasillos de la planta a menudo con la mirada perdida sin hacer nada que se le diera bien. Descubrí que su marido la estaba dejando, que se había quedado en la calle y su familia le había dado la espalda porque ella había renunciado a todo por él primero. Sentí pena.

Cassidy levanta una ceja sin apartar sus ojos de los de Diane. No ve a esa mujer sintiendo pena por Frances Hartwell.

—Eran otros tiempos —Diane mueve la mano restándole importancia a sus debilidades cuando era joven—. El caso es que una tarde le pregunté si podía ayudarla en algo y no pidió nada, simplemente hablamos. Aunque te parezca asombroso, empezamos a quedar alguna noche para tomar una cerveza y, como no teníamos demasiado que contarnos, conversábamos de trabajo.

—¿Acabaste liada con ella? —interroga Cassidy con los ojos muy abiertos.

Diane chasquea la lengua como si la pregunta fuera de todo menos sensata.

—No seas ridícula —niega con la cabeza mientras frunce el ceño—. No había ninguna intención ahí, al menos de mi parte, porque Frances solo fingía ser mi amiga mientras me preguntaba cómo había conseguido el contrato con el concesionario de coches de lujo o me sacaba información sobre las nuevas propuestas que quería plantearle a la dirección.

—Joder —susurra la chica—. ¿Y qué ganaba con eso?

—Más bien qué no perdía —a Diane se le tensan los hombros recordando aquel momento—. No tenía dónde caerse muerta y, si perdía ese trabajo, se quedaba sin nada. Quiso robarme datos importantes, copió información que me había tomado semanas recabar, pero lo más estúpido que hizo fue ir diciendo que lo que yo quería hacer era quedarme con los clientes de la empresa —suelta una risa seca y corta—. Por Dios, yo no tenía más que veintipocos años y solo quería aprender del negocio. La descubrí, fue muy tonta y, cuando quiso joderme, yo ya la había jodido a ella.

—Supongo que acabaron echándola.

Diane asiente y vuelve a pasar los dedos por su pulsera. Eso ya es pasado, ahora está aquí, en su trono.

—Hizo una salida teatral, jurando venganza y no sé cuántas tonterías. No supe más de ella, tampoco busqué su nombre. No me interesaba.

—Hasta ahora —dice Cassidy y hace un mohín con los labios.

—Todavía sigue sin interesarme, pero te aseguro que no voy a permitir lo que sea que está tramando. Llegar a este lugar —hace un gesto con las dos manos—, me ha costado mucho para que una mujer que no es capaz de aceptar una derrota pretenda desacreditarme.

Cassidy estira la comisura de los labios y baja una mano hasta el muslo de Diane.

—No esperaba menos de ti —le guiña un ojo y se incorpora, alejándose de la mesa en la que estaba apoyada—. Gracias por contármelo.

A la rubia le encantaría quedarse ahí con ella un rato más; aún no son las ocho de la mañana y los pasillos están desiertos. Invitarla a cenar mañana viernes por la noche y que quizá puedan, por primera vez, estar completamente desnudas en una cama y no de pie en un despacho. No dice nada porque, aunque las acciones de Diane le dicen que es lo que desea, algo más profundo le grita que no lo va a hacer. Se limita a salir de allí y aprovechar para bajar a la cafetería por una bebida decente.

• • •

A las cuatro y media de la tarde, Diane sale del ascensor en la planta seis. Hay algo que va mal y ella siente un escalofrío tan desagradable que le gustaría volver a su despacho y no salir de ahí hasta que no quedara ni un alma en los pasillos.

Ha recibido una llamada de Samuel Barnes a su número personal y eso la tiene descolocada. No siente especial cariño por el socio, aunque él una vez le haya asegurado que confiaba en ella, y luego está esa relación estrecha que sostiene con Cassidy, que no puede negar que le sigue generando una bola de celos que no puede controlar —ni lo intenta—. Se pregunta qué querrá ese hombre, porque no ha mandado un mail, no se ha comunicado con Tatiana ni

ha dejado el recado con Gianna. Está intrigada, pero por suerte lo descubrirá en unos segundos.

—La está esperando —la secretaria de Samuel se pone de pie y camina delante de ella. Da varios toques a su puerta y, cuando escucha el «adelante», le permite entrar.

Diane camina a paso medido con las manos en los bolsillos del pantalón y la misma pose despreocupada de siempre, como si el mundo se estuviera quemando y a ella le diera igual.

—Samuel —sisea y se queda de pie frente a la mesa del socio.

—Diane, siéntate, por favor —hace un gesto y señala la silla de cuero marrón—. ¿Quieres un café?

—Quiero saber para qué me has llamado —las palabras no escapan de su boca, ella las suelta con ímpetu porque no ha venido a charlar con un amigo—. Me has llamado a mi número, por lo que supongo que tiene que ser importante.

Samuel le regala una sonrisa cálida que ella aborrece y de inmediato saca un fajo de varias hojas unidas por unas grapas.

—Directa como siempre —le pone las hojas frente a ella, pero Diane sigue mirándolo a él—. Frances Hartwell nos ha convocado y este mediodía hemos tenido una reunión con ella.

Diane siente la tensión acumularse en su nuca a la vez que el ojo izquierdo sufre un espasmo tan evidente que Samuel va a pensar que se lo está guiñando.

—Ha presentado un informe bastante detallado —el hombre arruga las cejas un instante como si estuviera pensando cómo explicar lo que ha sucedido hoy—, sobre tu gestión y el funcionamiento del departamento de negocios. Ha sido muy específica en la importancia de trabajar en armonía con el equipo y en actualizar esas metodologías que no se usan desde hace años para captar un cliente.

Ahora sí Diane baja la mirada y coge las hojas sobre la mesa. Lee los primeros párrafos hasta que las letras empiezan a ponerse borrosas. Conoce la sensación muy bien y es la de la ira trepándole por la garganta con una rapidez que incluso le asusta. Va a soltar los documentos hasta que su vista detecta las frases «rotación de la directora» e «ideas frescas».

—¿Y esto qué se supone que significa? —lo pregunta calmada, aunque el ácido la esté devorando por dentro.

—El resumen es que ha propuesto que te mandemos a otro departamento y en tu lugar pongamos a alguien que esté más actualizado —el socio se encoge de hombros como si estuviera hablando del frío que hace hoy—. Frances es una asesora y su trabajo es detectar en qué áreas podemos mejorar, sobre todo ahora que el grupo Delacroix está supervisando nuestros pasos para que nuestra unión no tenga ningún cabo suelto.

—No has entendido mi pregunta, Samuel —suelta Diane con los hombros tensos—. Lo que quiero…

—Sí, ya, quieres saber en qué te afecta esto, ¿no? —el hombre pone ambas manos sobre la madera de su mesa—. Depende de la decisión que tome la directiva, por eso te he llamado. En media hora tendremos la reunión, pero yo te voy a decir exactamente lo que va a pasar.

La mente de Diane se convierte en una cueva llena de cientos de voces que hacen eco contra las paredes. Escucha la de su padre intentando doblegarla, la de su madre en su papel de mujer invisible, la de su hermana… no, no pueden hacerle pasar por la humillación de echarla a la calle sin más. Ha luchado hasta sangrar por hacerse un nombre, ha seguido cada norma que se aprendió de memoria cuando fue lo suficientemente adulta para entender que, si no las cumplía, no triunfaría; sobre todo ha ahogado su vida personal, porque ser mujer en un mundo de hombres es complicado y ser lesbiana lo empeora bastante más.

—La junta aprobará que desarrolles una propuesta para captar a un cliente muy escurridizo, uno que llevamos tiempo intentando conseguir —ambos se miran, saben que se trata de una pequeña tecnológica fundada hace dos años y que se ha convertido en un monstruo—. Lo mismo aplicaremos con Frances. No os estamos poniendo a prueba, estamos evaluando vuestras metodologías. Según la asesora, hay unas más novedosas que funcionan mejor que las antiguas, así que queremos verlo.

Diane no está muy segura de que haya oído bien: ¿una competición con Frances? Es absurdo.

—Desde que dirijo el departamento, he conseguido más clientes que en la historia de Whitestone —lo dice mientras sube la barbilla, segura de su buen trabajo—. Medirme en esta competición me parece patético. ¿A quién se le ha ocurrido semejante hazaña?

Samuel levanta la mano y ladea la cabeza.

—Es la propuesta que voy a llevar a la reunión y ellos van a aceptarla —revisa la hora en su reloj de pulsera—. Seamos honestos, Diane, porque ya estamos mayorcitos para tanta tontería. No me caes bien, eres arrogante y maleducada, pero también eres brillante y una mujer que no se da por vencida jamás. Llevo muchos años aquí, en la universidad y algún tiempo en la banca privada. Nunca he conocido a nadie que sea tan eficiente y de unos resultados que son casi perfectos.

La mujer se queda en silencio, no hay nada que pueda salir ahora de sus labios.

—Tienes métodos cuestionables en algunos casos, pero funcionan, y esto es una consultoría, no una obra benéfica. Whitestone quiere ganar dinero y tú se lo das, es así de sencillo.

—Tu tampoco me caes bien, pero aquí estamos —abre los brazos por un momento—. Entonces, si sabéis que mi trabajo funciona, ¿por qué seguir con este circo?

El socio entrecierra los ojos y niega con la cabeza. Esta mujer es insoportable.

—Lo dicho, Delacroix quiere asegurarse de que somos lo que prometimos y, como bien sabrás, las palabras aquí no tienen muchas garantías —continúa Samuel mientras gesticula—. Hay informes, gráficas de beneficios, de nuevos clientes, ya sabes, y si Frances entrega uno que diga que eres demasiado anticuada para seguir dirigiendo el departamento más importante que tenemos…

Deja la última frase en el aire y Diane por fin lo entiende todo. No solo se trata de que la asesora comunique todo lo que ve a la directiva, sino también de que la fusión puede verse perjudicada por las cosas que pueda incluir en sus documentos. Frances vino a Whitestone para hacer un trabajo cualquiera y encontró una presa, un cuchillo y cómo hacerla sangrar.

Samuel se pone de pie y coge la chaqueta que hasta ahora reposaba en el respaldo de su silla. Se la coloca con calma y se la abotona.

—Espera a que se te envíe un correo con la información —la mira directamente a los ojos—. Haz tu mayor esfuerzo y consigue a ese cliente.

Samuel camina hacia la puerta y sale de su despacho. Diane se queda unos segundos en la silla, quieta, con una rigidez que le hace doler el cuerpo y, cuando por fin consigue levantarse, lo hace con la

convicción de que hará esa captación cueste lo que cueste, así sea lo último que haga.

Capítulo 17

Cassidy aprieta el volante de su Corolla hasta que los nudillos se le quedan completamente blancos. Mira a su alrededor segura de que algún vecino llamará a la policía si ve aparcado su coche en esa urbanización donde huele a lujo y todo parece brillar. Lleva dentro diez minutos mientras se le congela el culo, incapaz de tomar una decisión: se marcha o sale a la calle.

Hace dos horas era diferente, su seguridad ha sido la que la ha empujado a entrar en el despacho de Clara Fitzgerald y sonsacarle —no con facilidad— la dirección de la casa de Diane sin parecer una acosadora o una empleada demasiado enfadada como para querer saber dónde vive su odiosa jefa.

—Sabes que esa es información confidencial, Cassidy —Clara se ha quitado las gafas y las ha dejado sobre la mesa. Después, le ha dedicado una mirada desconfiada.

—Lo sé, lo sé —ha levantado ambas manos como para demostrar que no llevaba un cuchillo oculto en ellas—, pero créeme, es por una buena razón.

Clara ha entrecerrado los ojos y ha empujado su espalda contra el respaldo de su silla. No ha dicho nada, solo ha esperado a que la chica se explicara.

—¿Te ha dicho lo que la junta directiva le ha pedido con la captación de Alltreck? —Clara asiente, estuvo informada en el mismo momento en que Diane salió de la reunión con Samuel y posteriormente cuando le llegó el correo con la nueva asignación—. Va a necesitar ayuda en esto, lo sabes, Clara.

Cassidy se ha mordido los labios sin saber si estaba logrando explicarse bien.

—Samuel también me lo ha contado y, aunque tenemos confianza, nunca me había dicho nada que tuviera que ver con decisiones de la junta, ni siquiera algo parecido —hace una pausa, se recoge el pelo porque le molesta—. Creo que me lo ha dicho porque la situación es

más compleja de lo que parece y tú llevas mucho tiempo trabajando a su lado, sabes que no se dejará ayudar.

La directora del departamento de marketing pone las manos unidas sobre la mesa. Lo hace en silencio, mientras observa a la chica frente a ella y termina de analizar cada gesto que ha hecho mientras hablaba. Desde hace tiempo hay algo detrás de su oreja, una mosca o más bien un moscardón, porque el ruido es cada vez más fuerte, sobre todo porque Diane, esa mujer que parece tener el rostro congelado dentro de Whitestone, ha hecho un leve cambio en su comportamiento, pero solo con Cassidy. A ella ya no la deja con la palabra en la boca, tampoco la corta —como hace muchas veces con otros empleados— cuando no le interesa lo que le está diciendo, y ni una sola vez en meses se ha quejado de ella. Nadie notaría esto porque tampoco es que tenga un trato cercano con la rubia, pero Clara, que lleva media vida conociéndola, sabe que hay algo ahí que ya no puede seguir pasando desapercibido, no después de que Cassidy se haya presentado en su despacho con el rostro angustiado buscando sacarle información para poder ayudar a la Cobra. El ochenta por ciento de los trabajadores de la consultoría preferirían un tiro en el pie.

Coge un taco de hojas adhesivas, apunta la dirección con letra fina, arranca el trozo de papel y extiende el brazo. Cuando Cassidy va a cogerlo, Clara lo retira.

—Me estás poniendo en un aprieto —suelta, y su voz suena muy parecida a la frialdad de la propia Diane—. No hagas nada que me obligue a mostrarte la peor parte de mi personalidad.

Vuelve a extender el papel y Cassidy lo coge. Ambas se miran un instante, la chica no siente el mínimo miedo por sus palabras porque sabe que ella jamás podría hacerle daño a Diane.

Cassidy suelta una exhalación demasiado ruidosa que le da el ánimo que le falta para abrir la puerta y salir del coche. Cruza la calle y se planta frente a la verja al mismo tiempo que eleva su mirada hacia el final de la inmensa casa. De todas las que hay a su alrededor, esta parece la más pequeña y discreta, pero para Cassidy, que siempre ha vivido en sitios que han ido desde completos basureros al pequeño piso que comparte con su hermana, esta le parece una auténtica mansión. Lo único que ve desde su sitio es el tejado de pizarra gris y dos ventanales de lo que parece la zona más alta. No

sabe si Diane está en casa, pero si no toca el timbre tampoco podrá adivinarlo.

Un sonido seco emerge del pequeño aparato cuando ella presiona el botón y de inmediato un aro de luz se enciende a la vez que la cámara que lleva integrada le apunta a la cara. Pasan los segundos, que a ella le parecen eternos, y lo intenta nuevamente. Le sudan las manos por el nerviosismo, pero está lo suficientemente atenta para oír el corto ruido metálico que sale del altavoz.

—¿Diane? —pregunta Cassidy mirando a la cámara.

El tiempo corre y parece que del otro lado nadie hablará hasta que se oye una voz plana que esconde un deje de asombro.

—¿Qué haces aquí? —no hay un «hola, me alegro de verte»—. ¿Quién te ha dado mi dirección?

—Necesito hablar contigo —no responde a su segunda pregunta—. Es sobre la conversación que tuviste con Samuel y el correo que recibiste de la directiva.

Cassidy está segura de poder escuchar el crujido de su mandíbula y la mente de Diane dando vueltas con velocidad. Su jefa no dice nada, pero tampoco la echa. La verja empieza a abrirse y Cassidy supone que esa es una invitación para entrar.

En cuanto sus pies pisan la gravilla del camino que conduce hasta la entrada, Cassidy Collins abre los ojos y la boca a la vez de forma exagerada. Hay un jardín precioso y muy bien cuidado que se abre a cada lado creando un pasillo medio boscoso. Las paredes de la casa están revestidas de un tipo de piedra clara que Cassidy no reconoce y hay paneles de madera con figuras abstractas que de alguna manera se parecen a su dueña: incomprensibles.

La puerta se abre y la chica se pregunta para qué demonios las hacen de ese tamaño, está segura de que su coche entraría por ahí sin problema, pero lo que le corta la respiración es ver a Diane vestida de manera informal con un conjunto de algodón claro y descalza. Se nota que se siente cómoda en su casa, que es el lugar donde llega agotada y se libera de ese traje perfecto de gran jefa.

—¿Qué haces…?

Las palabras se apagan cuando Cassidy le coge las mejillas con las dos manos y la besa con furia. Diane le responde, siempre lo hace, porque, aunque no lo dirá ni bajo amenaza, desde hace tiempo es incapaz de negarle nada a esa chica de ojos verdes que un día simplemente se metió en su piel y se niega a salir.

Cassidy la empuja hacia dentro de la casa y en cuanto la puerta se cierra es como si estuvieran dentro del despacho de Diane. La pega a la pared más cercana y le mete una mano por debajo de la camisa. Le toca el vientre y Cassidy nota cómo tiembla cuando arrastra la yema de sus dedos por la fina piel de su jefa. La chica sabe que en algún sitio debe haber un sofá o una cama, pero no tiene claro si es por la costumbre o por la desesperación que siente ahora mismo, que lo único que hace es girar a Diane de cara a la pared y morderle la base de la nuca.

—Bájate los pantalones —le exige Cassidy mientras ella hace lo propio con los suyos.

A Diane el corazón le late en la garganta, ha empezado a desbocarse en el instante en que vio a la rubia a través de la cámara del timbre y por poco sufre un infarto cuando la vio entrar en su casa. Sentir su lengua dentro de la boca la hace desear tener el teléfono a mano por si debe llamar a emergencias.

—Hueles a ese jabón de cítricos —Cassidy aspira su aroma como si fuera la mejor cocaína del mundo—. Abre las piernas.

El gemido comienza bajo porque lo único que la rubia ha hecho es pegar su sexo desnudo al trasero de su jefa, pero cuando lleva una mano hacia adelante y sus dedos separan los labios íntimos de Diane, los jadeos suben de volumen.

Diane ha tenido suficiente sexo a lo largo de su vida y de su parte sería absurdo decir que jamás se había sentido tan excitada, porque lo ha estado y muchas veces. La diferencia aquí es que Cassidy logra mantener ese estado durante horas, conoce el punto exacto que la enloquece y no sabe cómo demonios lo logra, pero siempre descubre algo que la calienta todavía más. Justo como ahora. Sentir cómo esa chica preciosa se roza con fuerza contra su culo a la vez que la masturba es como estar dentro de una de esas fantasías que nunca se cuentan a nadie por vergüenza y que, cuando llegas a cumplirlas, apenas aguantas un par de minutos.

—Me encanta lo que me estás haciendo —Cassidy gime cuando la escucha, Diane no habla demasiado durante el sexo—, y no voy a aguantar más.

—Espera —Cassidy arrastra su sexo empapado más rápido—. Joder, espera un poco.

Diane se muerde los labios e incluso intenta pensar en cualquier cosa para distraerse. No funciona, así que lo único que puede hacer

es precipitar el orgasmo de Cassidy. Pone ambas manos en la pared y saca más el culo para empezar a moverlo al mismo tiempo que lo hace la rubia. Hace círculos rápidos y empuja su cadera hacia atrás para que la presión ayude… y vaya que lo hace, porque un quejido agudo aterriza en su oreja y la que pedía que esperara empieza a correrse entre murmullos.

—Joder… —Cassidy apoya su frente en el hombro de Diane—. Lo siento… es que… pufff.

Se ríe como si fuera una niña que no se puede creer el regalo que le han dado y a Diane el alma se le estremece. Se gira para quedar frente a ella, lo hace sin pensarlo, sin analizar ni por un segundo que hacer algo así la acerca más a ese abismo del que se mantiene alejada desde que ese verde pardo la atrapó. No le importa, por un momento hace lo que de verdad quiere.

—Te brillan tanto los ojos cuando te corres —susurra y se pega a su boca. Diane la besa con calma, como si no tuviera prisa por subirse los pantalones porque no está en ese jodido despacho en el que no hay tiempo para nada.

Cassidy exhala una sonrisa en los labios y se pega más a ella.

—Ojalá me viera tan guapa como tú —lo dice en serio, las facciones de Diane se suavizan y se ve preciosa.

—Qué pena que no puedas verte en un espejo.

La rubia la mira a los ojos y ve en ella algo que no había visto en ninguno de sus encuentros. Hay una suavidad distinta, ¿cariño? No lo sabe, pero le recuerda a esas miradas que notaba en las chicas cuando sentía que empezaban a enamorarse. No puede pensarlo demasiado porque Diane se inclina para colocarse bien los pantalones y da un paso atrás.

—¿Qué haces aquí? —pregunta por tercera vez y ahora su voz sí es firme, es la voz de la jefa de negocios de Whitestone.

Cassidy suspira, termina de acomodarse la ropa y sigue a su jefa hacia el salón de la casa. Antes entra al baño que Diane le señala para lavarse las manos y cinco minutos después está sentada en el sofá junto a la morena con una botella de agua en la mano.

—Sé lo que la directiva te ha pedido —Cassidy levanta la mano cuando Diane frunce el ceño y abre la boca—. Espera a que te lo explique antes de que empieces a ladrar.

Diane levanta la barbilla, lista para atacar, pero solo es una pose ensayada porque se mantiene en silencio mientras la chica le explica

cómo Samuel Barnes la llamó a su despacho y le habló sobre el informe que había presentado Frances a la junta.

—Samuel siempre ha sido discreto y no hay ningún motivo por el que tuviera que contarme esto —le da un trago a su botella—. Salvo que sepa algo que tú no y que de alguna manera quiera hacértelo saber a través de mí.

Diane chasquea la lengua y luego tuerce el gesto.

—Eso es ridículo. Samuel fue directo conmigo y no veo ninguna razón para que te use a ti como recadera.

—Diane —la llama Cassidy con la voz seca—. Samuel es un socio poderoso dentro de la consultoría, pero, al fin y al cabo, es solo un hombre. Hablasteis antes de la reunión y él conmigo, después.

La mayor de las dos intenta pensar, pero hay tantas cosas en su cabeza que no logra concentrarse.

—Mi teoría es que se arriesgó para advertirte de lo que ocurriría y que en la reunión se encontró con un panorama que no se esperaba —Cassidy encoge los hombros—. Ha demostrado que está de tu parte, pero tampoco es tonto como para poner en juego su trabajo.

Diane se pone de pie porque está segura de que la maldita Frances Hartwell logró convencer de alguna manera a la directiva y algunos de esos cabrones han apostado por ella. Samuel le aseguró que la consultoría prácticamente se mantenía gracias a los cientos de contratos que su gestión ayudaba a cerrar cada año y que, mientras siguiera haciéndole ganar dinero, no habría problema, pero quizá con la fusión con el grupo Delacroix los millones empiecen a entrar por otro lado y su figura no sea tan importante como ahora.

Se queda de pie en el mismo sitio como si la situación la hubiera congelado de golpe. Cassidy se mantiene sentada, lo que necesita Diane es un momento, un espacio de tiempo para organizar su cabeza.

La repetición número cuatro aparece.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo a ayudarte —Diane levanta una ceja con arrogancia. El gesto no detiene a Cassidy—. Sé que eres perfectamente capaz de hacerlo sola, pero te llevará más tiempo, noches enteras sin dormir porque durante el día tendrás que ocuparte del resto de cosas. Estoy libre este fin de semana, podemos comenzar esta misma noche. La semana que viene vendré aquí después de acabar en Whitestone y

seguiremos hasta que tengas la propuesta lista. ¿Cuánto tiempo tienes?

—Una semana —contesta mirando la ventana que da al jardín lateral—. En doce días hay que presentarlas al cliente.

El silencio se instala y para ninguna de las dos es incómodo porque están acostumbradas. Han trabajado muchas horas juntas y la dinámica es parecida. Cassidy sabe que Diane ya ha tomado una decisión, pero le falta algo que la impulse a decir en voz alta que en verdad sí necesita ayuda y acepta su ofrecimiento. No la va a hacer pasar por eso.

—¿Dónde podemos empezar a trabajar? —interroga la chica.

Diane vacila por un instante, pero se recupera.

—Sígueme.

Capítulo 18

Diane observa la figura encorvada sobre la mesa auxiliar que tiene dentro del despacho de su casa y, por más que intenta analizar lo que está sintiendo, no logra definirlo del todo. Cassidy ha llegado hace casi cuatro horas a su casa, han hablado sobre la propuesta que Diane va a presentar para Alltreck y han analizado los puntos que cree que debe potenciar porque —bajo su experiencia— piensa que serán la clave de la captación. La chica lo ha escuchado todo con el gesto serio y algún leve movimiento de cabeza; cuando ha visto algo que no le ha encajado, se lo ha dicho con la misma voz firme y clara que suele tener con ella. Luego las dos se han puesto a trabajar sin perder tiempo, Diane en la redacción de todo lo que tenía ya organizado en su mente y Cassidy en la campaña de marketing que acompañará el plan. Llevan rato calladas, aunque Cassidy hace suaves ruidos de vez en cuando, como si de repente le llegara una idea de las buenas y estuviera haciendo una pequeña celebración para felicitarse. Diane está completamente segura de que esa noche terminará perdiendo la cabeza.

—¿Qué? —La pregunta de Cassidy la sobresalta y tiene que parpadear varias veces para centrarse—. Llevas rato mirándome.

Diane levanta la barbilla porque es la única forma de ocultar la vergüenza de haber sido descubierta observando su cuerpo. Deja el bolígrafo con calma sobre la madera oscura para ganar tiempo y se acomoda en su silla.

—No te estaba mirando, estaba pensando. —Sabe que suena como una auténtica idiota, pero hay cosas en las que todavía no puede ceder.

Cassidy ladea la cabeza y levanta la ceja izquierda.

—¿Y en qué pensabas? —consulta mientras se lleva los dedos a la frente y cierra los ojos por un instante.

El simple gesto hace que a la jefa de desarrollo le suba un ardor por el esófago sin saber exactamente el motivo. Se pone de pie a la vez que se obliga a no hacer un drama.

—¿Estás bien? —Diane da varios pasos hacia ella, pero deja la distancia que necesita para seguir engañándose sobre el control que cree tener de la situación.

Cassidy contrae el rostro y luego mueve una mano para restarle importancia.

—Me duele un poco la cabeza —se pasa los dedos esta vez por la sien derecha—, pero me tomo un analgésico ahora mismo para que se me pase.

Un extraño cosquilleo decide instalarse en el pecho de Diane y, de un segundo a otro, cae en la cuenta de que lo que le está pasando es que este momento le resulta tan familiar y acogedor que su mente lo rechaza de inmediato. Le gusta que Cassidy esté aquí con ella, que se haya presentado en su puerta con la certeza de que sin su ayuda todo sería más complicado, y le preocupa que un dolor de cabeza pueda hacerle daño como si en vez de un malestar fuera un hombre armado con un cuchillo. Contiene el impulso de llamarse estúpida en voz alta.

—No has cenado —dice en cambio.

—Tú tampoco. —Cassidy le sonríe y se pone de pie—. Creo que hemos avanzado bastante, ¿qué te parece si paramos por hoy y pedimos algo de comer?

La pregunta la acompaña con una caricia y un roce de labios que le corta la respiración a Diane. Quiere negarse —aunque en el fondo sepa que está muerta de ganas por pasar más tiempo con la chica— porque está segura de que acercarse de esta forma a Cassidy es un completo error. Tener una aventura dentro de las cuatro paredes de su despacho es un riesgo que ella tiene controlado. Aquella noche en el coche, de la que no han hablado ni una vez, fue una excepción o, al menos, eso se dijo para calmar la ansiedad que la mantuvo tensa durante todo el fin de semana. Permitirse sentarse a comer en su propia casa, a solas, con la chica que lleva meses metiéndose en su piel, es lo más parecido a jugar a la ruleta rusa, pero Diane ya tiene el revólver en la mano y está metiendo la bala en el tambor.

—Sí —responde pegada a la boca de la chica sintiéndose una farsante dentro de su propia certeza—. Voy a buscarte un Tylenol.

—¿Te apetece japonés? Tengo un antojo terrible desde hace días.

—Lo que prefieras. —La voz de Diane se escucha desde el pasillo tras haber salido del despacho.

Cassidy se muerde los labios mientras coge el móvil que está sobre la mesa en la que estaba trabajando para buscar algún restaurante asiático por la zona y, cuando lo encuentra, hace un pedido quizá demasiado grande para ellas dos, pero es que ahora mismo le cuesta pensar con claridad. Está procesando el hecho de que está en casa de Diane a punto de cenar con ella por primera vez desde que han empezado con eso que tienen y que no le han puesto ningún nombre. Cassidy quiere ponérselo, quiere poder verla fuera de Whitestone, ir a la playa, hacer alguna escapada y probar comida diferente. Hacer cosas que hacen las personas que se gustan de verdad, porque tener sexo rápido a las siete de la mañana sobre una mesa es divertido hasta que deja de serlo y tu cuerpo pide más. Y ella quiere mucho más.

Media hora después, Diane cierra la puerta empujándola con el pie descalzo y, cuando se gira, levanta las dos cejas al mismo tiempo que las tres bolsas que lleva en las manos. La chica de ojos verdes levanta la comisura izquierda y encoge los hombros porque sí ha pedido demasiado, pero tampoco es para tanto.

—¿Has invitado a alguien más a mi casa y no me lo has dicho? —Diane deja la comida sobre la mesa que hace al menos dos años no utiliza porque o come fuera o lo hace en la cocina.

—No estaba segura de lo que te gusta, así que pedí un poco de todo o, al menos, lo que se suele comer en estos sitios.

Diane no contesta, empieza a sacar las pequeñas cajas de cartón que desprenden un olor exquisito, dos bandejas de sushi y una botella de vino blanco. Cassidy nota cómo aprieta la mandíbula y le parece un gesto extraño porque, aunque llevan horas sin parar de trabajar, la morena parecía tranquila, incluso relajada. No le da importancia porque no tiene tiempo de hacerlo; la mayor de las dos se aleja para llevar las bolsas vacías de papel a la cocina y regresa con una botella de agua.

—¿No quieres vino? —pregunta Cassidy mientras se sienta—. Este es muy bueno y suele combinar muy bien con el pescado.

Diane echa un vistazo a los rollos de arroz y su boca saliva como la de un perro hambriento. Elige dos de salmón, uno de atún y un *niguiri* de lo que parece anguila.

—Estoy bien con el agua —se sienta, empuja la silla un poco hacia adelante y coge los palillos.

Cassidy abre el vino y se sirve en la copa que previamente había traído de la cocina cuando estaban esperando al repartidor. Antes de probar siquiera la comida, le da un trago largo y cierra los ojos complacida con el sabor; fue gracias a Payton que conoció esa maravilla y desde entonces, cada vez que pide japonés, aprovecha para comprar una botella.

—No creo que eso sea bueno para el dolor de cabeza —Diane señala la copa con los palillos para después tomar un rollo con ellos y llevárselo a los labios.

La respuesta de Cassidy es estirar la copa hacia la mujer; es un gesto inocente, pero le encantaría que Diane lo probara.

—No sabes lo que te estás perdiendo —suelta sin más y le da otro sorbo antes de dejar la copa sobre la mesa.

Diane deja de masticar y clava su mirada azulada en la chica. Cassidy se queda por un momento muy quieta sin saber muy bien qué sucede e intuye que el típico malhumor de la Cobra ha vuelto porque ella ha insistido en algo.

—No es para tanto —dice sin mirarla porque está abriendo la caja de fideos con pollo.

Lo que le hace levantar la mirada es el sonido de la silla chirriando contra el suelo. Diane se está levantando y lo único que Cassidy puede detectar es la rigidez en su espalda. Desde su posición, la chica puede ver que se ha detenido frente a uno de los muebles del salón y la ve abrir la puerta acristalada de la derecha. Busca algo, lo coge y regresa a la mesa con una expresión indescifrable.

Antes de sentarse nuevamente, coloca frente a Cassidy una moneda dorada que ella no toca de inmediato porque ha vuelto su mirada a Diane. La morena se sienta para seguir comiendo como si nada hubiera ocurrido y es entonces cuando la más joven de las dos coge el trozo de metal redondo entre sus dedos. En un primer vistazo no lo entiende muy bien: tiene un triángulo en el centro, unas frases y un número. Frunce el ceño y, antes de que su cerebro pueda atar cabos, la voz de Diane se cuela en sus oídos.

—Llevo diez años sobria —levanta la botella de agua en un gesto de brindis y toma un trago largo—. Sé muy bien a que sabe ese vino, solía tomarme dos botellas de esas en la cena mientras me comía seis de estas.

Cassidy observa las empanadillas que señala y enseguida vuelve a mirar la moneda. «Sé fiel a ti mismo», reza una de las frases; el

número diez está en medio del triángulo y debajo la palabra «recuperación». Siente la garganta áspera, como si tuviera arena raspando sus cuerdas vocales, y también experimenta una sensación de desasosiego incómodo que no sabe cómo calmar.

—Lo siento —la voz le sale floja y desliza la moneda por la madera pulida antes de dejarla frente a Diane—. Menudo aguante, ¿dos botellas? Ni en mis mejores tiempos.

Diane no puede evitar que sus labios se estiren en una sonrisa que bien podría convertirse en una carcajada. Cassidy ha vuelto a sus fideos, se ha servido una buena cantidad y ha empezado a atacarlos mientras hace una demostración sobre el perfecto uso de los palillos. Solo Clara y los de Alcohólicos Anónimos fueron los únicos que no la miraron con lástima, porque hubo unos pocos que se enteraron de ese problema que bien supo disimular durante años y, cuando la miraron a la cara, se sintió desnuda, rechazada y vacía. Un grano más para la gran montaña de mierda que la hizo construir la coraza que hace tanto no se quita.

—¿No vas a preguntar nada? —se interesa Diane mientras abre otra de las cajas. Pollo *karaage*, su favorito.

Cassidy termina de tragar y se encoge de hombros.

—Solo lo que tú quieras contarme. —Toma un sorbo de su vino. Luego piensa que quizá debería tirar la botella.

La morena lo piensa por unos segundos, pero no hay demasiado que analizar. Quiere contarle a Cassidy cosas de su vida, se siente cómoda con ella y, a diferencia del resto de mujeres con las que ha estado involucrada, no tiene la necesidad de ocultarle estas cosas.

—Empecé a beber a los veinte —comienza Diane y en su tono no hay vergüenza o algo que se le parezca—. Nunca había probado el alcohol y recuerdo que la primera vez me pareció asqueroso —suelta una risa corta que hace que sus ojos brillen y que el corazón de Cassidy se acelere—. Luego vino una resaca espantosa que me quitó las ganas de volver a probar una cerveza. Tenía un trabajo horrible, pero unos compañeros agradables, así que cuando acabábamos nos íbamos a un bar de mala muerte en East Broadway; era el único sitio que podíamos pagar y allí nos daba la medianoche, con jarras de medio litro y chupitos de algo que no quiero recordar.

Cassidy se muerde los labios mientras la mira con intensidad.

—¿Así que existió una joven y alocada Diane?

—Por varios años, sí —deja los palillos a un lado y se recuesta en su silla—. Se volvió costumbre y, antes de darme cuenta, había empezado a beber cada día. Pensé que lo tenía controlado; de hecho, obtuve un mejor empleo que conseguí yendo a la entrevista sin dormir después de pasarme la noche bebiendo vodka barato. Creo que ese fue el detonante de todo, porque algo en mi cerebro me dijo que, mientras pudiera mantenerme en pie, el alcohol no era un impedimento para lograr lo que quería.

—Si esto fue cuando tenías veinte años y llevas diez sobria…

Cassidy deja la pregunta flotando entre las dos y Diane no necesita que la termine para entender lo que la chica quiere saber.

—Para cuando llegué a Whitestone, mi vida se basaba en trabajar, beber y dormir; sin embargo, sentía que estaba en el mejor momento de toda mi vida —hace un gesto con las manos como diciendo «sí, qué imbécil, ¿verdad?»—. Había conseguido el puesto por el que me había dejado la piel, tenía una cantidad decente de dinero en el banco y había empezado una relación con la que estaba a gusto.

Cassidy levanta ambas cejas; se había esperado cualquier cosa de esta noche menos que Diane se abriera con ella de esta manera. No dice nada, no quiere hablar y que el momento se rompa.

—Cuando llevábamos juntas un año tuvimos la primera discusión sobre el alcohol, pero estaba tan borracha que me quedé dormida en el sofá mientras ella me repetía una y otra vez que iba a acabar fatal —coge la botella de agua como si fuera a darle un sorbo, pero en realidad está perdida en ese recuerdo—. Luego pedí perdón, dije las palabras adecuadas e hice promesas que obviamente no cumplí, pero aprendí a disimular mejor.

—¿Funcionó? —se interesa Cassidy y a su memoria viene su hermano Kenny.

—Por un tiempo —suspira y hace un mohín con los labios que la chica desea morder—. Luego hubo más discusiones, pero esta vez estaba demasiado cansada para mentir. Así que me planté y dije que esto era lo que había —una sombra de culpa y vergüenza le cruza la cara—. Y ella se quedó conmigo igualmente, soportó cosas que nadie debería hasta que se cansó y me dejó.

—Vaya, lo siento, ¿fue eso lo que te hizo buscar ayuda? —interroga Cassidy y aleja su copa de vino como si el gesto supusiera un apoyo para Diane.

La morena niega y ahora sonríe con tristeza.

—Eso lo empeoró y durante meses estuve en un ciclo cada vez más caótico, pero ella no se había ido del todo —clava sus ojos en la pulsera y la toca con la yema del dedo—. Un día toqué fondo otra vez y me encontró casi desmayada sobre la mesa de mi despacho.

Cassidy abre mucho los ojos y ese murmullo que siempre tuvo en su pecho por fin se convierte en una voz nítida.

—Clara —susurra la chica.

—Clara —confirma Diane y asiente con la cabeza; no pretendía seguir ocultándolo—. No sé cómo lo hizo, pero me sacó de allí sin que nadie se diera cuenta de mi estado. Me arrastró a su casa, me hizo pedir parte de las vacaciones acumuladas que tenía y gestionó todo para que me las aprobaran de inmediato. Estuve dos semanas en un programa de desintoxicación muy intenso, luego otras en uno más leve y los siguientes tres meses viviendo con ella. Me acompañó a cada reunión de AA, consiguió a una terapeuta especializada y no se despegó de mí ni un segundo. Le debo mi vida; sin ella, estaría muerta.

El silencio cae sobre el salón y Cassidy descubre otro pedacito de la humana que tiene frente a ella, la que sufre, la que siente de verdad. La que disfruta con sus manos ya la conocía bastante bien y ahora se da cuenta de que quiere seguir desvelando más sobre Diane Carter.

Se pone de pie y, como puede, se sienta en las piernas de Diane. Se está clavando la madera de la mesa en la espalda, pero no le importa porque quiere que su cuerpo esté lo más cerca posible del de la morena.

—Gracias por contarme esto —la besa con suavidad—. No sé cómo lo logras, pero ahora me gustas más.

Diane siente el corazón en la garganta, no lo demuestra, se limita a entrecerrar los ojos con desconfianza.

—Hay algo increíblemente atractivo en el hecho de que no seas solo la mujer de hielo que algún día se cargará el suelo de la oficina con sus tacones —le sonríe y después le atrapa el labio inferior—. Y estoy deseando saber más de ti.

El miedo le recuerda a Diane que está cometiendo un error, que abrirse más con Cassidy es acercarse al precipicio sin ningún equipo de seguridad. No había sido su intención contarle todo esto, pero el momento la ha empujado y el resultado es que se siente como hacía años que no estaba junto a una mujer. Le pasa una mano por la nuca

y la acerca a su boca para besarla porque Diane prefiere desnudar su cuerpo a seguir desnudando su alma ante la chica que la ha hecho sentir viva otra vez.

Capítulo 19

—Deberías hacer un cambio aquí —Cassidy señala con el dedo el punto tres en la pantalla del ordenador de Diane.

La mujer resopla, hastiada. Llevan desde las ocho de la mañana de un magnífico sábado soleado —diciembre le ha dado un día de tregua — encerradas en el despacho de la casa de Diane después de que Cassidy apareciera a las siete y media con un café de Denny's que sabía a aceite quemado y que, por supuesto, ella tiró a la basura. A las doce hicieron una pausa para comer y siguieron hablando sobre la propuesta en la que ambas están trabajando. Luego volvieron a sus ordenadores y así han pasado la tarde.

—Cambiar el punto en el que se sostiene la propuesta no es lo más inteligente —contesta con la voz plana, fría, exactamente la misma que usa en una reunión cuando alguien dice algo completamente estúpido.

—Me sorprende que la mujer que dirige un departamento desde hace dieciséis años decida sostener su propuesta en una variable que depende única y exclusivamente del cliente —Cassidy se incorpora y estira la espalda disfrutando del leve crujido que hacen sus huesos—. Si el equipo de ventas de Alltreck hace una mala gestión, el resultado que estás prometiendo aquí se va a la mierda. Ellos no dirán que lo han hecho mal, te señalarán a ti por venderles humo.

Diane aprieta la mandíbula y, en momentos como esos, siente que la maldita Frances Hartwell tiene razón y que sus métodos han quedado obsoletos, pero la sensación no es tan agónica cuando la mujer que la corrige es la rubia que tiene a su lado, aunque en ocasiones sea tan arisca como ella. No cede, no le dice que tiene razón, pero en cuanto Cassidy vuelve a la mesa en la que está trabajando, Diane frunce el ceño mientras edita el punto tres.

Las horas pasan y apenas se escucha el tecleo de ambas, el movimiento de las sillas al desplazarse o el murmullo de la chica al que Diane ya se ha acostumbrado.

—Tengo hambre —Cassidy lleva media hora mordisqueando la tapa de un bolígrafo—. No tienes nada comestible en la nevera.

Diane levanta la mirada y se odia a sí misma por lo que hace su cuerpo cuando la ve. Cassidy está sentada sobre su propia pierna doblada, se ha recogido la melena de cualquier forma, haciendo que los mechones le caigan desordenados en la cara. Los ojos le brillan, hoy el verde parece en calma y esa sonrisa odiosa que se le dibuja cuando sabe que Diane la mira de esa forma que no puede ocultar. La desquicia.

—Pide lo que quieras —contesta y clava la mirada en la pantalla de su portátil, a la que es más fácil huir—. Si te gusta la pasta, puedes llamar a Gioia, tiene la mejor carbonara de toda la ciudad.

Cassidy se relame al escucharla y se pone de pie para salir del despacho. Camina hasta el salón y se sienta en el sofá para hacer la llamada. Mientras espera a que el hombre detrás del teléfono tome su orden, pasea la mirada por los muebles que hay frente a ella. La casa es preciosa, no solo por fuera, sino también por dentro, con esa decoración limpia de colores cálidos que van en contradirección al carácter de Diane.

Cuando cuelga la llamada, se acerca a una de las estanterías que está repleta de libros. Pasa los dedos por sus lomos y lee los títulos. Se sorprende al descubrir la mezcla que hay, porque, a pesar de que no esperaba encontrar novelas románticas con finales felices, no se imaginaba que Diane tendría una universidad completa en enciclopedias dentro de su casa. Todos son sobre negocios, ventas, estrategias y finanzas. Hay varios de dirección de empresas e idiomas.

—Si te llama la atención alguno, puedes cogerlo —Diane aparece en el salón con el móvil en la mano y la cabeza inclinada hacia abajo mientras desliza los dedos por la pantalla.

No mira a Cassidy mientras se sienta en una butaca y sigue contestando un mensaje a Clara, que no ha dejado de molestarla todo el día para asegurarse de que no ha matado y enterrado a la chica en el patio trasero. Diane pone los ojos en blanco por el dramatismo de su amiga y le contesta con palabras directas, recordándole que sigue enfadada por darle la dirección de su casa a la rubia sin su permiso. Como no podría ser de otra forma, Clara la ignora.

—Tienes una buena colección aquí —Cassidy se sienta frente a ella, apoya el codo en el reposabrazos del sofá y deja caer la cara

sobre su mano mientras la mira.

Diane echa un vistazo a la estantería y su mente se llena de recuerdos sin que ella pueda evitarlo.

—No fui a la universidad —confiesa Diane sin entender muy bien qué demonios le hace Cassidy para que su boca se abra de esa manera—. Todo lo que sé lo aprendí de los libros que al principio no podía comprar y tenía que pedir en la biblioteca pública. Cuando los tiempos mejoraron, me hice con todos ellos.

Cassidy vuelve a desviar la mirada hacia la estantería porque no quiere que su cara refleje el gesto de sorpresa o incredulidad que debe de tener ahora mismo.

—Puedes decir lo que quieras —habla Diane y se pierde por un momento mientras acaricia los eslabones de su pulsera—. No voy a ofenderme.

—¿No quisiste ir? —pregunta Cassidy, aun sin mirarla—. No contestes si no quieres.

Diane exhala un sonido raro, como una risa que se queda a medio camino y que solo ella entiende porque, a estas alturas, no contestarle a Cassidy Collins es una misión casi imposible.

—Al principio es porque no pude, ni siquiera había acabado la secundaria cuando me fui de casa —esto último lo suelta con cierta amargura porque «irse» quizá no es un término del todo correcto—. Tuve que buscarme la vida durante un tiempo, así que no podía permitirme el lujo de estudiar y pedir becas al mismo tiempo si quería comer.

Cassidy piensa en su propia vida y, aunque no fue del todo fácil, tuvo muchas oportunidades que por lo visto Diane no.

—Me encantaría saber tu historia —contesta Cassidy sabiendo que tal vez está entrando en un terreno pantanoso—. Puedo contarte la mía y de alguna manera estaremos a mano.

Diane sube la ceja, delineada a la perfección, mientras ladea la cabeza.

—El pasado no importa.

—Es lo que nos define —la respuesta de Cassidy es rápida—, y si no quieres hablar de él, lo entiendo, pero me muero por saber de dónde vienes y cómo llegaste a ser la Diane Carter que le enseñas al mundo y que en realidad no eres.

La rubia le guiña el ojo porque de repente la Cobra ha hecho acto de presencia. Barbilla elevada, expresión aguda y una línea fina en su

rostro marcando la mandíbula, pero, aunque Diane quiera decirle que se equivoca, que eso que la gente ve es lo que es, no puede, porque ella más que nadie sabe que es una terrible mentira. La coraza pegada a su cuerpo que la acompaña desde que hace décadas la construyó piedra a piedra porque la obligó ese pasado del que Cassidy tiene tanta curiosidad.

Aunque el silencio tarda en romperse, no es Cassidy quien lo hace, sino la otra mujer, con una voz que se tambalea entre la firmeza y la melancolía.

—Nací en Rockford Bay, un pueblo pequeño al norte de Idaho —se remueve incómoda en su butaca y Cassidy está a punto de decirle que no tiene por qué contarle nada, pero Diane continúa hablando—. Pocas familias, todas conservadoras, mucho dinero y demasiada hipocresía. Tengo dos hermanos, Chase, el mayor, y Riley, la menor. No me hablo con ninguno desde hace años.

La rubia no dice nada, apenas parpadea porque tiene miedo de que Diane se cierre y no pueda saber más de su vida.

—Tuve un pretendiente, August Rackfort —la mujer niega con la cabeza—. A mí no me gustaba, tenía dieciséis años y a esa edad no estaba pendiente de esas cosas, pero mis padres insistieron porque «las buenas familias se conocen pronto, Diane» —hace una burda imitación del recuerdo oscuro de la voz de su padre—. August venía dos tardes por semana y nos sentábamos en el porche de casa. No teníamos nada en común, así que la mayoría del tiempo estábamos callados.

Diane trae a la memoria a aquel chico con sobrepeso y que siempre olía a menta, que se quedaba de pie unos minutos antes de apoyarse cuidadosamente en la silla que estaba a su lado. No decía nada, no la miraba, solo se quedaba ahí hasta que su padre lo recogía.

—Mi madre un día empezó a hablar de una boda, de la unión de las familias y sobre lo importante que era pagar las clases de etiqueta y vida doméstica. No presté atención a ello porque no creía que se pudiera referir a mí —pone ambas manos sobre sus muslos buscando algún tipo de estabilidad que no siente—. Hasta que la familia Rackfort se presentó varias noches después para cenar en casa y, por supuesto, pedir mi mano, que, sin que yo tuviera ni siquiera idea de lo que estaba pasando, ya estaba más que aceptada.

—Joder —susurra Cassidy; pensaba que esto de los casamientos obligados era de otro siglo.

—Joder, sí —Diane mueve la cabeza varias veces—. Estaba tan impactada que no dije nada, pero, cuando se marcharon, le dije a mi madre que yo no quería casarme con ese chico.

—Imagino su reacción —se atreve a opinar Cassidy, pero de inmediato sabe que ha metido la pata cuando el gesto de la mujer frente a ella se endurece.

—No, no puedes imaginártelo porque no conoces la sed de dinero que siempre tuvieron mis padres —su voz fría hace que el salón baje varios grados—. Siempre fuimos unos muertos de hambre, no hay manera bonita de ponerle nombre a nuestra economía, entonces el mágico plan de mi familia era unir a sus hijos con otras de mucho dinero para seguir manteniendo un estatus que desde luego no teníamos.

Diane se levanta de la butaca y camina hacia el ventanal lateral que da al jardín. Está experimentando una sensación nueva, porque, aunque le molesta hablar de los Carter, contárselo a Cassidy está siendo una especie de catarsis. Le está entregando algo valioso, algo que ha mantenido siempre bajo llave, y aun así lo hace porque quiere y sin pedirle nada a cambio.

—Aquello había que aceptarlo, mi padre se puso furioso por la poca lealtad a la familia, mamá solo fruncía los labios y negaba con la cabeza. Yo me la imaginaba pensando en lo que dirían de nosotras, la niña Carter rechazando al bueno de August Rackfort, qué vergüenza —suelta una risa seca que apenas dura un segundo—. Me fui de allí en cuanto me di cuenta de que mi vida sería eso, casarme con alguien que no quería, darle hijos y ser una mujer fiel y obediente mientras mis padres seguirían sosteniendo su estatus y, por supuesto, preparando la boda de Riley.

Cassidy aprieta los labios, está entre enfadada y confusa, pero no demasiado impresionada en cuanto a padres de mierda.

—¿Fue entonces cuando te fuiste a Nueva York? —pregunta la rubia recordando que, cuando le habló sobre su alcoholismo, Diane vivía en la Gran Manzana.

La directora de desarrollo de Whitestone vuelve a su asiento.

—Me fui a Portland. Cuando llegué a la estación de autobuses no me querían vender un billete porque se notaba que era menor de edad. Me colé en uno que iba a esa ciudad.

Cassidy sonríe al imaginarse a una muy joven Diane entrando a hurtadillas en un autobús y ocultándose entre los asientos.

—Después no hay demasiado que contar, para ese entonces ya había cumplido los diecisiete y me había llevado cuatrocientos dólares que mi padre tenía guardados en una lata —se pasa una mano por el cuello—. Tuve suerte, trabajé lavando platos en un bar hasta que cumplí los dieciocho y me marché a Nueva York, lo más lejos posible de todo.

—La universidad no es nada si lo comparamos con todo lo que viviste —Cassidy abre ambas manos—. Todo eso te ha traído hasta aquí.

Diane asiente.

—Eso y que estaba harta de compartir habitación con dos prostitutas que me daban diez dólares cada vez que necesitaban meter allí a un cliente —levanta ambas cejas—. Nueva York tenía más oportunidades, pero también más competencia, y era todo más caro que en Portland. Al principio fue muy difícil, pero luego todo fue mejorando hasta que un día se presentó la oportunidad que estaba buscando y ni siquiera lo pensé, cogí mis maletas y me vine a California.

El timbre suena y Diane obtiene una tregua, así que se pone de pie, pero, antes de caminar hacia la puerta, Cassidy la detiene cogiéndola por el brazo.

—Voy yo —y, antes de que pueda negarse, le da un beso profundo que le detiene el corazón—. Ayer y hoy has pagado la comida, esta me toca a mí.

—Estás trabajando en fin de semana, Collins —suelta con tranquilidad, omitiendo decir «me estás ayudando»—, me corresponde a mí alimentarte.

—Eso lo harás luego —le guiña un ojo y se gira para recoger la comida.

Esta vez no hay tantas bolsas, solo un par que contienen dos pastas a la carbonara y un pan de ajo para dos. Ambas mujeres se coordinan: mientras una saca los envases, la otra coloca los cubiertos y trae las bebidas.

—Joder, está increíble —dice Cassidy después de probar la comida.

—Te lo he dicho —Diane estira la comisura de los labios sin dejar ver del todo su sonrisa.

Comen en un silencio casi familiar, con esa confianza que, sin buscarla, han construido desde hace meses. ¿Quién iba a decirle a Diane Carter que acabaría cenando un sábado por la noche con la becaria insoportable que Samuel Barnes coló en su departamento a pesar de sus quejas? Nadie, eso está claro, y mucho menos podría imaginar que se sentiría tan bien a su lado.

Cassidy empuja su plato hacia adelante y pega la espalda a la silla, complacida y casi a reventar. Diane toma un sorbo de su botella de agua y, mientras la mira de reojo, en un momento algo ha cambiado en la chica. Se da cuenta de ello en cuanto abre la boca.

—Mi madre me dejó en un orfanato cuando yo era un bebé —comienza a explicarle su historia, no porque se lo deba, sino porque le apetece que Diane también conozca la suya—. Ella era una niña, o al menos eso me dijeron, así que me entregó y se fue. Se suponía que había una familia que quería adoptarme, estaba todo listo, pero al final se echaron para atrás.

Cassidy se encoge de hombros, no recuerda nada de eso, pero sí lo que vino después.

—Prácticamente crecí en aquel lugar, no tenía nada de malo, tenía una cama, comida caliente, educación y amigas. El problema fue que ninguna familia me elegía, hiciera lo que hiciera, y eso me hizo retraerme, volverme introvertida —baja la mirada y se concentra en el movimiento que hace con los dedos—. Entonces fue cuando el orfanato no pudo tenerme más por la edad y empecé a saltar de casa en casa. Algunas mejores, otras peores, en general todas una mierda. Ningún niño debería vivir con doce años en una casa sucia ni comer una vez al día albóndigas enlatadas.

Diane aprieta la mandíbula, ha sentido el dolor de un corte en el pecho. No está segura de querer escuchar el sufrimiento de una chica que se le ha metido en el cuerpo con el paso del tiempo, pero hay algo que la empuja a estar ahí para ella, para oír lo que quiere decirle.

—En una de esas casas conocí a Kenny y a Payton —sonríe porque sus hermanos son lo mejor que tiene en la vida—. Yo estaba enfadada con la vida, no entendía por qué tenía que vivir en aquellos sitios sin una familia de verdad que me quisiera. Cuando supe sus historias... —exhala con un ruido largo—, entendí que me había tocado la parte buena.

—¿Ellos también fueron dados en adopción? —quiere saber Diane y, cuando escucha la respuesta, se arrepiente de preguntar.

Cassidy niega con la cabeza.

—El padre de Kenny entró en prisión y no tenía ningún familiar que se hiciera cargo. En el caso de Payton, servicios sociales la sacó de la casa en la que vivía con su madre —se muerde el interior de la mejilla antes de seguir hablando—. Por alguna razón del destino estuvimos juntos en dos casas de acogida hasta que Tili y Robert, nuestros padres adoptivos definitivos, nos llevaron a su casa.

—Al parecer hubo un buen final —dice Diane esperando acertar.

Una sombra se instala en los ojos de Cassidy durante un segundo y desaparece de inmediato.

—No fue todo perfecto, pero no puedo quejarme. Estuvimos muy bien con ellos, pero eran muy mayores. Tili murió primero, Robert a los pocos meses —recuerda el dolor que sintió con cada una de esas muertes—. Tuvimos que dejarle la casa al banco, la habían rehipotecado por nosotros, para que pudiéramos vivir bien, así que Kenny se fue a Las Vegas cuando le salió un trabajo y Payton estaba acabando la carrera, pero me llevó con ella para asegurarse de que seguía por el buen camino. Todavía lo hace —sonríe pensando en su hermana—, vivo en su piso.

Cassidy coge su botella de agua —ha evitado beber alcohol frente a Diane— y se la termina después de darle dos tragos largos.

—Así que ambas hemos tenido historias complicadas, pero aquí estamos —apoya ambas manos sobre la madera—. Y después de todo lo que hemos vivido, no podemos permitir que Frances se salga con la suya.

Diane hace un gesto de asco, se había olvidado de la zorra que había vuelto del pasado para meterle una zancadilla.

Cassidy se pone de pie y le tiende una mano.

—¿Seguimos? —pregunta mientras levanta ambas cejas.

En ese instante en que esos ojos verdes lo alumbran todo, el cerebro de Diane deja de funcionar. Deja de ser racional porque frente a Cassidy ya no puede serlo. Se levanta de la silla, tira de su mano y la besa.

—Quédate esta noche —le susurra pegada a su boca, empujando lejos las consecuencias de lo que le está pidiendo.

Cassidy conecta su mirada con el azul profundo. Tiene el corazón acelerado y la piel caliente. Su respuesta es besarla de nuevo porque,

a partir de ese momento, las palabras sobran.

Capítulo 20

Diane siente la espalda tan rígida que el dolor amenaza con matarla. Nota una punzada en la nuca que le recorre todo el cuerpo, y donde más siente esa tensión es en los hombros. El fin de semana fue tan desconcertante para ella que hoy lunes ha vuelto a la oficina con el cerebro en un estado extraño que no consigue identificar. Está en el lugar que —normalmente— logra despejarla, de pie junto a la ventana observando a la gente pasar, la mayoría con prisa, huyendo del desagradable frío de diciembre, y aun así no le es posible encontrar la tranquilidad que perdió en el momento en el que la cara de Cassidy apareció en la cámara del timbre de su casa. Fue confuso recibirla en su lugar seguro, verla ocupar su sofá, una silla en su despacho e ir a su baño, pero todo eso palidece ante el momento de despertar ayer por la mañana, girar la cabeza y ver su melena desparramada sobre la almohada y sentir el brazo de la chica sobre su barriga desnuda. Desde ese instante, Diane Carter perdió la capacidad de respirar con normalidad, de pensar, porque fue la señal inequívoca de que sí, estaba completamente enamorada de Cassidy Collins.

La chica logró hacerla sentir, ¿cómo decirlo?, ¿segura? Puede ser. Quizá lo que le hizo experimentar esa tranquilidad muy poco habitual en ella fue la reacción de Cassidy al conocer parte de su historia. No parecía decepcionada, todo lo contrario, se veía rebosante de una energía diferente que no supo cómo nombrar. Diane jamás había sido tan sincera con una mujer, ni siquiera con Clara, que no supo ni el nombre de sus padres hasta después de varios años de relación.

La puerta de su despacho se abre después de un par de toques en la madera y ella no tiene que girarse para saber de quién se trata.

—Acabo de ver a Cassidy —suelta Clara mientras atraviesa el despacho—. Me ha alegrado mucho saber que sigue de una pieza.

Diane aprieta la mandíbula sin apartar la mirada de la calle. La que no sigue de una pieza es ella misma.

—No exageres. —Se gira y tira de la silla para sentarse en su escritorio—. ¿Qué necesitas? —Comprueba la hora en su reloj—. Espero que no me hayas interrumpido solo para venir a decir esa tontería.

Clara ni siquiera se ofende por el tono chocante y áspero de su amiga. Simplemente la observa por un breve momento y cambia de tema.

—La propuesta es buena, he hecho algunas sugerencias casi al final porque creo que, incluyendo la visión global a un año vista, ganarás puntos.

Ayer por la mañana, antes de que Cassidy se marchara de su casa para ir a comer con sus hermanos, Diane le envió la presentación acabada a Clara. No solo porque es su persona de confianza, sino porque la directora de marketing es buena en su trabajo. Tenía pensado hacerlo igualmente, pero fue la misma rubia quien le dijo que un par de ojos adicionales le vendrían bien para asegurarse de que no se habían dejado nada. Cassidy... siempre Cassidy.

—Voy a revisarlo para mandarlo a la junta de inmediato. —Coge el ratón y lo mueve hasta encontrar lo que está buscando—. Quiero acabar con esta... cosa absurda de una vez.

Clara se pone de pie, tiene una reunión a la que asistir.

—¿Quedamos para comer? —Clara se lo pregunta mientras revisa su agenda—. Tengo que comentarte algo.

Diane está tecleando y no levanta la mirada para contestar.

—Puedes comentarlo ahora —suelta con frialdad.

Clara suelta un bufido de hartazgo.

—Prefiero que me invites al libanés de la esquina mientras te traslado un mensaje de mi mujer.

Diane para de teclear y clava sus ojos azules en la que fue su novia hace años. Se puede imaginar perfectamente de qué se trata.

—Tengo planes para Navidad, así que dale las gracias de mi parte, pero este año no podré acompañaros.

—Normalmente, cuando alguien dice que tiene planes para Nochebuena, significa un viaje, quedada con pareja o amigos —empieza a enumerar la otra mujer—, y teniendo en cuenta que no tienes ni una cosa ni otra, dudo que hayas planificado una escapada en estas fechas, así que asumo que tu gran plan es quedarte sola en casa.

Diane la ignora, tiene mejores cosas que hacer que discutir con Clara lo que hará en una fecha que detesta y que está a la vuelta de la esquina.

—Dale las gracias a Elizabeth —repite poniendo los ojos nuevamente en la pantalla—, y cierra la puerta al salir.

Clara Fitzgerald se da la vuelta y sale del despacho sin decir nada más. Lo discutió con su mujer, que se empeña en invitar a Diane a todas las celebraciones que hace en casa. A ella no le molesta, su amiga es una mujer agradable fuera de los muros de Whitestone Consulting Group, pero también conoce muy bien ese carácter ermitaño que emerge en ella sobre todo en estas fechas que tan malos recuerdos le traen.

Dos horas después, la jefa del departamento de negocios entra en la sala donde se está llevando a cabo una reunión. Llega tarde, pero tuvo que salir justo después de enviar formalmente la propuesta a la junta directiva de la consultoría y, aunque pudo volver antes, el encuentro fue mejor de lo esperado.

—…y después de las fiestas le entregaremos a Arnico el análisis sobre la adquisición.

Tanya Baker es la que está hablando en ese momento y Diane, tras hacerle un gesto con la cabeza a su asistente, se sienta en silencio al lado de Clara.

—¿Dónde estabas? —interroga en voz baja su homóloga mientras Tanya continúa con su intervención.

—Recogiendo el coche del taller. —La mentira le quema la garganta, pero Diane prefiere no decirle nada que pueda involucrarla en algo que no debe.

Sabe que Clara no le cree, son demasiados años conociéndose como para saber que Diane tiene un servicio de recogida y entrega del coche cuando tiene que hacerle algún tipo de mantenimiento, porque hacerlo ella misma es perder el tiempo. Va a decirle cualquier excusa que complemente esa fatídica mentira cuando la voz de Cassidy se le mete por los oídos y le aterriza en el pecho.

—En marketing ya tenemos cerrada nuestra parte —indica la chica mirando a Tanya—. Convendría que pudiéramos reunirnos lo antes posible, que Diane y Clara puedan revisar la propuesta y solo reste entregarla al cliente. Ganaremos tiempo si hay algo que cambiar.

El tono no tiene nada que ver con el que usa cuando están juntas, cuando le está sugiriendo algo o se está corriendo con la boca pegada

a su cuello. El escalofrío que recorre el cuerpo de Diane es tan evidente que Clara la mira extrañada.

—¿Estás bien?

Diane se recompone y se mueve en su silla.

—Hace demasiado calor aquí.

Ya está, no da más explicaciones, solo mira al frente y se siente una imbécil cuando se da cuenta de que está buscando la mirada de la rubia.

Cuando acaba la reunión se levanta de su silla sintiendo el mal humor golpearla sin descanso. Es una hipócrita, lo sabe, pero no puede negar lo mucho que la jode que Cassidy ni siquiera se fije en ella en momentos así. Quiere reírse, porque estaría colérica si la chica decidiera clavar sus ojos verdes en ella, porque sería un acto reprochable que no consentiría dentro de la oficina.

—Diane —escucha detrás de ella, y por poco pierde el control de sus pasos.

No se detiene, pero Cassidy llega hasta ella de inmediato.

—¿Tienes unos minutos? —pregunta mientras caminan—. Quiero hacerte un par de preguntas que tengo que contestar al señor Rodriguez, el CEO de Lumina.

Diane se detiene frente a la puerta de su despacho y se gira hacia su asistente.

—Tatiana —sisea como siempre—. Haz una reserva para dos en el libanés de la esquina. Confirma con Clara la hora.

Entra en su despacho y deja la puerta abierta. Cassidy la sigue, cerrando tras de sí.

—¿Te han dicho algo sobre la propuesta? —quiere saber la chica cuando se detiene junto a ella.

Diane cruza los brazos sobre su pecho mientras apoya el trasero en su escritorio.

—Pasado mañana es la reunión con la gente de Alltreck. —Lo dice con disgusto, le sigue pareciendo una humillación—. Se les presentarán ambas propuestas, Frances podrá defender la suya si es necesario, al igual que yo.

Cassidy bufa y niega con la cabeza.

—Ya sabes lo que pienso al respecto, es una auténtica burla —lo dice dejando su iPad sobre la madera y acercándose a ella. Le descruza los brazos y se pega a su cuerpo—, pero piensa que en un par de días te habrás librado de todo esto.

Diane baja la mirada hasta sus labios e intenta frenar el impulso de besarla. Lo logra, al menos por ahora.

—Estás muy segura de que elegirán la mía.

Cassidy inclina la cabeza.

—Si crees que una tecnológica como Alltreck va a preferir la propuesta de una mujer que se ha pasado los últimos años diciéndoles a otros cómo no cagarla sobre la de alguien que lleva década y media haciendo ricas a cientos de empresas, entonces es mejor que ni siquiera te presentes a esa reunión.

Diane la coge por la cintura antes de que Cassidy se mueva y la besa. La barrera que detiene los impulsos que tiene sobre esta chica se ha roto hace tiempo.

—Frances es buena en su trabajo —dice Cassidy—, pero no tiene ni idea de lo que hay que hacer para captar a un cliente, convencerlo de que confíe en nosotros y lograr que todo lo que se le ha prometido se cumpla. Sé que vais detrás de Alltreck desde hace mucho, pero hace cinco años no teníais la capacidad que tenemos ahora.

Cassidy le roba un beso rápido, recoge el iPad y se aleja, pero antes le suelta:

—Cuando esto termine podríamos celebrarlo. —Los ojos verdes le brillan con fuerza—. Conozco un sitio que seguro te encantará.

Diane siente el cuerpo rígido y es incapaz de moverse incluso después de que la chica abandona su despacho. Los miedos aparecen como siempre, vestidos de rojo y con los dientes afilados, recordándole que una mujer no triunfa, no es nadie si sucumbe a sus debilidades. Y desde luego Cassidy Collins es la debilidad más grande a la que ha tenido que enfrentarse en toda su vida.

Capítulo 21

La mañana en Whitestone Consulting Group está siendo un auténtico caos. Están a solo unos días de Nochebuena y hay quien está apurando las horas para marcharse de vacaciones, otros paseando por los pasillos con carpetas en la mano fingiendo trabajar y luego está Diane Carter que desearía estar en cualquier otro sitio en el mundo menos en su despacho. Siente una indignación que jamás había experimentado ni siquiera cuando fue la responsable de un equipo de comerciales que creían que por ser mujer no podría aguantar que un imbécil le levantara la voz.

Hace dos horas que ha salido de la reunión en la que ha tenido que sentarse frente a Frances Hartwell, Samuel Barnes, dos miembros de la directiva de la consultoría y otros dos que han representado a la tecnológica Alltreck. Lo que ha ocurrido allí fue el equivalente para ella a salir vestida de payaso y hacer malabarismo con pelotas de colores frente a una panda de idiotas que no tenían ni idea de lo que es una propuesta de captación eficiente con beneficios a largo plazo. Durante su intervención le han hecho al menos una docena de preguntas que ella ha respondido con los ojos envueltos en fuego y luego ha dado paso a Frances que ha balbuceado cuatro puntos mal desglosados, mostrado una gráfica que está segura de que ha extraído de un análisis hecho con los pies para luego esbozar una sonrisa y sentarse sin que nadie le cuestionara nada.

La puerta de su despacho se abre y ella está dispuesta a entrar en prisión por matar a quien la interrumpe en mitad de su crisis de mal humor.

—¿Cómo ha ido? —Clara Fitzgerald entra contorneando sus caderas y se sienta en la silla frente a Diane—. No he podido venir antes, estaba atrapada en una reunión con Asher Rodriguez.

—Tampoco era necesario que vinieras ahora —escupe y desvía la mirada a la pantalla de su portátil.

Clara revisa su móvil y sonríe cuando recibe una foto de su mujer. Son unos pijamas a juego con los que han decidido pasar el día

después de Navidad mientras se hunden en el sofá llenas de palomitas y ven películas de acción. Bloquea el aparato y levanta la mirada.

—Tengo una hora antes de la siguiente reunión y me encantaría comer antes —no dice nada más y sigue con los ojos clavados en su amiga.

Diane teclea algo en el ordenador durante un minuto antes de bufar y contestarle.

—Ha sido un circo, no puedo decirte más —mueve el cuello para intentar que la tensión se marche, pero no lo logra—. No sé cuándo tomarán una decisión ni tengo idea de cuál propuesta elegirán.

—¿Frances ha hecho un buen trabajo?

—Esa mujer es una vergüenza —masculla Diane con la vena del cuello a punto de explotar—. Joder, Clara, que me han puesto en tela de juicio frente a alguien que no sabe qué coño es una estrategia de reducción de coste.

Clara no dice nada porque no quiere alimentar la ira de Diane, pero desde un principio pensó que esto se trataba única y exclusivamente de una especie de cacería de brujas y por mucho que lo analizó, no encontró nada que contradijera su pensamiento. No sabe qué busca la directiva con esto, pero desde luego es una humillación para la trayectoria de su compañera y conociéndola, le está afectando más de lo que ese mal humor refleja.

—Sabes que eres buena en lo tuyo, no tengo ninguna duda de que se quedarán con tu propuesta.

Diane suelta un sonido extraño y se pone de pie mientras mueve los hombros que llevan rígidos desde que se ha levantado esa mañana. Se acerca a la ventana, se guarda las manos en los bolsillos del pantalón y se queda absorta un instante mientras observa a una mujer con el teléfono pegado a la oreja mientras mantiene, lo que parece, una acalorada discusión.

—En este punto, esto es lo menos que…

Diane se interrumpe porque su teléfono empieza a sonar y no le queda otra opción que acercarse para contestar. El número desconocido en su pantalla le hace apretar la mandíbula y soltar una maldición que no se preocupa en sofocar. Sin duda, no tenía que despertar esa mañana.

—¿No se cansa nunca? Joder. —Diane intenta apagar el móvil sin romperlo en el proceso.

Lo deja caer sobre la mesa con un golpe seco y cierra los ojos llevándose dos dedos al puente de la nariz.

—¿Tu hermana? —quiere saber Clara, aunque bien intuye la respuesta.

—No sé lo que quiere lograr, ya le dejé claro que no quería saber de ella —se sienta en la silla y pega la cabeza al respaldo—. Le he pedido que me deje en paz, ¿es tan difícil de entender?

A Clara le es inevitable volver al pasado, a la época en la que apenas llevaban unos meses juntas. Diane era recelosa de su vida personal, no hablaba de su familia ni de dónde venía. La poca información que soltaba era escueta, pero Clara era curiosa, quería saber más de la mujer de la que se estaba enamorando y no tardó en atar cabos. Diane se había alejado de unos padres manipuladores, pero le dolió bastante más saber que Riley, su hermana menor, se había convertido en una copia exacta de su madre.

En ese tiempo nadie buscó a Diane, simplemente pasó a ser una mujer que no formaba parte de los Carter hasta que hace algunos años Riley empezó a llamarla. Al principio estaba entre confundida y sorprendida, no sabía muy bien dónde encajar lo que estaba pasando, la menor de la casa, ya convertida en una mujer adulta, decía que solo quería volver a conectar con ella y Diane cayó en una trampa de la que nunca quiso hablar. Hasta ahora.

—Pero, ¿sabes lo que quiere? —su amiga la mira ladeando la cabeza—. Porque lleva años buscándote.

Diane se remueve incómoda intentando fingir que nada de esto la quema por dentro, pero ese dolor hace tiempo que le hizo un agujero en el centro de su alma y por mucho que ha luchado para cerrarlo, no ha logrado ni siquiera curarlo.

—El matrimonio de Riley se acabó hace tiempo, casualmente en la época en que apareció en mi vida —lo escupe con rabia, con un rencor que incluso puede palpar—. Tiene dos hijos y en la comunidad en la que viven, volver a casarse… es un problema. Supongo que mis padres no podían seguir dándose lujos a costa de esa unión. Y Chase es un pobre desgraciado que solo les ha dado disgustos.

Clara entrecierra la mirada dejando que su mente trabaje sola y analice las palabras de Diane. Siente un pequeño zumbido detrás del esternón porque de golpe lo ha entendido.

—¿Querían que volvieras a casa para convertirte en su proveedora? —Clara lo pregunta con los ojos muy abiertos.

—Después de que dijera que el demonio me llevaría al infierno cuando le solté que salía con mujeres —toma una respiración profunda antes de continuar—. Hice de todo para que me dejara en paz y funcionó por unas semanas, pero luego reapareció para decirme que no podía seguir comportándome de esa manera, que cambiar no era difícil y que ellos estaban dispuestos a perdonarme.

Suelta una risa histérica, de las que hacen daño en los oídos. Clara la mira como si hubiera perdido la cabeza, aunque se pregunta cómo coño sigue en pie después de haber pasado por tanto en su vida desde que apenas era una niña.

—En fin —resopla y frunce los labios cuando se da cuenta de que ha hablado demasiado—, parece que últimamente he decidido remover mi pasado.

—¿Por qué lo dices?

Diane nota cómo la piel se le calienta porque aunque su cuerpo sigue allí en el despacho de Whitestone frente a su amiga, su mente se ha trasladado a su casa en la que pasó un fin de semana que aún la tiene en un estado que no sabe definir. Trabajó en una calma sospechosa, disfrutó de un cuerpo que la llevó a lo más alto durante horas, pero sobre todo habló. Hizo algo que se había jurado no hacer, no merecía la pena traer el dolor desde Idaho ni verbalizar historias que creía sepultadas. Lo más sorprendente es que desde ese momento se siente más ligera y se pregunta, ¿por qué Cassidy Collins?, ¿por qué esa chica ha sido la única que sin presionarla, logró que Diane lo soltara todo?

—No tiene importancia, es…

Tatiana entra al despacho después de anunciarse con dos toques rápidos. Mira a su jefa con un gesto que le dice que se prepare.

—Diane —mueve su mano hacia atrás, por encima del hombro—. Samuel Barnes necesita hablar contigo.

Clara se pone de pie y se alisa la camisa azul de rayas. Levanta una ceja antes de dar media vuelta y encaminarse a la puerta.

—Dile que pase —sisea Diane y se acomoda en su silla.

El hombre entra con su habitual expresión amable que Diane detesta y, sin haber sido invitado, se sienta en la silla que hasta hace pocos segundos ocupaba Clara.

—No quiero quitarte mucho tiempo —se salta el «buenos días» y pone las manos juntas sobre el escritorio de Diane—. No sé cómo lo

logras, pero Trevor Davies ha quedado impresionado con tu propuesta.

El tipo sonríe, niega con la cabeza y suspira. Diane solo lo observa.

—Necesita tiempo para revisarlo con su equipo en Allteck, por supuesto, pero, Diane, has demostrado que tus métodos son tan eficaces como siempre y aunque las metodologías hayan evolucionado, las tuyas son tan buenas como las nuevas —abre las manos para darle más énfasis a sus palabras—. Quería darte la noticia de inmediato y que sepas que Frances Hartwell ha acabado con sus tareas aquí.

El ojo izquierdo de Diane sufre un espasmo que la hace ver borroso; si hace horas se sentía indignada, ahora está completamente furiosa.

—¿Y ya está? —interroga con la voz fría mientras se inclina hacia adelante—. Después de todo lo que me habéis obligado a hacer, ¿la simple respuesta que me das es esta?

Samuel clava sus ojos oscuros en ella, pero no mueve la boca.

—Traéis a una asesora externa. —Se levanta de la silla; si no se mueve, se asfixiará—. Que en cierto modo lo entiendo, suele hacerse cuando dos empresas se asocian, pero que la directora del departamento de desarrollo de negocios desde hace dieciséis jodidos años tenga que acreditar que aún vale para algo, me parece una auténtica jugarreta.

Ambos se miran y hay un duelo, quizá una amenaza que ninguno de los dos va a decir en voz alta.

—Y ni siquiera eso es lo peor —sisea sin apartar sus ojos del socio —. Sino que te presentas en mi despacho, celebras que he ganado esta absurda competición y me dejas caer que ya no tengo nada de qué preocuparme porque Frances se ha marchado. Es humillante, Samuel.

Lo dice con los puños apretados, el cuello rojo y los ojos brillantes de ira. El hombre levanta la barbilla —un gesto habitual en ella, pero que en él queda extraño— y se pone de pie, pero sin acercarse a ella.

—La edad da experiencia, pero también trae consigo desconfianza —se abotona la chaqueta que lleva puesta—. Te lo dice un hombre que te lleva al menos veinte años y no puede darse el lujo de equivocarse como antes.

Samuel se arregla el pañuelo que sobresale del bolsillo superior de su chaqueta antes de volver a hablar.

—Buen trabajo, Diane.

Con esa frase sale del despacho dejando el ambiente tan caldeado como el propio infierno. Diane no aparta la mirada de la espalda del hombre hasta que desaparece tras la puerta y un dolor de cabeza se instala en la nuca augurándole una tarde de mierda para completar la horrible mañana que ha tenido. Por suerte tiene varias reuniones que la mantendrán ocupada y después podrá marcharse a su casa porque no cree que pueda soportar más tiempo en ese lugar.

• • •

A las ocho de la noche, Diane Carter enfila su calle después de un día agónico en la oficina. Sube el dedo para presionar el mando a distancia que tiene colocado en el parasol y abrir la verja de su casa cuando observa a una mujer con la espalda apoyada en uno de los muros, revisando el móvil que tiene en las manos. Sube la mirada y sus ojos conectan, entonces Cassidy Collins sonríe y espera a que el coche entre para hacerlo ella también.

—Hola. —La chica se acerca a Diane con las manos escondidas en su abrigo—. Enhorabuena, parece que lo has logrado.

Diane cierra la puerta de su coche y niega con la cabeza antes de caminar hacia la puerta principal con Cassidy pegada a sus talones. Las dos entran y mientras Diane se quita la chaqueta, la rubia cambia el peso de pierna, dejando ver un deje de nerviosismo que normalmente no existe en ella.

—¿Quién te lo ha dicho? —pregunta y se mueve hasta la cocina para servirse un vaso de agua. Joder, cómo le apetece una buena botella de whisky.

—Lo sabe todo el mundo. —Encoge los hombros y se apoya en la encimera—. Han mandado un correo desde dirección diciendo que el trabajo de la asesora había finalizado y enaltecían el buen trabajo del departamento de negocios por la propuesta presentada.

Diane bufa, asqueada; cada cosa que ha ocurrido hoy solo la lleva a odiar más a la directiva de Whitestone.

Cassidy carraspea y posa sus ojos verdes que ahora brillan más de lo habitual.

—Lo que te dije ayer iba en serio, ya sabes, lo de celebrar. —Se muerde los labios—. Quiero invitarte a cenar el viernes o el sábado.

Cuando tú quieras. —Está tan nerviosa que se está enfadando consigo misma—. Solo quería venir a decírtelo en persona, lejos de la oficina.

La mano de Diane se cierra con fuerza alrededor del vaso, la misma sensación que está experimentando en su propio cuello en este momento.

—No hay nada que celebrar, Collins. —Se gira y deja el vaso con cuidado lejos de ella—. Se me pidió un trabajo y lo hemos hecho. Punto.

Diane empieza a moverse por la cocina de forma errática, abriendo muebles y volviéndolos a cerrar. Cuando pasa por segunda vez por el costado de Cassidy, la chica la coge por la cintura y la pega a su cuerpo.

—Eres demasiado inteligente para no darte cuenta de que la celebración es una excusa. —Pasea los ojos por el rostro fino de Diane—. Lo que intento decirte es que quiero una cita contigo. Una de verdad, fuera de esta casa, fuera de la oficina. —Roza sus labios con los de su jefa—. Llevamos meses acostándonos, nos llevamos bien, nos entendemos y este fin de semana tuve la confirmación de que esto que tenemos puede funcionar.

Diane empieza a sentir una especie de presión en el pecho, como si estuviera en el suelo y alguien estuviera clavándole una rodilla en la espalda. Eso de lo que habla Cassidy, lo que tienen, es algo que ella puede controlar, sin expectativas, ni normas y sobre todo sin la probabilidad de que ella pueda decepcionar a la chica. Diane Carter siempre ha sabido que está rota, sus padres se lo decían y pudo confirmarlo cuando le falló a Clara, cuando le hizo daño por no ser lo suficiente. Tiene que seguir protegiéndose y aunque tenga bastante claro lo que siente por Cassidy, está segura de que con el tiempo lo superará. Da un paso atrás y sale de esos brazos que la hacen sentir segura.

—Creo que has malinterpretado las cosas. —La voz fría vuelve más helada que de costumbre—. Que nos hayamos contado cuatro cosas sobre nuestras vidas no significa que esto sea algo más. Ha sido divertido, pero ya está, y si no te hubieras presentado en mi casa el viernes por la noche, te aseguro que nada de lo que ocurrió aquí hubiera pasado.

Cassidy no contesta de inmediato, tan solo observa a la mujer a la que lleva estudiando el tiempo suficiente para saber que lo que sale

de su boca no es más que una mentira.

—He malinterpretado las cosas —repite haciendo un gesto con los labios y moviendo la cabeza al mismo tiempo—. Corrígeme si me equivoco, por favor, pero lo que estás queriendo decir es que los seis meses de miradas, conversaciones, sonrisas, sin contar las veces que hemos follado, ¿no significan nada? ¿Es solo sexo esporádico entre dos mujeres que no sienten nada?

Diane ladea la cabeza.

—¿No me digas que pensabas que era algo más? —El tono burlón le hace daño en el alma, porque se da cuenta de que está hiriendo a una chica que no se lo merece—. Eres joven, pero lo suficientemente adulta para saber cuándo algo es de verdad y cuándo es pasajero.

Cassidy sube las cejas.

—Vaya, pues debo ser muy ingenua, sobre todo al pensar que esa forma en la que me miras desde hace tiempo es porque sientes algo más o que últimamente me besas diferente, me abrazas con más fuerza y cuando me quedé la noche del sábado aquí —señala hacia arriba donde está la habitación en la que compartieron cama—, te aferraste a mí y no me soltaste hasta que despertamos.

La expresión de Diane es ilegible y a Cassidy se le rompe un poco más el corazón.

—Me gustas, Diane, muchísimo y te mentiría si te dijera que no he empezado a sentir más por ti. —Se pasa la mano por el pelo; no quiere soltar que está enamorada—. Me encantaría que nos dieras la oportunidad de saber qué pasa aquí porque sé que yo también te gusto, que estás cómoda a mi lado y...

Diane la interrumpe levantando ambas manos.

—Te repito —lo dice con calma y con un filo que corta cristal—, que has malinterpretado lo que ha pasado entre nosotras y por lo que veo, se te ha ido de las manos, así que es mejor frenarlo todo. No merece la pena que estés así por algo que solo sientes tú.

El corazón de Cassidy sigue igual de roto, pero sobre el dolor aparece el enfado. Una cosa es que Diane Carter no quiera dar un paso adelante y otra que niegue todo lo que han hecho juntas.

—¿Estás segura? —pregunta Cassidy sin apartar la mirada de su cara—, porque no voy a frenar mi vida, Diane. No voy a esperar a que te des cuenta de que has cometido un error y vengas a buscarme. No soy esa clase de mujer que lo detiene todo porque alguien duda. Ya he tenido demasiado de eso como para aceptarlo ahora.

La cabeza le duele horrores y las manos empiezan a temblarle, pero tiene que mantenerse firme. No va a ceder.

—No te preocupes, eso no va a suceder. —Un tirón en el estómago la deja sin aire—. Puedes seguir adelante con tu vida, Cassidy, eres joven y tienes mucho camino que recorrer.

—Vale —contesta la rubia de inmediato—. Supongo que nos veremos en la oficina entonces.

Cassidy sale de la cocina como si Diane la persiguiera con un hacha, porque no va a permitir que esa mujer la vea derramar lágrimas por ella. Tiene la cara empapada, el pulso acelerado y un dolor que escuece como una quemadura a fuego vivo.

Cuando se sube a su coche, aprieta el volante con fuerza y pega la frente en la goma que lo recubre mientras se promete —una vez más — que no se dejará romper por la gente como ella, iguales a esos padres que iban al orfanato cuando era una niña, pasaban semanas jugando por las tardes con una Cassidy de apenas cinco años y luego adoptaban a otra niña sin ninguna explicación. No, no va a permitirlo, Diane Carter será cosa del pasado.

Capítulo 22

Hace demasiado sol, o por lo menos eso es lo que está pensando Diane, porque la ventana de su despacho está lo suficientemente caliente como para pensar que están en verano, pero eso no puede ser, porque es veintidós de marzo y todavía el calor real tardará unos meses en llegar. Tiene las manos dentro de los bolsillos de su pantalón verde oscuro, con la espalda algo encorvada porque enderezarla parece que le supone un esfuerzo titánico. Hay mucha gente hoy en la calle y ella intenta enfocar sus caras, quiere saber si están felices, no sabe por qué necesita tener esa información, pero lleva dos semanas enteras pasando más de sus cinco minutos reglamentarios en ese lugar buscando respuestas.

La puerta de su despacho se abre después de los dos toques que lleva escuchando más de quince años y se gira despacio sin intentar relajar la cara, enderezarse o soltar un grito para que la deje a solas.

—La reunión de las once nos la han cambiado para la semana que viene —anuncia Clara mientras se acerca a ella. Se asoma por el cristal y luego mira a su amiga—. La gente de la farmacéutica de Phoenix está de acuerdo con los cambios que propusiste y ya nos han mandado el nuevo contrato firmado.

Diane termina de atar en su cabeza la información que recibe y asiente.

—¿Un año? —pregunta la jefa de desarrollo con la voz plana.

—Dos, y si todo sale como les hemos prometido, extenderán nuestro servicio a sus filiales. Lo hemos hecho bien.

Diane suspira y decide no decirle a Clara Fitzgerald que todas esas propuestas que preparan durante largas noches siempre están bien hechas, pero hoy todo le molesta, el sol, la gente, la vida… y no quiere ni siquiera gastar demasiado tiempo en hablar de más.

Camina hacia su mesa, se coloca el reloj en la muñeca y se sienta con cuidado en su silla.

—¿Tienes lista la nueva estrategia de venta para…? —Diane se bloquea, no recuerda el nombre de la empresa y tiene que sacudir la

cabeza para centrarse.

—¿Gales? —quiere saber Clara, que la mira con cierta preocupación.

Diane asiente y mueve el ratón para activar la pantalla de su ordenador.

—Deberías tenerla en el correo. —Saca su móvil y revisa el buzón de salida del mail que usa su equipo. Sin levantar la cabeza, sigue hablando—. Cassidy hizo la revisión final ayer y, después de que yo haya dado el visto bueno, te lo envió como siempre.

Diane aprieta la mandíbula y parpadea varias veces para enfocar la vista. Teclea hasta llegar a la comunicación, la abre y lee el mensaje:

Diane,

Aquí tienes la estrategia completa para la nueva campaña de ventas de Gales. Está revisada, pero si quieres aportar algo, esperaremos dos días antes de enviarla.

Cassidy.

El mismo correo profesional de siempre, las palabras correctas y el tono perfecto. A Diane le sube una arcada que logra frenar cuando pasa por su garganta.

—Estoy preocupada —suelta de repente Clara y arrastra una silla para sentarse frente a ella—. Y no me digas que estás bien, llevas meses que pareces más una sombra que una persona. No te voy a obligar a que me cuentes lo que te pasa, pero solo te haré una pregunta que necesito que me contestes.

Diane clava sus ojos en el rostro serio de Clara. La mujer la observa con una mezcla de aprensión y dolor que ella detesta, porque dar lástima a los demás es una debilidad que no puede permitirse.

—¿Estás bebiendo otra vez? —la pregunta le sale temblorosa y la otra mujer cierra los ojos por un instante.

—No —responde de inmediato—. Sigo limpia.

La directora de marketing suelta el aire lentamente, como si llevara semanas respirando a medias y por fin alguien se hubiera acercado a ella con una bombona de oxígeno.

—Vale —exhala y mueve la cabeza—, vale. Elizabeth también está preocupada, llevas rechazando nuestras invitaciones desde que empezaste a vagar por los pasillos y prácticamente a dormir en esta oficina. No sabemos qué pensar y tampoco quiero agobiarte, pero eres una jodida caja fuerte y no me dices nada.

El peso de la culpa agrega una libra más y Diane ya ni siquiera sabe qué excusa poner.

—¿Qué tal si me paso a veros esta semana? —indaga la morena y se pasa los dedos por la frente. El dolor de cabeza no se va ni con los dos Tylenol que se ha tomado.

—Mañana hacemos una barbacoa en casa, poca gente y de confianza —explica Clara mirándola—. Puedes venir antes de que empiece y luego marcharte cuando te hartes de escuchar a mujeres demasiado entusiastas por el deporte.

Diane quiere negarse porque ya ha asistido alguna vez a una de esas quedadas organizadas por la mujer de Clara. Demasiado ruido, demasiadas miradas de personas interesadas en ella, pero si dice que no una vez más, probablemente sus amigas se hartarán y Diane, que puede ser una hija de puta dentro de las cuatro paredes de Whitestone Consulting Group, fuera no es más que una mujer solitaria con la inmensa fortuna de tener a Clara y a Elizabeth en su vida.

—Llevaré el postre —es su respuesta parca, y desvía la mirada. Quiere que Clara la deje sola porque esa expresión en su cara significa más preguntas.

—¿Cuándo tienes la cita? —pregunta con cautela de otro tema que considera más importante.

Diane suspira y se levanta de su silla.

—El martes que viene. —Abre la nevera y saca una botella de agua —. Necesito hacer una llamada. —Toma un sorbo del líquido—. Cuando salgas, dile a Tatiana que venga.

Clara sabe que esa llamada no es más que una excusa para dejar el tema hasta ahí, así que se pone de pie, pero antes de irse le dice:

—No tienes por qué ir sola —le recuerda la mujer—. Cualquiera de las dos puede acompañarte.

—Es solo una prueba rutinaria, no hace falta ir acompañada.

Diane intenta controlar el escalofrío que la golpea al recordar el motivo por el que tiene que conducir una hora hasta la consulta de la doctora Presley.

Fue hace una semana, un domingo en el que tuvo que luchar para salir de la cama porque no tenía ánimo de hacer absolutamente nada. Se vio en el espejo y miró a esa mujer de ojos azules sin brillo, el cabello alborotado y la piel demasiado pálida para estar saludable. Decidió darse una ducha y, sin ningún motivo, la imagen de Cassidy Collins la arrolló de repente. Su mente tuvo la gran idea de recrear aquel fin de semana de hace tres meses en el que la chica apareció en su casa y estuvieron trabajando durante esos días. La noche que durmieron juntas, el sexo en el sofá, los besos en la mesa… su cuerpo entonces despertó así, de golpe, y Diane bajó la mano para encontrarse completamente dispuesta para esos ojos verde prado. Empezó a tocarse, sintiendo el temblor en su vientre casi enseguida mientras trazaba círculos sobre su hinchada colina a la vez que se acariciaba los pechos sin reprimirse. Se corrió rápido, con tanta violencia que tuvo que sujetarse a la pared, pero cuando se repuso volvió a llevar su mano al pecho derecho y allí estaba. Un bulto, algo pequeño, aunque con el tamaño suficiente para sentirlo. No tuvo miedo; cuando era más joven, tuvo algunos quistes que desaparecieron con el tiempo. Sin embargo, a la mañana siguiente llamó a su ginecóloga, que le dio la cita más cercana que tenía.

Clara sale del despacho y casi enseguida entra Tatiana, lista para tomar notas de lo que necesite su jefa.

—Consigue dos cajas de esos pastelitos de chocolate que venden en la panadería francesa de la avenida Montana para mañana. Iré a recogerlos a las cuatro.

La asistente personal asiente y termina de hacer unas anotaciones para después levantar la mirada.

—¿Algo más?

—Eso es todo —piensa durante un momento—. Esta tarde tengo que estar fuera durante unas horas; si hay algo urgente, llámame.

A Tatiana le encantaría saber con quién tiene su jefa una aventura tórrida y sucia que la está obligando a salir de la oficina tantas veces durante horas. Según Mandy, una de las secretarias de la sexta planta, vio a Diane salir de un hotel con un hombre canoso a las dos de la tarde de un jueves. La chica tenía una consulta médica y, cuando estaba ya en la calle, estaba ladeando una sonrisa que nunca le había visto a la Cobra. Por supuesto, Tatiana le recomendó a Mandy que mantuviera la boca cerrada, su jefa podía hacer lo que

quisiera con su vida privada. Aun así, a la asistente le gustaría saberlo.

—Claro, no te preocupes por nada —la chica sale de su oficina y Diane se desploma sobre la silla.

• • •

Coge la bolsa que lleva en el asiento del copiloto de su coche y abre la puerta para salir. Se ajusta las gafas de sol y toma una respiración que intenta buscar la paz que perdió hace mucho. Diane contempla desde su posición la casa de Clara y Elizabeth, tan distinta a la suya, con un jardín delantero abierto, lleno de color, sin muros porque ellas no tienen nada que ocultar. Menea la cabeza, aprieta la mandíbula y levanta la barbilla antes de cruzar la calle. Cuando va a presionar el timbre, nota que la puerta está entreabierta así que la empuja con cuidado y se asoma.

—¿Hola? —no sabe si el tono ha sido suficientemente alto como para que alguien la escuche.

Una cabeza de melena larga y abundante se asoma por uno de los pasillos.

—Diane, cielo —sonríe Elizabeth mientras camina hacia ella secándose las manos con una toalla pequeña—, gracias por venir.

Elizabeth la abraza, obligándola a hacer malabarismos con la bolsa que lleva en la mano y su bolso personal.

—La puerta estaba abierta —señala Diane con el ceño fruncido.

—Sí, lo sé, los días de barbacoa la dejamos así para mayor comodidad.

La morena reprime un aullido de asombro: ¿a quién se le ocurre?

—Venga, que te estábamos esperando. —La coge por el brazo con cuidado—. Clara ha preparado limonada.

Ambas caminan por ese espacio tan conocido, dejan en la cocina el postre que ha traído la invitada y siguen hasta el patio donde Clara las espera, tumbada en una hamaca.

Diane envidia por un segundo el gesto tranquilo y relajado de su amiga.

—Me debes veinte dólares —suelta Elizabeth cuando llega hasta su mujer.

Diane levanta las dos cejas. Clara hace un gesto con la mano para restarle importancia.

—Pensé que no vendrías —se encoge de hombros—, pero Elizabeth siempre apuesta por ti. Así que ahora estás aquí y yo tengo veinte dólares menos.

—Puedo marcharme ahora mismo —la contestación de voz plana de Diane pierde consistencia cuando se sienta al lado de su amiga.

—Aquí tienes, cielo —le entrega a Diane un vaso de limonada casera—. Ahora sé buena y cuéntale a tu amiga qué te pasa. —Elizabeth levanta un dedo acusatorio y la señala—. La verdad, Diane Carter, porque lleva semanas preocupada por ti, ambas lo estamos, pero me está volviendo completamente loca.

La mujer le da una palmada suave en la espalda y desanda el camino de vuelta a la cocina.

Clara se incorpora, recupera su vaso y bebe un trago largo.

—Sé que te gusta mantener ciertas cosas para ti misma —empieza la directora de marketing—, pero no podemos seguir fingiendo que no te pasa nada. Sé que estás preocupada por el bulto de tu pecho, pero esto fue hace una semana y llevas en este estado mucho más.

De repente, el cansancio en los hombros de Diane la hunde por completo. No sabría explicar el motivo exacto, pero justo en ese instante su agotamiento mental llega a un punto casi doloroso.

No tiene a nadie más que a Clara —y a Elizabeth por extensión— y está siendo una completa patética al intentar ocultar lo que le pasa a la persona que más la conoce.

—Estoy enamorada de Cassidy. Cassidy Collins —dice estúpidamente, como si necesitara aclararlo para que no haya confusión.

—¿Y qué pasa?, ¿lo vuestro no funciona o qué?

Diane arruga la frente y un espasmo en el ojo izquierdo se hace presente. ¿A qué viene esa pregunta? No es por la consulta como tal, es que se esperaba una reacción diferente: sorpresa, ojos muy abiertos, una mano en el pecho.

—Te conozco, Diane, y aunque no lo tenía del todo confirmado ni sabía la magnitud de lo que pasaba, llevo mucho tiempo sospechando que te pasaba algo con ella. —Clara se pasa una mano por el pelo corto mientras la observa—. Dejaste de gruñirle, empezaste a mirarla durante demasiado tiempo y a hablar de ella

más de lo que debías. Confieso que pensé que solo se acostaban de vez en cuando… la sorpresa real es que estés enamorada.

Diane apoya los codos sobre sus muslos y baja la cabeza, resignada. Un gesto que nadie le ha visto hacer en al menos dos décadas, pero ahora mismo se siente completamente derrotada.

—No sé lo que había entre nosotras. —Chasquea la lengua y se lleva dos dedos al puente de la nariz. Se lo aprieta, se hace daño porque necesita centrarse—. Era sexo, Clara, sin expectativas ni exigencias, y de repente un día me pide salir. Que tuviéramos una cita. —Suelta una carcajada amarga que le arde en el corazón—. ¿Por qué tuvo que joderlo de esa manera? Estábamos bien, joder.

Clara deja que los segundos pasen; no quiere atacarla de ninguna manera, por lo que tiene que ser muy cuidadosa con sus palabras.

—Si estabais bien —tantea la mujer—, ¿no crees que lo natural es dar el siguiente paso?

La morena bufa y se pasa las manos por el cabello con rabia.

—Desde el inicio habíamos dejado claro que ese siguiente paso del que hablas no existía para nosotras. —Se detiene y toma una respiración profunda—. Cuando follamos la primera vez nos detestábamos, incluso dijimos que no volvería a pasar.

—Pero pasó, Diane —interviene la otra mujer con voz tranquila—, así como el plan de no tener nada más que unos cuantos encuentros, porque el roce hace el cariño y supongo que tuvisteis mucho de eso. ¿Hace cuánto que os acostabais?

Diane se muerde el interior de la mejilla sin tener que pensar demasiado en la respuesta.

—Seis meses, quizá siete. Se acabó en diciembre, después de entregarle la propuesta a Alltreck. —Niega con la cabeza—. ¿Sabes lo que hizo? Se presentó en mi casa y me dijo que quería una cita conmigo. Estaba completamente convencida de que lo nuestro podía funcionar.

—¿Y en qué se equivocó? —quiere saber Clara.

—En todo, joder, ¿no lo ves? —Se pone de pie y se quita la cazadora azul que lleva puesta. De repente siente el cuerpo ardiendo —. ¿Cómo se le ocurre, Clara? —la voz le sale rota—. Lo que teníamos estaba bien, querer algo más fue demasiado pretencioso.

Clara se levanta de la silla y se detiene frente a su amiga. Le pone las manos sobre los hombros, intentando transmitirle tranquilidad.

—Entonces, ¿ese día la rechazaste y no os habéis visto más fuera del trabajo?

Diane niega con la cabeza y tiene que darse un momento para deshacer el nudo en su pecho.

—En la oficina ha sido todo cordialidad y profesionalidad —lo dice con rabia, como si en su egoísmo interior esperase que la chica fuera a pedirle una oportunidad o empezara a tratarla mal. Que hiciera algo que le demostrara que le importaba lo que había pasado—. Las pocas veces que nos hemos quedado solas, es como si nunca hubiera pasado nada entre nosotras.

—Y por lo visto es algo que te irrita bastante —suelta Clara apretándole los hombros—. ¿Y aun así estás segura de no darte una oportunidad con ella?

Diane no soporta la presión así que se mueve y vuelve a ocupar la silla en la que estaba antes. Clara la imita, pero le da espacio.

—¿Qué crees que pasará dentro de cinco años si estamos juntas? —interroga Diane con filo—. Cuando me niegue a cogerle la mano en la calle, acercarme a ella mientras estamos cenando fuera o simplemente irme de vacaciones a un sitio en el que nos puedan reconocer. —La morena niega con la cabeza mientras hace sonidos negativos con la boca—. No pienso cargarme su carrera ni lo que queda de la mía.

Clara intenta —vaya si lo intenta— que el gesto de sorpresa no sea grotesco ni visceral, pero por la mirada de su amiga sabe que ha fracasado.

—Por Dios, Diane, no sois de la realeza ni representáis ningún partido político. —Abre las manos para dar énfasis a lo que dice—. Sois dos mujeres que trabajan para una gran consultoría, fin del asunto. No sé a qué le tienes miedo, pero te veo sufriendo por Cassidy cuando todo se podría resolver fácilmente.

—No, no es así de fácil —rebate Diane y se queda callada un momento antes de continuar—. Clara, tú y yo estuvimos tres años juntas, te quería con locura y jamás pude siquiera compartir una casa contigo. Hice lo correcto, llegaste a lo que querías ser en Whitestone y yo conservé mi puesto. Si hubiera sido de otra forma, ambas habríamos fracasado. Es lo que pasa cuando una mujer se muestra vulnerable amando a otra en público.

Clara Fitzgerald ha escuchado locuras a lo largo de su vida, pero esta la ha dejado impactada. Lo suyo con Diane acabó porque ella

eligió el alcohol por encima de la relación, aunque ahora, pensándolo bien, quizá hubiese optado por cualquier cosa menos estar con ella por su incapacidad de mostrarse tal y como es. Lo ve en sus ojos: Diane Carter está aterrada, llena de pánico por perder un estatus por el que ha luchado con uñas y dientes desde que era una adolescente confundida. A la directora de marketing le cuesta creer que prefiera mantener su posición, aunque rota por dentro, que dar un paso hacia lo que de verdad quiere. Sin embargo, no es capaz de juzgarla; a pesar de que lleva muchos años a su lado, hay tantas cosas que no sabe de ella que no se atreve a intentar meterse en su mente para leer exactamente qué fue lo que activó esta forma de pensar.

—De acuerdo, lo entiendo. —Le pasa una mano suave por el brazo —. Solo quiero que estés bien, ¿vale? Parece que te está costando salir de esto y me encantaría ver cómo vuelves a ser la misma de antes.

Diane ni siquiera recuerda cómo era antes de que Cassidy entrara en su vida. Sabe que suena patética, pero esa chica le cambió tantas cosas que ahora la realidad se desdibuja en su mente.

—Estoy bien —responde con una firmeza que parece cierta—. Y si queda algo de eso… se me pasará.

Un alboroto se escucha desde la cocina y las dos se giran para encontrarse con un grupo de mujeres que acaba de llegar. Clara suspira, le hubiera gustado tener más tiempo porque sabe que Diane es de las que se abren una vez y ya no hay una segunda. Le pone una mano en el brazo, se lo aprieta con cariño y se pone de pie.

—Venga, vamos a ver si nos divertimos un poco.

Diane siente un zumbido en los oídos que le dice que la diversión, desde luego, no comenzará esa noche.

Capítulo 23

—Y de esta manera podríamos subir el pico de ventas aquí —Tanya Baker señala el gráfico que está a la izquierda con un puntero—, y mejorar la progresión hasta el año que viene.

Clara asiente mientras observa la diapositiva proyectada en la pared. Se pasa los dedos con cansancio debajo de los ojos y vuelve a clavar la vista en las gráficas.

—Gracias, Tanya. Ahora queda que desarrollo nos dé su visto bueno para empezar a crear la propuesta —explica colocando ambas manos sobre la larga mesa que comparte con cuatro personas más—. Tenemos tiempo, el cliente no la espera hasta dentro de un mes.

—Ayer por la tarde se la envié a Diane, pero Tatiana me dijo que no estaba —la chica toma asiento frente a su portátil—. Ahora pasaré por su despacho por si lo ha podido revisar.

Clara niega con la cabeza y se endereza en su silla.

—Diane no está tampoco hoy, no creo que lo esté el resto de la semana —se pone de pie, cierra su portátil y se lo coloca bajo el brazo —. Que Harper Lewis haga una primera revisión. Luego, ya veremos.

El pecho de Cassidy Collins vibra con incomodidad. No sería una señal de alerta si el nombre de Diane no estuviera acompañado de una baja que Clara ha explicado en medio de titubeos.

Desde que la rubia entró en Whitestone, nunca la ha visto faltar ni una sola vez y cuando no ha estado, Tatiana o Clara han dado respuestas concretas: está en una reunión con un cliente, vuelve esta tarde, hasta mañana no está. Decir «Diane no está tampoco hoy, no creo que lo esté el resto de la semana» le hace algo extraño en la garganta. Intenta convencerse de que no es su problema; tampoco cree que nada de lo que hiciera la morena en el pasado lo fuera, pero al menos se acostaban juntas y tenía derecho a sentir un poco de preocupación. Ahora, después de tres meses de que acabó todo aquello, ni siquiera se saludan por cortesía. No, no es su problema.

Tres horas después, cuatro cafés y muchos vasos de agua, Cassidy se retuerce en una silla con una ansiedad que está acabando con ella.

Ha visto pasar a Clara dos veces por el pasillo, con el teléfono en la mano y gesto consternado. Sabe que no necesariamente tiene que ver con Diane, pero cuando a ella la cabeza se le llena de ideas no hay nada que la aleje de ellas.

—Hola, Cass —escucha una voz masculina que hace que dé un salto en la silla—. Joder, perdona, no quería asustarte.

Cassidy levanta la mirada y se encuentra con el rostro cincelado de Adam Foster. No le sorprende verlo cerca de su puesto; el chico guapo de la oficina se pasa al menos un par de veces al mes con cualquier absurda excusa para invitarla a algo. Hace unos meses aceptó tomar una cerveza con él a la salida un viernes; llevaba tres semanas pasándolo fatal, con el corazón roto como una quinceañera rechazada, y él apareció para sacarla de su miserable estado. Fue un error —al menos no se acostó con él en un arrebato de despecho— porque Adam es guapo, haciendo su trabajo es listo, pero fuera tiene las neuronas justas para hablar y no cagarse encima. Desde entonces no deja de intentar tener otra cita y ella, que a veces es asfixiada por un buenismo exagerado, le ha dado largas educadas cada una de las veces. Hasta hoy.

—¿Qué necesitas? —se pone de pie y coge el móvil que tiene sobre la mesa—. Creo que no estoy colaborando con ninguno de tus proyectos. Quizá sea Tanya.

El chico sonríe con gesto relajado y se mete una mano en el bolsillo del pantalón alardeando una pose de galán.

—No, no es por trabajo —hace una pausa teatral que al parecer le funciona con otras mujeres—. Tengo entradas para el estreno de The Club para esta noche y me preguntaba si querías acompañarme.

Cassidy revisa la hora en el aparato y lo bloquea antes de contestar.

—Adam, no sé si te he dado una impresión equivocada, pero no voy a quedar más contigo. No creo que tengamos nada en común; aquella vez no nos fue muy bien, así que prefiero que seamos solo compañeros de oficina.

Cassidy ha intentado que su voz no saliera dura y cree haberlo hecho bien, aunque la expresión de Adam es de desconcierto total.

—Claro, lo entiendo —Cassidy sabe que no lo entiende.

Adam mueve los ojos de un lado a otro, buscando por dónde marcharse, y decide atravesar el mismo pasillo por donde ha venido antes. Cassidy lo sigue, pero solo para detenerse frente al despacho

de Clara. Da varios toques a la madera y solo entra cuando la mujer la invita a hacerlo.

Hay un ligero cambio en el gesto de Clara cuando nota su presencia; Cassidy se da cuenta y aunque le es imposible leer su mente, está segura de que sabe algo sobre lo que pasó entre Diane y ella.

—Cassidy, ¿necesitas algo? —deja las gafas sobre la mesa y observa a la chica.

—¿Ha pasado algo con Diane? —la rubia va directa, sin titubeos.

Clara entrelaza las manos y coloca el mentón sobre ellas mientras la observa con los ojos entrecerrados.

—Tendrás que ser más específica —suelta la mujer y entre ellas hay un breve duelo de miradas.

Cassidy no pide permiso para ocupar una de las sillas frente a su jefa. Se deja caer sin apartar los ojos de la mujer.

—Eres su amiga —Cassidy se salta el «y su examante también»—, Diane no está y tú no sabes cuándo vuelve. Solo estoy preocupada.

Clara nota la misma angustia que ella tuvo hace tantos años en los ojos de la chica. Por un momento se enfada con Diane, porque no entiende esa absurda insistencia en sufrir y, a la vista está, hacer sufrir también a Cassidy. Contrae la mandíbula porque si abre la boca, Diane Carter la enterrará con su propia pala.

—Es la segunda vez que quieres meterme en problemas.

—No es cierto y lo sabes —le reprocha Cassidy, porque la primera vez que acudió a ella para pedirle la dirección de la casa de la morena, todo fue bien y no hubo consecuencias más que un corazón roto para ella, pero Clara salió indemne—. Solo quiero quitarme esta sensación de que pasa algo, ya está.

A la mierda Diane.

—Ve a verla —dice sin arrepentimiento—. No puedo darte detalles; te los dará ella si así lo quiere, pero está sola en un momento en que nadie debería estarlo.

Cassidy se levanta de la silla tan rápido que se tambalea.

—¿Y por qué no estás tú con ella? —le ha salido muy brusca la pregunta y se lleva los dedos a la frente para calmarse.

Clara ladea la cabeza y estira los labios. No es una sonrisa de felicidad.

—Conoces a Diane incluso mejor que yo —ambas se miran; no es necesario que ninguna agregue nada más sobre eso—, y sabes que

cuando se cierra, ni el mejor cerrajero del mundo logra romper el candado, pero estoy segura de que tú sabrás cómo hacerlo.

—Gracias por contármelo —Cassidy se da la vuelta y, antes de que pueda salir del despacho, oye la voz de su jefa.

—Márchate ahora, yo te cubro.

Cassidy abre la puerta y desaparece por el pasillo. Recoge sus cosas de su puesto y avanza hasta el ascensor.

Todo pasa tan rápido que cuando es consciente de ello está aparcando en la acera de enfrente de la casa de Diane. Se queda unos minutos dentro del coche buscando algo de serenidad, pero sobre todo una fuerza que no sabe de dónde sacar. No le ha dado a su cerebro la oportunidad de procesar lo que Clara le ha dicho porque tiene tanto miedo que prefiere no alimentarlo con opciones descabelladas.

Se baja, cierra el Corolla y cruza la calle. La zona está extrañamente silenciosa y un escalofrío le recorre la espalda. Toca el timbre sin pensarlo más.

Pasan un par de minutos y Cassidy insiste dando dos toques largos al botón. Casi de inmediato el corto ruido metálico que ya le es familiar y que sale del altavoz se hace presente. La rubia se gira hacia la cámara, esperando que la puerta se abra, pero nada pasa.

—Diane —dice la chica en voz baja—, solo quiero saber que estás bien.

El silencio se alarga durante unos segundos.

—Por favor, Diane —ahora es casi un ruego—. Déjame verte y me marcho. No te pido más.

La verja empieza a abrirse con lentitud y ella se mueve tan rápido que incluso tiene que esperar a que haya más espacio para poder entrar.

Atraviesa el jardín delantero y en cuanto está subiendo los escalones la enorme puerta se abre. Cassidy se detiene en seco; la mujer que tiene delante no es ni la sombra de la que ha visto hace dos días en la oficina. Lleva la cara desprovista de maquillaje, dejando ver unos surcos oscuros debajo de los ojos. El cabello lo tiene recogido, la cara se le ve más delgada y, a juzgar por cómo le queda la camiseta que lleva puesta, incluso ha perdido peso.

—Ya me has visto, sigo viva —lo dice con el tono helado mientras abre los brazos—. Ya puedes irte.

Cassidy endurece el gesto y, sin pensar en las consecuencias, entra a su casa pasándole por el lado a la mujer que odia —ama lo suficiente para estar ahí— sin apenas rozarla.

—Te he dicho que puedes irte —repite Diane subiendo el tono—. Joder con Clara.

—Déjala a ella fuera de todo esto —se gira Cassidy con el gesto contraído por la ira.

Diane abre los ojos y se cruza de brazos.

—¿Eres su defensora? —pregunta y sus ojos echan fuego—. ¿O es que acaso te estás acostando ahora con ella?

Cassidy no contesta todavía porque Dios sabe que si lo hace, todo será peor.

—No hagas eso, Diane —niega, incrédula—. No nos conviertas en ese tipo de mujeres.

Diane la mira, largo, sin apartar sus ojos azules de la chica que es su cielo y su infierno. Suelta el aire retenido y camina hasta el sofá para sentarse en él.

Cassidy también lo hace, pero en la butaca frente a ella.

—¿Te ha pasado algo? —quiere saber la rubia—. ¿Te han despedido?

—No —contesta con sequedad, pero su mirada se desvía por un segundo.

—Entonces, ¿qué ocurre? —insiste—. Sé que no tengo el derecho de preguntarlo, pero necesito saber que estás bien.

Es esa vibración en la garganta de Cassidy, sus ojos verdes tan llenos de incertidumbre, lo que rompe las barreras de Diane. Le duele verla sufrir y, aunque le molesta la vulnerabilidad que eso supone, cede.

—Ayer tuve una revisión por un bulto que sentí en el pecho —se remueve incómoda en el sofá. No la mira a los ojos—. La doctora Presley me dijo que era un poco grande y que prefería pedir una biopsia. Esta mañana me la han hecho y estoy esperando los resultados.

El mundo de Cassidy no se detiene; al contrario, gira demasiado rápido. Vueltas y vueltas que la marean y por un momento siente que va a vomitar. La voz no le sale, abre la boca e intenta decir algo, pero fracasa; así que se levanta, da pasos torpes hasta el sofá y se sienta al lado de la morena.

—Diane —es lo único que logra verbalizar, y la abraza con una fuerza desproporcionada. La sorpresa la rompe porque de repente siente unos brazos rodeándola y un sollozo que parece el gemido de un animal herido.

—Tengo miedo, Cassidy.

Capítulo 24

—Estoy aquí, estoy aquí.

Cassidy lo repite y no está segura de si se lo está diciendo a Diane o a sí misma para tranquilizarse. Sabe que solo se trata de una prueba, no es un diagnóstico final, pero acaba de sentirse como cuando la llamaron a las tres de la madrugada informándole que su hermano Kenny estaba detenido por intento de homicidio. Cassidy vomitó la cena que se había comido hacía horas, se vistió como pudo y fue a la comisaría. Al final fue una pelea que se salió de las manos; los chicos —porque apaleó a tres— salieron maltrechos, pero sin daños irreversibles. Se pudo comprobar que todo ocurrió en legítima defensa propia y el hombre se libró de la justicia. Desea que con Diane pase exactamente lo mismo, porque aunque la rubia ya no pertenece a ese pequeño espacio que ocupa en su vida, sigue sintiéndose exactamente igual que cuando lo estaba. Pensar en ella enferma la hace querer gritar.

—¿Te han dicho cuándo te dan los resultados? —quiere saber Cassidy mientras sigue acariciando la espalda de la mujer que ahora parece pequeña a su lado.

Diane no se mueve durante unos segundos y no lo hace porque, aferrada a ese cuerpo tan conocido, siente que alguien le ha inyectado adrenalina en el centro del pecho. Estar pegada a la piel de Cassidy es lo equivalente a recibir la energía que ha ido perdiendo desde que dejó de tocarla.

—Mañana, aunque podría alargarse un poco más —toma una bocanada de aire cargado del olor de la rubia y se separa de ella a pesar de que no quiere.

Cassidy se queda enganchada a la mirada de Diane y, sin poder controlar el movimiento, sus dedos se deslizan por la piel de su mejilla; entonces la otra mujer ladea la cabeza para acomodarse en la palma de su mano.

—¿Qué necesitas? —la pregunta la hace Cassidy en un tono bajo, casi íntimo, porque teme romper el momento que se ha formado

entre ellas—. Haré lo que necesites, incluso si quieres que me vaya.

Hay una presión en la boca del estómago que hace que Diane no pueda contestar de inmediato, porque sus sistemas de defensa habían formulado la respuesta correcta: «vete», pero algo más activó los frenos de emergencia. ¿Puede darse una tregua del intento agotador de mantener a esta mujer lejos de ella? Puede, claro que puede, pero pedírselo le resultaría bastante hipócrita.

—Puedo hacerte compañía durante un rato —Cassidy nota la indecisión en ella, o quizá la falta de valentía—. A lo mejor así te despejas un poco.

Diane lo único que puede hacer es un leve movimiento de cabeza para decirle que sí, porque su cobardía le ha puesto una mordaza y solo le deja soltar palabras que esta chica no merece.

Cassidy se pone de pie y Diane siente el vacío ingrato de repente. La sigue con la mirada hasta que desaparece tras la cocina y vuelve unos minutos después con una botella de agua en la mano.

—No has comido —no es una pregunta. Le ofrece la botella y cuando Diane la recibe, Cassidy busca su móvil—. Voy a pedir algo, ¿carbonara?

—No tengo hambre —Diane toma un trago corto y se da cuenta de que incluso le cuesta beber.

Cassidy se sienta en la butaca frente a ella, trastea la pantalla del teléfono y se lleva el aparato a la oreja.

—Hola —saluda y espera a que su interlocutor termine de hablar —. Sí, quiero hacer un pedido a domicilio.

Con cualquier otra persona, seguramente Diane ya hubiera estallado esparciendo furia sin reparo, porque lo que está ocurriendo desde que la rubia se atrevió a venir a su casa lo cataloga como una invasión de su privacidad; pero se da cuenta —sin ninguna sorpresa — de que su vida es parte de un manojo de cartas que Cassidy Collins puede usar a su antojo, y lo único que la mantiene a salvo es la poca fortaleza que tiene Diane para retenerla en un lugar lejos de su alma.

—En veinte minutos estarán aquí —Cassidy bloquea el móvil, lo guarda y luego se gira hacia el televisor anclado a la pared, señalándolo—. ¿Quieres que después veamos una peli?

La Cassidy profesional ha vuelto a hacer acto de presencia, esa que lleva tres meses mandándole correos cordiales y cruzándose por los pasillos con ella como si fueran simples compañeras. Lo hace bien — como casi todo—: ha venido a verla y no quiere que esta visita se

confunda como una oportunidad para intentar algo con ella. Decir en voz alta que le molesta que sea tan correcta contradiría cada una de las cosas que le ha dicho a Cassidy y las mentiras que se ha inyectado en vena.

La comida llega puntual y, como una pareja perezosa un domingo lluvioso, comen en el sofá viendo un documental de ballenas asesinas. Diane se da cuenta del hambre que tenía porque su plato queda vacío cuando el de Cassidy aún está por la mitad. La rubia tiene la deferencia de no hacer ningún comentario y, cuando se acaba el suyo, se levanta, los lleva a la cocina y regresa para seguir viendo el documental.

—¿Quieres tumbarte aquí? Hay espacio de sobra.

La voz de Cassidy la saca del duermevela en el que se había sumido y, cuando gira el cuello para mirarla, la rubia está señalando un espacio delante de ella en el sofá. No quiere negarse; este momento está siendo la copa de whisky que se está bebiendo después de meses de abstinencia y, aunque sabe que se está equivocando, no le importa.

Cassidy se echa hacia atrás, su cuerpo queda pegado al respaldo del sofá y Diane se acomoda delante de ella en la misma posición. Guardan distancia, no se tocan, aunque la morena pueda sentir el calor en su espalda, la cercanía de quien una vez la hizo sentir viva. Eso tiene que ser suficiente para ella.

• • •

Un movimiento sutil hace que Diane empiece a recobrar la conciencia; se siente serena, ligera, pero la tranquilidad no le dura demasiado tiempo cuando un olor dulce se mete en sus fosas nasales como un disparo. Abre los ojos de golpe y, completamente horrorizada, se da cuenta de que está abrazada al cuerpo de Cassidy. La posición ha cambiado y ahora están frente a frente, aunque lo único que puede ver Diane es la piel suave del pecho de la rubia. Está pegada a ella, con las piernas entrelazadas, sin tener idea de cuánto tiempo lleva en esa posición.

—Perdona si te he despertado —susurra Cassidy casi en su oreja—. Clara quería saber de ti y llevaba rato llamándome. Le he contestado en un mensaje que estabas descansando.

Diane intenta salir de la trampa para osos que suponen los brazos de la otra mujer, pero Cassidy no se lo permite; una de sus manos se ha anclado a su espalda.

—Puedes seguir durmiendo, te vendrá bien.

Diane está mareada; la cercanía de esa piel blanca es una tentación que le cuesta mucho controlar. Hace una semana no sentía deseo ninguno, lo único que tenía era un eterno cansancio que no la soltaba, producto de las largas jornadas de trabajo a las que se sometía. Hoy todo se ve desde otro prisma y su entrepierna reacciona sin pudor a Cassidy, sabedora de que quien lo calma es ella. Y lo peor de toda esa escena es que Diane, en medio de su adormilamiento, no era consciente de la respiración descontrolada de la rubia. Ahora que está despierta del todo y con la sensación agónica de explotar, nota incluso el ligero temblor en su cuerpo.

No es ella; Diane puede jurar que no es ella quien hunde la cabeza en el cuello de Cassidy Collins y empieza a besarlo con calma, sino las ganas imparables que no saben de contención.

—Dios, cómo te echaba de menos —es la última frase que escucha Diane antes de que el mundo deje de girar.

Cassidy empuja la cabeza de la morena contra su cuello y Diane, que se sabe de memoria esos movimientos, deja un mordisco suave en la piel blanca. Luego se besan y, cuando sus labios se encuentran después de tanta sequía, ambas sueltan un gemido que las prepara para lo que va a ocurrir.

—Si te hago daño…

Diane endurece la mirada.

—Nunca me has tratado con condescendencia, no empieces ahora.

Las dos saben que acaba de apretar el gatillo de la pistola que no debieron sacar.

Cassidy la desnuda con manos expertas, le arranca los pantalones como le gusta, como las dos disfrutan, y lame la piel expuesta dejando ríos de saliva por donde pasa. La morena intenta tocarla, pero el baile entre ellas ha comenzado y, aunque Diane Carter sea una cobra a la vista de todos, ante la de Cassidy no es más que una mujer sin poder de decisión en la cama; así que le aparta las manos, se las inmoviliza sobre la cabeza y besa el torso que aún se sabe de memoria.

Hay un momento en el que Cassidy titubea, justo cuando los pezones de Diane están a punto de estallar y ella no sabe si debería

tocarlos.

«Nunca me has tratado con condescendencia, no empieces ahora».

Se los mete en la boca y los lame con precisión durante lo que para ella son unos minutos y para Diane la eternidad.

—Desnúdate —dice Diane, y hay algo en sus ojos que hace que Cassidy obedezca de inmediato.

Los dos cuerpos se unen y, como si estuvieran en una coreografía, bajan sus manos para tocar el sexo de la otra.

Cassidy no se contiene y, en cuanto siente la abundante humedad de Diane, empuja sus dedos hasta colonizar su entrada.

—No quiero hacerte daño —suelta Cassidy y mete un tercer dedo.

Diane gime tan alto que sus cuerpos vibran.

—¿Ahora eres una cobarde? —Diane la muerde, fuerte, y no la suelta hasta que una mancha roja aparece en el hombro de la chica—. Fóllame, joder.

Cassidy sabe lo que está haciendo: Diane necesita una manera de liberarse, de dejar ir el dolor y la angustia que una maldita prueba médica pueda arrojar. La desesperación de un futuro incierto, de no saber si tu destino más cercano está en tu casa, en un quirófano o en un ataúd. La rubia se mueve hacia delante, sube la mano libre hasta el cuello de Diane y aprieta. Lo hace con ganas mientras los tres dedos torturan su entrada.

—Mírame —pide Cassidy cuando el azul desaparece—. Somos tú y yo juntas las que creamos esta magia.

Entonces lo ve: Diane deja caer los hombros, el pecho se hunde y el orgasmo se le escapa por todo el cuerpo, pero al mismo tiempo las lágrimas empapan su cara en un gesto de dolor tan poderoso que a Cassidy se le resquebraja el alma. Cuando la última exhalación de Diane se convierte en un sollozo, la mujer sobre ella saca los dedos y la abraza con fuerza.

—Todo irá bien —le dice mientras siente las convulsiones de un llanto que, por más que quiera Diane, no puede controlar—. Estoy aquí contigo.

—No te vayas, por favor, no te vayas —susurra Diane en medio de un hipo que apenas le permite respirar.

Cassidy la estrecha más contra su cuerpo; no sabe si se refiere a ese instante, a esa noche, o al futuro. De todas maneras, se queda allí, sobre ella, sin moverse todo el tiempo que Diane la necesite.

Más tarde, Cassidy subirá a la habitación con ella, con los dedos entrelazados, y dormirán abrazadas durante toda la noche.

Capítulo 25

El chirrido suave y repetitivo de la impresora expulsando hojas tintadas de alguna manera logra que el corazón de Cassidy deje de acelerarse a cada segundo después de que hace dos horas viera salir a Diane del ascensor y caminar por el pasillo con dirección a su despacho. De la mujer que amaneció en sus brazos la mañana anterior no queda absolutamente nada, ya no hay ojeras oscuras en su rostro ni una hebra de cabello mal colocada. La que ha atravesado la planta tres vestida con un traje blanco marfil impoluto, subida en unos tacones a juego, es la misma mujer que conoció cuando entró como becaria a Whitestone, con la barbilla levantada, el porte recto y la poca necesidad de perder el tiempo mirando hacia otro lado que no sea al frente.

—¿Ya lo tienes? —Cassidy se sobresalta y la pila de documentos que tenía en la mano se le cae al suelo. Las hojas se deslizan por todas partes, incluso por debajo del mueble de la impresora—. Lo siento, Cass.

Tanya, vestida hoy de gala con una camisa negra con estampado de flamencos que llevan gafas de sol, se agacha y empieza a recoger el desastre del que en parte es responsable.

—Estoy hoy más nerviosa que en semanas —gimotea la morena mientras se levanta con las hojas en la mano—. Carter ha vuelto esta mañana y, por lo visto, con más ganas de dar guerra que nunca.

A Cassidy se le corta la respiración. ¿Será esto una buena o mala noticia? Imposible adivinarlo. Y es que ayer Cassidy salió con prisa de la casa de Diane para poder pasar antes por su piso, cambiarse de ropa y venir a la oficina. No tuvieron mucho tiempo de hablar; en realidad no se dijeron nada excepto algunos gemidos ahogados que salieron de sus gargantas en una sesión de sexo rápida que las dejó con ganas de más. El problema de eso es que Cassidy ahora no sabe en qué punto está con ella: la última vez que revisó —hace tres meses — Diane Carter dijo que entre ellas no había nada más que piel, que Cassidy había malinterpretado las cosas y prácticamente acabó de un

plumazo con la ilusión que tenía de comenzar algo con ella. La rubia continuó con su vida, ha visto a algunas chicas, nada demasiado intenso, pero se mentiría si dijera que no había echado de menos a esa mujer de ojos helados, fiera en Whitestone, cordero entre sus dedos. Entonces vuelven a verse, se abrazan, se besan, se dicen cosas que jamás habían verbalizado: «Tengo miedo… No te vayas… Somos tú y yo las que creamos esta magia», y todo queda en un limbo desconocido que desde luego a ella le está causando una ansiedad muy difícil de controlar.

—Eso he escuchado —contesta Cassidy por decir cualquier cosa—. Quiere ver los avances de las últimas propuestas, ¿no?

Tanya suspira y se aparta un rizo de los ojos.

—Sí, pero estoy segura de que habrá cosas que no le gustan en lo más mínimo —baja la voz, mira a ambos lados y habla—: Clara le dio a Adam varias tareas y Diane lo odia por una razón que escapa al entendimiento de todos.

Cassidy se obliga a no estirar los labios. Los celos de Diane en ocasiones son casi palpables.

—Bueno, creo que nos odia a todos por igual —aporta Cassidy como si fuera una verdad universal.

Sin embargo, Tanya niega con la cabeza y los rizos se mueven, alborotados.

—Es una zorra de manual, eso lo sabemos, pero la repulsión real la guarda para aquellos que le han hecho algo para perjudicarla —encoge los hombros—. Adam Foster ni siquiera se atreve a mirarla a los ojos; nadie sabe qué ha hecho para llevarse el premio gordo.

En ese momento, Clara sale de una de las salas de reunión con el móvil pegado a la oreja y empuja la puerta de su despacho para desaparecer dentro de él. Cassidy ve su oportunidad, porque si sigue en ese estado agobiado, su cuerpo acabará colapsado.

—¿Nos vemos luego para comer? —la pregunta de la rubia se pierde en el aire porque antes de que su compañera pueda contestar, ella avanza a largas zancadas por el pasillo.

Cuando la directora de marketing le da paso, Cassidy no pierde el tiempo e incluso antes de llegar a su escritorio, le lanza la pregunta.

—¿Sabes si Diane tiene los resultados?

Clara se quita las gafas, las deja a un lado y la mira con intensidad.

—Los tiene —levanta una mano cuando Cassidy abre la boca—, y desde ya te digo que no tengo el derecho de darte esa información. Si

quieres saberla, habla con ella.

Cassidy se muerde el interior de la mejilla con fuerza y por un momento quiere zarandear a su jefa. No lo hace, no quiere perder el trabajo ni ir a la cárcel.

—Está en su despacho —Clara se pone las gafas otra vez—. En veinte minutos tenemos una reunión y luego el día será un infierno.

Cassidy apenas balbucea un «gracias» antes de dar media vuelta y salir de ahí a paso apresurado. Cuando da los tres toques en la puerta de Diane, ese que la mujer reconoce como suyo, es cuando escucha unas voces dentro que se cortan de golpe. El silencio se alarga y entonces:

—Adelante —seco y sin ningún tipo de emoción.

Tatiana está sentada frente a Diane tomando notas en su iPad. La mirada azulada de la Cobra se clava en el rostro de Cassidy de una manera casi dolorosa.

—Que esta semana esté todo hecho y el viernes quiero el informe —sisea la morena sin apartar la mirada de Cassidy—. Collins, ¿qué necesita?

Por suerte para ella, Tatiana comprende muy bien que la reunión ha terminado, se desliza de su silla y sale del despacho como un fantasma.

Cassidy se queda en el mismo sitio hasta que escucha la puerta cerrarse tras ella. Se mueve con lentitud y se detiene justo al lado de Diane.

—¿Cómo estás? —la pregunta le sale sola y eso es porque es lo primero que quiere saber.

—Bien —Diane se mueve en su asiento sintiendo la incomodidad del momento.

—¿Tienes los…? —la pregunta se corta cuando la morena mueve la cabeza en un movimiento afirmativo.

—Es benigno —confirma con la voz modulada. Nada se parece a los susurros atormentados de hace dos noches—. Tengo que controlarme; cada seis meses me tiene que ver mi médica, pero de momento no hay que preocuparse.

El aire escapa del cuerpo de Cassidy como un globo que se desinfla tras un pinchazo. Siente cómo el nudo en el pecho empieza a desaparecer y una corriente de paz la abraza.

—Dios —inclina el cuerpo hacia adelante como si acabara de terminar una maratón—. Cómo me alegro, de verdad.

Diane aprieta la mandíbula con una fuerza que le va a costar una muela. La cercanía de la rubia es un debilitador potente y hace que sus muros se tambaleen y que su coraza se agriete. Se le cierra la garganta cuando la ve apoyar el trasero en su escritorio, algo que ha hecho muchas veces y para ellas es un gesto familiar. Extiende un brazo y le acaricia la cara de esa forma tan particular, deslizando la yema del dedo por los tres lunares de su mejilla izquierda.

—Estaba asustada —dice en voz baja mientras sigue moviendo el dedo—, pero nunca me permití pensar otra cosa diferente a esta: que estabas bien y que no era más que un susto.

A Diane le invade la imperiosa necesidad de empujar su cabeza contra la mano de Cassidy, dejar que le acune la cara, le bese los labios y rodee sus brazos alrededor de su cuerpo.

Se echa hacia atrás, alejándose del contacto. La mano de Cassidy queda suspendida en el aire.

—¿Necesitas algo más? —Diane siente que hay una doble de sí misma apuntándola con una pistola en la nuca, obligándola a decir esas palabras—. Porque si no, tengo mucho trabajo que hacer ahora mismo.

La rubia no se mueve; solo espera a que su corazón y su cerebro se unan, comprendan lo que pasa y se lo expliquen con calma, pero Diane no le da tiempo, no puede ser de otra manera, por supuesto.

—Nada ha cambiado entre nosotras, todo sigue igual —la jefa de negocios se arregla el puño ya perfecto de su camisa blanca y, cuando Cassidy piensa que no puede ser más hija de puta, el azul se levanta y se la lleva por delante—. Cierra la puerta al salir.

La chica se incorpora, no sin antes observarla un instante que desde luego Diane no merece, y sale del despacho sin decir nada más, pero sí con la firme promesa de que para ella Diane Carter se ha acabado para siempre.

Capítulo 26

Diane se aprieta el pecho con un puño, ejerciendo más fuerza de la que quizá es necesaria, pero que de alguna manera le ayuda a recobrar la compostura. Está frente a la ventana de su despacho con la mano libre apoyada en la pared para no caerse. Los ojos húmedos, la respiración a medias y la mirada clavada en la calle en un intento desesperado por no desmayarse.

Lleva tres semanas con un cuadro ansioso insoportable que muchas veces deriva en esto, un ataque nervioso que la priva de oxígeno y le acelera el corazón haciendo que sienta que un infarto se la llevará por delante.

Su teléfono móvil sobre el escritorio suena y ella con pasos torpes se acerca a él para cogerlo. Parpadea para enfocar la pantalla, toma una respiración agitada y contesta.

—Dime —contesta y la voz le sale firme.

—Ya estoy de camino —dice Clara al otro lado de la línea.

Diane se fija en la hora en el reloj de su ordenador y descubre con total sorpresa que lleva más de una hora sobrepasada. Salió de una reunión a las diez y media de la mañana, revisó las notas de Tatiana y unos minutos más tarde el pecho empezó a molestarle. Luego un calor excesivo que se ha apoderado de su piel es el que le ha avisado que la ansiedad estaba de camino, entonces se ha levantado para intentar distraerse porque alguna vez le ha funcionado. A la vista está que ahora no le ha servido de nada.

—Vale, nos vemos en quince minutos —logra decir la morena mientras controla un ligero temblor en sus manos.

Cuando cuelga, coge su bolso y sale de la oficina de inmediato. Cuando atraviesa el pasillo lleno de filas de cubículos, el silencio se hace presente, todos apartan la mirada y se centran en sus ordenadores. La satisfacción que antes sentía se ha diluido y ahora lo que siente es nada. Absolutamente nada.

Entra al restaurante asiático en el que ha quedado con su amiga y de inmediato el olor a jengibre, ajo y sésamo la hace arrugar la nariz.

Hace tiempo tiene el estómago cerrado y si no llevara sus analíticas al día —después de sufrir el susto del bulto en el pecho hace meses— pensaría que está enferma.

—Hola —Diane se sienta en la mesa donde Clara la espera tecleando en la pantalla de su móvil—. ¿Qué tal ha ido?

La mujer da varios toques más y deja el aparato sobre la mesa.

—Es un hombre insufrible, ha pedido cambiar dos de los puntos que le hemos propuesto y tengo que volver la semana que viene para otra reunión —cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás, está llevando a un cliente bastante peculiar—. Con suerte, esa la dará por buena y podremos empezar.

Diane asiente con una lentitud antinatural sin agregar nada más.

—Buenas tardes, ¿ya sabéis lo que vais a querer? —aparece un camarero con gesto agobiado.

—Agua para mí y el especial del día —pide Clara sin necesidad de ver la carta.

El chico apunta en un teléfono que manda la orden directamente a la cocina.

—¿Y para usted?

—Solo agua —pide Diane y antes de que Clara pueda preguntar algo, el camarero se marcha.

—¿No comes nada? —quiere saber la directora de marketing.

—No tengo hambre —confirma en su reloj de pulsera que le quedan treinta minutos para marcharse—. De hecho, quise encontrarme aquí contigo para pedirte un favor.

Clara se queda quieta con la mirada fija en su compañera y la boca entreabierta. Está bastante segura de que es la primera vez desde que conoce a Diane que la mujer emplea esa frase.

—Tú dirás —contesta porque podría hacer algunos comentarios, pero le intriga demasiado lo que va a pedirle.

Diane se pasa la mano por el pecho, la molestia sigue presente, aunque salir de su despacho y la corta caminata hasta el restaurante han obrado una especie de milagro que le está permitiendo respirar con normalidad. Está incómoda, no le gusta haber llegado hasta este punto, pero lleva varios días pensándolo en sus noches en vela y no ve una salida más acertada que esa.

—Necesito que proceses el cambio de Cassidy al departamento de comunicación corporativa —Clara endurece el gesto de inmediato. Diane levanta una mano para que la deje acabar—. Es algo temporal,

unos meses. Allí podrá ganar experiencia de otro tipo y a ti te beneficiará cuando la tengas de vuelta en marketing.

Clara Fitzgerald ladea la cabeza sin apartar la mirada de su amiga.

—¿Y por qué tendría que cambiar a una de mis empleadas más valiosas a un sitio que ella no ha pedido y que desde luego a mí no me interesa?

Diane ni siquiera mueve los labios. Clara suelta una risa desprovista de gracia.

—Si estás pensando que voy a hacer lo que me pides sin que me des ninguna explicación, estás equivocada —Clara se echa un poco hacia atrás para dejar que el camarero deje sus bebidas sobre la mesa —. Sabes lo que significas para mí, pero en Whitestone tú eres la jefa de desarrollo y yo de marketing, por lo que soy responsable de mis trabajadores. No haré una jugarreta de ese estilo a la ligera.

La morena bebe un trago corto de su agua y deja el vaso en el mismo sitio. Lo observa como si dentro de él estuviera la fuerza que necesita para poder verbalizar todo lo que oculta bajo capas de maquillaje y falsa entereza.

—No puedo tenerla cerca —lo dice tan bajo que Clara tiene que acercarse a ella—. Es insoportable y me está matando por dentro. Es temporal —le repite—, solo necesito algo de tiempo…

—¿Para qué? —pregunta Clara con hosquedad.

Diane se pasa la mano por el cuello y luego se aprieta el puente de la nariz.

—No lo sé, Clara, para tener tiempo de irme o para saber qué coño hacer. ¿No puedes simplemente hacer lo que te pido? Joder —cierra los ojos y se masajea las sienes—. Nunca te he pedido nada y cuando lo hago te pones de esta manera.

Durante más de quince años Clara Fitzgerald ha estado al lado de esta mujer de manera casi enfermiza. Se enamoró de ella, tuvo que reparar su corazón al mismo tiempo que la veía hundirse en el alcohol y nunca le dio la espalda por mucho que se lo mereciera. También está el hecho de que desde hace mucho ella y Elizabeth la acogieron como a una hermana y la respuesta ha sido rechazar el ochenta por ciento de sus invitaciones y comportarse, en algunos casos, como una auténtica frívola. La quiere muchísimo, pero ella tiene unos límites que Diane acaba de cruzar.

—No voy a decirte que lo que acabas de soltar no es justo porque sé que en el fondo de tu ser eres consciente de eso —Clara se

acomoda en su asiento y une sus manos sobre la mesa para evitar levantar el brazo y darle un bofetón—, pero sí que voy a decirte algo y me da igual que pienses que te lo estoy echando en cara. No me he despegado de tu lado jamás, te he apoyado en todo siempre a pesar de que eligieras una maldita botella antes que a mí. He sido tu chica, tu amiga y tu compañera más cercana en la consultoría y en algo tienes razón, Diane, no me has pedido nada nunca porque no ha sido necesario, lo he hecho sin que ni siquiera tuvieras que abrir la boca.

El cuello de la morena se tensa y esa vena atrevida se hincha amenazante.

—Ahora resulta que te enamoras de una chica, pero eres incapaz de apartar tu cobardía y estar con ella; a cambio me pides a mí que simplemente la aleje de ti mientras tú buscas la mejor salida para quedar indemne —una risa seca e irónica se escapa de su boca—. ¿Esto es porque ha seguido adelante con su vida o porque simplemente te crees con el poder de manejar el curso de su carrera profesional a tu antojo?

El gesto de Diane se tensa, sus cejas se unen en una arruga confusa y los ojos cambian a un azul extraño.

—Ah, ¿es que no lo sabes? —Clara siente que le hace daño, pero no será parte de esa farsa que intenta montar su amiga después de causar un incendio forestal—. Cassidy sale con una chica, Heather, alta, morena y de su edad. Elizabeth y yo salíamos de cenar cuando nos la encontramos. Se la veía feliz. Han pasado tres meses desde que te dieron los resultados de la biopsia y, estoy segura, desde que la volviste a rechazar, así que ha seguido adelante.

Diane reprime la arcada que la toma por sorpresa y aprieta los puños hasta clavarse las uñas en las palmas de sus manos. Está mareada, infectada por esa información que no ha pedido y que le ha sentado como un mazazo en todo el pecho. Es una hipócrita de manual, una de esas mujeres que ni vive ni deja vivir. Un maldito monstruo que a su pesar ha tenido que agazaparse para salvarse, para protegerse.

Se pone de pie, coge su bolso y antes de marcharse habla.

—La petición de cambio está hecha —sisea como una cobra sedienta de sangre—. El lunes, Claire Donnelly, la directora del departamento, la espera en su despacho a las nueve —sonríe sin mostrar los dientes—. Está entusiasmada de tener por unos meses a una experta en marketing en su equipo.

Diane se gira, pero la furia la está ahogando y ella necesita liberarla de cualquier manera.

—Que te quede claro una cosa, Clara, no necesito de ti para obtener lo que quiero —se detiene un segundo sin dejar de mirarla—. Esto era una simple cortesía.

Se marcha, se aleja de la mesa destrozando el suelo con sus tacones con una seguridad que la mitad de los que están ahí envidian.

Y Clara estira los labios, coge los cubiertos y prueba el pollo *kung pao* que, aunque se ha quedado frío, está igual de bueno. Conoce tanto a Diane Carter que no tiene que adivinar lo que vendrá a continuación y ella estará en primera fila para presenciarlo.

Capítulo 27

—¿Seguro que estás bien? —se interesa Payton cuando ve a su hermana con la mirada perdida y la taza de café suspendida en el aire muy cerca de sus labios.

Cassidy parpadea, se toma un sorbo del líquido oscuro y observa a la abogada.

—Claro —miente a medias porque está bien, pero no para exagerar.

Payton inclina la cabeza hacia un lado y luego aparta la silla para sentarse frente a Cassidy.

Hace unos meses, su hermana parecía completamente rota. Había perdido el color en su rostro y el brillo en los ojos. Apenas la veía porque pasaba todo el día en la oficina y cuando volvía a casa se encerraba en su habitación. Payton le preguntó una y otra vez qué era lo que le pasaba y las respuestas iban desde que estaba bien, pasando por la patética excusa de estar cansada, hasta decirle que había pillado un resfriado. Obviamente no se creyó toda esa sarta de mentiras y una noche, harta de verla como un ser sin alma que vagaba por casa, le hizo una encerrona que resultó exitosa.

—Me vas a decir lo que pasa, sin mentir, Cassidy. —La señaló con el dedo—. Ya hemos fingido lo suficiente.

La rubia se dio por vencida; además, para ese momento ya había llorado lo suficiente y gritado mientras hundía su cara en la almohada y repasado cada cosa que pudo haber hecho mal. Estaba lista para hablar.

—He estado teniendo una aventura con Diane Carter durante meses. Todo parecía ir bien y, cuando sentí la necesidad de dar un paso más, le pedí una cita. —Cassidy subió ambas piernas al sofá para sentarse con más comodidad—. Prácticamente me acusó de pedir demasiado, que lo nuestro no era tan importante como para tener una relación.

Payton, que tenía una galleta en los labios, se quedó congelada en medio del salón. No solo por la respuesta de Diane, sino por la

frialdad de su hermana al hablar.

—Pero… cómo… —Payton movió la cabeza para organizar sus ideas y se sentó en la mesa baja frente al sofá—. ¿Y no era importante lo que teníais?

Cassidy encogió los hombros y después se apartó la melena de la cara.

—Para mí lo era y estaba bastante segura de que para ella también. No quiero ser específica, pero Diane me demostró de muchas maneras que quería seguir viéndome. —Frunció los labios por el recuerdo inesperado de ellas dos en la cama abrazadas al amanecer—. Pero al parecer dejar de follar en su escritorio y salir a cenar un sábado cualquiera era demasiado pedir.

Payton escuchó durante la siguiente hora cómo había comenzado la historia entre las dos, cómo había avanzado y el final amargo que tuvieron en la casa de Diane. Cassidy tuvo el recato de saltarse los detalles más íntimos y pasó a explicarle los momentos que de verdad las unieron, las conversaciones sobre sus familias, los problemas que tuvo Diane y las cosas que ambas siempre habían deseado.

—No te lo conté porque al principio solo era eso, un polvo prohibido y muy satisfactorio con mi jefa cabrona. —Se mordió el labio sofocando un suspiro—. Luego quise mantener su privacidad; Diane es muy recelosa y decidí respetar eso.

—¿Y cuando te rompió el corazón? —A Payton la pregunta le salió con hosquedad—. ¿Por qué me mentías diciendo que estabas bien?

Cassidy no tuvo que pensarlo demasiado para responder.

—Había perdido la cabeza —lo dijo con total naturalidad—. Siempre me atrajo Diane, desde la primera vez que la vi, pero cuando lo dejamos fui verdaderamente consciente de lo que sentía. Me había enamorado.

Hizo una pausa, reviviendo todos esos momentos dolorosos y nada fugaces.

—Estaba confundida y herida, no me sentía capaz de explicarte algo que ni yo misma comprendía del todo. —Unió las manos en una disculpa silenciosa. Payton se las apretó con cariño—. Ahora estoy bien, sigo queriéndola; ya sabes que eso no desaparece de la noche a la mañana, pero después de estas semanas me he dado

cuenta de que lo hice bien y fue ella quien tomó la decisión final. Tendrá que vivir con eso, yo no.

Unos meses después, la reacción de Cassidy Collins era otra. No hubo introspección ni confusión, sino furia imposible de calmar.

—Es una puta cobarde —lo dijo en el mismo salón donde le había contado a Payton por primera vez lo que había ocurrido con Diane, salvo que esta vez caminaba alrededor mientras apretaba los puños —. La he tenido entre mis brazos deshecha, he visto en sus ojos que me había extrañado y de repente: «Nada ha cambiado» —lo dijo imitando la voz de la morena con un tono algo más chillón—. Esta vez se acabó de verdad, Payton. Voy a seguir con mi vida, porque, joder, había logrado avanzar y he vuelto a caer como una idiota.

Desde esa vez han pasado muchas semanas, ¿doce, quizás quince? Payton ha perdido la cuenta, pero ha seguido atenta a las reacciones de su hermana y hasta ahora estaba satisfecha. Estaba actuando con normalidad, había retomado su vida social y, sin ninguna duda, la sexual. Dos veces había coincidido con Heather en la cocina con un aspecto demasiado increíble para ser las siete de la mañana de un martes. Cassidy parecía feliz, con una leve sombra que cruzaba sus ojos de vez en cuando, pero nada que preocupara a la abogada hasta ahora.

—Vale. —Cassidy levanta ambas manos, rindiéndose—. Ayer lo dejé con Heather, nada dramático, pero me siento culpable.

Payton levanta las cejas con asombro. No compartió con ella demasiado tiempo, apenas un rato las dos veces que se cruzó con la chica, pero parecían llevarse bien y, sobre todo, Cassidy se veía tranquila.

—¿Qué pasó? —La abogada le coge una mano—. Se notaba que le gustabas.

La rubia hace una mueca con los labios.

—A mí también me gustaba, pero no lo suficiente para tener algo más con ella. —Entonces Payton nota la tristeza real en su hermana y se da cuenta de que no está así por dejar a Heather, sino que posiblemente se haya puesto en los zapatos de Diane Carter y de lo poco que le importaba Cassidy como para dar el siguiente paso—. Había empezado a hacer planes, ya sabes, vacaciones en la playa, Navidades en el pueblo de sus padres. Ella iba muy por delante de mí y, si te soy sincera, no estoy segura de que en algún momento hubiéramos llegado al mismo punto.

Payton aprieta más la mano de su hermana.

—Has hecho lo correcto, Cass —le dice sin apartar la mirada—. Y no te castigues: cada relación es diferente y, si tú tuviste claro desde el principio que lo vuestro no funcionaba para ti, la decisión es la correcta.

Cassidy no menciona —aunque sabe que Payton no es tonta— que sin quererlo buscaba algo de Diane en esa chica. El carácter, la seguridad, esa forma de mirarla capaz de llevarla a dar la vuelta al mundo en un solo instante. Ese fue el error, y Heather acabó convirtiéndose en un ejemplo de mujer que no quería.

—¿Se lo tomó muy mal? —quiere saber Payton.

—No hizo una fiesta, eso es seguro, pero dijo que agradecía que no hubiera alargado algo que no tenía buen final. —Gira el cuello y comprende con horror que se le ha ido el tiempo. Es tardísimo—. Joder, si no me doy prisa, el atasco hará que no llegue hasta mañana a la oficina.

Cassidy se pone de pie de un salto y desaparece tras la puerta de su habitación con la inocencia del que no tiene de qué preocuparse porque no tiene ni idea de lo que le espera.

Capítulo 28

Cuando pasa su tarjeta de identificación por el torno de seguridad, son las nueve y cinco de la mañana. Llega tarde como lo había previsto, pero le resta importancia porque no sabe cuántas veces ha entrado antes de su horario y bastante más tarde que la hora reglamentaria de salida. Se sube al ascensor y en apenas segundos está saliendo en la planta tres de Whitestone. Al primero que se cruza es a Adam, que la saluda con un asentimiento educado y continúa su camino; desde aquel día que lo rechazó con hartazgo, el hombre se ha limitado a ser profesional y a intentar intercambiar el menor número de palabras posible. Se apresura a llegar a su cubículo, enciende el ordenador y se sienta porque, aunque necesita otro café con urgencia, le parece un tanto descarado ir a servirse uno si ha llegado con retraso. Primero va a revisar la agenda del día, luego los correos —que deben ser pocos por ser lunes — y luego podrá darse unos minutos para llenar un vaso.

—¿Qué...?

Cassidy se acerca a la pantalla para leer mejor un correo enviado al final de la tarde del viernes desde el departamento de comunicación corporativa en el que se le da la bienvenida y se le dice que la esperan en la planta cuatro para la introducción del primer día. Lo tiene que leer varias veces para confirmar que desde luego no se trata de un error, cuando su nombre junto a su apellido encabeza la comunicación. Mueve el ratón y se pasea por su bandeja de entrada, y no ve ningún mensaje de Clara Fitzgerald ni de otro responsable. Se pone de pie, inquieta.

Ve por el rabillo del ojo que Tanya se acerca a su puesto, así que la rubia se gira para enfilar el pasillo hacia el despacho de su jefa antes de que su compañera la entretenga.

—Gianna, ¿Clara no ha llegado?

La secretaria, que siempre parece aterrorizada por algo, da un respingo y la mira.

—No, todavía no —revisa con rapidez algo en su ordenador—. Tiene una reunión con un cliente fuera.

Cassidy le agradece a la chica, que le devuelve una sonrisa tímida. Desde que no está a las órdenes directas de Diane se la ve algo más tranquila, pero su eterno gesto de cautela la hace parecer como si trabajara para una carnicería humana.

Se mueve hacia el ascensor sin poder hacer nada más que acudir a la cuarta planta y, al menos, que le aclaren qué pasa con ella.

—Hola, soy Cassidy Collins —dice con tono formal en cuanto llega al departamento—. Me han pedido que me presente aquí esta mañana.

Un chico rubio que conoce de vista de la cafetería se pone de pie y asiente con la cabeza.

—Bienvenida, Cassidy. Yo soy Michael. —Se lleva una mano al pecho—. Soy el asistente de Claire Donnelly, ven conmigo.

La rubia camina tras él, que contonea sus caderas como un verdadero maestro. Va saludando a todos los que se cruzan en su camino hasta que se detiene frente a una puerta.

—Su despacho está justo al lado de mi mesa, pero ha preferido esperarte aquí dentro. —Michael señala la puerta con el pulgar, compone una sonrisa y gira el pomo—. Claire, aquí tienes a Cassidy Collins, nuestra nueva compañera.

Michael hace un movimiento extraño, una especie de reverencia acompañada de un saltito después de presentarla.

—Genial, gracias. —Claire se levanta de su asiento y tiene ya la mano extendida—. Te estábamos esperando, Cassidy, bienvenida a bordo.

Claire sonríe, enseña los dientes y su mirada brilla de satisfacción. La rubia se siente agotada de repente, demasiadas cosas sin que ella haya estado preparándose, y una amabilidad que desde luego no es usual. Sin embargo, se repone tan rápido como su mal humor ha empezado esa mañana, cuando ha leído el correo.

—Encantada de conocerte, Claire. —Ladea la cabeza con cierto encanto—. Aunque he de decir que todo esto ha sido una sorpresa. No sabía que vendría a tu departamento.

La nueva jefa mantiene su expresión alegre.

—Yo tampoco, pero créeme, fue un alivio saberlo. —Le hace un gesto para que se siente y ambas ocupan la mesa. Michael desaparece en silencio—. He tenido tres bajas que no me esperaba y me han

dejado incompleta en medio del caos. Hice un comunicado interdepartamental por si alguien podía cederme a una persona momentáneamente con ciertos conocimientos, y marketing contestó de inmediato. Serán solo un par de meses, pero tu experiencia será de mucha ayuda. Además, podrás aprender cómo llevamos las cosas por aquí. Todos ganamos.

En la última frase, Claire levanta dos puños, como si celebrara una gran victoria. Cassidy se obliga a estirar los labios.

Durante la siguiente hora, la jefa de comunicación corporativa de Whitestone le explica en qué consiste el trabajo que hacen, qué esperan que haga ella y cómo gestionar cualquier duda que tenga. A Cassidy le parece interesante, una parte de marketing que apenas toca en su propio departamento y, tal como ha mencionado Claire, algo nuevo que aprender; pero está tan incómoda con la forma en que ha sucedido todo que su mente solo está enfrascada en el momento en que tenga unos minutos libres para ir a hablar con Clara.

—¿Alguna pregunta? —quiere saber la mujer.

Cassidy niega con la cabeza.

—De momento, todo entendido. Lo único que me gustaría es bajar para hablar con mi responsable. —Se detiene, aprieta los dientes y finge comodidad—. Bueno, la que era mi responsable, para hacerle un traspaso de los proyectos en los que estaba.

Claire se pone de pie y la rubia la imita.

—Por supuesto, sé que todo esto fue muy repentino y tendrás cosas que hacer. —Abre la puerta y deja salir a Cassidy primero—. Usa el día para eso y mañana comienzas de lleno aquí.

Claire le enseña la que será su zona de trabajo, le presenta a dos compañeras tan amables que Cassidy sospecha que es el departamento más feliz de toda la consultoría.

Cuando su nueva jefa se da por satisfecha, la rubia aprieta el paso hacia la escalera; está ansiosa y no piensa esperar por el ascensor, así que las baja de dos en dos y empuja la puerta que la conduce a los pasillos de la planta tres.

No se detiene cuando pasa por la mesa de Gianna, lo hace frente a la puerta de la directora de marketing y toca varias veces.

—Adelante. —Cassidy entra pisando fuerte, con actitud combativa. Se detiene a unos metros de la mujer de pelo corto y se cruza de brazos.

—Clara, ¿cómo es que ahora estoy en comunicaciones? —La pregunta no le sale con rabia, pero sí con desconfianza—. Me he enterado esta mañana.

El rostro de Clara se tuerce en una mueca que incluso le hace doler la piel. Se quita las gafas y junta ambas manos sobre la mesa.

—Debería decir que lo siento, porque es la verdad, pero yo no tuve nada que ver en esto, así que... —Levanta ambas manos y luego las vuelve a colocar en el mismo sitio—. Esto es obra de Diane; yo no lo sabía al igual que tú.

—¿Qué? —No es una pregunta exactamente porque ella ha entendido lo que le ha dicho Clara, pero está tan desconcertada que le cuesta pensar.

—Estoy tan indignada como tú y estoy pensando qué hacer. —Se pasa las manos por el pelo corto y ahora Cassidy nota la rabia en su mirada—. No sé si quejarme en dirección o simplemente asesinarla con mis propias manos. Lo que ha hecho... —Niega con la cabeza—. Bueno, es Diane, siempre se sale con la suya.

La cabeza de Cassidy es un tsunami de gritos en todos los tonos. No entiende nada, solo hay ruido y una furia que se duplica por segundos. No contesta; su boca se niega a abrirse. Lo que hace es girarse y salir de ahí con las piernas temblando de cólera.

No es capaz de ver ni escuchar nada a su paso; con la mirada fija, camina unos cuantos metros y cuando sus ojos captan la chapa de metal que identifica el despacho de Diane Carter, entra sin pedir permiso, de la misma manera que lo hizo esa mujer a su vida: causó un incendio y se marchó por la puerta de atrás.

—Los modales, Collins, parece que...

—Cállate —sisea Cassidy, y por un momento su voz es idéntica a la de la morena cuando da una orden—. ¿Por qué lo has hecho?

La ansiedad de la que Diane es víctima desde hace meses se hace presente de inmediato. El estómago se le hace un nudo, el pecho se le tensa y el corazón amenaza con reventarle las costillas. Aprieta el bolígrafo que tiene en la mano izquierda mientras la derecha se esconde en un puño en su regazo. Toma aire y compone la expresión que lleva con ella más de la mitad de su existencia.

—¿Crees que tengo que darte explicaciones? —Se levanta con una calma que aterrorizaría a cualquiera. No a Cassidy—. Sal de mi despacho ahora mismo.

Cassidy, que no ha apartado la mirada desde que ha entrado, lo ve claramente. El espasmo en el ojo izquierdo, la vena en su cuello y el ligero temblor en sus manos. Cualquiera que no conozca a Diane diría que está irritada, furiosa, pero por desgracia, Cassidy se convirtió en una especie de aficionada penosa desde el primer día que se topó con esos odiosos ojos azules. Conoce cada gesto, cada expresión, cada gemido y, si bien dicen que es imposible conocer del todo a una persona, ella está bastante cerca de saber quién es Diane Carter.

—Eres una hipócrita y una cobarde. —La rubia da varios pasos hacia ella, tan cerca que puede ver los tres lunares de su mejilla izquierda—. Tienes tanto miedo de abrirme las puertas de tu vida que prefieres cerrarlas y mandarme a otro sitio donde no puedas verme.

Diane se crispa de inmediato y sus ojos se mueven un segundo a la derecha, luego vuelven a conectar con el verde oscurecido de la chica.

Cassidy ve la respuesta tan clara que suelta una risa seca y niega con la cabeza.

—Es una bajeza que ni siquiera me esperaba de alguien como tú —sisea con decepción—. ¿Sabes? No te entiendo y de verdad me encantaría hacerlo. Empezamos a follar y se te veía satisfecha, para qué voy a mentirte. Pasó el tiempo y empezamos a hablar; poco a poco empezamos a parecer dos mujeres que se gustan y se están conociendo. Entonces pasé un fin de semana en tu casa, ambas hablamos de nuestras vidas de mierda y parecía que encajábamos. Entonces me dije: ¿esto es suficiente para mí? No, no lo era, y decidí decirte que quería más.

Diane tiene los labios apretados en una línea y su mano ha caído sobre su escritorio en un gesto casual, aunque eso solo significa que necesita sujetarse de algo para no desplomarse.

—Me dijiste que me estaba confundiendo y te lo prometo, incluso me lo cuestioné; por varias semanas pensé que tenías razón, Diane, pero ahí estaba tu mirada, siguiéndome por la oficina, mirándome de más en una reunión tanto tiempo que me quemabas la piel. —Cassidy se echa hacia un lado los mechones que han decidido bailar en su rostro—. Y después aquella última noche, joder, me hiciste el amor en tu cama de una forma en que no necesité que me dijeras que me querías. Y todo esto nos trae aquí, así que dime: ¿por qué lo hiciste? Te dejé en paz tal como querías; han pasado meses y no te he buscado ni una sola vez. ¿O acaso es por eso?

El corazón de Diane late desbocado en su garganta; su mundo empieza a girar demasiado rápido y el dolor en todo el cuerpo la está matando. Quiere que se calle, necesita dejar de escuchar cada una de esas palabras que son puñaladas para ella.

—Fuera. De. Mi. Despacho —lo escupe con calma, con los ojos nublados—. Lárgate de aquí.

Cassidy sonríe como quien está herido de muerte y se despide de la vida.

—Claro que voy a hacerlo, no tendrás de qué preocuparte. —Toma una bocanada de aire—. Dejaré Whitestone porque ahora soy yo quien no soporta verte.

Cassidy Collins no le regala ni siquiera la última mirada, le da la espalda y abandona el despacho en silencio, y Diane se lleva la mano al pecho, se encorva hacia adelante y con el puño libre sofoca un grito que le raspa la garganta.

Capítulo 29

Clara Fitzgerald camina con las manos puestas en sus caderas alrededor de un arreglo floral que acaba de terminar y le parece la cosa más hortera que ha visto en su vida. El aire acondicionado colocado a una temperatura bajísima le hace mover los hombros en un corto escalofrío mientras acerca una mano a las ramas de eucalipto torcidas.

—Te ha quedado bien, cariño —afirma Elizabeth mientras se quita las gafas y coloca la novela romántica que está leyendo sobre sus piernas.

Clara hace un chasquido con su lengua, bastante segura de que su mujer miente.

Llevaba unos días inquieta, de tensión extrema en la oficina, por lo que cuando volvía a casa y llegaba la hora de dormir, tenía que moverse a la habitación de invitados para no despertar a Elizabeth con sus cambios de posición que variaban cada cinco segundos. Entonces, aburrida, empezó a ver un tutorial sobre manualidades y la relajante creación de preciosos arreglos con flores. Una vez que estudió a conciencia los cinco capítulos en los que una mujer de setenta años explicaba con calma la importancia de elegir un buen musgo, Clara se dio cuenta de que estaba en calma, así que decidió dar el último paso: comprar todo lo necesario para crear un ramo con todo lo aprendido. El resultado es un desastre.

—Es horrendo. —Clara sigue de frente a su creación y entrecierra los ojos—. No se parece en nada a la foto en la que me he inspirado.

Su mujer suelta una risa melódica que le afloja el pecho a la directora de marketing. Se acerca a ella, se sienta a su lado y la abraza.

—Te quiero —susurra Clara y le da un beso en los labios—. No sé qué haría sin ti.

Lo dice de verdad porque desde que la conoció hace varios años, Elizabeth ha sido su ancla en todo y se convirtió en su persona

favorita después de conocer a mucha gente y decidir que el mundo es un sitio feo en el que habita gente que no merece la pena.

—Yo también te quiero —Elizabeth le regala una sonrisa—. ¿Qué tal si…?

El timbre suena primero una vez y, pasados dos segundos, vuelve a sonar. Esta vez un poco más largo, como si la persona al otro lado de la puerta hubiera dejado pulsado el botón.

Clara tuerce el gesto, pero igualmente se levanta del sofá. Un sábado por la mañana esa visita solo puede ser de un grupo de señoras mayores que van por las casas entregando folletos sobre la vida en el paraíso y la llegada de Cristo. Siempre ha tenido el deseo insano de decir que en su casa el pecado es la regla principal dado que está casada con otra mujer, pero Elizabeth, siempre amable, la obliga a recibir la delgada revista, agradecer y volver al interior de su hogar. Eso es lo que va a hacer, coge el pomo, compone una sonrisa y abre la puerta.

Una mujer con apariencia extraña la observa desde detrás de sus gafas oscuras. A pesar de que viste un glamuroso pantalón de lino blanco y una camisa sencilla sin mangas, no parece más que una percha barata y bastante desgastada.

—Diane —dice Clara a modo de saludo sin apartarse de la puerta —. ¿A qué debo el honor de tu visita?

Aunque las gafas le ocultan la mirada, Clara nota el leve movimiento en su ojo izquierdo, un sobresalto que, a pesar de ser su gesto más evidente, no ha podido aprender a controlarlo.

No han vuelto a hablar desde aquel viernes en el restaurante asiático y de eso ha pasado casi una semana. Sus encuentros e intercambios se han limitado al plano profesional sin que haya sido difícil en absoluto poder seguir siendo el buen equipo que hasta ahora han sido. La historia entre ellas es larga y espinosa, sus inicios fueron complicados, aprendieron muy bien cómo balancear su relación con el trabajo cuando fueron pareja y se hicieron expertas en disimular lo rotas que estaban cuando lo dejaron mientras Diane seguía ocultando que estaba borracha frente a un cliente que pagaba medio millón de euros por los servicios de Whitestone.

—¿Podemos hablar un momento? —la voz de Diane sale ronca, como si llevara días sin hablar con nadie.

Clara endurece la expresión y cuando está a punto de cerrarle la puerta en las narices, su comprensiva mujer aparece flotando a su

lado.

—Diane, cielo, me alegro de verte. —Elizabeth empuja a su mujer con delicadeza para que se haga a un lado—. Pasa, por favor, no te quedes ahí fuera con este calor.

La morena mira a Clara esperando su aprobación y la respuesta de su amiga es soltar un bufido antes de hacer un gesto con la cabeza e invitarla a pasar.

Las tres mujeres avanzan por el pasillo como si estuvieran de camino a un funeral y cuando llegan al salón el silencio las aprieta.

Convenientemente, Elizabeth revisa su reloj y une sus manos.

—Tengo que hacer una llamada, pero Diane, ponte cómoda y recuerda que estás en tu casa.

—Gracias, Elizabeth —contesta y recibe su sonrisa cálida.

Antes de marcharse, besa a su mujer y la mira durante un instante. El «pórtate bien» silencioso no le pasa desapercibido a Clara.

Cuando Elizabeth se gira, las amigas —o parcialmente enemigas— se sientan. Una en la butaca, la otra en el sofá. Se miran de frente, pero ninguna habla hasta que pasan unos segundos.

—Lo siento —comienza Diane y aunque a Clara algo se le remueve en su interior, su expresión no cambia—. No solo por ponerte en una situación profesionalmente problemática, sino por ser quien he sido contigo.

Vaya, eso la mujer de pelo corto no se lo esperaba.

—Tienes razón, Clara, siempre has estado a mi lado sin importar lo terriblemente difícil que podía llegar a ser mantenerme ahí —se quita las gafas que hasta ahora llevaba puestas y la otra mujer contiene el aliento. Desprovista de maquillaje, a Diane se le notan los dos surcos oscuros bajo sus ojos, la mirada apagada y la piel sin brillo—. Lo que te dije el otro día no es cierto...

—¿Qué parte? —la interrumpe la directora de marketing—. Porque dijiste varias cosas, Diane, la mayoría de ellas tremendamente hirientes.

Diane asiente, encaja cada palabra como lo son: reproches.

—Nunca he necesitado de nadie para obtener lo que quiero; sin embargo, sí que te he necesitado a ti para avanzar en muchos aspectos de mi vida —se aprieta el puente de la nariz con fuerza, parece muy agotada—. La mayor parte de mi existencia he dado por hecho que las cosas que he logrado han sido porque me las he

merecido, que mi esfuerzo, de alguna u otra manera, ha dado frutos. En parte es así, pero sin ti muchas cosas no hubieran funcionado.

Diane cierra los ojos un instante y respira con lentitud. A Clara le recuerda a la gente enferma postrada en una cama de hospital dando sus últimas bocanadas. La piel se le eriza.

—Hace tiempo le dije a Cassidy —el nombre le atraviesa el pecho como una lanza envuelta en fuego—, que te debía mi vida, que sin ti estaría muerta. No estoy segura de habértelo dicho jamás y esa es una de las tantas cosas que he hecho mal contigo. Eres la persona más importante que existe para mí, no mis padres, ni mis hermanos, tú, Clara. Eres mi familia, mi amiga y una auténtica tocapelotas, pero conservarte en mi vida es una necesidad que no conocía hasta ahora porque nunca te habías hartado de mí. Perdóname, por favor.

Clara Fitzgerald se enamoró de aquella mujer recién llegada a Los Ángeles que, aunque con un carácter regio, tenía un corazón que sabía querer. Recuerda la primera conversación seria que tuvieron en la que Diane le contó por qué para ella era tan importante hacer que la gente la respetara sin importar que le temieran o la odiaran. Había logrado conseguir un puesto decente en ventas cuando vivía en Nueva York y su jefe —para su propia sorpresa— le dio la responsabilidad de llevar a un equipo de tres comerciales. Para Diane fue pan comido y con los meses supervisaba a otros siete trabajadores. Una noche estuvieron trabajando hasta tarde y al final, uno de ellos tuvo la intención de invitarla a tomar una copa. Para entonces la morena tenía claro que le gustaban las mujeres, por lo que rechazó al tipo. No se lo tomó bien, se acercó a ella de forma intimidante, le soltó cuatro cosas que Diane borró de su mente y se fue. Al día siguiente ella acudió a su jefe, le contó lo sucedido y la respuesta —24 horas después— fue echarla a la calle. «No tienes lo que se necesita para infundir respeto, no eres capaz de controlar a nadie sin venir llorando hasta mí. No llegarás a ningún sitio». Clara está segura de que Diane guardó esas palabras en algún lugar de su cerebro y se aferró tanto a ellas, que se transformó en una tirana con el potencial de convertir a cualquiera en un flan. Sin embargo, esa mujer dulce que escapó de Idaho hace casi tres décadas sigue dentro de ella, solo que agazapada bajo capas de hierro fundido.

—Te he hecho daño a ti y se lo he hecho a ella —Diane continúa hablando porque si guarda silencio durante mucho tiempo no cree

que pueda continuar. Le ha costado mucho presentarse en esa casa —. Al menos déjame arreglarlo contigo.

Clara cruza una pierna sobre la otra y pone sus manos a los lados.

—¿Y con ella no piensas hacer nada? —pregunta sin hacer mención a todo lo que ha dicho antes sobre ellas. Ya habrá tiempo para eso.

Diane hace una mueca con los labios.

—No se me da demasiado bien esto. En algo tenía razón Cassidy: soy una cobarde —toma una respiración pausada—. Voy a dejar Whitestone —levanta una mano, Clara iba a interrumpirla—. Todo esto tiene mucho que ver, pero también es algo que me ronda la cabeza desde hace bastante tiempo. Quiero seguir haciendo lo que se me da bien por mi cuenta, sin imbéciles que me pongan a prueba ni socios que me endosen becarias.

Clara levanta las comisuras de los labios. Samuel Barnes, querido y odiado al mismo tiempo.

—¿Y ya está? —quiere saber Clara—. Vas a montar tu propio negocio, ¿y qué pasa con tu vida personal? Diane, si no te conociera, podría decirte que si eres feliz así, que sigas adelante. El problema es que no lo eres y te llenas de montañas de trabajo que te hacen llegar tarde a casa para no enfrentar tu soledad. Me dijiste que estabas enamorada de Cassidy, tanto que no soportabas verla si no era contigo, ¿eso no te da una pista?

Diane aprieta la mandíbula. Claro que le da una pista, una bastante sólida de hecho, porque su vida no ha sido más que un infierno incómodo desde que dejó de tocar a la rubia. Desde que Cassidy empezó a apartar la mirada y desde que dejó de entrar a su despacho a las siete de la mañana. Esa chica era luz para ella, la que la hacía sentir en paz con la vida, la única persona con la que sentía la confianza suficiente para contarle cosas que jamás había dicho en voz alta. Por culpa del miedo absurdo —que aún siente y no será tan fácil de estrangular— prefirió quedarse sin oxígeno e irse apagando lentamente.

—Es joven, lo superará —se muerde los labios—. Además, está con esa chica que me dijiste, ¿no? Está avanzando y no soy quién para frenarla. Bastante mal le he hecho.

—Joder, Diane, jamás me has parecido más imbécil que ahora —Clara se aprieta la nuca con fuerza—. Te lo dije un día y te lo repito ahora, no eres de la jodida realeza. A nadie va a importarle lo que te

llevas a la boca en tu propia cama. Sé que tus vivencias son el reflejo de tus actitudes, pero ya no tienes veinte años, no eres una niña indefensa que no podía aguantarle la mirada a alguien durante tres segundos. Te has hecho un nombre, la gente te respeta, tienes dinero y ahora saldrás de las garras del trabajo corporativo para hacer las cosas a tu manera sin que alguien de arriba te señale con el dedo. Lo has conseguido todo, incluso a la chica. Deja de patearla fuera cuando la quieres dentro.

Diane echa la cabeza hacia atrás y suelta un quejido lastimero. Las palabras de Clara son puntapiés rápidos en las costillas y ella no tiene forma de detenerlos. No le quita la razón, de hecho, lleva toda la semana sabiendo que ha cometido cientos de errores, simplemente no sabe cómo resolverlos.

—¿Y si le pido una oportunidad de hablar y me rechaza? —la voz le sale floja y no se parece nada a la de Diane Carter—. ¿Si simplemente no quiere saber nada de mí?

—Pues lo vuelves a intentar y si aun así te dice que no, te jodes, lloras, avanzas y lo superas —Clara abre las manos como si todo eso fuera bastante obvio—. Las meteduras de pata tienen sus consecuencias y tú llevas mucho tiempo metiendo las dos piernas hasta el fondo sin importarte que alguien te cobre factura. Nunca pensaste que alguien como Cassidy te haría replantear tu existencia. La vida es una puta, ¿qué quieres que te diga?

Diane se aprieta las manos mientras asiente dándole la razón una vez más a su amiga. Levanta la mirada y la enfoca.

—Gracias por todo esto, Clara —se detiene un segundo y se atreve a preguntar—. ¿Estaremos bien?

Ahora es la mujer de pelo corto la que suelta una exhalación larga.

—Lo estaremos, de eso estoy segura, pero necesito algo de tiempo para volver a la normalidad —cuando hace una pausa, Diane mueve la cabeza, diciéndole en un gesto que lo entiende—. Me has hecho daño y necesito un poco de aire.

La morena frente a Clara sonríe con tristeza y la expresión melancólica. Se pone de pie.

—Es mejor que me vaya antes de que Elizabeth venga, no quiero quitaros más tiempo de vuestro sábado. —Clara se levanta también y no la invita a quedarse. De verdad necesita espacio.

Cuando Diane se gira se queda durante un instante observando el arreglo floral que está en el centro de la mesa del comedor.

—Si quieres, puedes llevártelo —ofrece la directora de marketing.

Diane aparta la mirada y la observa ahora a ella.

—Es espantoso —contesta y se coloca las gafas de sol.

Clara suelta una carcajada y Diane estira los labios y, con ese gesto, ambas confirman que estarán bien, que jamás podría ser de otra manera.

Capítulo 30

Cassidy no ha dejado la consultoría y Diane lo sabe porque, además de que estuvo toda la semana poniendo a Tatiana como máxima prioridad estar atenta a todo lo que ocurriera en Recursos Humanos, Clara la ha sacado de su agonía el lunes por la tarde cuando le confirmó que habló con la rubia un día después de la catástrofe y calmó su instinto de matarla, renunciar e irse lo más lejos que su bolsillo le permitiera.

Sale de su despacho directamente hacia el ascensor, selecciona la planta seis y el aparato hace un ligero zumbido en cuanto las puertas se cierran. Se estira el puño de la camisa azul que lleva hoy puesta y mueve los hombros intentando soltar la tensión que la acompaña como una sombra. No tenía pensado tener esta conversación hoy, pero por una vez en semanas, todo se ha alineado a su favor. Las reuniones que había estado teniendo durante meses fuera de la oficina han dado sus frutos y cuando le pidió al CEO de Whitestone una charla privada, Ethan Brooks le dijo que el martes estaría disponible durante cuarenta y cinco minutos. Hoy es martes y con ese tiempo tiene de sobra para soltar lo que va a decir.

—Pasa, te está esperando —dice la secretaria cuando llega a su puerta.

Diane le da las gracias y entra con toda la seguridad que siempre ha proyectado y, esta vez, de verdad la siente. No hay una pizca de duda ni de miedo.

—Diane, ¿qué tal estás? —Ethan se pone de pie, le estrecha la mano y le muestra una sonrisa de dientes blancos—. Por favor, toma asiento. ¿Quieres un café?

Diane niega mientras se sienta.

—Prefiero ir al grano. —Cruza las piernas y deja sus manos sobre ellas—. Tengo una presentación que supervisar.

—Así me gusta, el trabajo lo primero —dice el hombre con un entusiasmo corporativo tan falso como su pelo—. Soy todo oídos.

La morena se acomoda en la silla con calma.

—Vengo a presentarte mi dimisión. —Diane observa cómo la cara de Ethan se tuerce—. Por supuesto que os puedo dar un mes para capacitar a mi sucesora y hacer todo el traspaso necesario.

Hay un silencio incómodo que se apodera del despacho y Ethan tiene que carraspear para romperlo.

—Es una sorpresa, he de decir. No me esperaba esto; personalmente pensaba que estabas contenta con tu cargo. —El CEO ahora endurece el gesto como si se hubiera dado cuenta de una traición—. Te hemos mantenido durante muchos años en tu puesto como para que ahora te vayas de esta manera.

Diane sonríe; sospechaba que algo así iba a ocurrir.

—El puesto me lo he ganado yo, Ethan, a base de esfuerzo y mucho trabajo. —Lo mira con intensidad—. Durante casi dos décadas he dado lo mejor de mí y os he hecho ganar mucho dinero, pero no te miento: ponerme a prueba frente a Frances Hartwell como si fuera una niña en el patio de un colegio fue, cuando menos, rastrero.

Ethan levanta la barbilla dándole a entender que él es quien manda y no tiene por qué darle explicaciones.

—Con esa absurda competición no solo os he demostrado que mis métodos no son obsoletos, sino que también me he dado cuenta de que valgo bastante más de lo que yo misma creía. —Mueve las manos suavemente—. Me retiro para convertirme en consultora estratégica privada; mis servicios estarán a vuestra disposición si queréis contar con ellos. De todas formas, ya tengo varios clientes que están esperándome. He trabajado con ellos y les gustaría mantenerme: ya sabes, por todo eso de que conozco bien sus empresas y les he hecho ganar mucho dinero.

Ese leve movimiento en los hombros de Ethan y la subida antinatural de su pecho le dicen a Diane que ha dado en el clavo.

Lleva casi un año teniendo encuentros estratégicos disfrazados de visitas profesionales con los responsables de todas las empresas que están en la cartera de Whitestone. Les ha hecho muchas recomendaciones: un cambio de estrategia para la venta de un producto, una disminución de inversión en alguna adquisición o simplemente ha soltado consejos como mujer que lleva media vida dedicándose a mantener los negocios lo más alto posible. Puede que les haya dejado caer en los últimos meses, como un pequeño secreto entre colegas, su intención de marcharse de la consultoría para abrirse camino en solitario, y es posible que alguno de ellos se haya

sentido bastante interesado en firmar con ella en un futuro próximo. Por supuesto que Diane ha trabajado de la mano con dos abogados que le han costado un ojo de la cara para asegurarse de que Whitestone no arremeta contra ella por competencia desleal o robo de clientes. Y es que dejar muy claro —oficialmente— que no ha sido ella quien ha ido tras esas empresas no es tarea fácil, pero sin duda el camino recorrido hasta aquí ha merecido mucho la pena porque no ha dejado la consultoría todavía y ya tiene trabajo que hacer.

—Como comprenderás, Ethan, no es lo mismo pagar los servicios de Whitestone que los de una asesora externa. Bueno, bien lo sabrás. —Sonríe mientras mueve una mano como si le restara importancia al comentario—. Haber contratado a Frances Hartwell debió darte una idea.

Otro disparo en el pecho, esta vez a quemarropa y acompañado de una sonrisa que no enseña los dientes. A Diane Carter ni siquiera le hace falta seguir trabajando; tuvo tantos problemas económicos durante la primera parte de su existencia que jamás derrochó ni un céntimo de lo que ganaba. Hizo compras inteligentes: las propiedades, la ropa poderosa, el entrenador privado y las cenas en su restaurante favorito. No tiene personal de servicio en casa, ni ha hecho grandes viajes. Lo único que ha hecho es trabajar para hacerse un nombre y se ha olvidado de vivir en el proceso, pero ahora, haciendo las cosas a su manera, podrá poner un poco de orden en su cabeza, tener algo de lo que poder sostenerse cuando el ruido en su mente sea demasiado insoportable y empezar a darle sentido a su vida. Nunca ha creído en eso de recuperar el tiempo perdido; ni siquiera es físicamente posible, así que seguirá hacia adelante sin mirar atrás.

—Necesitaremos que envíes la dimisión oficialmente al departamento de Recursos Humanos. —Mira su reloj y finge que se le ha acabado el tiempo para seguir hablando con ella—. Una vez recibida, te diremos cuál es el siguiente paso.

Diane se pone de pie antes de que Ethan suelte una absurda excusa para echarla de su despacho.

—La tengo preparada. —Se pasa las manos por los muslos, planchando arrugas inexistentes—. Primero quería darte la información en persona —lo que se resume en querer verle la cara de imbécil al enterarse de que su mayor activo se marcha—, para luego enviarla.

Ethan también se levanta; Diane sabe que lo hace porque un CEO jamás puede perder los papeles de la manera en que está segura de que lo ha hecho, y extiende la mano hacia ella.

—Suerte en el camino. —La mira con frialdad.

—Gracias, Ethan. —La mujer imprime más fuerza al apretón—. Suerte a ti también.

Diane lo suelta y se gira para marcharse. Sale del despacho con la barbilla levantada y el paso ligero. Ethan Brooks se cree que por ser el jefe mayor de Whitestone posee una inteligencia superior a la del resto, y tiene que ser doloroso darse cuenta de que no es más que un pelele mediocre en el momento en que una mujer se sienta frente a él y le dice no solo que se marcha de ahí, sino que se llevará consigo las gallinas que ponen los huevos de oro. Que traiga nuevamente a Frances Hartwell y que esa imbécil le diga qué hacer.

• • •

—Han puesto en marcha el comité de crisis —explica Tatiana al lado de la ventana, justo frente a su jefa—. Y esta mañana ha llegado Antoine de Villiers, director de operaciones del grupo empresarial Delacroix.

Diane tiene la mirada fija en la calle observando a un hombre intentar sofocar el calor bebiendo de una botella de agua después de secarse el sudor con un pañuelo. Fuera, el sol pica y la morena agradece estar dentro con el aire acondicionado encendido. Sonríe cuando su asistente le cuenta lo que está pasando en la planta seis desde hace tres días, cuando salió del despacho de Ethan y envió a los pocos minutos su dimisión a Recursos Humanos. En ese mismo momento le dio la información a Tatiana, no solo para que la mantuviera informada de lo que se decía en los pasillos, sino porque ella es una de las pocas personas que se merecían saber que su odiada jefa la dejaba en libertad. Para su sorpresa, la chica se veía realmente apenada.

—Aunque te cueste creerlo, voy a echarte de menos —le dijo Tatiana sin romper la distancia entre ellas—. Trabajar contigo ha sido enriquecedor; he aprendido mucho y de verdad espero que te vaya muy bien.

Diane tuvo sus dudas, pero decidió creer en lo que le decía la que fue su asistente los últimos años, la más competente de todas con diferencia.

—Estarán nerviosos, pensando que declararé alguna clase de guerra. —Diane se mete las manos en los bolsillos de su pantalón mientras frunce los labios—. Por mucho que quieran, una sola mujer no puede ganar a una consultoría como Whitestone, y tampoco es mi intención hacerlo; no le encuentro la motivación.

—Han sonado varios nombres para tu reemplazo, pero el que más suena es el de Clara —sigue comentando Tatiana sus actualizaciones.

Eso era algo que Diane ya sabía y, aunque la relación entre ellas sigue siendo cristal roto, no podía hablar con Ethan sin antes hacerlo con ella. Fue en la misma conversación en la que Clara le dijo que Cassidy seguía siendo una trabajadora de la consultoría, y a lo otro le restó importancia: le quedaban muchos años aún para jubilarse y, si la empresa le pedía un cambio, ella lo aceptaría. Le gustaba en general su trabajo.

—Lo hará bien; Clara es buena en cualquier cosa que hace. —Tatiana abre los ojos sin poder evitar demostrar su sorpresa. Es la primera vez que escucha a su jefa elogiar a alguien de esa manera—. En fin, ¿está todo listo para la reunión?

—Sí, en media hora en la sala dos. —El modo trabajo regresa y Tatiana toquetea su iPad.

El día transcurre con una calma específica, la que precede a una tormenta que por primera vez Diane no tendrá que contener. Tuvo dos reuniones de equipo y una con el departamento financiero. A última hora la llamaron de Recursos Humanos para que estampara su firma en un par de documentos y ahora, por fin, está en su despacho. Son las ocho de la noche de un viernes y está segura de que es la única en todo el edificio; por suerte, está a punto de marcharse, aunque completamente agotada. Camina hacia la puerta y, justo antes de abrirla, dos voces en el pasillo hacen que sus movimientos se detengan. El corazón da un salto tan alto que está segura de que el pecho le ha vibrado: es Cassidy hablando con Clara. La conversación no la comprende del todo, solo fragmentos sueltos sobre una campaña antigua; hay risas y luego lo que parece una despedida seguida de unos pasos alejándose. Diane se queda allí no sabe por cuánto tiempo, esperando que su alma deje de sacudirse

dentro de ella; no había vuelto a escucharla y hacerlo ha sido como un mazazo directo a la cabeza.

Sale de allí cuando está segura de que puede mantener la firmeza en sus pasos y avanza por el pasillo sin mirar a ninguna parte más que al frente. Presiona el botón del ascensor, las puertas metálicas se abren y ella entra a la vez que saca su móvil del bolsillo para mirar una notificación que le ha llegado hace un rato y no había podido revisar. No es consciente de que las puertas vuelven a abrirse y un destello rubio le hace levantar la mirada.

—Hola —saluda Cassidy más por educación que por ganas y presiona el botón de planta baja antes de darle la espalda a Diane.

El movimiento del aparato desplazándose hacia abajo apenas dura unos pocos segundos, pero para Diane Carter es como si el tiempo se hubiera detenido para darle una tregua y que tuviera la posibilidad de pensar lo que significa este momento. Entonces una ráfaga de recuerdos la golpea: sus padres exigiéndole que se case por el bien de la familia. Ella con diecisiete años, sola y asustada en una ciudad desconocida. Desmayada en la barra de un bar después de beber más de lo que su cuerpo aguantaba. Soledad. Clara. Dolor y Cassidy. A partir de ese punto, los flashes cambian de color y el verde prado lo tiñe absolutamente todo. Sonrisas que jamás le dio a nadie, su cama por fin sin estar vacía, vida. Eso es lo que Cassidy Collins significa para ella: sentirse viva.

—Te ofrezco un trato. —Diane se sorprende de lo que ha salido de su boca, aunque la voz se escucha firme justo en el momento en que las puertas del ascensor se abren.

Cassidy se queda congelada por un instante; no esperaba escucharla, eso está claro, pero lo que hace que su cuerpo se convierta en objeto inerte es la frase que ha dicho, la misma que hace lo que parece una eternidad le dijo ella misma a Diane en la puerta de su despacho para demostrarle que cometía un error despidiéndola.

—Un mes. Y yo no puedo prometerte que no cometeré errores. —La morena aprieta el asa del maletín con fuerza—. Pero sí que intentaré demostrarte con todo lo que tengo lo que significas para mí y lo equivocada que estaba por sacarte de mi vida.

Cassidy se mantiene firme; las puertas del aparato vuelven a cerrarse y solo se escucha la respiración agitada de las dos.

—Para esto no hay ninguna lista negra en la que incluirte —la rubia repite aquellas palabras con las que la amenazó cuando cometiera su primer error.

—Que mi vida se convierta en el infierno de recordar cada día lo idiota que fui por dejarte escapar es un castigo que me acompañará para siempre.

Cassidy se gira despacio y, cuando el verde se funde con el azul, el corazón se le acelera y la energía se mueve por su cuerpo con violencia. Guarda silencio unos segundos mientras escudriña ese rostro que tanto quiere, buscando algo, una señal para dar un paso atrás. No la encuentra; no sabe si es porque no existe o simplemente porque no sabe leerla.

—Entonces, tenemos un trato. —Extiende la mano para sellar el acuerdo y, a diferencia de aquella vez, Diane levanta la suya y sus palmas se encuentran.

La morena siente cómo los pulmones se expanden. Joder, ha vuelto a respirar.

—Lo tenemos —da un asentimiento de cabeza.

Capítulo 31

La espalda de Diane está tan dolorosamente erguida que parece que en cualquier momento se romperá en pedazos. La línea marcada de la mandíbula y las manos rectas sobre la mesa son solo una evidencia más de lo tensa que está.

—¿Seguro que está bien? —pregunta Kenny en un susurro, oculto como un niño tras la puerta de la cocina—. Creo que va a desmayarse en cualquier momento.

Cassidy saca dos cervezas sin alcohol de la nevera, las deja en la encimera y asoma la cabeza al lado de su hermano. Payton le está diciendo algo a Diane mientras gesticula sin parecer muy exagerada. A su lado, Owen, el novio de la abogada, hace algún comentario suelto en la conversación que solo parece estar teniendo ella.

—Está bien, le cuesta adaptarse a nuevos entornos y resulta que está bastante nerviosa. —Cassidy regresa a la nevera, saca los refrescos y abre el mueble superior para coger los vasos—. Se ha cambiado de ropa al menos tres veces antes de venir.

—Pues la señora arpía no lo parece tanto. —Kenny asiente orgulloso de su propio comentario. Se gira y se acerca a su hermana —. ¿Tú estás bien? ¿Le has hecho pagar todo lo que te hizo vivir?

Cassidy sonríe de la misma forma traviesa que tenía Kenny cuando volvía a casa cubierto de tierra y decía que de ninguna manera había sido él quien había destrozado el jardín de esa mujer odiosa que había mirado mal a su hermana.

—Vaya si lo he hecho. —Se muerde los labios y niega con la cabeza.

Han pasado tres meses desde aquella noche en la que hicieron un pacto, en la que Diane le prometió a Cassidy que haría todo lo que estuviera en su mano para demostrarle que, aunque su cobardía le había puesto una venda en los ojos, sería capaz de arrancársela costara lo que costara y convertirse en una versión menos atroz de lo que había demostrado hasta ahora. Al principio, Diane Carter pareció perdida, sin idea de cómo hacer aquello que había

prometido, por lo que la primera cita entre ellas no salió del todo bien.

—Es un lugar precioso —dijo Cassidy mirando a su alrededor mientras se sentaba a la mesa a la que la había llevado un camarero.

El salón era pequeño, discreto, pero de techos altos y con una iluminación tenue que invitaba a la intimidad. Un día antes, Diane la había llamado con su tono serio para decirle que había reservado en un restaurante y tendrían una cita la noche siguiente.

—¿Sin preguntarme si estaba disponible o si quería cenar contigo? —La rubia estaba segura de haber escuchado un chirrido de dientes al otro lado de la línea.

Un carraspeo le dijo que Diane se estaba preparando para modificar su propuesta.

—Conozco un sitio donde se come muy bien, ¿quieres acompañarme mañana por la noche? —reformuló la pregunta y le salió más bien mecánica, como una tarea que tienes que repetir porque la primera vez el resultado fue lamentable.

Cassidy en ese momento comprendió que le había dado la oportunidad a una mujer que no tenía idea de cómo amar. Estaba segura de que Diane Carter no había organizado una cita de ese tipo jamás, ni había tenido que demostrar que era capaz de ser alguien para otra persona. Su corazón empezó a latir despacio, pero no por eso iba a ceder tan rápido; ella merecía sentir que esa mujer estaba tan interesada en ella como decía.

—Me gustaría, ¿a qué hora pasas por mí? —Cassidy escuchó un jadeo de horror; claro, Diane tampoco sabía que, aunque no era obligatorio, sería bonito recogerla en su casa—. Aunque si lo prefieres podemos quedar en el restaurante.

—Pasaré a recogerte a las... —Se aclaró la garganta para cambiar la dirección de las palabras—. La reserva es a las siete, ¿te parece bien que vaya a por ti a las seis?

—Perfecto, te envío mi dirección más tarde.

Y ahí estaban entonces, sentadas frente a frente en la primera cita oficial, una fuera de Whitestone y lejos de la casa de Diane. Rodeadas de parejas que se daban la mano por encima de la mesa y se miraban como si no existiera nada más en el mundo que ellos. La morena tenía los ojos clavados en el menú y Cassidy podía jurar que no lo estaba leyendo.

—¿Has encontrado algo que te guste? —soltó Cassidy con la voz entre melosa y contenida—. El pollo a la parmesana puede ser una buena opción.

Cuando la rubia levantó la mirada, Diane la observaba fijamente con los labios entreabiertos y el pulso demostrando en su cuello lo acelerado que estaba. Suprimió una sonrisa; ver a la Cobra nerviosa por algo tan sencillo como sentarte frente a la mujer con la que llevabas meses acostándote era incluso adorable.

—Es una buena elección, aunque el tataki de ternera japonesa está increíble. —Dejó el menú sobre la mesa y bebió de su copa de agua—. Viene con verduras salteadas con salsa de soja.

A partir de ese momento, la conversación empezó a fluir con una naturalidad aceptable; hablaron de los planes de Diane una vez saliera de la consultoría y de lo asombrosamente cómoda que se sentía la rubia en el departamento de comunicación corporativa. Bailaron por los bordes de los temas que podían escocer; en ese primer encuentro sacarlos a relucir no se sentía bien.

La comida llegó y, como si fuera algo que hacían todos los días, Cassidy probó el tataki —demasiado crudo para su gusto— y la otra mujer hizo lo propio. Un buen rato después caminaban bajo el calor de julio que a esa hora era menos desagradable, hasta el coche de Diane, que la llevó directamente de vuelta a casa.

—Gracias por la cena, lo he pasado muy bien. —Cassidy la miró con un leve estiramiento de labios.

Diane apretó el volante del coche hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Apartó la mirada de la calle y clavó sus dos esferas azules en su acompañante.

—Yo también lo he disfrutado. —Hizo una pausa que llenó con una buena bocanada—. Quiero volver a verte y... —Se apretó el puente de la nariz—. Si te parece bien...

—Diane —la interrumpió Cassidy con un movimiento de manos —. Aprecio el esfuerzo, pero esta no eres tú. Es desolador verte intentar ser otra persona y entiendo que para ti sea la primera vez que tienes que esforzarte en algo que no sea tu trabajo, pero la mujer que me interesa no es esta impostora.

Los labios de la morena se fruncieron, luego lo hizo su entrecejo y finalmente un movimiento seco de cabeza le confirmó a Cassidy que lo había entendido.

—Hasta la próxima —se despidió la rubia y se bajó del coche. A Diane le costó unos minutos moverse; el vientre le había vibrado desde el momento en que vio a Cassidy y ahora se había convertido en un terremoto penoso y húmedo.

La siguiente vez que se vieron, Diane la llevó a un brunch en un viñedo —sí, rodeadas de barricas de vino que olían estupendamente bien— donde servían unos huevos Benedict perfectos y horneaban su propio pan de hogaza.

—El placer y el castigo de una alcohólica —le dijo a Cassidy, que masticaba con calma un bollo repleto de azúcar—. Me encanta este sitio y también me hace sentir orgullosa de mí misma. La mimosa que sirven aquí es la mejor de California. Vine a su inauguración hace mucho tiempo y me tomé doce de ellas.

Cassidy abrió mucho los ojos; todavía le resultaba increíble que esa mujer inaccesible, capaz de atraer hasta a los clientes más escépticos, ordenada y metódica, hubiera tenido semejantes problemas con la bebida.

Las citas empezaban a darse con más frecuencia: la primera semana se vieron tres veces, la segunda, cinco. Diane parecía más cómoda, sonreía más y soltaba esos comentarios secos tan propios de ella, aunque Cassidy no podía evitar darse cuenta de cómo se tensaba cada vez que, por cualquier motivo, sus cuerpos se rozaban en público. La morena miraba a los lados, buscando a un fotógrafo imaginario que pudiera captar el momento para crear después un reportaje que mágicamente llegaría a los más de ocho mil millones de habitantes del planeta. A la chica de ojos verdes no le preocupaba en ese momento, pero sí era algo que más adelante —si las citas seguían tan bien— tendrían que hablar. Ella no estaba dispuesta a llevar una relación que solo funcionara entre cuatro paredes.

Lo que Cassidy se autoimpuso como norma inamovible fue evitar cualquier tipo de acercamiento íntimo. Cero besos, ni mucho menos nada que conllevara despojarse de la ropa. Era una manera de mantener eso que ocurría entre ellas sin que la magia del sexo nublara sus pensamientos. No era fácil; a menudo llegaba a casa, se encerraba en su habitación y se masturbaba hasta que su cuerpo le daba una tregua.

Diane

¿Te vienes a casa mañana?

Cassidy lo leyó unos minutos antes de coger el ascensor para salir del trabajo. Diane llevaba unos días fuera de Whitestone y, aunque había decidido quedarse el mes entero para hacerle un traspaso a la nueva jefa de desarrollo, la directiva prefirió dejarla ir antes. No se fiaban de ella. Su marcha causó revuelo; la gente del grupo Delacroix hizo un cambio de estrategia y unificó ese departamento con marketing, poniendo a Clara Fitzgerald a la cabeza, debajo de ella a una mujer que ellos mismos eligieron y luego a Cassidy, que salió de comunicación interna ese mismo día, lo que convirtió sus jornadas en un infierno, pero con la esperanza de que fuera así solo mientras el mundo corporativo se acostumbraba a trabajar sin Diane.

La puerta de la verja se abrió al día siguiente a las seis y diez de la tarde. Cassidy accedió casi arrastrando los pies por el cansancio. La puerta principal estaba entreabierta; la empujó y de inmediato sus pulmones se llenaron de ese olor tan conocido de madera seca y almizcle frío. No había vuelto a esa casa desde el día en que apareció ahí con la garganta estrangulada porque sabía que a Diane le ocurría algo.

Hasta ahora —en medio de ese mes de citas— la morena no la había invitado y a ella le parecía bien; prefería que sus encuentros fueran diferentes y lejos de allí. Todo estaba exactamente igual, incluso Diane, que la esperaba de pie, descalza en el salón, vestida con un conjunto sencillo, la mirada puesta en el móvil y una botella de agua en la mano. Cassidy quiso cogerla por la cintura y besar esa boca con la que llevaba semanas fantaseando. Tuvo que frenar sus impulsos.

—Estoy muerta —dijo, en cambio, la rubia, acercándose a Diane —. Ha sido una semana infernal.

Diane levantó la vista, y sus ojos azules estaban brillantes. Estiró los labios y las aletas de su nariz se movieron varias veces.

—He pedido pasta carbonara —dijo, y a Cassidy se le hizo agua la boca—. Y he buscado una película que tiene buena pinta.

Estaba en su elemento, en su lugar seguro, en donde podía moverse con la certeza de que sabía dónde pisaba.

Cassidy se dejó caer en el sofá con un gesto dramático y Diane se sentó frente a ella, en la mesilla baja. La miró largo e intenso; después extendió un brazo y le cogió la mano.

—Me gustas —le dijo, y Cassidy se irguió—. Me gustas mucho. No me había pasado antes: eres odiosa algunas veces, cabezota, y haces que mis nervios... —Hizo un gesto de explosión con la mano libre, y la rubia levantó las cejas—. Pero todo eso desaparece cuando me miras, porque tú lo haces de verdad. No ves a la mujer que proyecto, sino la que está dentro, la que llora de pánico pensando que puede estar enferma, la que tiembla cada vez que la tocas y la que sonríe gracias al último comentario absurdo que te has atrevido a soltar.

Cassidy tenía los ojos muy abiertos; no se esperaba nada de esto cuando había atravesado la verja hacía unos minutos.

—Quise demostrarte durante cuatro semanas que haces de mí una mejor persona y que esa versión es capaz de hacer que el mundo vaya más despacio si tú me lo pides. —Apretó el agarre y entrelazó sus dedos con los de la chica—. Y he esperado hasta este día para decirte lo que me haces sentir, porque hacerlo sin haberlo dejado en evidencia me parecía saltarme la parte más importante. Hoy hace un mes de nuestro trato y yo quiero seguir a tu lado, pero no estoy segura de cuántos errores he cometido todo este tiempo.

Cassidy se mordió los labios; Diane era una caja enorme de sorpresas.

—Has cometido muchísimos. —La morena se tensó; Cassidy puso la otra mano sobre las que estaban unidas—. Pero de eso se trata la vida, ¿no? De meter la pata, pero tener la suficiente madurez para reconocerlo y arreglarlo. Para seguir adelante, para reparar lo que se ha roto. Nunca te exigí nada, Diane: que cambiaras tu manera de ser, que fueras más simpática o más abierta. Yo solo quería esto: conocerte mejor, pasar tiempo de calidad a tu lado y confirmar lo que ya sabía, que hacemos una pareja de puta madre.

Cassidy tiró de ella y Diane se impulsó, abrió las piernas a ambos lados y se sentó a horcajadas de la chica. Se observaron durante unos segundos y casi al mismo tiempo sonrieron.

—Cuida esa boca, Collins. —Y la besó.

—Me alegro de que entienda que con el corazón de mi hermanita no se juega. —Kenny coge las bebidas y ayuda a Cassidy a llevar todo al salón.

—Parece un buen plan. —Oye a Diane decir cuando se acercan a la mesa—. Lo único que necesitas es una buena estrategia; el conocimiento ya lo tienes.

Payton sonríe, y no lo hace de cualquier manera. Le regala a la morena su sonrisa más sincera y de alguna forma logra que Diane se la devuelva. A su manera.

—¿De qué hablabais? —pregunta la rubia mientras reparte las bebidas con Kenny.

Diane levanta una ceja, advirtiéndole que no sea cotilla. Payton abre la boca, entusiasmada.

—Owen y yo estamos pensando en ofrecer un servicio jurídico fuera de nuestros despachos. —Bebe un sorbo de su cerveza sin alcohol—. No interfiere con los trabajos principales, nos daría a conocer y ganaríamos algo extra. Diane dice que puede ser posible; solo hay que montarlo bien desde el principio.

Cassidy le sonríe a su hermana y de inmediato desvía la mirada hacia Diane. Le coge la mano y su chica ya no da un respingo —ya se ha acostumbrado—, sino que más bien sus hombros empiezan a descender, el gesto adusto desaparece y su cuerpo pierde la tensión que en ocasiones parece perpetua. Es el efecto del toque de Cassidy.

La comida se alarga más de lo que tenían estipulado. Payton había organizado el encuentro porque, bajo su criterio, ya era hora de que la familia conociera a Diane. Llevaba meses secuestrando a su hermana cada fin de semana y algunas noches sueltas entre medias. Y cuando supo que se iban una semana a la cabaña que Diane tiene en Big Bear Lake, el momento le pareció el indicado.

La morena está a gusto; Cassidy lo ha notado de inmediato, sobre todo con Kenny, con quien ha mantenido una larga conversación y al final han acordado que Diane le llevaría el coche para que le hiciera una revisión.

—Eres bienvenida cuando quieras. —Payton hace alarde de su educación mientras se despide de los invitados.

—Cuando volvamos de la cabaña, la comida puede ser esta vez en mi casa —ofrece Diane, y Cassidy se muerde los labios para ocultar una sonrisa. Su chica ha entendido muy rápido lo de las cosas verdaderamente importantes y se involucra con facilidad.

Cuando caminan en dirección al coche, un aire desagradable les produce un escalofrío.

—Va a llover —dice Diane elevando la mirada al cielo, y entran en el coche de un salto.

El móvil de Diane rompe la tranquilidad que habían creado en un instante porque, aunque el número es desconocido, ella sabe perfectamente quién es; pero, a diferencia de hace meses, cuando Diane prácticamente perdía la cabeza, ahora desliza el dedo por la pantalla y cuelga la llamada.

—Sí que es insistente —murmura Cassidy mientras se ajusta el cinturón de seguridad. Diane le explicó el motivo de las llamadas de su hermana hace semanas—. ¿Te ha dicho algo el abogado?

Diane enciende el coche y gira el volante para salir del aparcamiento.

—Este mes debería quedar todo zanjado —contesta, escueta.

Cassidy no necesita saber más porque sabe a qué se refiere su chica. Diane contrató a un detective privado que se encargó de recabar toda la información posible sobre su familia; no porque le interesara, sino porque un abogado desgranó todos esos datos para construir una demanda tan sólida que ni el más astuto pudiera echar abajo. Acoso, extorsión y amenazas fueron algunos de los términos que Cassidy leyó en el documento que recibió la morena. Este mes la presentarán formalmente; si algún miembro de su familia se atreve a intentar contactarla, se topará de frente con el muro de la justicia, y los Carter prefieren morir de hambre antes de pasar por esa vergüenza pública.

—Veo que te has llevado bien con Kenny. —Cambia de tema, y Diane se relaja visiblemente—. Es el más divertido de los tres.

La mujer al volante la mira de reojo; ve en el hombre un pedazo de ella misma, ese que lucha cada día contra sus adicciones.

—Sí, me ha caído bien. —Gira en un semáforo para incorporarse a la avenida—. Su historia es la única que no me has contado.

Cassidy asiente lentamente. Es cierto que le ha contado la de Payton y ha hablado más en profundidad de la suya. La de Kenny, sin embargo, es la más dura y no la comparte con todo el mundo; pero Diane es la mujer con la que pretende formar una vida y quiere que sepa que, aunque su familia no es perfecta, no la cambiaría por nada.

—Kenny perdió a su madre cuando era muy pequeño; tendría unos tres años y se quedó a vivir con su padre. —Hace una mueca

con la boca—. El tipo no solo estaba enganchado a la heroína, sino que disfrutaba bastante violando a su hijo.

Las manos de Diane en el volante se tensan, y no es para menos.

—En algún momento le pareció que sería buena idea que sus amigos se divirtieran también con él; al parecer, a cambio de unas dosis o dinero. Cuando tenía nueve años, a uno de los tipos se le fue la mano, Kenny empezó a sangrar mucho y, como el hombre iba demasiado puesto, se asustó. Lo llevó al hospital con la excusa de que se había caído o algo así, aunque los médicos se dieron cuenta muy rápido y llamaron a la policía.

—Hijos de puta —masculla Diane mientras niega con la cabeza.

—Nunca pudieron demostrar que su padre abusaba de él; Kenny apenas hablaba y no fue capaz de hacer una declaración que sirviera de mucho. —Cassidy mira hacia la ventana mientras habla—. El tipo entró en prisión durante unos años por negligencia infantil y cuando salió buscó a Kenny. En ese momento empezó el caos real, las consecuencias de lo que había experimentado.

—¿Se lo llevó con él? —La pregunta de Diane viene acompañada de un tono desesperado.

—No, pero Kenny pareció recordar de pronto el infierno que vivió porque el muy cerdo le dijo que siempre sería su puta. —Cassidy traga el nudo en su garganta—. Mi hermano quería matarlo y por poco lo logró dándole una paliza. A partir de ese momento entró en un bucle de autodestrucción: drogas, alcohol, robos, peleas. Entraba y salía de la cárcel constantemente. La gente del barrio donde vivíamos le temía, pero nosotras sabíamos que solo era una coraza. Kenny seguía atrapado en ese niño al que no le permitieron una infancia normal.

—¿Qué pasó para que saliera de todo aquello?

Cassidy lo piensa durante unos segundos.

—En el último centro en el que estuvo había un orientador, un hombre que había pasado por algo similar y decidió no darse por vencido con Kenny. Recuerdo ir junto a mis padres adoptivos y a Payton a sesiones familiares. —Cassidy sonríe—. Y con el paso del tiempo todo mejoró. Nunca recayó en las drogas, pero sí tuvo algunos altercados después. Mi hermana se convirtió en su abogada y yo en su segundo contacto de emergencia. Vivíamos con temor; ya habíamos recibido llamadas para ir a comisaría, pero hace tres años que no se mete en problemas.

—Pero el miedo nunca se va —contesta Diane, perdida en sus pensamientos y en su propia historia.

Cassidy le pone una mano en el muslo con cariño; tiene el odioso don de saber cuándo Diane se rompe por dentro.

—¿Te ha mandado Clara la foto de la piscina? —El momento doloroso queda enterrado al instante. Diane tuerce el gesto.

—Se le ve ridículamente feliz —opina la morena, pero el comentario lo sigue una sonrisa verdadera.

—Yo también lo estaría si me fuera de vacaciones a una isla de República Dominicana con esas aguas de color imposible —contesta Cassidy levantando las cejas.

Diane la mira de reojo; le parece un plan horrible con toda esa arena pegándose en el cuerpo, pero si se imagina allí con su chica, ya no le parece tan tenebroso.

La relación entre Clara y ella no se ha curado del todo, pero es consciente de que ambas lo están intentando. Han quedado varias veces las cuatro para cenar en casa y otras para comer fuera. No han tenido tiempo a solas, aunque sí han hablado a menudo por mensajes, y Diane sabe que con paciencia volverán a unirse; de una manera distinta, pero con seguridad, mucho mejor.

—Qué ganas de sofá y de no hacer nada. —Cassidy entra en la casa seguida por Diane y se quita las botas, que deja en medio. Su chica las recoge con un gesto natural y las guarda en el zapatero. La rubia se detiene y se gira hacia ella—. Oye, gracias por aceptar comer con mi familia; es muy importante para mí.

Diane la coge por la cintura y la pega a su cuerpo. La mira a la cara como si fuera la mujer más impresionante que ha visto nunca. Para ella lo es.

—Un día te dije que te demostraría lo que significas para mí y eso no se resumía solo a un mes, sino al resto de mi vida.

Cassidy se lame los labios con el corazón dando saltos en su pecho.

—Vaya, un poco cursi para ser tú, ¿no?

Diane levanta una ceja.

—Cuidado con esa boca, Collins.

La rubia levanta la mano y desliza las yemas por la cara de Diane.

—Te quiero —susurra la rubia con el verde brillando.

La respuesta de Diane es besarla; siempre es besarla, porque las palabras son preciosas, pero los gestos muestran la verdad más

absoluta, y para ella sentir los labios de Cassidy pegados a los suyos es la única forma de demostrarle que ella significa oxígeno, lo único que necesita para vivir.

Epilogo

Diane se muerde el puño con tanta fuerza que sabe que más tarde tendrá un buen moratón y le dolerá horrores, pero si se permite que un ruido salga de su garganta, ese estruendo será incontenible y lo escucharán en las oficinas contiguas.

Gira la cabeza, intentando centrarse en otra cosa que no sea el dolor punzante que está acabando con su raciocinio. Se fija en su despacho, en el gran ventanal del fondo, en la estantería alta y gruesa que le instalaron hace poco y en la moqueta verde claro bajo sus pies. Cierra los ojos, fue un error mirar hacia abajo.

—Hoy sabes mejor que nunca —las palabras de Cassidy salen amortiguadas porque tiene la boca pegada al sexo de Diane.

—Joder, cariño —balbucea la morena y pone una mano en la parte de atrás de la cabeza de su chica mientras abre un poco más las piernas—. Estoy tan cerca.

La última frase le sale como un lloriqueo, un quejido lamentable de una mujer de casi cincuenta años a la que le están devorando el coño sobre la costosa mesa de madera de su nuevo despacho.

Cassidy ralentiza los movimientos de su lengua y cuando nota la exhalación furiosa de Diane, empuja dos dedos en su interior, logrando que la mujer se corra de golpe y acabe hecha nada sobre el escritorio.

—Cuando te referías a que estabas cerca —la rubia se incorpora y se abraza a Diane—, era muy, muy cerca.

No le gusta nada esquivar el manotazo de su chica porque ha quedado tan debilitada por el orgasmo que no es capaz de ejercer la fuerza necesaria para borrarle la sonrisa burlona a Cassidy.

—Ahora entiendo tu insistencia por acompañarme esta mañana —dice la mayor de las dos y después toma una bocanada de aire.

—Necesitaba que te relajaras, llevas semanas al borde del colapso y anoche eras un manojo de nervios —Cassidy le aparta el flequillo de la frente con gesto cariñoso—. Hoy es un gran día y tienes que estar calmada.

Diane frunce el ceño y la expresión fría aparece de inmediato. Levanta una mano y la deja suspendida en el aire. Ambas notan que tiembla como un flan.

—Déjame decirte que tu plan ha fracasado —tuerce los labios—. Ahora estoy peor.

Cassidy suelta una carcajada que hace que el pecho de Diane Carter se hinche. Que después de dos años desde que decidieron estar juntas —uno de ellos viviendo bajo el mismo techo— pueda seguir arrancándole risas solo le confirma que algo está haciendo bien.

La rubia la besa suavemente, aunque después le muerde el labio inferior, sonríe y la suelta.

—Estoy bastante segura de que ahora sí que podrás llevar la reunión sin sentirte asfixiada —se separa del cuerpo de Diane—. Siempre te ha funcionado, ahora no finjas que tu momento favorito en Whitestone no era cuando entraba a tu despacho a las siete de la mañana.

La morena siente un temblor en su vientre al recordar aquellos momentos en los que ella todavía era demasiado idiota como para pensar que Cassidy solo podría llegar a ser eso: la mujer con la que tenía encuentros clandestinos —y muy satisfactorios— que lo tenía todo controlado y que podía acabarlo cuando quisiera.

La chica sale del baño y camina hacia su novia mientras se unta crema en las manos.

—¿Necesitas que te ayude en algo? —quiere saber. Todavía tiene tiempo suficiente como para estar allí y luego marcharse a la consultoría sin llegar tarde.

Diane suelta una exhalación y, aunque sigue inquieta, ni de lejos experimenta los nervios agónicos que ha sentido horas antes.

—Creo que lo tengo controlado —mueve las piernas sintiendo una ligera incomodidad y ladea la cabeza.

—Te he dejado unas en el mueble —Cassidy se muerde los labios para sofocar una sonrisa—. Diane Carter sigue teniendo el efecto de enloquecerla y le cuesta controlarse en la mayoría de las ocasiones.

—A este ritmo tendré que comprar bragas al por mayor —se queja con un tono hosco y desaparece tras la puerta del baño.

Cassidy se deja caer en la silla frente al escritorio y sonríe cuando observa la carpeta sobre la mesa. Tiene un logo redondo de color verde y una tipografía elegante que ella misma ayudó a elegir. Es el

logotipo de la firma de Diane, una pequeña consultoría que cobró vida un año atrás y que sorprendió a ambas para bien.

La morena se tomó libre un mes completo con sus días y sus noches —muy a su pesar, porque a la segunda semana ya estaba ladrando en casa incluso al repartidor de comida a domicilio— para descansar y pensar cuál sería la mejor estrategia para su nueva etapa laboral. Ya tenía varios clientes pactados que había logrado enamorar mientras trabajaba en Whitestone y que habían confiado en ella para asesorarlos con sus inversiones, fusiones o adquisiciones. Le parecía bien y estaba segura de que podía trabajar con ellos sin necesitar ayuda extra, pero al cabo de unos pocos meses se dio cuenta de lo equivocada que estaba. Su fama la precedía y no tardó en firmar con más empresas, así que tuvo que empezar a contratar personal adicional hasta que decidió crear Carter Consulting, una consultoría que tiene una pequeña oficina en un edificio profesional en Manhattan y en la que trabajan cinco personas.

Hoy es un día de los importantes porque hace cuatro semanas Cassidy la convenció de asistir a una gala a la que ella no tenía pensado ir ni bajo amenaza de muerte, pero al parecer la idea de quedarse sin sexo durante un mes fue suficiente incentivo para enfundarse en un vestido negro y aparecer de la mano de una rubia terriblemente guapa. Allí conoció a Néstor Ochoa, un empresario mexicano del que jamás había escuchado hablar, pero que poseía un patrimonio bastante interesante. Hablaron durante una hora y dos días después, Néstor estaba en su despacho porque quería comprar un pequeño grupo de hoteles y necesitaba asesoría experta. Hubo muchas reuniones hasta que llegó el momento de firmar el contrato entre ellos, el primero de Diane en el que varios millones de dólares estaban en juego.

—¿No vas tarde? —pregunta Diane revisando la hora en su reloj y caminando hacia su mesa.

—¿Es tu forma de echarme? —Cassidy levanta una ceja y la mirada afilada de su novia le corta la cara.

—No, me protejo de futuras culpas —Diane la mira con intensidad —. Después dices que has llegado tarde gracias a mí.

Diane tiene razón en parte, pero la rubia sabe que en la mayoría de los casos es la excusa perfecta que Clara acepta con una resignación estudiada. Sobre todo al principio, cuando Carter

Consulting estaba en plena creación, Cassidy se volcó en ayudar a su novia y a menudo no podía evitar quedarse dormida por la mañana y llegar unos minutos tarde a su hora de entrada. Entonces Clara le dejaba mensajes pasivo-agresivos a su mejor amiga y Diane estallaba en furia.

—Después de la firma tendrás toneladas de trabajo —la rubia cambia el tema y frunce los labios—. Deberíamos ir a la cabaña este fin de semana y olvidarnos de todo durante un tiempo.

Diane pone los ojos en blanco. Cassidy se ha vuelto una enamorada de Big Bear Lake y dramatiza lo suficiente como para volverla loca cuando pasan más de dos semanas sin ir.

—Tendría menos de qué preocuparme si tuviera una experta en marketing trabajando conmigo.

Cassidy esquiva el comentario como puede. Ambas son conscientes de que lo mejor es que cada una trabaje por separado, pero su novia a veces aprovecha para señalar lo que a ella le parece obvio.

—En todo caso, ya sabes que los fines de semana no trabajo, para eso tengo un personal al que le pago más de lo que merece —continúa con hielo en su voz—. Y si no puedo acompañarte alguna vez, ya sabes que puedes ir con tus hermanos, sobre todo antes de que Payton dé a luz.

Cassidy se muerde los labios; no era una fanática de los bebés hasta que su hermana anunció hace unos meses que estaba embarazada. Hubo una boda rápida en la que estaban la familia de Owen, Kenny, Zoe —una dentista con la que lleva un año saliendo después de que le cambiara las cuatro ruedas del coche, que la mujer le dejara una propina de cinco dólares y hubieran tenido una pequeña discusión al respecto—, Cassidy y Diane, que por alguna razón ese día se relajó tanto que Kenny le hizo muchas bromas al respecto. Esos dos se llevan de maravilla, aunque la morena finja y diga lo contrario.

—Lo pensaré —la rubia se pone de pie de un salto—. Voy a pasar por esa pastelería que le encanta a Elizabeth para encargar las galletas de canela.

—Aún falta una semana —Diane frunce el ceño; lleva días tan caóticos que las fechas en su cabeza se mezclan.

—Lo sé, pero no quiera Dios que no queden cuando vayamos a comprarlas; prefiero encargarlas y asegurarme de que las tenemos —

sonríe con suficiencia.

—Qué eficiente —suelta la morena y, como es habitual, parece más un insulto que un elogio.

Cassidy se acerca a Diane, que también se ha puesto de pie.

—No te acostumbres, no soy tu secretaria —lo dice al mismo tiempo que sonríe cuando siente el brazo fuerte de su novia atraerla a su cuerpo.

—Cuida esa boca, Collins —sisea pegada a sus labios.

—Te quiero —es la respuesta de la chica y Diane la besa.

—Y yo a ti.

Cassidy se aleja de su novia, coge su bolsa y camina hasta la puerta. Se gira antes de abandonar la oficina.

—¿Nos encontramos directamente en el Marlowe?

Diane asiente.

—A las siete, no llegues tarde —responde a la vez que ocupa su silla.

—No estaba en mis planes —la rubia le guiña un ojo.

Cassidy se marcha, dejando tras de sí esa energía que Diane sabe que necesita para seguir viva. Pega la cabeza al respaldo de la silla y sonríe cuando se da cuenta de que sus manos siguen temblando. Es un gran día, claro que lo es; lleva mucho tiempo deseando que su nombre brille, pero de verdad, sin estar trabajando para alguien más, y hoy va a consolidarse una gran parte de ese éxito. Sin embargo, no es lo más importante.

Abre el cajón derecho de su escritorio y aprieta la pequeña caja aterciopelada. La saca, la abre y los labios le vibran.

—Lo lograste.

Lo dice en voz baja, pero se lo dice a aquella chica sola y demasiado asustada bajo la lluvia en Portland que escapó de unos padres que ponían el dinero por encima de las necesidades de sus hijos. A la que humillaron en Nueva York, la que luchó contra el alcoholismo y la que supo romper con una familia a la que no le importaba su vida en absoluto. Logró lo que había soñado y, a sus casi cincuenta años, se da cuenta de que no se trataba de estatus o dinero, sino de ser feliz. Consiguió a la chica, conoció el amor verdadero y ahora solo le resta que Cassidy Collins le diga que sí.